SÃO PAULO

Suely Robles Reis de Queiroz

COLECCIONES
MAPFRE

1492

La ciudad de São Paulo es el mayor centro urbano del hemisferio sur y el más importante parque industrial iberoamericano. La ciudad representó la excepción del siglo XVI en el sistema de colonización costera de los portugueses en Brasil. La Serra do Mar la separaba del litoral, dificultando las comunicaciones y aisló a la población, lo que tuvo consecuencias en la evolución de la ciudad. La pobreza y el aislamiento influyeron también en la etnia paulista; la población tenía proporciones altas de sangre indígena en la mayor parte del período colonial. Surgió así una sociedad endogámica, constituida en buena parte por indios y mestizos. La presencia de africanos se restringió al siglo XIX y coincide con la afluencia de inmigrantes europeos. La inmigración extranjera sirvió para romper el aislamiento cultural y permitió la introducción de hábitos y valores europeos. La autora nos presenta la evolución histórica de São Paulo, unida a la del Estado del que es capital, la del país y la del sistema económico internacional en que aquél se inserta.

Suely Robles Reis de Queiroz (Río de Janeiro, 1931). Doctora en Historia. Profesora de la Universidad de São Paulo. Obras: *Escrávidão negra em São Paulo* (1977), *A abolição dá escrávidão* (1981), *Os radicais da República* (1986).

Colección Ciudades de Iberoamérica

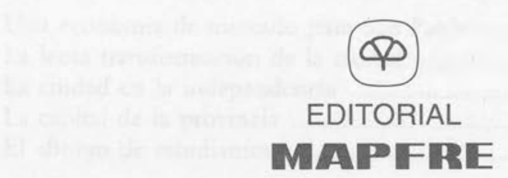
SÃO PAULO

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Manuel Lucena
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-367-8 (rústica)
ISBN: 84-7100-368-6 (cartoné)
Depósito legal: M. 25826-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n., Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

SUELY ROBLES REIS DE QUEIROZ

SÃO PAULO



Director de Colecciones: Manuel Lucena
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: [illegible] (rústica)
ISBN: [illegible] (cartoné)
Depósito legal: [illegible]
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada [illegible]
Impreso en España-Printed in Spain

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

La ciudad de São Paulo es el mayor centro urbano del hemisferio sur. Su importancia es similar a la del estado de São Paulo –del cual es capital–, cuyos índices económicos y demográficos le otorgan, a su vez, lugar destacado en cualquier comparación de esa naturaleza.

Basta recordar que con una superficie territorial de 247.898 km^2, equivalente a la de Gran Bretaña, el número de habitantes del estado es de 31.192.818, o sea, casi el mismo de Argentina; la renta per cápita es un tercio mayor que la de Portugal y el producto interior bruto equivale al de Bélgica.

Los indicadores relativos a la capital son también significativos. Su población supera ampliamente la de cualquier otro núcleo urbano del país, por lo que conviene anotar la diferencia que la separa de Río de Janeiro, la segunda ciudad brasileña más populosa: ésta albergaba en 1990, según los datos de los organismos oficiales pertinentes, cerca de 5.336.179 habitantes frente a los 9.480.427 del municipio paulista.

Otras comparaciones también le colocan en lugar destacado, pues con su región metropolitana es la segunda mayor aglomeración urbana de América Latina y la cuarta del mundo, después de Tokio, la ciudad de México y Nueva York.

Tiene, por tanto, una población equivalente a la de Portugal y una vez y media mayor que la de Suiza.

Al ser la más importante zona industrial latinoamericana, la relevancia de São Paulo dentro de la realidad brasileña puede confirmarse por la comprobación de que es sede de 30 de las 50 mayores empresas del país, disponiendo de una renta superior a la de casi todos los estados de la federación, exceptuados solamente los de Minas Gerais, Río

Grande do Sul, Río de Janeiro y, naturalmente, el propio estado de São Paulo.

Conocer la historia de esa ciudad, que puede considerarse bajo cualquier criterio una gran metrópoli e incluso una megalópolis, es conocer también las diferentes actitudes de una cultura y de sus diversas fases ante los hechos fundamentales de la existencia. Porque, como recuerda Mumford en sus clásicos trabajos, la ciudad es la forma y el símbolo de un conjunto integrado de relaciones sociales al mismo tiempo que producto del tiempo y del espacio:

> El cimborrio y la torre, la avenida abierta y el patio cerrado cuentan la historia, no sólo de diferentes configuraciones físicas, sino también de las concepciones esencialmente diferentes del destino del hombre [1].

Por ello, cada ciudad tiene características propias y se distingue de las otras a pesar de los puntos en común, sobre todo aquél que dio origen a todas: la manifestación de la voluntad humana de vivir en colectividad.

Las diferencias se desprenden, en general, de los objetivos que presidieron su creación y del rumbo tomado por las transformaciones producidas a través del tiempo y motivadas por las relaciones de toda índole que las provocan.

En las ciudades de América Latina, aunque la colonización haya sido emprendida por gente de mentalidad urbana, el núcleo municipal fue el punto de partida para la ocupación de la tierra, sufriendo un movimiento centrífugo en el sentido de ésta y tendiendo a convertirse en un apéndice del campo, al contrario de las ciudades de Europa occidental de finales de la Edad Media, cuya fuerza centrípeta era evidente: allí las personas abandonaban el campo y la agricultura para engrosar los núcleos donde predominaban las actividades de transformación y distribución.

En Brasil, sobre todo, la red urbana de los primeros tiempos es visiblemente débil, subordinada a las estructuras rurales y, por eso mismo, poco diferenciada en relación con ellas. Condicionados por los intereses mercantiles de la colonización, industria y comercio no tuvie-

[1] L. Mumford, *A cultura das cidades*, Belo Horizonte, Itatiaia, 1961, p. 15.

ron importancia suficiente para afirmarse como categorías distintas de la explotación primaria del suelo. Así, fue en el campo donde se concentró la vida de la colonia y los centros urbanos tuvieron inicialmente muy poca importancia.

Como señala un estudioso del urbanismo brasileño

> hasta mediados del siglo XVII las actividades económicas urbanas no fueron lo suficientemente productivas como para adquirir una dinámica propia. Hasta entonces, sólo el comercio de importación y exportación presentaba alguna vitalidad [...]. Fue solamente a partir de esa época, y por la influencia de condiciones externas, cuando se produjeron alteraciones estructurales que permitieron la consolidación de la economía y provocaron la aparición de capas sociales urbanas, con características ciudadanas: el comercio de mayor volumen, los oficios mecánicos y el pequeño comercio [2].

Los núcleos que integraban la tenue red urbana brasileña reprodujeron en parte el modelo portugués, diferente del español, pues si hubo diferencias entre las ciudades europeas y americanas, también existieron entre las de la propia Europa.

En la España del siglo XV pueden encontrarse dos tipos clásicos: los centros comerciales y manufactureros del norte, situados a lo largo de los caminos de peregrinación a Santiago de Compostela, y los de la Meseta central, de características agromilitares, creados para mantener la posesión de las tierras conquistadas al Islam [3].

En Portugal, los centros urbanos más representativos fueron las ciudades marítimas de tipo agrocomercial que no surgieron de proyectos político-militares, sino en función de potencialidades económicas.

América Latina reprodujo en parte tales diferencias, que obedecían también a diferentes estrategias de dominación. Las ciudades fundadas por los españoles se inspiraron en las de la Meseta central y pretendían proyectar más allá de la península Ibérica, de forma ostensible, el nuevo poder surgido después de la Reconquista. Se diseminaron sobre

[2] N. Goulart Reis Filho, *Contribuição à evolução urbana do Brasil*, São Paulo, Pioneira, 1968, p. 50.

[3] Cfr. R. M. Morse, *Formação histórica de São Paulo*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1970.

todo por el interior de las regiones recién descubiertas y obedecían a un cuidadoso planeamiento.

Las poblaciones lusoamericanas surgieron ya más aleatoriamente y se restringieron al área costera, bastando ver el mapa de Brasil de los primeros tiempos, donde el litoral, punteado de pequeños núcleos, contrasta vivamente con el extenso vacío interior.

Tales características no significaron renuncia a la dominación, sino una forma diferente de ejercerla que desdeñó normas imperativas y absolutas como las de los españoles.

Por ese motivo, las ciudades brasileñas nacieron con contornos irregulares, indefinidos y rebeldes a cualquier tentativa de ordenación.

Fue también el caso de São Paulo, que tiene otros puntos en común, además de ése, con los demás centros urbanos del país.

Corresponde, no obstante, destacar las peculiaridades, derivadas en última instancia de las concepciones que animaron a sus pobladores, del paisaje local, de la herencia regional.

Situada bajo el Trópico de Capricornio, en una de las franjas del extenso Planalto (meseta) Atlántico brasileño, a una latitud de 23° 32' 36"S y una longitud de 46° 37' 59"O, la ciudad representó la gran excepción del siglo XVI en el sistema de colonización costera emprendido por los portugueses en Brasil.

Aunque muy cerca del océano Atlántico, su altitud media es de 750 metros, lo que le permite un clima diferente del de otras áreas tropicales, un clima que atrajo al europeo y ejerció influencia diversificadora en variados aspectos de la vida de sus moradores.

Para los cronistas de los primeros tiempos, el frío saludable del invierno les recordaba las tierras lejanas de donde provenían y, por tanto, lo elogiaron con frecuencia.

De todos modos, si el clima influyó favorablemente en la adaptación del europeo, la Serra do Mar, que separó el litoral del Planalto, dificultó las comunicaciones entre ambos y aisló a la población, con notables repercusiones sobre la evolución de São Paulo.

Para empezar, la pobreza: fue imposible establecer allí una economía exportadora siguiendo los moldes de aquella que originó la opulencia de los señores de ingenio del nordeste brasileño. Las condiciones de la época no permitían la superación de los obstáculos presentados por la sierra, que se atravesaba solamente a pie, haciendo inviable la exportación de los productos tropicales requeridos por el mercado europeo.

La consecuencia para la población sería una vida modesta, basada en la economía agrícola de subsistencia, en la ganadería y el cautiverio de indios, cuya ganancia era menor que la propiciada por el cultivo de la caña de azúcar en el nordeste.

Pobreza y aislamiento repercutieron también sobre la etnia paulista. La población tenía una proporción considerablemente alta de sangre indígena durante la mayor parte del período colonial.

Surgió entonces una sociedad *sui generis*, cerrada en sí misma, endogámica, constituida en buena dosis por indios y mestizos –los conocidos «mamelucos»– y orgullosa de su autonomía en relación con las autoridades portuguesas.

Analizando esta última característica, Sérgio Buarque de Holanda, uno de los mayores historiadores brasileños, destaca el relativo abandono en que se desarrolló la acción colonizadora en el Planalto, permitiendo la famosa independencia de los paulistas, tenidos por «vasallos insumisos» y hombres «sin sujeción a su Soberano».

A principios del siglo XIX ya se había atenuado considerablemente la influencia indígena en la composición racial, pero el rasgo étnico siguió siendo peculiar, pues otros elementos llegaron a modificarle y a diferenciarle de los asentamientos donde predominó la economía exportadora desde comienzos de la colonización. En éstos siempre fue efectiva la presencia del africano, mientras que en São Paulo se restringió prácticamente al siglo XIX.

La afluencia de inmigrantes europeos en el período 1850-1875 contribuyó a diluir la importancia de la sangre negra en la población que siempre presentó, de ese modo, mayor porcentaje de blancos.

Estimuló además la tendencia centrípeta que caracterizó a la capital paulista a partir de 1870. Atraídos por el cultivo del café, cuya expansión integró definitivamente a la región en una economía de mercado y fue el principal elemento de la gran importancia económica que llegó a tener, miles de inmigrantes destinados a la labranza prefirieron la ciudad, invirtiendo la tendencia centrífuga que hasta entonces la había dominado. La inmigración extranjera tuvo además otros efectos, entre ellos el de romper el aislamiento cultural de São Paulo y la larga resistencia a la introducción de hábitos y valores europeos asimilados ya hacía tiempo por otras ciudades brasileñas.

Heredero de una cultura híbrida en que se mezclaban modelos portugueses e indígenas, habituado a una convivencia cerrada, el pau-

lista se aislaba física y culturalmente, no obstante la presencia de un pequeño grupo ilustrado, compuesto de unos pocos graduados en Coimbra y de otros que, sin salirse de los límites del timorato medio urbano, consiguieron superarlo, como fue el caso de la «generación de la Independencia».

Según un estudioso de la historia paulista, se daba el caso de personas que en pleno siglo XIX no habían visto nunca el mar; muchas «no habían traspuesto siquiera las sierras que orlaban el horizonte de la ciudad y sus suburbios» [4].

La población miraba con desconfianza a cualquier extraño, hasta los estudiantes que, a partir de 1827, llegaron de todas partes de Brasil para ingresar en la Facultad de Derecho creada ese año.

Éstos, a pesar de la resistencia encontrada, contribuyeron positivamente a la adopción de nuevos hábitos y valores, pero fueron los inmigrantes los principales agentes de la tardía europeización entonces producida y de los cambios que la misma generó.

La ciudad cerrada, enclaustrada en sí misma, se europeizó y, más aún, adquirió la fisonomía cosmopolita que sorprendía a los visitantes de principios del siglo XX.

Para algunos, como el italiano Alessandro D'Atri, São Paulo tenía «mucho de París, un poco de la Roma moderna, algunas impresiones de Londres y de Bruselas, las líneas rectas de Turín y, en los barrios populares, mucho de Nápoles» [5].

Exageraciones aparte, lo cierto es que la ciudad cambió en sus valores, en sus costumbres, en los rasgos materiales y en las relaciones sociales.

Cambió sobre todo por la influencia del inmigrante italiano que así le otorgó una nueva especificidad, en relación con otros centros urbanos importantes como Río de Janeiro, Salvador o Recife, donde la influencia portuguesa no fue compartida con otras etnias de forma tan intensa y duradera.

A pesar de que se ha ido diluyendo a través del tiempo, aún hoy es bastante visible la presencia peninsular en São Paulo, ya sea en los

[4] *Apud* E. da S. Bruno, *História e tradiçoes da cidade de São Paulo*, São Paulo, José Olímpio, 1954, I, p. 43.

[5] E. da S. Bruno, *op. cit.*, p. 66.

hábitos alimentarios, ya en las fiestas de carácter simultáneamente religioso y profano como, por ejemplo, la de San Genaro, en la que descendientes de los antiguos inmigrantes y demás paulistanos [6] confraternizan ruidosamente.

También la lengua sufrió influencia del italiano, cuyos dialectos la impregnaron, integrando en ella expresiones de uso corriente hasta hoy, sobre todo entre las capas menos cultas de la población.

De ese modo, si hasta prácticamente comienzos del siglo XIX el paulista hablaba una especie de dialecto derivado de su herencia indígena, cien años después continuaría expresándose de forma peculiar.

Las características de la capital no anulan, no obstante, sus puntos de contacto con otras metrópolis, tanto de Brasil como de naciones extranjeras.

Todo el mundo ha asistido a un explosivo proceso de crecimiento demográfico y concentración urbana que tiende a ampliarse y viene generando problemas comunes a las grandes ciudades, sobre todo a aquellas que pertenecen a países de capitalismo dependiente como las de América Latina.

Es el caso de São Paulo, cuya área metropolitana abarca actualmente 37 municipios, y donde el gigantismo poblacional plantea cuestiones como la de la violencia, el subempleo, la marginalidad social...

En ese marco, no es fácil caracterizar al paulistano y señalar los rasgos que lo identifican. Fruto de varias razas y etnias, seguramente integró en su psicología rasgos de cada una; mientras tanto, el cosmopolitismo de la gran ciudad y los rumbos de la evolución económico-social lo someten a contactos múltiples y complejos, así como a situaciones que, a través del tiempo, estimulan la modificación de sus actitudes y modo de ser.

Una encuesta reciente realizada por una gran agencia de publicidad intentó descubrir la imagen que el paulistano transmite a los demás brasileños y la que tiene de sí mismo.

La mayoría señaló como rasgos predominantes el amor al trabajo, la perseverancia, la noción de que el tiempo es dinero. Para los de fue-

[6] El término «paulistano» designa específicamente al habitante de la ciudad de São Paulo, pero es de uso bastante reciente. Hasta el siglo XVIII, se llamaba «paulista» a todo aquel que hubiese nacido en los límites del actual estado de São Paulo, incluso aquel de la capital.

ra, esos rasgos lo han hecho arrogante, frío e individualista; además, sería esquivo y desconfiado, pero también ahorrativo y previsor:

Algunas de esas características constituyen, sin duda, herencia de las etnias que se mezclaron con él, mientras que otras derivan de las contingencias actuales.

La desconfianza ante extraños, por ejemplo, no es nueva. Pero si hasta finales del período colonial provenía de la influencia indígena y del aislamiento, actualmente responde al temor provocado por la criminalidad, cuya existencia es común a las grandes metrópolis, por lo que deja de ser exclusiva del paulistano y de integrar su personalidad básica.

El inmigrante habría transmitido la racionalidad en los gastos y el espíritu de ahorro.

En opinión de un conocido urbanista [7], el paulistano también revelaría un característico desapego por la ciudad, visible en la ausencia de canciones que hablen de ella, en la «entrega fácil que la autoridad municipal hizo de la misma a la especulación de los loteadores», en el desinterés de los habitantes por la «cosa pública».

Las raíces de esa actitud estarían en el pasado de la ciudad, que tuvo insignificante vida urbana hasta mediados del siglo XIX. Sus habitantes vivían en granjas *(chacras)* de los alrededores y hasta los estudiantes de Derecho que afluyeron hacia allí constituían una población fluctuante, cuyo apego al medio ambiente era pasajero.

Las transformaciones económico-sociales propiciadas por el café, la llegada de los inmigrantes, la creciente búsqueda de la ciudad como lugar donde instalarse, sedimentaron la vida urbana y deberían haber promovido la identificación de la gente con su medio.

Pero esa identificación fue lenta. Para el inmigrante, con su doble lealtad a la tierra de origen y a la de adopción, dividido interiormente por la nostalgia del país natal, la civilización era Europa.

Los ricos hacendados del café, deseosos de aprovechar las ventajas ofrecidas por el medio urbano, no podían encontrarlas tan rápidamente en São Paulo y viajaban a las capitales europeas, donde permanecían largos meses.

El resultado es que «la afirmación de la identidad entre sociedad y ciudad es mucho más reciente que la edad histórica de la ciudad de

[7] J. Wilheim, *São Paulo. Metrópole 65*, São Paulo, Difusao Européia do Livro, 1965.

São Paulo», explicándose así el «desamor» que el autor considera propio del paulistano.

Verdaderamente, a través del tiempo siempre hubo en São Paulo actitudes de desinterés en relación con la «cosa pública», y también despreocupación en cuanto al mantenimiento del paisaje urbano. En nombre del progreso, la ciudad se modificó de tal manera que hoy quedan pocos vestigios materiales del pasado.

Pero ¿serían tales hechos resultantes del desapego al medio urbano?

Es probable que deriven mucho más de la falta de condicionamiento cultural.

La complacencia observada en el caso, por ejemplo, de la demolición indiscriminada de testimonios materiales de diversos momentos históricos, puede incluso representar un sentimiento de amor y orgullo, aunque expresado de forma ingenua y equivocada. O sea: aquello de que el pasado significa atraso y es preciso romper con él en todos los niveles para que la ciudad surque el camino del progreso, igualándose a las grandes capitales del mundo.

Hasta tal punto puede ser ésa la razón que actualmente, tanto por los estímulos culturales y las facilidades de información, como por otros factores, el paulistano se ha opuesto a los atentados al patrimonio histórico de la ciudad, revelando conciencia de la necesidad de preservar el pasado urbano y negando el desamor que el estudio citado le atribuye.

Sea como fuere, parece justo decir que, en comparación con otras poblaciones del país, en São Paulo hay mayor profesionalidad y eficiencia, además de una gran preocupación por el trabajo.

Se nota también cierto orgullo ante la importancia de la ciudad, alimentado por mitos que han sobrevivido al tiempo, como el del *bandeirante*, por ejemplo, cuya audacia y energía expansiva se habrían transmitido a los hombres de negocios paulistas, ayudando a transformar a São Paulo en un «polo de modernidad».

No obstante, cabe recordar que, al señalar los rasgos mencionados como generales y comunes a todos los paulistanos, se corre el riesgo de atribuirles una identidad basada en estereotipos que muchas veces no tiene nada que ver con la realidad.

Es más seguro conocer la historia de la ciudad y, a través de ella, entender mejor a su pueblo.

El presente libro tiene ese objetivo. Pretende reconstruir la historia de São Paulo desde sus orígenes hasta la actualidad, sintetizando sus momentos y manifestaciones más importantes.

El término «reconstruir» se utiliza de manera deliberada, en la medida en que nos parece imposible «rescatar» el pasado, revivirlo tal como fue. La imposibilidad se liga directamente

> a la acción transformadora del tiempo, que modifica a las personas en su percepción de la realidad, en su elección de valores y en su juicio moral; es el presente, resultado de los cambios acarreados por los años, el que prestará al pasado una significación propia.

Es lo que piensan también autores contemporáneos como Maurice Halbwachs y Claude Léfort, para quienes la historia será siempre la del presente [8].

El tema urbano no es nuevo y la preocupación con el mismo se acentúa en el siglo XIX, cuando la industrialización y el desarrollo tecnológico van otorgando creciente importancia a los centros urbanos y atrayendo la atención de los estudiosos, que los enfocan desde los más variados ángulos.

Por ello existe una abundante producción sobre el tema y, entre numerosos autores se pueden destacar a Max Weber, con su visión económica de la ciudad, Simmel y su teoría de la racionalidad, Robert Park, de la escuela de Chicago, o Louis Wirth, que desarrolló una teoría psico-sociológica de lo urbano, analizando los modos de asociación humana.

La ciudad de São Paulo también ofrece muchos caminos a la investigación e implica enfoques diversos para los historiadores, entre ellos algunos atrayentes a los ojos del especialista, como el de la autora cuya reciente investigación estudia los sistemas de representación de lo urbano, procurando descubrir en la documentación oficial las ideas de ciudad que presidieron los distintos momentos de la vida de São Paulo [9].

[8] M. Halbwachs, *La mémoire collective*, París, PUF, 1950, y F. Alcan, *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, 1925.
C. Léfort, *As formas da História*, São Paulo, Brasiliense, 1979.

[9] J. Th. da Silva, *São Paulo: 1554/1880. Discurso ideológico e organização espacial*, São Paulo, Editora Moderna, 1984.

En este libro se ha optado por la idea de que la urbanización es un proceso social y, como tal, exige el conocimiento del sistema global en el cual se inserta y que lo determina o modifica, lo que presupone, por tanto, una perspectiva dinámica. Si la ciudad es la forma concreta del proceso de urbanización, para entenderla en su compleja organización es preciso conocer los condicionantes económicos, sociales, culturales y políticos que la han influido, construido y reconstruido a través del tiempo.

Por ello la evolución histórica de São Paulo estará aquí ligada con la del estado del que es capital, con la del país y con la del sistema internacional de fuerzas económicas, políticas y culturales en que aquél se inserta.

La reconstrucción global de la historia de São Paulo presupone una síntesis, cualquiera que sea el enfoque. Tal síntesis, a su vez, es necesariamente arbitraria: exige opciones, determinadas por la concepción que orienta a la obra y por el límite de sus páginas, lo que lleva a la omisión de ciertos hechos y al énfasis en otros, muchas veces juzgados indispensables o innecesarios según los criterios del lector.

Se podrá también recordar que, dadas las características de la Colección «Ciudades de Iberoamérica» de la que este libro forma parte, y cuyo objetivo es hacer accesibles a todos, especialistas o no, los hechos urbanos del mundo iberoamericano, se ha evitado en la medida de lo posible sobrecargar el texto con notas a pie de página y con largas citas. Para éstas, se prefirió incluso, cuando era necesario, recurrir a fuentes más recientes cuyo lenguaje, aunque no tenga el sabor del tiempo que aseguran las más antiguas, es fácilmente comprensible.

Para mayor comodidad del lector, creemos conveniente agregar también una síntesis de lo expuesto al final de cada capítulo.

La titulación de los capítulos obedece a una secuencia temporal, pero con criterios que podríamos llamar eclécticos, pues algunos recuerdan los fundamentos económicos que señalaron determinado período de tiempo; otros expresan características de la urbanización; otros incluso destacan una fase política.

El capítulo I se refiere al marco natural en que surgió la ciudad de São Paulo. Mezclando informaciones de naturaleza histórica y geográfica, enfatiza la importancia que la privilegiada ubicación del sitio urbano adquirió en el desarrollo y posterior preeminencia de la capital paulista.

En rigor, los capítulos II y III podrían fundirse en uno solo, pues ambos tratan de la época colonial que, no obstante, fue dividida para cumplir con el objetivo de hacer homogénea la colección en que se incluye el libro.

El capítulo II se centra en el surgimiento del núcleo urbano, cuyo origen está ligado al Colegio erigido por los jesuitas para la catequesis indígena y se extiende hasta finales del siglo XVI, cuando la población acaba estabilizándose.

El capítulo siguiente se ha servido de la expresión «hermosa sin dote», utilizada por un gobernador del siglo XVIII para calificar a São Paulo y resaltar su pobreza, visible en los miserables rasgos materiales, en la rusticidad de la vida social y en la indigencia cultural que la señaló durante toda la época colonial.

Políticamente, esa época tiene límites precisos pues acaba en 1822, cuando Brasil rompe definitivamente los lazos que lo unían con Portugal, pero para São Paulo, la fecha poco significa en términos de urbanización. La ciudad siguió siendo tan colonial como antes, y sólo se produjeron cambios significativos varias décadas más tarde.

Por otro lado, aún en plena época colonial comienzan a operar las fuerzas que, integrando el actual estado de São Paulo en una economía de mercado, lo transformarían a través del tiempo en la región más importante del país y convertirían su capital en una gran urbe.

De ese modo, hemos optado por ignorar en el capítulo IV los límites cronológicos de las épocas colonial y nacional y considerar el período comprendido entre 1765 y 1870 como de gestación de la urbe, aquel en el que germinan los factores responsables de los grandes cambios ocurridos en São Paulo después de aquella última fecha.

El capítulo V corresponde al momento en que el cultivo del café fue la actividad económica predominante, y el VI a aquel en que se impone sobre las demás la función industrial de la ciudad.

La expansión del cultivo del café durante el siglo XIX trajo riqueza a los paulistas y fue el elemento fundamental en la modernización de su capital. Punto de articulación entre el litoral y el interior, sede político-administrativa, centro de los negocios ligados a la agricultura de exportación, la bisoña ciudad colonial mudó su fisonomía en pocas décadas, transformándose en la «capital del café».

Esta característica perduró hasta finales de los años 20. Además de otros factores, la crisis mundial de 1929 contribuyó al desmoronamien-

to del café, que deja de ser el principal valor en la lista de las exportaciones brasileñas. Pero la prosperidad continúa, pues el proceso de industrialización ya en marcha se acentúa desde 1930 en adelante, estimulado entonces por el interés gubernamental. La función industrial de la ciudad se amplió, distanciándose rápidamente en importancia económica de los demás centros urbanos del país.

En 1960, São Paulo ya era una gran metrópoli. Los efectos y evidencias producidos hasta el momento por el vertiginoso desarrollo de la urbanización, cuyo nivel la transformó en una megalópolis, son objeto del capítulo VII.

Paulicéia desvairada, libro del poeta paulista Mário de Andrade, es justamente el título que corresponde a la ciudad actual. El desordenado crecimiento ha generado problemas que hoy regresan a ella como un bumerán, lo que exige que se replanteen soluciones para una cuestión primordial: ¿cuáles son las perspectivas de la ciudad para el año 2000?

Eso es lo que se pretende responder en el último capítulo.

Capítulo I

EL PLANALTO, LA SIERRA Y EL MAR

«...por el sertón de esta Capitanía, a nueve leguas está la villa de São Paulo, en lo que se llama generalmente el Campo...»

(Gabriel Soares de Souza,
cronista del siglo XVI.)

El Planalto

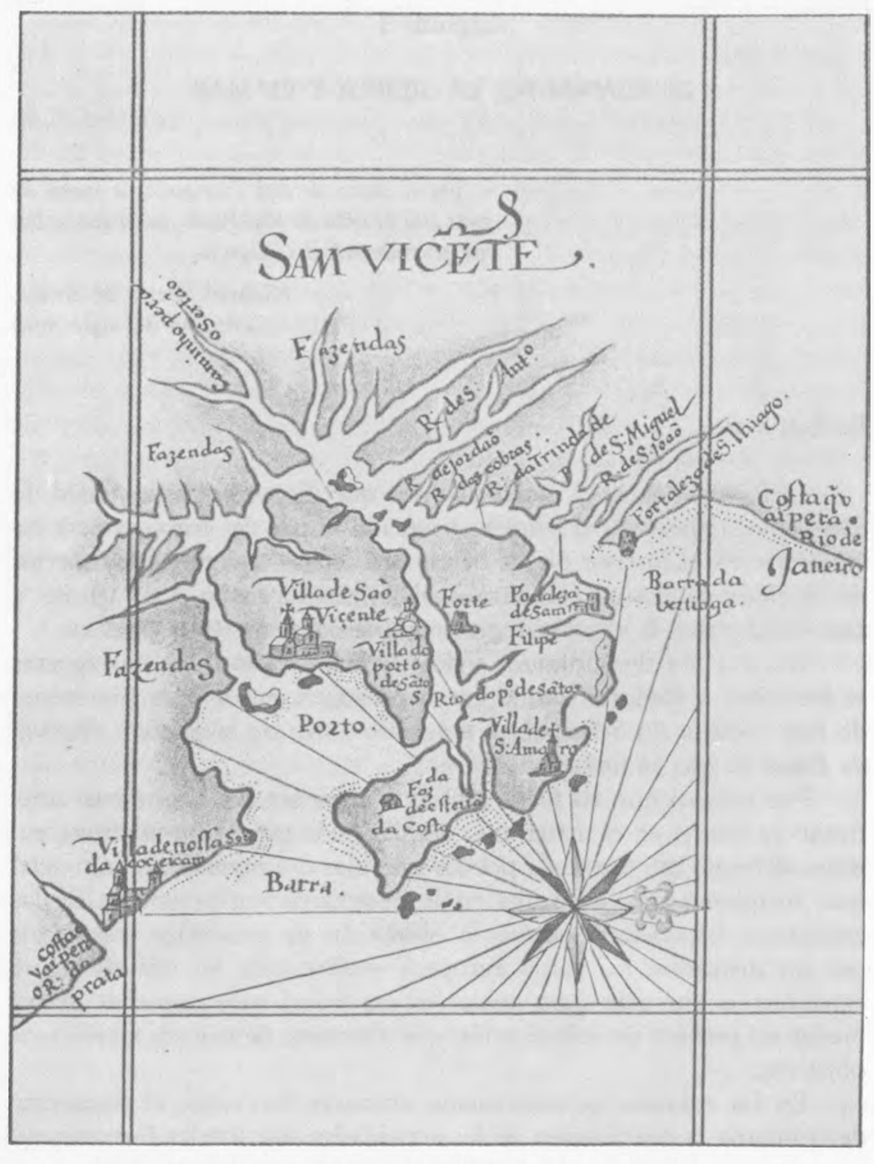
La fundación en 1554 del poblado que dio origen a la ciudad de São Paulo, representó la primera irrupción eficaz del europeo para establecerse en el interior de las tierras brasileñas: «a algunos kilómetros de la aldea paulistana comenzaba el tenebroso sertao, más ignoto y amenazador que la selva matogrossense de comienzos del siglo XX» [1].

Durante los dos primeros siglos de colonización, los portugueses se limitaron a arañar el litoral como cangrejos, en el decir pintoresco de fray Vicente do Salvador, el conocido autor de la primera *História do Brasil* de que se tiene noticia.

Fue normal que así fuese. El descubrimiento del continente americano se inserta en el marco más amplio de la expansión marítima europea del siglo XV, orientada por los intereses del capitalismo comercial que, incipiente aún, avanzaba en la desarticulación progresiva de las estructuras feudales. Buscando la obtención de productos solicitados por sus mercados, los países europeos —sobre todo los atlánticos— se expandieron por mar, para iniciar en las tierras sucesivamente descubiertas un proceso de colonización que alcanzase de manera rápida esos objetivos.

En las colonias de explotación entonces formadas, el transporte determinaría la distribución de las actividades, localizadas forzosamen-

[1] A. Taunay D'Escragnolle, *São Paulo nos primeiros anos* (1504/1601), Tours, Imprenta de E. Arrault et Cie., 1920, p. 3.



Mapa de São Vicente, Santos e Santo Amaro de finales del siglo XVI
Fuente: Códice de la Biblioteca da Ajuda, en Portugal

te junto al mar o a las vías fluviales. De ahí la importancia de las pequeñas islas oceánicas y continentales, de las planicies entre montañas del litoral o de las áreas bordeadas por los grandes ríos.

La colonización de Brasil también comenzó por el litoral, inclusive en la capitanía de São Vicente, de la cual formaba parte el área de la futura ciudad de São Paulo [2].

Pero en esa capitanía, objetando todo el mecanismo normal del proceso de colonización, el europeo no se limitó a permanecer en el litoral. Al contrario, prácticamente lo abandonó, penetrando en el interior donde, lejos del mar, creó los principales asentamientos. La ciudad de São Paulo sería la primera en consolidarse definitivamente [3] y su localización quedó condicionada a imperativos geofísicos que, en cierta manera, la predestinaron al relieve que ha logrado en el actual escenario brasileño.

La afirmación no resulta de una concepción basada en el determinismo del medio como la de Ratzel, por ejemplo, sino que tiene en cuenta la época y sus limitaciones, ante las cuales el hombre no podía despreciar factores geográficos, fuesen ellos favorables o adversos.

Para valorar el significado de las condiciones naturales en la localización de São Paulo y en sus comunicaciones con el litoral, son de fundamental interés las fuentes de la época —jesuitas y otros cronistas—, así como autores recientes, entre ellos Caio Prado Júnior, que en los años 30 revolucionó la historiografía brasileña con sus ensayos interpretativos de la realidad nacional. Los trabajos de naturaleza geográfica que elaboró sobre la ciudad de São Paulo son inestimables y nos apoyaremos en ellos, así como en los del conocido geógrafo Pasquale Petrone [4], para las observaciones siguientes.

[2] Las capitanías fueron las primeras grandes unidades político-administrativas de Brasil. Se darán mayores detalles sobre ellas en el capítulo II.

[3] Históricamente, los asentamientos más antiguos del Planalto fueron los de Santo André da Borda do Campo y el de la primera Piratininga que, no obstante, tuvieron corta existencia.

[4] C. Prado (Junior), «O fator geográfico na formação e no desenvolvimento da cidade de São Paulo» y «Contribuição para a geografia urbana da cidade de São Paulo», *Evolução política do Brasil e outros estudos*, São Paulo, Brasiliense, 1957.

P. Petrone, «O povoamento antigo e a circulação», *A Baixada Santista: aspectos geográficos*, São Paulo, Editora da Universidade de São Paulo, 1965, vol. 2.

Factores naturales

Puede comprenderse la importancia de los factores geofísicos en la localización de la ciudad cuando se tiene en cuenta la configuración morfológica del actual estado de São Paulo, que presenta cuatro áreas fisiográficas bien caracterizadas: a) la región costera; b) una franja accidentada que es parte del Macizo Atlántico; c) el valle del Paraíba, y d) el Planalto o meseta paulista. Éste cubre una extensión de 600 kilómetros en el sentido sureste/noroeste, interrumpido al este sólo por la estrecha faja litoral con un ancho medio de unos 40 kilómetros. Esto quiere decir que ocupa la mayor parte del área del estado, el 92% de cuyas tierras tiene una altura que oscila entre 300 y 900 o más metros sobre el nivel del mar, quedando sólo un 8% con menos de 300 metros de altitud.

Situado en la franja de tierra que los geógrafos llaman Planalto Paulistano, el «sitio» urbano de São Paulo está separado del litoral por la Sierra del Mar que, junto con las de Paranapiacaba y de la Mantiqueira, constituyen la referida franja accidentada del Macizo Atlántico. Las inmensas barreras que ellas representan hacen singularmente difíciles las comunicaciones entre la zona marítima y las tierras interiores.

Por ello han sido raras las comunicaciones terrestres, destacándose entre ellas el Caminho do Mar, el más importante y transitado por unir la población de São Paulo con su zona más próxima en la playa: la Baixada Santista, nombre por el cual quedó posteriormente conocido ese tramo costero.

La localización del núcleo urbano estaría determinada forzosamente por los factores geográficos. En función del relieve, el punto donde se situó era el que mayor facilidad de acceso e instalación ofrecía a quien, desde el litoral, se atreviese a vencer los enormes obstáculos representados por la Sierra del Mar. Caio Prado Júnior describe mejor las peculiaridades de esas circunstancias:

> Hacia el este, la Sierra se presentaba no sólo como un terreno abrupto formando una muralla continua de una altitud mínima de 900 metros, sino también como una larga zona accidentada, de cumbres que alcanzan 1.500 y 2.000 metros, y que se extiende hasta el valle del Paraíba. El paso allí es difícil, y hasta hoy presenta obstáculos considerables [...] Hacia el oeste, las condiciones no son mejores. Desapa-

rece, es verdad, la parte abrupta de la sierra, que allí se escalona en grados sucesivos. Algunos ríos importantes consiguen incluso penetrar en el interior, rompiendo la barrera de montañas (...), pero en compensación la zona de sierras se ensancha de manera considerable, hasta 100 kilómetros y más, presentando una topografía particularmente accidentada y revestida de una densa cobertura forestal. En cuanto a los ríos, no facilitan el paso [...]. Entre las zonas este y oeste de la Sierra del Mar, se interpone la región central, a la altura de Santos y São Paulo. Allí la barrera montañosa baja a 800 metros, formando una sillada entre las cumbres de ambos lados, la que se continúa con una casi llanura de relieve antiguo donde se sitúan las nacientes del Tietê. [...] Comparado con los demás pasos de la sierra, éste es el punto ideal. Sólo una parte abrupta para superar, y esta misma inferior a la de la sierra del este. Después, un terreno llano de fácil recorrido [5].

Como se ve, el europeo que escalaba la sierra viniendo del litoral santista se encontraba con «un terreno llano de fácil recorrido» y, poco después, con un vasto claro natural, donde predominaba la vegetación rastrera. Eran los campos de «Piratininga», nombre indígena añadido posteriormente al topónimo de la ciudad y que, según las interpretaciones etimológicas, significa «lugar donde se seca el pez». La expresión fue aceptada de inmediato, pues ya se encuentra en Gabriel Soares de Souza, cronista de finales del siglo XVI [6].

Es comprensible la importancia de esos descampados para la instalación del hombre. En las primeras etapas de poblamiento la floresta, sobre todo la tropical con su manifiesta exuberancia, dificultaba la sedentarización, exigiendo trabajos preliminares de desbrozo y un combate sin tregua para frenar el avance de la vegetación. Ya los terrenos poco arbolados estaban prácticamente dispuestos para el asentamiento humano.

Por otro lado, si el relieve fue uno de los condicionantes para la localización de São Paulo, también lo fue para la importancia que la ciudad adquirió como centro de irradiación viaria y, por tanto, de acción colonizadora.

[5] C. Prado (Junior), *O fator geográfico...*, pp. 99-100.

[6] En los documentos históricos la población de São Paulo es también designada como «São Paulo de Piratininga» o simplemente «Piratininga».

Quien observe el mapa del estado notará que, al norte, la Sierra de la Mantiqueira, cuya altitud supera los 2.000 metros, y al sur la de Paranapiacaba, con su topografía accidentada, dificultaban el establecimiento del hombre.

No obstante, en algunos lugares el relieve se suaviza, formando pasos naturales que convergen hacia el emplazamiento urbano de São Paulo, convirtiéndolo en la gran encrucijada de la meseta y, muchas veces, el único camino de una región a otra. Tres grandes pasos se destacan entonces: uno toma el rumbo noreste por el valle del Paraíba que a partir de Jacareí es prácticamente una planicie, debiéndose tal topografía a la calidad del suelo, formado de depósitos fluvio-lacustres arcillosos, semejantes a los de la capital. Por allí se llega a Río de Janeiro y también a Minas Gerais a través de la Mantiqueira.

Hacia el norte, el paso está constituido por los afloramientos de arenisca, así como de pizarras arcillosas y cálcicas pérmicas que forman un terreno más o menos plano e invariable; allí los valles de los ríos Atibaia y Jaguari permiten llegar a la parte sur del territorio de Minas Gerais y a través de Campinas se accede a Goiás, en el centro del país.

Los mismos terrenos pérmicos ofrecen otro paso, esta vez hacia el oeste y hacia el sur, por medio del cual, pasados los campos de Sorocaba e Itapetininga, se comunicaba con las regiones meridionales de Brasil.

Se puede observar, pues, cómo el relieve creó depresiones que neutralizaron en parte las dificultades provocadas por lo accidentado de las sierras, impulsando al hombre a la población, ya que forman áreas relativamente amplias entre alineamientos de escarpas. En esas depresiones surgieron muchos agrupamientos que hoy son grandes ciudades del estado, entre ellas algunas ya citadas como Campinas, Sorocaba, Jacareí.

De igual manera, al formar los pasos naturales descritos, el relieve convirtió a São Paulo en el nudo de ese sistema topográfico.

Tales características se reflejan en la disposición de los caminos establecidos, cuyo trazado condicionará de manera casi permanente las futuras carreteras. Todos iban a dar a los campos de Piratininga y allí se articulaban, imposibilitando el intercambio directo.

También en función del relieve, otro factor otorgaría a la ciudad su gran preeminencia en el sector viario. Era la escala necesaria, el punto intermedio en las comunicaciones entre el Planalto y el litoral.

A través del Camino del Mar, que por su importancia se merece un capítulo aparte, se realizaba todo el contacto entre esas dos porciones del territorio paulista, en un intercambio que con el correr del tiempo se volvería intenso. Piratininga era el punto más próximo de la bajada litoral, donde estaba Santos, el mejor puerto de la región. De lo alto de la sierra, siguiendo senderos indígenas, la distancia sería de sólo 30 kilómetros.

La circunstancia permitió desde muy pronto una acción recíproca entre las dos áreas. Ambas se completan

> y en el sistema económico de la capitanía satisfacen cada cual una de esas funciones conexas e inseparablemente ligadas: centro natural del Planalto y puerto marítimo. Si no fuese por la fatalidad de la Sierra del Mar, esas dos funciones le corresponderían a un solo centro [...]. La configuración geográfica del territorio paulista impidió esas funciones [7].

En verdad, como ya lo ha señalado Pasquale Petrone, la asociación mencionada preexistió a la llegada de los europeos, integrando un solo espacio económico de subsistencia para los nativos, y perduró con el comienzo del poblamiento. Si en el período anterior al descubrimiento la interdependencia respondía a las necesidades de alimentación del indígena, sobre todo en lo tocante a pescados y otros productos del mar, posteriormente sería fruto de la exigencia de un sistema de relaciones con el exterior, imprescindible para el europeo.

Además del relieve, también la hidrografía contribuyó en dotar a São Paulo de una serie de caminos, pues el sitio urbano es el centro de una gran red fluvial. Allí se originan dos sistemas hidrográficos que

> parten enseguida en direcciones opuestas: el del Tietê, más próximo y el más importante, cuyas aguas cortan el territorio de la ciudad y se encaminan hacia el oeste; el del Paraíba, más alejado, y que toma el rumbo noreste en dirección al mar, pasando por el estado de Río de Janeiro [8].

[7] C. Prado (Junior), *O fator geográfico...*, pp. 110-111.

[8] M. L. Marcílio, *A cidade de São Paulo. Povoamento e população (1750-1850)*, São Paulo, Pioneira/Edusp, 1973, p. 15.

El Tietê es el tronco de uno de los sistemas. Con su curso poco accidentado en las proximidades del núcleo urbano, recorre todo el territorio del estado en el sentido noroeste para vaciarse entonces en el Paraná y facilitar así las comunicaciones con el vecino estado de Mato Grosso. Formando las ramas del sistema se articulan los varios afluentes, entre ellos los que bañan la ciudad, tales como el Anhangabaú, el Tamanduateí y el Pinheiros.

Esos ríos corren en declive acentuado sobre terrenos poco resistentes. Alimentados por la pluviosidad elevada han cavado lechos profundos, dividiendo la zona en compartimentos de difícil comunicación entre sí. Esa circunstancia obligó a la construcción de los puentes y viaductos que confieren a São Paulo uno de sus aspectos más característicos.La red hidrográfica aquí mencionada tenía un considerable significado para la Piratininga de los primeros tiempos, pues aunque en algunos trechos los ríos no eran navegables, aun así representaban el mejor medio de comunicación para el intercambio de las poblaciones asentadas en el Planalto. Además de caminos naturales, abastecían de agua y de pescado, de gran importancia en la alimentación de la época. Por ello, por lo menos en los primeros tiempos de la colonización, no había en toda la zona del Planalto ninguna aglomeración que se apartara de los márgenes de los ríos.

Relieve e hidrografía se combinan, pues, para imponer la localización de la ciudad de São Paulo y transformarla —en la imagen ya gastada pero no por ello menos verdadera— en una estrella de caminos que estimularon el poblamiento del Planalto y proporcionaron al núcleo urbano importancia fundamental.

También destacan otros factores físicos: entre ellos, el suelo. En general las tierras expuestas a climas tropicales húmedos son relativamente pobres de elementos nutrientes y poco resistentes a la erosión. Pero en el siglo XVI, formadas bajo el manto forestal, eran abundantes en materia orgánica y suficientemente sueltas como para permitir una fácil penetración de las raíces. De esa manera, respondían a la acción del hombre con un rendimiento adecuado.

Tal vez por ello, aunque los estudiosos enfaticen la inferioridad de las tierras de la capital y sus aledaños en contraste con las del interior del estado, consiguieron atraer la entusiasta admiración de los contemporáneos como el padre José de Anchieta, por ejemplo —uno de los fundadores de São Paulo—, que la describió así:

es tierra de grandes campos, fertilísima de muchos pastos y ganados, de bueyes, cerdos, caballos [...] y provista de muchos alimentos. En ellas se dan uvas y hacen vino; membrillos en gran cantidad, con los que se hacen muchas mermeladas; granadas y otros árboles frutales de la tierra de Portugal. También se dan rosas, clavelinas, lirios blancos [9].

Sería el clima otro factor significativo en el estímulo a la fijación del poblador. Sólo una sexta parte de la superficie del estado de São Paulo está situada al sur de la línea tropical, pero la latitud en este caso es engañosa con respecto al clima, pues las altitudes del Planalto son suficientes para mitigar el calor característico de las regiones tropicales. Los veranos marcan el período de las lluvias regulares y abundantes, con días y noches bastante calurosos. En otoño y en primavera la pluviosidad es menor y los días más frescos. El invierno es normalmente seco, con temperaturas que oscilan entre 9 y 15 grados.

Mientras que en el litoral la temperatura media en enero —el mes más caluroso del año— es de 24,7 grados, en el Planalto oscila en torno a 18,6 grados, bajando a 13,8 en julio, comúnmente el mes más frío [10].

El clima del Planalto era, por tanto, mucho más atrayente para el colono europeo que el del litoral, y esa atracción es visible en los testimonios antiguos; según fray Vicente do Salvador, ya citado, São Paulo disfrutaba de «aires fríos y templados como los de España» y por ello era la tierra «muy sana». Aproximadamente ciento cincuenta años después, a finales del siglo XVIII, otro observador diría que la ciudad estaba dominada por

un clima deliciosísimo en el que jamás se siente demasiado calor, pues no lo permiten las frescas virazones que continuamente refrigeran el aire; en invierno, sin embargo, se siente allí bastante frío, acompañado a veces de hielo [11].

[9] J. de Anchieta, *Cartas* (1554/1594), Río de Janeiro, 1933, Academia Brasileira de Letras, pp. 423-424.

[10] Actualmente el clima está cambiando, volviendo imprecisas e inestables las cuatro estaciones del año, pues la destrucción indiscriminada de la cobertura vegetal ha alterado el padrón pluviométrico, con consecuencias climáticas profundas.

[11] L. dos S. Vilhena, «Recopilação de notícias da Capitania de São Paulo», *Roteiros e notícias de São Paulo colonial (1781/1804)*, São Paulo, Governo do Estado de São Paulo, Coleção Paulística, 1971, vol. 1, p. 108.

El clima influiría, por cierto, en los paisajes botánicos encontrados por el colonizador. En el siglo XVI, cerca del 15% de la actual superficie del estado abarcaba campos cerrados, mientras que el 82% se revestía de bosques diferenciados, con todo, regionalmente. En los tramos más elevados de las sierras de la Bocaina y de la Mantiqueira, por ejemplo, la mata adoptaba un carácter subtropical, señalado por la presencia de las araucarias, los conocidos pinos del Paraná, que también aparecían en manchas dispersas en otras zonas.

En las proximidades de São Paulo y de la Sierra del Mar, así como a lo largo de la costa en general, debido a la intensa pluviosidad, la floresta atlántica era una mata densa y perenne rica en epífitas y lianas.

En los márgenes de los ríos, árboles de madera preciosa se mezclaban con los de frutos silvestres, entre ellos las *jaboticabeiras* que encantaron a Manoel Cardoso de Abreu, para quien la *jaboticaba* es «fruta muy singular al gusto y de saludable remedio en su cáscara...». Este autor, que recorrió el territorio paulista en la segunda mitad del siglo XVIII, dejó también una viva descripción de la variada fauna del Planalto que, por cierto, no había cambiado mucho desde el comienzo de la colonización: monos de toda clase, antes, venados, onzas, carpinchos, animales estos últimos «de fisonomía de cerdos con la diferencia del hocico y de las patas» [12].

Además de los pájaros que surcaban el cielo, también los colores vivos de otras aves tales como el guacamayo rojo de plumas azules, el papagayo, el tucán de papo amarillo, contrastaban con el verde de las matas.

Primitivos habitantes

Era en ese marco natural, exótico para los europeos, donde vivían los primitivos habitantes de Brasil. También ellos serían atraídos por las ventajas de los campos de Piratininga que, así, albergaron a numerosos indígenas.

No es fácil clasificarlos. Los intentos científicos emprendidos en el siglo pasado se fundamentaron sobre todo en datos lingüísticos para

[12] V. M. Cardoso de Abreu, «Divertimento admirável», *Roteiros e notícias de São Paulo colonial (1781-1804), loc. cit.*, 1971.

dividirlos en cuatro grupos: tupis, aruaques, caraíbas y gês. Los portugueses los dividían, *grosso modo,* en tupis y tapuias, habitantes unos del litoral y otros del sertón. Unos y otros, con todo, están lejos de agotar la larga lista de las naciones indígenas brasileñas. En la clasificación mencionada, por ejemplo, no pueden incluirse grupos aislados como los bororos, los paiaguás y los guaicurús o indios caballeros.

Fueron los tupis los primeros en mantener contacto con los extranjeros. Ocupando el extenso territorio litoral y dividiéndose en muchos grupos, eran también nómadas, principalmente por razones de supervivencia: sin recursos y también sin impedimentos, acampaban en un lugar sólo el tiempo necesario para hacer sus plantaciones y proveerse de los víveres necesarios para la interminable jornada. El desarrollo de los estudios etnográficos ha demostrado que esas migraciones también podrían tener un componente místico o religioso, alimentado por las leyendas que corrían sobre tierras lejanas donde los hombres no sufrían ni morían [13]. Sea como fuere, de ese nomadismo, y también de las luchas que entablaban, se derivaba probablemente el gran fraccionamiento de las tribus.

Los tupis tuvieron singular importancia en la historia de Brasil, pues entre todos los grupos indígenas fueron ellos los que verdaderamente incorporaron a la población muchos de sus rasgos y peculiaridades culturales. Como dirá el historiador Sérgio Buarque de Holanda, fue providencial para los colonos el hecho de haber encontrado en la mayor parte del litoral a gente de estirpe común, hablando de norte a sur la misma lengua que, aprendida por los recién llegados, facilitó los contactos con tribus de naciones diferentes.

Particularmente en São Paulo tal vez se pueda decir que, en ciertos aspectos, fueron los portugueses los que se incorporaron a la población amerindia y no al contrario.

De forma esquemática, se suele admitir la presencia en territorio paulista de tres grupos de la nación tupi: los tupinambá, los tupiniquim y los carijós, todos ellos habitantes del litoral.

En los campos de Piratininga vivían los indios guaianá o guianazes. Aunque su identificación aún sea polémica, por lo impreciso y

[13] J. F. de Almeida Prado, *Primeiros povoadores do Brasil (1504/1530)*, 3.ª ed., São Paulo, Cía. Editora Nacional/Brasília, INL, 1976, p. 125.

contradictorio de los informes conocidos, hay estudiosos que los asimilan a los tupiniquim.

Garantizaban la alimentación a través de una agricultura itinerante, a la cual se sumaban la caza y la pesca. Complementaban la alimentación con la práctica de la cosecha, lo que necesariamente ampliaba el área de subsistencia. De ahí su intensa movilidad, caracterizada por desplazamientos rítmicos dentro de ese área.

En lo tocante a la pesca, por ejemplo, la practicaban en los ríos, pero también a orillas del mar. Sobre todo en invierno, grupos enteros se desplazaban hacia allí en busca de pesca marítima, volviendo nuevamente cuando acababa la estación fría. Los numerosos senderos indígenas que atravesaban la Sierra del Mar prueban las intensas relaciones entre el Planalto y la zona costera antes de la llegada de los portugueses.

Para los guaianá, la zona marina no sería tan importante, funcionando sólo como zona periférica subsidiaria; el Planalto, en cambio, tendría mucho mayor significado.

Por ello Pasquale Petrone llama la atención sobre el sentido continental del poblamiento indígena en la región, significativamente expreso en las relaciones creadas entre los campos de Piratininga y la Mesopotamia paraguaya. Es decir: las tribus que habitaban esa parte del Planalto y el litoral próximo tendrían contacto con los indios guaraníes de la cuenca del Paraguay a través del «camino transcontinental más importante de la época anterior al descubrimiento de América», llamado Peabiru por los indios. Era «el mismo camino de São Tomé» de los jesuitas y fue el trayecto recorrido por el aventurero Ulrich Schmidel en el umbral de la primera mitad del siglo XVI cuando, partiendo de Paraguay, intentó alcanzar la costa vicentina.

La presencia europea no romperá ese vínculo. Todo indica que el poblamiento de la Baixada de Santos y también de los campos de Piratininga estuvo desde siempre asociado a ese gran tronco viario del continente.

El núcleo urbano

Es en esos campos, pues, donde surge São Paulo: en un claro natural, especie de anfiteatro circundado al norte por la Sierra de la Cantareira; al oeste por el

histórico pico del Jaraguá con sus 1.000 metros de altura, y al sur las suaves ondulaciones que, después de una ligera subida, anuncian el brusco descenso de montañas que prolongan el Atlántico.

El asentamiento primitivo fue erigido en la más estrecha y escarpada de las colinas que accidentaban la topografía local, flanqueada por los ríos Tamanduateí y Anhangabaú:

> De lo alto de esa loma, cuya altura no supera los 25 metros sobre la planicie fluvial, el observador dominaba toda la extensa planicie del Tamanduateí, abarcando con la vista un horizonte relativamente amplio [...]. Del lado opuesto, en declive también abrupto, el valle del Anhangabaú quedaba igualmente al alcance de la vista desde el otero dominante [14].

Era un espacio no mayor de 10 hectáreas de tierra en el que, al converger los dos pequeños ríos, se formaba la figura de un triángulo.

La descripción muestra otras ventajas ofrecidas por la naturaleza: la colina escarpada, accesible sólo por el lado este, ante la cual se desdoblaba la planicie inmensa sin ningún obstáculo que ocultase el amplio horizonte, era ideal desde el punto de vista estratégico. En una época en la que sobraban razones para temer asaltos imprevisibles de indígenas hostiles, ofrecía una visión perfecta de los eventuales enemigos que se acercasen.

La ventaja estratégica se completaba con la proximidad de los ríos, pues aunque sus crecidas trajesen problemas a la expansión de las actividades humanas, fortalecían las condiciones locales de seguridad.

De esa forma, la ciudad nace ya con una función: la de defensa.

De acuerdo con todo lo expuesto, habrá que coincidir con Caio Prado Júnior cuando atribuye la localización de São Paulo y su preeminencia, no sólo a una política consciente y deliberada del hombre, sino también al concurso natural de una serie de circunstancias físicas.

Esa afirmación, por otra parte, es prácticamente compartida por todos los estudiosos, aunque algunos enfaticen determinados aspectos. Pierre Deffontaines, por ejemplo, apunta como factor fundamental para

[14] R. de Andrada e Silva, «São Paulo nos tempos coloniais», *A evolução urbana de São Paulo,* São Paulo, Coleção da *Revista de História*, 1955, p. 6.

el crecimiento de São Paulo el hecho de que se sitúe en el mejor paso de la Sierra del Mar, con «la playa situada así al alcance del Planalto». Pierre Mombeig —otro eminente geógrafo— destaca su función «de boca del sertón para la mayor parte de Brasil», función ejercida durante dos siglos gracias a la situación geográfica.

Esos y otros factores fueron reconocidos desde los tiempos más remotos y expresados de diferentes formas por testigos tales como el padre Simão de Vasconcellos —que escribió a principios del siglo XVIII—, para quien los inmensos obstáculos presentados por la Sierra del Mar sólo hacían «más apacible la benignidad de los campos».

De ahí la atracción ejercida sobre el europeo que, ignorando el litoral, allí se asentó, transformando los referidos campos en punto de partida para expandir la colonización.

La sierra y el mar

Realmente el poblador desdeñó el litoral, sirviéndose sobre todo de su función de cabeza de puente para la conquista del Planalto.

Las razones son varias, pero una de ellas se refiere a la exigüidad de la faja litoral. En el Brasil de aquella época aparentemente no había metales preciosos, al contrario de lo que ocurría en la América española; la exportación, pues, tenía que basarse en el gran cultivo tropical, ya que la tierra era el único factor de producción abundante.

Dado el coste del aprendizaje de la técnica y las altas inversiones exigidas, ese cultivo sólo se rentabilizaría económicamente practicado en gran escala, en amplios espacios de tierra continuamente sustituidos por otros.

No obstante, de Bahía hacia el sur, la Sierra del Mar se levanta próxima al océano. Hasta Río de Janeiro el área costera forma una amplia planicie, pero a la altura del estado de São Paulo se estrecha profundamente y casi desaparece, de tan insignificante como se vuelve. En las proximidades de Santos, el mar dista de la base de la sierra sólo 15 kilómetros.

Ese pequeño espacio no podría competir por sí solo en extensión con las regiones del nordeste, donde pronto prosperó el gran cultivo del azúcar. Tales regiones eran también más próximas de los centros consumidores, hecho relevante para la navegación transoceánica de la época.

Si se piensa incluso en los constantes ataques de piratas extranjeros, además de otras razones que citaremos más adelante, es fácil comprender qué poco atrayente sería el litoral en comparación con el Planalto interior.

La Baixada Santista

La colonización planaltina, no obstante, no impidió sino que exigió, como ya se ha dicho, un intenso intercambio con la zona litoral, especialmente con las poblaciones de Santos y São Vicente, ambas situadas en la isla de São Vicente, en la Baixada Santista.

Esa región constituye el nexo de unión entre los litorales norte y sur, formando con ellos la fachada atlántica del estado de São Paulo. Es una planicie sedimentaria cuaternaria, cuyo suelo de arenas y arcilla produjo la superficie rigurosamente plana que presenta, con altitudes generalmente inferiores a cinco metros.

Una de sus peculiaridades es la existencia de grandes manglares, verdaderos pantanos de aguas salobres que resultan de la acción de las mareas.

Por otro lado, como también está periódicamente sujeta a las lluvias de verano, se forman allí extensos pantanos de agua dulce.

Esas características se suman a las demás razones apuntadas para dificultar la instalación de un cultivo tropical de exportación. Si se consideran las técnicas de utilización del suelo vigentes en la época, los espacios cultivables deberían obedecer a un proceso selectivo que descartase los pantanos y manglares, las vertientes escarpadas de los morros así como las playas.

Por ello, en términos de espacio agrícola, el litoral en general y la Baixada Santista en particular, no ofrecían condiciones favorables para la implantación de la economía de mercado reclamada por los intereses mercantilistas de las naciones europeas.

El clima de la región es cálido y húmedo como consecuencia de los factores geográficos ya mencionados y de su propia posición bajo el Trópico de Capricornio. Marcado por temperaturas elevadas y abundante pluviosidad sobre todo en verano, la temperatura media es de 22 grados aproximadamente, pero en los meses más calurosos alcanza con facilidad 38 grados.

No se puede olvidar que tales condiciones climáticas, asociadas al comportamiento de las aguas superficiales, contribuyeron a la insalubridad de la región.

Es un hecho ampliamente conocido que «la Baixada Santista hasta tiempos recientes se constituyó en área insalubre, evitada por la población y solamente conquistada en función de importantes trabajos de saneamiento».

En ese marco natural, surge la villa de São Vicente, hito inicial en la colonización de Brasil y fundada en 1532 por Martim Afonso de Souza, de quien hablaremos más adelante.

En verdad, el nombre de São Vicente ya se señalaba en los mapas de la región desde 1502, sugiriendo la existencia de un agrupamiento interior: el «pueblo de hasta diez o doce casas y una hecha de piedra con sus tejados», mencionado por Alonso de Santa Cruz que, integrante de la armada de Sebastião Caboto, estuvo en la región antes de Martim Afonso.

Sea como fuere, después de la fundación de São Vicente, surgieron varios intentos más de ocupación de la zona costera, de los que resultarían algunos asentamientos, entre ellos los de Iguape, Cananéia, Itanhaém...

De todos esos agrupamientos, no obstante, será Santos el más importante, fundado por el colono Brás Cubas frente a la bahía del mismo nombre, en la parte oriental de la isla de São Vicente, en tierras conocidas con el nombre de Enguaguaçu [15].

A una legua de distancia de la villa de São Vicente, su puerto era el mejor «que se puede ver y todas las naves del mundo podrán estar en él con las proíses dentro de la tierra», en palabras de Tomé de Souza, el primer gobernador general de Brasil.

Por ello, antes de que la población se desarrollase, ya había una relación que implicaba funciones específicas para ambas: la de São Vicente serviría a las pequeñas embarcaciones y la de Santos a las de gran porte. En función de esa relación se creó un camino terrestre de comunicación para atender a las necesidades de los habitantes.

[15] Actualmente la expansión urbana llevó a que la ciudad se extendiese por las islas de São Vicente y Santo Amaro y por el continente, originando un área metropolitana que, además de Santos, incluye otras importantes poblaciones.

São Vicente, por tanto, tuvo menor significado como sitio portuario desde el comienzo del poblamiento regional y, con el tiempo, declinó en importancia debido al proceso de obstrucción sufrido por el puerto. José de Anchieta registraría la situación diciendo que la villa «había sido antiguamente puerto de mar, pero después, con la corriente de las aguas de tierra del monte se ha cerrado el canal; no pueden llegar las embarcaciones por culpa de los bajíos y arrecifes».

Por tal motivo diría el padre Fernâo Cardim —cronista de esos primeros tiempos— que São Vicente había sido rica y «ahora es pobre».

Las demás poblaciones litorales también tuvieron poca importancia. En compensación, la presencia y el dinamismo de Brás Cubas estimularon el crecimiento de Santos, que en 1545 ya era villa y en cuyo puerto atracaban las grandes embarcaciones de ultramar. Servía de esa forma a las comunicaciones entre el litoral y el Planalto y de éste con el exterior.

El Camino del Mar

En ese intercambio, mientras tanto, el poblador tenía que vencer el gran obstáculo de la Sierra del Mar que, como se ha dicho, constituía una muralla casi inaccesible.

Las fuentes antiguas solían referirse a las dificultades que presentaba. Según una «información» de Anchieta fechada en 1585, para alcanzar Piratininga se iba «por unas sierras tan altas que dificultosamente pueden subir animales, y los hombres suben con trabajo y a veces a gatas para no despeñarse...» [16]. Fernão Cardim, que también estuvo allí en 1585, lo describe así:

> El camino es tan estrecho que a veces nos íbamos sujetando con las manos (...), lleno de cenagales, nunca he visto nada peor, y siempre íbamos subiendo y bajando sierras altísimas y pasando ríos caudalosos de agua muy fría.

Dos siglos más tarde recordaba una autoridad en el ampuloso estilo de la época

[16] *Apud* P. Prado, *Paulística*, Río de Janeiro, José Olímpio, 1972, p. 23.

aquella sierra soberbia y desnuda que, impidiendo allí el paso al océano, sobre él arroja de su bruñido seno tremendos peñascos contra las olas; que sirviendo de inaccesible muralla a los enemigos de nuestro país, sólo nos daba dificultoso paso...[17].

La Sierra del Mar, pues, aislaba al litoral del Planalto; el Camino del Mar los conectaría de nuevo.

Al principio, en realidad, fueron varios los caminos, todos ellos provenientes de senderos indígenas vitales para la interdependencia existente entre las dos áreas en aquel entonces.

El más utilizado era el sendero de los tupiniquins que, partiendo del puerto del Perequê conducía al lugar llamado Piaçaguera[18] y de allí escalaba la sierra a través del valle del río Mogi, hasta llegar al Planalto.

En la descripción de esas comunicaciones es imprescindible recordar los tres puntos distintos que las componían, presentando todos diferentes grados de dificultades: la Baixada (Cañada), la Sierra y el Planalto. Así, de la Baixada hasta la base de la Sierra, gran parte del recorrido se hacía por agua. Por ello se habla de Puerto de Perequê.

Ese camino parece que fue el más largo entre todos los transitados en la época —cerca de 11 kilómetros, según los estudiosos—, y por él debió subir Martim Afonso cuando inspeccionó los Campos de Piratininga. En 1560, como medida de seguridad, el gobierno mandó cerrarlo pues el trecho serrano estaba sujeto a las incursiones de los *tamoios,* enemigos de los indios guaianá y de los portugueses.

Pero era necesario un nuevo acceso. En esa tarea se empeñaría José de Anchieta, que tomó como base otro sendero utilizado por los indios, el cual se conoció desde entonces como «Camino del padre José». Refiriéndose a este hecho, dice fray Caspar da Madre de Deus, el conocido cronista santista del siglo XVIII:

por la razón de que habiendo sido hasta ese tiempo una picada * de la cual solamente los guaianá se servían, el venerable padre José de

[17] *Apud* P. Prado, *op. cit.*, p. 39.

[18] Nombre compuesto del sustantivo «piaçaba», que significa *puerto,* y del adjetivo «aguera», *cosa vieja.*

* En la acepción común a varios países americanos, tal como registra el término la Academia: «camino o senda abierta por el hombre a través de la espesura del monte» (*N. del T.*).

> Anchieta la redujo a mejor forma, incitado por su claridad para librar a los caminantes de ser asesinados por los bugres del Paraíba, que infestaban el camino por donde viajaba nuestra gente [19].

Se ve, pues, que al utilizar la senda indígena, el jesuita español no estaba construyendo propiamente un nuevo camino sino dándole un nuevo valor al ya existente. Su recorrido era menor, aunque más estrecho. Las vías acuáticas seguían siendo utilizadas en el litoral, de modo que ya no se llegaba al Perequê sino al puerto de las Armadias –posteriormente Santa Cruz–, donde se iniciaba el camino por tierra. En la transposición de la sierra hubo un cambio de valles: la subida no se hacía ya por el valle del Mogi sino por el del Perequê, y se atravesaba, ya en lo alto, la zona accidentada de las cabeceras del río de las Piedras. De ahí se llegaba a los «oteros desnudos que están en el camino de Piratini», según rezaba un antiguo documento.

Ése será el Camino del Mar que, durante siglos, constituyó la única forma de subir al Planalto o bajar al litoral.

Sus obstáculos llevaron a autores como Paulo Prado a atribuirle función selectiva, responsable por la individualidad histórica de São Paulo, especialmente en lo tocante al carácter y tipo del paulista. Habría sido él «el elemento que preparó y facilitó el desenvolvimiento de la raza», al contribuir para apartar al habitante del Planalto «de los contagios decadentes de la raza descubridora».

No obstante las exageraciones del autor, arrebatado por la creencia en el determinismo del medio ambiente, las asperezas del trayecto estimularon un mayor aislamiento del paulista, si se lo compara con los demás colonizadores del litoral brasileño.

Merece la pena detenernos en las interesantes consideraciones de Pasquale Petrone sobre ese camino y sus efectos a lo largo del tiempo. Así lo describe:

> Definido para vencer el obstáculo representado por la Sierra del Mar, con el objetivo de abrir, por tanto, una puerta en ese empinado paredón, en el siglo XVII pareció mimetizarse con él; por su aspereza, por las dificultades que ofrecía a los viandantes, por la vegetación

[19] *Apud* E. da S. Bruno, *Viagem ao país dos paulistas*, Río de Janeiro, José Olímpio, 1966, p. 18.

> densa que lo flanquearía y que probablemente lo cubriría en varias partes, se sumó a la propia sierra en la función de resguardar el Planalto frente a la zona marítima. Por ello adquirió una función originalísima para un camino, la de dificultar la circulación cuando debería facilitarla, permitiendo, en consecuencia, que el Planalto pudiese permanecer protegido frente a las amenazas provenientes del mar. La zona marítima fue escenario de incursiones corsarias, habiendo quedado el Planalto inmune a cualquier forma de invasión, a no ser aquéllas, aún en el siglo XVI, de los propios indígenas. Es verdad que el Planalto no atraía, especialmente en una época en que la presencia europea se limitaba casi exclusivamente a los litorales por sus condiciones económicas. Pero también es cierto que el aislamiento y las especiales condiciones de éste permitían al habitante del Planalto mantener una vida profundamente autónoma... [20].

El Camino del Mar tendrá íntima relación, pues, con la evolución histórica de la capitanía, constituyéndose simultáneamente en causa y efecto de la misma. Por ello, desde finales del siglo XVII y durante todo el siglo XVIII, las transformaciones producidas en el Planalto y en la colonia repercuten sobre él.

El descubrimiento del oro en Minas Gerais, Goiás y Mato Grosso aumenta considerablemente el tránsito hacia Santos, sobre todo porque las autoridades, temerosas del contrabando, cierran los otros raros caminos existentes. Con el agotamiento de las minas, la necesidad de nuevas bases económicas favorece un gran incremento de la agricultura en las últimas décadas del siglo XVIII.

Ante todos esos acontecimientos, la conservación y mejora del Camino del Mar será una constante preocupación de los paulistas, creciendo también la atención oficial puesta en el mismo. Alrededor de 1775 se construye un gran terraplén en el Planalto junto al río Grande, cuyas inundaciones impedían la circulación. Poco después surgía otro terraplén en el trayecto comprendido entre el final de la sierra y los márgenes del río Cubatao, en la Baixada Santista.

Aun así, en 1781 una autoridad diría que el camino era

> casi invadeable y no se transitaba salvo a hombros de los indios y siempre con evidente riesgo de la vida, por unas angosturas tan pro-

[20] P. Petrone, *op. cit.*, p. 71.

> fundas, nacidas de la primera picada que los primeros habitantes habían hecho y tan estrecha que no cabía más de una persona o animal, quedando muchas veces cubiertos bajo la tierra que con las lluvias se desmoronaba y otros muertos en los profundos hoyos que con los pies hacían...[21].

Diez años más tarde, coronando las obras hechas hasta ese momento, surgiría en el trecho de la sierra la famosa «Calzada del Lorena», terminada en 1791 por el entonces gobernador Bernardo José de Lorena, cuyo nombre se ligó de manera indisoluble al hecho. Representó un gran avance, pues, como decía el ya citado fray Gaspar, por ella «se sube con poca fatiga y se baja con seguridad».

Su alcance fue reconocido por todos. Describiéndola en 1813, diría el viajero Beyer:

> El camino en zigzag, de ángulos cortos, está protegido por un parapeto de ladrillos y continúa hasta los siete mil pies de altitud, llevando la subida cerca de dos horas. Cuatro o cinco caminos en zigzag parecían en muchos sitios correr encima de nuestras cabezas, y daban arranques de admiración por una obra para cuya conclusión fue necesario vencer tantos obstáculos [...], talar el bosque, construir tan largo camino a través de la propia roca y finalmente empedrarla[22].

Por tanto, la circulación había mejorado sensiblemente. Ya se podía atravesar la sierra en dos horas; era posible hacer en dos días el recorrido total que en el pasado exigía casi una semana y hoy se hace en menos de sesenta minutos.

Como se ha dicho, en la baixada también hicieron terraplenes, pero el trayecto por agua seguía presentando dificultades. Para llegar al pie de la sierra, ya no se usaba el viejo puerto de las Armadias sino el del Cubatao, junto al río del mismo nombre. Allí las mercancías se transportaban por agua, desde o hacia Santos

> teniendo que pasar en sus embarcaciones por el Canéu, donde son temibles las tormentas porque, al tener en muchas partes muy poca

[21] *Apud* P. Prado, *op. cit.*, p. 24, nota 6.

[22] G. Beyer, «Ligeiras notas de viagem do Rio de Janeiro à Capitania de São Paulo», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico de São Paulo,* vol. XII, São Paulo, 1908, p. 284.

> profundidad, se altera de tal forma que repetidas veces vuelca a las embarcaciones [23].

Además de eso, se dependía de las mareas, llegando la travesía a demorar de cuatro a seis horas.

El Camino del Mar sirvió sólo a peatones durante los dos primeros siglos de colonización, tantas eran las dificultades que había que superar. Los indígenas llevaban las cargas, lo que prácticamente hacía inviable la exportación. Según Sérgio Buarque de Holanda, sólo a finales del siglo XVII sería posible el paso de caballerías, en un recorrido aun así cargado de peligros [24].

Un siglo después llegarían las tropas de burros y mulas: alrededor de 1780 ya eran comunes, exigiendo mejores instalaciones a lo largo del camino. Hasta entonces eran sumamente precarios, cuando no inexistentes, los «ranchos» y posadas que protegían a los viajeros en sus paradas de descanso. Ahora bien: tales albergues deberían tener funciones diferentes de las anteriores, pues hacía falta alimentar y guardar a los animales, así como proteger bien las cargas, en número mucho mayor de las que se transportaban a pie.

Según la descripción de Kidder —una viajero extranjero que pasó por allí—, aun así el rancho era simplemente

> un tejado de paja, sostenido por estacas, con el espacio inferior enteramente descubierto. Se construye a propósito para alojar a los viajeros y sus dimensiones dependen de la liberalidad de los habitantes del lugar. A veces esos rústicos albergues miden de 60 a 100 pies de alto, siendo el ancho proporcional. Muy raramente se encuentran ranchos cerrados. Los viajeros que llegan antes eligen el mejor acomodo. Descargan las mulas y apilan la carga y los arreos, a veces en forma de cuadrado, dentro del cual se acuestan para descansar sobre pieles extendidas en el suelo o en hamacas. Durante la noche sueltan a los animales a pastar y, llevando cada tropa sus utensilios de cocina, los troperos tienen tiempo suficiente para preparar la comida mientras los animales descansan.

[23] *Documentos interessantes para a História e costumes de São Paulo,* São Paulo, Arquivo do Estado de São Paulo, 1889, vol. 29, p. 115.

[24] S. Buarque de Holanda, *Caminhos e Fronteiras,* Río de Janeiro, José Olimpio, 1957.

En general los puntos elegidos para el reposo estaban cerca de ríos o de arroyos. Se cultivaban hierbas para los animales y un habitante del lugar se encargaba de la función de guarda.

Con el tiempo, los imperativos económicos exigieron un nuevo camino que permitiese inclusive el paso de vehículos. En la segunda década del siglo XIX comienzan los planes para su construcción, pero sólo en 1841 se da el paso concreto para iniciar las obras. Tres años después el trazado estaba casi concluido y, en 1846, se inauguraba la «Estrada da Maioridade», nombre que sirvió para identificar al nuevo camino [25].

Su recorrido siguió las directrices tradicionales: en la baixada se aprovechó el terraplén entre Santos y Cubatao; en la sierra, se utilizó la misma superficie del camino anterior, siguiendo los contrafuertes que se disponen en la margen izquierda del río de las Piedras, tallados por sus afluentes. A partir de la cima de la sierra, el camino atravesaba los valles de los ríos Perequê y Grande, pasaba por el entonces pueblo de São Bernardo y llegaba a São Paulo a través del actual barrio de Ipiranga. No obstante, siguió siendo ante todo una vía para tropas, pues, aunque relativamente corto, su trayecto era muy accidentado, dificultando el tránsito de carros de bueyes y otras clases de vehículos existentes en la época.

Aunque representase un avance, la Estrada da Maioridade no resolvió el problema de la circulación, de modo que sólo la línea férrea, surgida a finales de los años 60 del siglo XIX, provocaría grandes transformaciones en el sector, monopolizando el transporte.

Por ello sólo posteriormente se volvería a pensar en un camino apropiado al tránsito de vehículos, ya entonces motorizados.

La mencionada Estrada da Maioridade, abandonada a favor de la vía férrea, fue reconstruida en 1913 y hoy es conocida como Estrada Velha do Mar.

No obstante, la comunicación viaria definitiva entre São Paulo y Santos sería la Vía Anchieta, inaugurada en 1947. En esa ocasión, según un periódico de la Baixada Santista, era la gran carretera destinada

[25] Ese nombre recuerda el hecho histórico del ascenso al trono, en 1840, del emperador Pedro II. Como en esa fecha tenía catorce años de edad, su mayoría fue anticipada para que pudiese asumir el poder.

a soportar el tráfico de vehículos pesados «hasta finales de nuestro siglo». Sin embargo, no hubo que esperar tanto. El intenso crecimiento de las actividades económicas del estado de São Paulo agotó rápidamente la capacidad de aquella vía y menos de veinte años después ya se pensaba en la construcción de otra.

Surgió así, en la década de los 70, la Rodovia dos Imigrantes, una carretera construida con la mejor y más moderna tecnología, cuyo trecho de sierra se supera a través de túneles sucesivos y de viaductos monumentales.

Tan largas consideraciones sobre la comunicación entre el Planalto y el litoral tiene el objetivo de resaltar la importancia de la misma para el binomio São Paulo/Santos, centros que necesariamente deben estar asociados en una acción recíproca y permanente.

Forman un contraste curioso con otras regiones importantes del país. Las ciudades del nordeste, como Salvador y Recife, por ejemplo, constituyen simultáneamente puerto y centro distribuidor de las zonas que le son tributarias. En São Paulo, esa doble función se dividió en sus partes componentes, como ya se ha dicho.

No es un caso único. En el propio estado, a lo largo de la Sierra del Mar, hubo varios ejemplos de ese tipo: entre Cunha y Parati, o entre São Luís do Piratininga y Ubatuba, o incluso entre Paraibuna y São Sebastião.

Con todo, la mayoría de esos binomios hoy en día tienen sólo un significado histórico; el de São Paulo/Santos, al contrario, se ha revalorizado continuamente.

En esa revalorización, el Camino del Mar tuvo un papel fundamental, pues la sierra, con sus abruptas escarpas, dificultó la existencia de las dos funciones arriba mencionadas, pero el camino las articuló, restableciendo la unidad que las debe englobar y mantuvo, así, su carácter de ciudades conjugadas.

Como se ha observado, la fundación de São Paulo representó una nota disonante en la tradicional colonización litoral portuguesa. En la historia del poblamiento colonial moderno, tal vez se pueda comparar sólo con la ciudad de México, como ejemplo de unidad urbana con nivel metropolitano que se desarrolló fuera de la órbita de la navegación marítima.

Situada en el Planalto Paulistano, o sea en la porción del Planalto Paulista limitada por el morro de Jaraguá y por las sierras de la Canta-

reira y del Mar, en cierto modo las condiciones geofísicas del sitio urbano impusieron su localización. La proximidad del litoral, la ausencia de bosque cerrado y las cualidades defensivas de los campos de Piratininga, la presencia de los ríos, el clima, todos estos factores atrajeron a los europeos, que así crearon el primer asentamiento estable en el interior de Brasil.

Por otro lado, los pasos naturales que suavizaban el relieve normalmente accidentado, sumados a la pujante red hidrográfica, muy pronto hicieron de São Paulo un centro de convergencia de las vías que venían del interior del Planalto, así como un punto de articulación entre ellas y el exterior, a través de Santos.

Para lograrlo, fue preciso vencer los obstáculos presentados por la Sierra del Mar, cuya aspereza dificultaba las comunicaciones, aislando al Planalto de la zona marítima.

El Camino del Mar neutralizó ese aislamiento; por ello fue objeto de la constante preocupación de los paulistas y su historia tiene íntima conexión con la evolución económico-administrativa de la capitanía.

La variedad de alternativas utilizadas a lo largo del tiempo no anula el extraordinario sentido de permanencia de las soluciones encontradas para la circulación, tanto en lo que se refiere al carácter técnico como en relación con los rumbos generales de la misma. En su conjunto, las carreteras siguieron las directrices ya en parte definidas en períodos precolombinos y en seguida aprovechadas por el proceso de colonización. En todos los casos, tal permanencia satisfizo a un sistema en el que los hechos físicos tienen una importancia fundamental.

La posición del núcleo urbano junto al sertón fue responsable, entre varios factores, de otra peculiaridad que será analizada en capítulos posteriores: la tendencia centrífuga que caracterizó sus primeros siglos de vida.

En síntesis: el lugar donde se erigió la antigua Piratininga fue de fundamental importancia para su evolución histórica.

Como recuerda Caio Prado Junior, gracias a las privilegiadas condiciones geográficas que determinaron su elección, São Paulo tenía «necesariamente que gozar de la preeminencia marcada que siempre la distinguió sobre las demas ciudades de la región». Fueron ellas, además, las que le otorgaron la proyección de que hoy disfruta.

[illegible] del Mar, [illegible] las condiciones y diversidad de un [illegible] en los obstáculos. La proximidad del litoral, la presencia de bosque cerrado y las cualidades defensivas de los rebordes del Planalto, la posición de Piratininga, [illegible] todos estos factores [illegible] a los europeos, que allí crearon el primer asentamiento estable en el espacio de Brasil.

Por otro lado, los cursos naturales que [illegible] el relieve [illegible], [illegible] a lo largo del tiempo, [illegible] hicieron de São Paulo un centro de convergencia de las vías que venían del interior del Planalto, así como un centro de articulación entre éste y el litoral, a través de Santos.

Este hecho, sin embargo, [illegible] los desniveles [illegible] de la Sierra del Mar, cuya vertiente dificultaba las comunicaciones [illegible] el Planalto de la zona marítima.

El Camino del Mar [illegible] por ello fue objeto de la constante preocupación de los [illegible], y su historia tiene íntimas relaciones con la evolución económica [illegible] de la capitanía.

La variedad de alternativas utilizadas a lo largo del tiempo [illegible] el significado [illegible] de las soluciones encontradas para la [illegible] el carácter [illegible] con los modelos generales de la [illegible]. En su conjunto, las [illegible] siguieron la [illegible] ya en parte definidos en período [illegible] y en seguida [illegible] por el proceso de colonización. En todos los casos, [illegible] en el que los hechos físicos tienen una importancia fundamental.

La posición del núcleo urbano frente al escarpe fue responsable, entonces, de esta peculiaridad, [illegible] de vida.

En síntesis, el lugar donde se [illegible] fue de fundamental importancia en su evolución posterior.

Como recuerda Caio Prado Júnior, [illegible] condiciones [illegible] sólo secundariamente [illegible] sobre las demás [illegible] de la región. [illegible] ellas, además, las que le otorgaron la proyección de que hoy disfruta [illegible]

Capítulo II

EL COLEGIO Y LA VILLA

Desde enero hasta ahora, siendo a veces hasta 20 personas, estamos en una casa hecha de madera y paja, la cual tendrá 14 pasos de largo y diez de ancho, que nos sirve de escuela, dormitorio y comedor, enfermería y cocina y despensa...

(Carta de José de Anchieta a San Ignacio de Loyola)

Comienzo de la colonización

El descubrimiento de Brasil reveló lo peculiar que era la nueva colonia frente a las motivaciones de la época: un territorio casi desierto, aparentemente sin ninguno de los elementos que impulsaron la expansión comercial y marítima europea, poblado de salvajes en gran parte bravíos y cuyos rasgos culturales les impedían el consumo de los productos europeos.

Notable era también el contraste con las Indias Orientales y la América Española, que inmediatamente propiciaron en los países ibéricos un intercambio altamente lucrativo.

Se imponía, no obstante, establecer una forma de economía capaz de garantizar simultáneamente la ocupación efectiva de la tierra y defenderla de las incursiones extranjeras.

Con ese objetivo y otros más ambiciosos, como los de acercarse a las soñadas minas suramericanas de Castilla, el monarca portugués envía a Brasil en 1530 una expedición bajo el mando de Martim Afonso de Souza, ya mencionado en el capítulo anterior. Según recuerda Luís dos Santos Vilhena,

> sólo Vespucio había llegado al río de la Plata. Deseoso el señor don João III, pues, de saber de aquel resto de la América meridional que avizoraba como dominio suyo, mandó aprontar una escuadra para esta importante diligencia, nombrando capitán mayor de ella a Martim Afonso de Souza, a quien recomendó que formase en aquellas

> partes una colonia, estableciéndola donde la mejor comodidad lo permitiese [1].

Fue al regresar de ese viaje cuando el enviado portugués fundó la villa de São Vicente. Como se ha visto, ya existía allí un poblado, lo que hace de Martim Afonso, si no el iniciador del proceso de colonización, sí «el instrumento que la impulsó en nuevas bases, aprovechándose [...] de los marcos ya existentes».

Sea como fuere, São Vicente es considerada el hito inicial de la colonización portuguesa en Brasil.

La elección de un lugar más al sur, como el del nuevo asentamiento, desfavorable a la agricultura, mucho más distante de Europa que las zonas del noreste, no fue ocasional. Las exploraciones del litoral habían mostrado que las «tierras australes prometían fácil acceso al corazón del continente y al fabuloso Perú». Según el historiador portugués Jaime Cortesao, don João III no desconocía que la región marítima de dominio luso más próxima a la cuenca del Plata era precisamente São Vicente. De este modo, al enviar a Martim Afonso, pretendía valorar las posibilidades de abarcar en el ámbito de la soberanía portuguesa todo el valle del Plata, incluyendo, por tanto, al Paraná —del cual el Tietê es afluente— y al Paraguay, este último «el fabuloso río de los jubilosos tesoros de oro y plata».

En la cartografía de la época, las ricas regiones castellanas estaban próximas a la zona vicentina, existiendo relaciones entre ésta y la Mesopotamia paraguaya, a través del ya citado «Camino del Peabiru», que al extenderse por más de doscientas leguas, desde São Vicente hasta el río Paraná, ponía en contacto a los indios guaraníes del Paraguay con otras tribus, entre ellas las que poblaban la meseta de Piratininga.

Por ello Roberto Simonsen, en su *História Econômica do Brasil*, atribuye a la búsqueda de metales preciosos «la preferencia de la elección de las tierras paulistas para una mayor ocupación portuguesa».

Primordialmente ése parece haber sido el objetivo de Martim Afonso, pues no se limitó a permanecer en el litoral paulista. El mismo año en que concedió fueros de villa a São Vicente, subió al Planalto y allí creó la primera Piratininga con el objetivo de ligarla a São

[1] L. dos Santos Vilhena, *op. cit.*, p. 96.

Vicente «por un sistema único de dos puertos, uno fluvial y otro marítimo, y transformarlos en el gran emporio por donde se filtrase la riqueza del Paraguay». Pero esa primera población del Planalto, habitada casi exclusivamente por indígenas, arrastró la vida anónima y precaria de los *aldeamentos* *, desapareciendo sin alcanzar los objetivos que presidieron su creación.

De todas maneras, se puede valorar la importancia de la expedición de Martim Afonso si se piensa que a sus resultados se debe probablemente la decisión del monarca portugués de dar un paso más efectivo para la colonización regular creando las capitanías generales.

Se trataba de repartir la colonia en parcelas de tierra delimitadas por el mar y por la línea de Tordesillas y concederlas a donatarios, o sea, a aquellos que quisiesen poblarlas por su propia cuenta. Tal sistema

> forzaba la administración indirecta y descentralizada en el nivel regional y local. Transfería a los donatarios y colonos, en principio, las responsabilidades militares y judiciales y hasta financieras, quedándole a la Corona sólo las funciones de fiscalización [2].

Se libraba así Portugal de las cargas de la colonización y, simultáneamente, estimulaba la inversión en la nueva tierra de capitales privados que hasta entonces se volvían de manera prioritaria hacia la empresa de las Indias Orientales.

Los donatarios o capitanes mayores poseían inmensos poderes, extensivos a sus descendientes, correspondiéndoles donar tierras, recibir determinados impuestos, distribuir justicia, fundar villas...

El sistema como un todo fracasó, pues de las 15 capitanías creadas sólo prosperaron dos: la de Pernambuco, donada a Duarte Coelho y la de São Vicente, cuyo donatario sería Martim Afonso de Souza.

Los problemas que debían solucionarse eran muchos y de gran amplitud. No había capitales suficientes para el desbrozamiento de tierras a mucha distancia de las bases iniciales y la hostilidad de los indios era constante, lo que exigía gran número de hombres y armamento para contenerlos. Los conflictos se producían también entre los

* Nombre que recibían las poblaciones de indios dirigidas por misioneros o por una autoridad laica *(N. del T.)*.

[2] N. Goulart Reis, *op. cit.*, p. 31.

propios donatarios: señores absolutos en sus dominios, solían tomar decisiones —como la de guarecer a fugitivos de otras capitanías, por ejemplo— que los oponían entre sí. Además de ello,

> el desconocimiento geográfico de la nueva colonia portuguesa a pesar de los treinta años de dominio, agravó lo arbitrario de la división de la costa, con líneas divisorias trazadas idealmente sobre toda clase de accidentes de terreno, que se acentuaban por el continente hasta más allá del límite fijado en Tordesillas. Otro defecto consistía en el desconocimiento completo del valor de las tierras asignadas. Había largos trechos de la costa este-oeste casi inaccesibles a las demás capitanías...[3].

No puede olvidarse que los colonos no llegaban a América como trabajadores. Su objetivo era explotarla como señores, a costa del trabajo ajeno.

El fracaso, aliado a los temores provocados por la ambición de las naciones deseosas de conquistas ultramarinas como Francia, cuyos barcos rondaban constantemente el litoral brasileño, exigió una participación más directa y visible del poder monárquico en la colonia. Se instituyó entonces en 1549 el Gobierno General, poniendo fin al intento de explotar Brasil sólo por medio de la iniciativa particular[4].

Entre los nuevos propósitos de la metrópoli estaba el de corregir, donde fuese necesario, la dispersión y el particularismo vigentes en el régimen de *donatarias* (jurisdicciones de donatarios), centralizando los esfuerzos de administración en manos de los agentes de la Corona, a quienes los donatarios deberían subordinarse.

Pero se puede pensar también en otros objetivos, además de los mencionados. Como recuerda Sérgio Buarque de Holanda, la creación del Gobierno General se produce en un momento de retraimiento de la política ultramarina portuguesa en otras zonas, visible desde 1541 con la pérdida de Santa Cruz del Cabo Gué, el abandono de Safi y de

[3] J. F. Almeida Prado, «O Regime das Capitanias», *História Geral da Civilização Brasileira*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1960, I, p. 98.

[4] Paulatinamente, las capitanías fueron volviendo al dominio metropolitano: algunas, por abandono; otras por falta de herederos y otras incluso compradas por la Corona. Pero la denominación de capitanías dada a esas divisiones regionales perduró hasta finales del período colonial, más precisamente hasta 1815.

Alcácer-Ceguer. En 1549, por deficitaria e insolvente, desaparece también la factoría de Flandes.

Tal vez la idea de ver tales pérdidas compensadas con las riquezas ocultas de la nueva tierra americana o la posibilidad de buscarlas en tierra ajena, pero próxima, estimuló la medida. No se puede olvidar que las ricas minas de Potosí habían sido descubiertas en 1545, y en la cartografía de la época Perú estaba cerca de la colonia portuguesa [5].

El primer gobernador general será Tomé de Souza, «un hidalgo circunspecto, de buen tino y entendimiento, con experiencia en los negocios ultramarinos», que llega a Brasil aquel mismo año de 1549 y trae consigo un grupo de misioneros jesuitas dirigido por el padre Manoel da Nóbrega.

Para esos discípulos de Ignacio de Loyola, imbuidos del celo de la Contrarreforma, sin duda ejercería una fuerte atracción la nueva conquista poblada de salvajes paganos.

Realmente, ellos y los que los siguieron realizaron un intenso trabajo educativo y de catequesis, cuyos efectos tuvieron profunda influencia en la historia de Brasil [6].

Fundación de São Paulo: el colegio y el poblado

Sin embargo, fue en el gobierno de Duarte da Costa, el segundo gobernador general, cuando se concretó la fundación de São Paulo. Su origen fue un modesto colegio construido por los padres de la Compañía de Jesús con el propósito de modelar «un pueblo iniciado en la sinceridad, verdadera religión y amor de Cristo», según las palabras de historiadores considerados tradicionales como Teodoro Sampaio, cuyas obras revelan un franco entusiasmo por la actuación jesuítica [7].

También ellos serían atraídos por el Planalto. Su acción evangelizadora en la capitanía se había iniciado en la villa de São Vicente,

[5] S. Buarque de Holanda, «A Instituição do Governo Geral», *História Geral da Civilização Brasileira*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1960, I, p. 108.

[6] *Vid.* S. Leite, *História da Companhia de Jesus no Brasil*, Lisboa/Río de Janeiro, 1938/1950, 10 volúmenes.

[7] T. Sampaio, «A Fundação de São Paulo», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico de São Paulo*, São Paulo, 1905, vol. X.

donde, el 2 de enero de 1552, Manoel da Nóbrega inauguró el «Colegio de los Niños de Jesús», destinado a educar a los niños indios, los llamados «curumins».

Los religiosos se desencantan muy pronto con el litoral, pues las divergencias que caracterizarán sus relaciones con los colonos a través del tiempo ya se revelan en esa época. Para ellos, la convivencia de los novicios y catecúmenos con los habitantes locales perjudicaba su «formación religiosa y moral». Era preciso inmunizar a «los indios recién convertidos contra la disipación de los habitantes blancos de la costa».

Argumentaban también que, para visitar a sus «curumins», los indios del Planalto tenían que emprender constantemente la penosa travesía de la sierra.

Pero sobre todo estaban profundamente interesados en los indios carijós de Paraguay que, según castellanos llegados a São Vicente, «tenían la mejor disposición para volverse cristianos». Según diría Nóbrega en carta a don João III, el Planalto significaba «la puerta y el camino más corto para entrar en las generaciones del sertón».

Guiados por tales objetivos, los religiosos deciden instalarse en los campos de Piratininga, considerados el mejor lugar para el comienzo de la expansión rumbo al sur. Bajo la dirección del padre Manoel da Paiva, 13 religiosos subieron a la sierra para concretar su misión. Entre ellos estaba el entonces novicio José de Anchieta, que había llegado a Brasil con el segundo gobernador general y sería uno de los grandes artífices de la obra misionera del siglo XVI.

Como se ha visto en el capítulo anterior, el lugar elegido fue la colina más estrecha y escarpada entre todas las que accidentan la topografía paulista, un sitio defensivo de los mejores que la región podría ofrecer. Los ríos que lo rodeaban, abundantes en peces, también servirían a los jesuitas en sus peregrinaciones por las aldeas indígenas dispersas por los alrededores...

En la mañana del 25 de enero de 1554, día consagrado a la conversión de São Paulo, Manoel de Paiva celebró misa en un altar rústico e improvisado, inaugurando la tosca construcción destinada al colegio, cuyo nombre se extendería a la población concentrada a su alrededor.

No tuvo, pues, la ciudad

> ninguna piedra fundamental, ni siquiera un simple mojón de granito para señalar su fundación; no contó con la presencia de ninguna au-

toridad civil ni de ningún representante del Rey, el señor don João III, de Portugal. Surgió modesta, silenciosamente, teniendo como testigos del hecho a algunos padres de la Compañía de Jesús y a un grupo de indios.

São Paulo nace, por tanto, con la función «religiosa y escolar» señalada por el geógrafo francés Pierre Mombeig y reafirmada por el historiador Raul de Andrada e Silva. No pretendían los misioneros más que

> la conversión y educación de los indios, además de la formación de nuevos profesores y evangelizadores de la Orden recientemente fundada por Ignacio de Loyola. Por eso mismo, la primera función del agrupamiento naciente no fue otra sino la de mero núcleo de catequesis [...]. Caso particular y único, registrado en los primeros sesenta años del siglo XVI, desde que los demás asentamientos coloniales hasta entonces fundados desempeñaron funciones diversas, ya de centro de fijación demográfica y colonizadora, como São Vicente, ya de centros administrativos, como la ciudad de Salvador, ya de centros de acción militar, establecidos frente a las exigencias de conquista y defensa de la tierra, como el primitivo núcleo portugués de Río de Janeiro [8].

En carta a Ignacio de Loyola describía Anchieta el colegio de São Paulo como una simple casa, «la cual tendrá 14 pasos de largo y 10 de ancho, que nos sirve de escuela, dormitorio, enfermería y cocina y despensa».

Atraídos por esa construcción ruda y modesta, los indios fueron levantando habitaciones a su alrededor. Así, al principio, el pequeño asentamiento tendría un fuerte componente indígena, que sólo se atenuaría con el correr del tiempo.

La supervivencia fue difícil hasta finales del siglo XVI, pero sobre todo en los primeros seis años de vida del poblado, a causa de las contiendas entre los jesuitas y João Ramalho, el primer habitante blanco del Planalto de que se tiene noticia.

Corresponde hacer aquí un paréntesis para recordar a esa figura curiosa y discutida que llegó a Brasil en fecha incierta y que, ya en São

[8] R. de Andrada e Silva, *op. cit.*, p. 9.

Vicente, se unió con la hija de Tibiriçá, un cacique de la tribu guaianá. Circulando entre el Planalto y el litoral, disponía de numerosos aliados indígenas y dominaba una amplia extensión de los campos de Piratininga, practicando intensamente el tráfico de indios esclavos.

Auxilió a Martim Afonso en sus primeros contactos en la nueva tierra y, reuniendo a los que quedaban de la antigua Piratininga, fundó la población de Santo André da Borda do Campo, que Tomé de Souza elevó a condición de villa el 8 de abril de 1553.

Por ello se dice que, aunque São Paulo haya sido el primer asentamiento estable del Planalto, no fue el más antiguo, pues la aldea de Piratininga construida por Martim Afonso y la villa de Santo André lo precedieron cronológicamente.

Las actividades de João Ramalho lo llevarían a serios conflictos con los jesuitas. Para Nóbrega, su vida era un terrible escándalo:

> él y sus hijos andan con las hermanas (de las esposas) y tienen hijos de ellas. Van a la guerra con los indios y sus fiestas son de indios y así viven andando desnudos como los mismos indios [9],

diría el religioso.

Los primeros pobladores blancos de Brasil encontraron dificultades para mantener los criterios de la cultura bajo la cual habían nacido, adoptando muchos de ellos los hábitos indígenas.

También era común utilizar a los bugres para hacer prisioneros a otros individuos de tribus enemigas a fin de canjearlos por productos europeos. Pero João Ramalho y sus hijos llevaron al extremo tal comportamiento, practicándolo sin disfraces y generalizándolo en la población recién fundada.

Por ello dirá Teodoro Sampaio que Santo André era una «traición a la idea civilizadora» y no una villa portuguesa. Y en opinión de Paulo Prado, habría sido

> el primer núcleo de resistencia contra el elemento civilizador y la catequesis misionera. Simbolizó, por así decirlo, la codicia, la violencia y la explotación del comercio de esclavos, realizada y organizada por el colono ya autóctono, en oposición al esfuerzo místico de los pa-

[9] *Apud.* J. F. Almeida Prado, *Primeiros Povoadores do Brasil*, p. 88.

dres de la compañía, empeñados únicamente en la salvación de las almas [10].

Chocaron así esas dos voluntades –la de los religiosos y la de los colonos– , que en realidad tenían origen idéntico, pues provenían de hijos de la misma época: la época de un mundo recién encontrado, abierto a todas las conquistas, propicio a todas las audacias. Tanto jesuitas como pobladores eran hombres de acción, deslumbrados con las potencialidades de la nueva tierra; lo que les diferenciaba eran los campos de actividad en los que canalizaban sus ansias y energías.

Los conflictos entre João Ramalho y los misioneros acabaron implicando a Piratininga y Santo André. Cada una de las partes buscaba fortalecer su propia aldea, atrayendo a los moradores de la otra y recurriendo al apoyo de las autoridades con argumentos que giraban alrededor de la localización de ambas.

Hay divergencias en cuanto a la exacta posición del asentamiento de João Ramalho, pero lo cierto es que se encontraba en la linde del bosque, poco después de la subida de la Sierra y cerca del actual municipio de São Bernardo do Campo, importante centro industrial de la región metropolitana de São Paulo.

Argumentaba su fundador que cuanto mayor fuese el poblado mayor sería la seguridad del colegio, pues el primero serviría de freno a las embestidas de los tamoios que, protegidos por las laderas septentrionales de la sierra, venían de lejos a asediar los campos de Piratininga.

Los padres contraatacaban, respondiendo con el mismo tipo de argumento: por estar cerca del bosque, Santo André estaba más sometido a las hostilidades de los indios, lo que hacía a São Paulo vulnerable, mientras éste, en un lugar descampado y sin árboles, podía presentir fácilmente la llegada del enemigo e impedirle que se aproximase.

La villa

Dividida entre los intereses de los colonos que en muchos puntos coincidían con los de la Corona y los de los jesuitas, amparados por

[10] P. Prado, *op. cit.*, p. 47.

el Papado y por el respeto que la época otorgaba a la religión, la metrópoli se decide finalmente por éstos. En 1560 Mem de Sá –el tercer gobernador general– desaloja Santo André da Borda do Campo, traslada a sus 30 habitantes blancos a Piratininga y otorga a ésta fueros de villa.

En la decisión del gobernador habría pesado la idea de que era preciso concentrar a los pobladores aumentando su fuerza y capacidad de resistencia contra los indios enemigos y para ello, a pesar de los argumentos de João Ramalho, São Paulo estaba mejor situada. Además, estaban las ventajas económicas ofrecidas por las zonas de campo, donde era fácil producir alimentos y criar ganado.

Como se puede imaginar, las disputas de los seis primeros años influyeron en la estabilización de la aldea surgida alrededor del colegio, cuyos habitantes indios se dispersaron, pero su ascenso a la condición de villa y el traslado de los habitantes de Santo André contribuyeron para que lentamente se consolidase la población, aunque superando numerosas dificultades.

Una de ellas era la irresistible atracción que los dominios castellanos del sur ejercían sobre los colonos. Otra derivaba de los valores culturales de los indios, que los hacían resistir a la catequesis. Retornaban con facilidad a sus creencias y costumbres y si algunos se convertían definitivamente, otros, después de un período inicial, volvían al bosque.

Nóbrega diría, resignado:

> aunque muchos jóvenes retrocedan para seguir las costumbres de sus padres, donde no tienen control, al menos se gana esto: que no vuelven a comer carne humana y, más aún, censuran que sus padres lo hagan.

Los misioneros obtenían conquistas como ésa –la de eliminar la antropofagia, uno de los rasgos más chocantes de la cultura indígena para el europeo–, contemporizando con aquellos otros hábitos que en su opinión no afectaban a la fe cristiana. Permitían, por ejemplo, y hasta estimulaban a sus pupilos a mantener las danzas y músicas nativas. Como éstos asimilaban fácilmente una musicalidad diferente de la suya, participaban con entusiasmo en representaciones teatrales organizadas por los religiosos, así como en coros, letanías y canciones sacras.

No obstante, la dificultad mayor enfrentada por el poblado naciente se refería a las embestidas de los indios enemigos.

Ya en el primer año de su ascenso a villa sufrió un ataque indígena, aunque fue pronto rechazado. Dos años después –en 1562–, el asalto conjunto de guaianás, carijós y tamoios agrava la situación.

> Un gran cuerpo de enemigos pintados y emplumados y con grandes alaridos cercó la población durante dos días, incendiando tierras de labor, matando el ganado a flechazos y provocando terrible pánico. Mujeres y niños fueron recogidos en el colegio y en la iglesia, por ser un poco más segura y fuerte,

según escribía Anchieta. Allí se quedaron rezando «con velas encendidas ante el altar».

Fue una lucha entre hermanos, pues si entre los atacantes había guaianás, los defensores eran de la misma tribu. Dirigidos por Tibiriçá, suegro de João Ramalho, formaron el grueso de la tropa de defensa que consiguió al fin hacer que el enemigo se batiese en retirada.

Tales asaltos sometían a la villa a un continuo sobresalto, obligándola a crear un sólido sistema defensivo del que hablaremos, gracias al cual fue posible resistir las constantes embestidas de los indígenas. La última tentativa de destruir el poblado se produjo en 1594, en un asedio del que no quedan pormenores.

A partir de entonces fueron rechazados de una vez hacia el sertón más distante y la documentación deja de registrar su presencia en los alrededores de Piratininga.

A pesar de tales dificultades, la población creció en ese lapso, aunque fuese aún ínfimo el número de habitantes al finalizar el siglo XVI. Alejado el peligro indígena, por fin pudo consolidarse definitivamente el poblado, lo que explica la afirmación hecha tantas veces de que São Paulo fue el primer asentamiento regular en las tierras de «sierra arriba».

Configuración del paisaje urbano

A semejanza de buena parte de los asentamientos instalados por los portugueses en tierras brasileñas, la villa de Piratininga presentaba un trazado acentuadamente irregular, sin ningún planeamiento ni orientación definida. «Aldea de curas e indios» en su origen, ambos

imprimieron la marca de sus experiencias a las primeras edificaciones y demarcaciones callejeras.

Con todo, no fue sólo por ello por lo que el trazado urbano de São Paulo nació sin un criterio de orden. En Brasil, de forma general sólo las ciudades mayores como Salvador, la primera capital, recibirían cuidados urbanísticos especiales, revelando la intención de la Corona de controlar su delineamiento. Aun allí, con el correr del tiempo, las directrices iniciales se fueron olvidando y ello llevó a que los estudiosos concluyesen que, en su conjunto, por lo menos hasta principios del siglo XVIII, la regularidad del trazado era una preocupación prácticamente ausente de los núcleos urbanos brasileños.

Esa característica haría a las ciudades lusoamericanas del todo diferentes a las construidas por España en sus dominios, cuyo diseño obedecía a rígidas reglas, codificadas con gran minuciosidad en las *Leyes de Indias*, una de las más perfectas fuentes de orientación sobre el urbanismo formal de la época.

El contraste entre ese aspecto de las ciudades coloniales hispánicas y portuguesas está magníficamente analizado por Sérgio Buarque de Holanda [11], que lo atribuye a estrategias de dominación diversas, ligadas a su vez a rasgos psicológicos específicos de cada pueblo.

Vale la pena reproducir sus observaciones, según las cuales la historia muestra qué decisivo instrumento de dominación habría sido la construcción de ciudades para muchas naciones conquistadoras.

También España mostró evidente preocupación en asegurar el predominio metropolitano sobre las nuevas conquistas americanas mediante la creación de grandes núcleos de población, estables y bien ordenados. Si en el primer momento hubo amplia libertad para el esfuerzo individual, posteriormente, la mano fuerte del Estado impuso su peso, apaciguando rivalidades y disensiones y canalizando la ruda energía de los colonos para mayor provecho de la metrópoli. Solamente una vez concluida la población y terminados los edificios, los gobernadores deberían atraer a los naturales de la tierra al gremio de la Santa Iglesia y a la obediencia de las autoridades civiles, según recomendaban las *Ordenanzas de Descubrimiento Nuevo y Población* de 1563.

[11] S. Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, Río de Janeiro, José Olímpio, 1976, 10.ª ed.

El trazado de los centros urbanos

> revela el esfuerzo decidido de vencer y rectificar la fantasía caprichosa del paisaje agreste: es un acto definido de la voluntad humana. Las calles no se dejan modelar por la sinuosidad y por las asperezas del suelo; les imponen, más bien, el acento voluntario de la línea recta. El plan regular no nace aquí siquiera de una idea religiosa, como la que inspiró las construcciones de las ciudades del Lacio y más tarde la de las colonias romanas de acuerdo con el rito etrusco; fue simplemente un triunfo de la aspiración de ordenar y dominar el mundo conquistado. El trazo rectilíneo, en que se expresa la dirección de la voluntad a un fin previsto y elegido, manifiesta bien esa deliberación. Y no es casual que impere decididamente en todas esas ciudades españolas, las primeras ciudades *abstractas* que edificaron europeos en nuestro continente.

Una legislación abundante prevenía sobre cualquier fantasía o capricho en la actividad urbanística. La construcción de un nuevo núcleo debería comenzar siempre por la plaza mayor que, si correspondía a una zona costera, se situaba

> en el lugar de desembarque del puerto; si a zona mediterránea, en el centro de la población. La forma de la plaza sería la de un cuadrilátero cuyo ancho correspondiese por lo menos a dos tercios del largo, de modo que pudiesen correr caballos en ella los días de fiesta [...] La mediana y buena proporción sería la de seiscientos pies de largo por cuatrocientos de ancho [...] La plaza servía de base para el trazado de las calles: las cuatro principales saldrían del centro de cada lado de la plaza. De cada ángulo saldrían dos más, teniendo el cuidado de que los cuatro ángulos mirasen hacia los cuatro vientos. En los lugares fríos, las calles deberían ser anchas; estrechas en los lugares calurosos...

Todo estaba, pues, minuciosamente previsto. La población partía de un centro y su planeamiento se inspiraba en modelos grecorromanos, pero mientras en éstos

> el agrupamiento ordenado pretende sólo reproducir en la tierra el propio orden cósmico, en el plan de las ciudades hispanoamericanas lo que se expresa es la idea de que el hombre puede intervenir arbitrariamente,

> y con éxito, en el curso de las cosas, y de que la historia no solamente ocurre sino que puede también ser dirigida o hasta fabricada.

Los españoles desearon hacer del país ocupado una prolongación orgánica del suyo:

> Si no es del todo cierto decir que Castilla siguió hasta el fin semejante derrotero, lo indiscutible es que al menos la intención y la dirección iniciales fueron ésas. El afán de hacer de las nuevas tierras más que simples factorías comerciales llevó a los castellanos, algunas veces, a comenzar por la cúpula la construcción del edificio colonial.

Basta pensar en la Universidad de Santo Domingo, creada ya en 1538, o en la de San Marcos, en Lima, fundada en 1551, sólo veinte años después de que Pizarro iniciase la conquista del Perú, que permitieron a los hispanoamericanos completar sus estudios sin tener que enfrentar el océano. Ese ejemplo

> no ofrece sino una de las caras de la colonización española, pero que sirve bien para ilustrar la voluntad creadora que la anima. No quiere decir que esa voluntad creadora distinguiese siempre el esfuerzo castellano y que en él las buenas intenciones hayan triunfado de modo persistente sobre todos los esfuerzos y prevalecido sobre la inercia de los hombres. Pero indiscutiblemente por ello su trabajo se distingue del trabajo portugués en Brasil.

Comparada a lo que aspiró a ser la empresa española, la de los portugueses parece tímida y mal preparada para vencer. Teniendo siempre en cuenta el carácter de explotación comercial de la nueva colonia, gobierno y súbditos la encaran como mero lugar de paso. Renuncian a traer normas imperativas y absolutas para ella, cuidando menos de construir y planear que de «administrar una riqueza fácil y casi al alcance de la mano».

Ya Nóbrega sentía tal disposición cuando escribía que

> los colonos no quieren bien a la tierra, pues tienen su afecto en Portugal, ni trabajan tanto para favorecerla como por aprovecharse de la mejor manera que pudieren; esto es general, puesto que entre ellos habrá algunos fuera de esta regla...

La fisonomía mercantil de la colonización lusa se revela en todo momento, como, por ejemplo, en el sistema de poblamiento litoral, preferido por estar al alcance de los puertos de embarque.

Por otro lado, no convenía tampoco que aquí se hiciesen grandes obras si no producían beneficios inmediatos...

Poco importará incluso a los de Portugal

> que sea floja e insegura la disciplina fuera de aquello en que los frenos pueden mejor servir, e inmediatamente, a sus intereses terrenos. Para ello también contribuiría una aversión congénita a cualquier ordenación impersonal de la existencia, aversión que, entre los portugueses, no encontraba correctivo en la voluntad de dominio, sujeta a los medios relativamente escasos de que disponían como nación, ni en cualquier tendencia pronunciada hacia esa rigidez ascética a la que el propio paisaje áspero de Castilla parece incitar a sus naturales y que se resuelve, no raras veces, en la inclinación a subordinar esta vida a normas regulares y abstractas.

La ciudad que los portugueses construyeron en América «no es un producto mental, no llega a contradecir el marco de la naturaleza, y su silueta se enlaza en la línea del paisaje. Ningún método, ninguna previsión». Siempre un significativo abandono que implica falta de energía más que la íntima convicción de que «no vale la pena...».

Tal convicción, no obstante,

> lejos de expresar desapego o desprecio por esta vida, se aferra antes a un realismo fundamental, que renuncia a transfigurar la realidad por medio de imaginaciones delirantes o códigos de postura y reglas formales [...] Que acepta la vida, en suma, como la vida es, sin ceremonias, sin ilusiones, sin impaciencias, sin malicia y, muchas veces, sin alegría [12].

Las consideraciones de Sérgio Buarque de Holanda permiten concluir que, como la residencia en ciudades resulta esencialmente del esfuerzo y se asocia sobre todo a manifestaciones de voluntad en desacuerdo con las características lusas referidas, los núcleos urbanos

[12] S. Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil, passim.*

coloniales en Brasil rechazaron el esquema geometrizante de los castellanos, tan en boga también en las experiencias urbanísticas europeas.

Fue el caso de São Paulo, cuyo trazado obedece sobre todo a las sugerencias topográficas más favorables y sigue la misma fantasía observada en las demás ciudades de la colonia, incluso en Salvador, el mayor centro urbano de entonces, donde los visitantes notaban que las casas se hallaban dispuestas según el capricho de sus propietarios.

Las calles de Piratininga surgen en función de las necesidades de los habitantes. Construyendo sus viviendas a su antojo, sin obediencia a ninguna ordenación o preocupación por el bien común, asignaron a las vías públicas el trazado tortuoso que aún hoy se puede ver en las más antiguas. Eran también estrechas, muy estrechas incluso para los baremos actuales, limitándose a la función de comunicación entre los puntos de mayor importancia.

Según destaca Nestor Goulart Reis, no existe aquí

> aquel tipo de intimidad entre casa y calle que se encuentra en las aldeas de Portugal, aquella continuidad del espacio exterior en la sala y de la sala en el espacio exterior [...], aquella intimidad, aquel calor surgido de un largo contacto social cara a cara como es común en las aldeas, en las zonas campesinas donde la vida tiene siempre un sentido de comunidad [...]. El portugués que llega es siempre un propietario [...]. La calle no es jamás su casa, sino el lugar de ceremonias ante el cual se realiza como blanco y señor. La desprecia en los centros menores, la teme en los mayores, cuando el comercio adquiere el predominio. Sin embargo, nunca se derrama sobre ella... [13].

Las primeras demarcaciones callejeras se hicieron, como es natural, en función de las comunicaciones, primero con el litoral e inmediatamente después con el sertón, prevaleciendo como base de la estructura viaria durante todo el período colonial.

Son de esa segunda mitad del siglo XVI las ruas Direita, São Bento y XV de Novembro, tres de las vías públicas principales de São Paulo, que hoy concentran importantes actividades comerciales y financieras [14].

[13] N. Goulart Reis, *op. cit.*, p. 149.

[14] Sobre las calles de São Paulo y sus antiguas denominaciones, véase Barreto do Amaral, *Dicionário da História de São Paulo,* São Paulo, Governo do Estado de São Paulo, 1980.

No había nivelación en ellas ni en las demás del poblado, pues no existía el paso de vehículos, preocupándose habitantes y autoridades casi tan sólo por la circulación de los peatones.

Pero, si hubo algún esfuerzo en relación con el trazado de la villa, se orientó hacia las plazas públicas –también llamadas patios o *terreiros*–, el punto de mayor interés en la vida de la comunidad. En ellas se reunía la población para celebrar los actos cívicos y religiosos, por lo que merecían mayor atención oficial y fiscalización urbanística. Aun así, tenían contornos irregulares y al principio no poseían siquiera nombre. A lo sumo se decía que tal o cual acontecimiento había ocurrido «en la plaza pública al pie de la picota» o en la «plaza pública de esta villa», expresión que tal vez deba ser entendida como «plaza parroquial», la más importante siempre en cualquier pequeña población brasileña porque allí también se yergue la principal iglesia del lugar. Pero a excepción del patio del Colegio, poco se sabe sobre otras del siglo XVI.

Las calles y las plazas no estaban pavimentadas y el suelo, en su estado bruto, sólo se apisonaba groseramente para las funciones rudimentarias de la comunicación. Las lluvias provocaban grandes aguaceros y, con ellos, hoyos y zanjas por todas partes. Por si no era suficiente, los habitantes abrían enormes huecos en calles y callejones como si se tratase de sus huertos, lo que revelaba el primitivismo de la vida de entonces y suscitaba las protestas de las autoridades [15].

Entre los elementos definidores del trazado urbano están también las construcciones. La primera fue, naturalmente, el colegio de los Jesuitas, modestísimo según la descripción de Anchieta citada anteriormente, pero aun así muy superior, por cierto, a las otras viviendas. Las más antiguas eran de palos gruesos, cubiertas de paja o adobe –tipo de tejado que daba a la población un aire «medio de aldea indígena o de caserío africano»–, que se incendiaban fácilmente. No parecían hechas para durar mucho, tal vez por el desinterés de los habitantes en aquellos primeros tiempos en construir alojamientos más duraderos «en un poblado perdido en el Planalto a merced de todos los peligros».

A partir de 1575, no obstante, surge un alfarero y la paja (*sapé*) comienza a desaparecer de los tejados principales. La teja se vuelve tan indispensable que unos años después el poder municipal se niega a

[15] A. E. Taunay, *op. cit.*, p. 99.

permitir el cumplimiento de una sentencia de destierro contra el nuevo alfarero, «por ser el único en São Paulo capaz de hacer tejas» [16].

En la última década del siglo XVI ya había muchas casas con cobertura de tejas y por eso la villa «se ennobleció», en la expresión del oficialismo de la época. Los alfareros tenían incluso su organización gremial y un juez de oficio.

Los palos gruesos y la tapia hecha a mano utilizados en las antiguas edificaciones se fueron sustituyendo por la tapia de mortero [17]. En los inventarios y testamentos recogidos por Alcântara Machado para escribir un libro pionero sobre la historia social de los paulistas, hay referencias a casas con «tres capas de tapia de mortero con un cuarto de tapia a mano, con su huerto» [18]. Ese sistema ya predominaba a finales del siglo XVI y sería dominante desde entonces por varias razones: su uso se conocía desde hacía bastante tiempo en Portugal y para aplicarlo no faltaba mano de obra esclava en la población paulista.

Además, la piedra era rara en la región, a diferencia de Río de Janeiro, donde las canteras quedaban cerca, o del nordeste, donde la menor distancia de Europa y la abundancia de recursos permitían la construcción de casas con piedras transportadas desde Lisboa como lastre de barcos.

A consecuencia del empleo de la tapia, las casas poseían voladizos muy anchos que las protegían de la lluvia, capaz de afectar a sus cimientos. Pintadas generalmente con el blanco de «tabatinga» [19], tenían un número reducido de ventanas, lo que, en el lenguaje de los arquitectos, significa el predominio en las fachadas de los «llenos» sobre «los vacíos».

El interior de esas casas modestas del siglo XVI hacía juego con su aspecto externo. Como tenían pocas aberturas, eran oscuras de día y de noche, para colmo ahumadas por las velas de cera y por los toscos candiles de aceite.

En la decoración y el mobiliario se veía la mezcla de la influencia indígena y de los modelos portugueses: sillas con respaldo sobre al-

[16] A. E. Taunay, *op. cit.*, p. 48.

[17] La tapia a mano es una técnica de construcción en que las paredes se hacen de barro tirado con la mano. La tapia de mortero es de cascajo y arenisca machacados.

[18] Alcântara Machado, *Vida e Morte do Bandeirante*, São Paulo, Liv. Martins /Brasília, INL, 1972, p. 31.

[19] «Tabatinga» era el barro blanco extraído de las márgenes del río Tamanduateí.

fombras de piel de onza; cestas forradas de cuero junto a cuencos de madera, de calabaza y otros recipientes para guardar harina. Y no faltaba nunca la hamaca de algodón, la conocida «hamaca de *carijó*» (especie de bejuco), cuyo uso había imitado el blanco del indio desde los primeros tiempos de la conquista.

En cuanto a las otras construcciones, como las iglesias, la primera será también la del Colegio. En 1556, los padres inauguraron una capillita rústica que, aun ampliada, seguiría siendo pequeña, pero a finales de siglo ya contenía algunos ornamentos.

Lo que no había era una buena iglesia parroquial, aunque desde 1588 las Actas de la Cámara comiencen a revelar el interés en construir una iglesia que fuese la principal del poblado. Cinco años después —1593— se hablaba de una catedral que tal vez no fuese más que una simple capilla, pues en 1598 se decidía construir la iglesia parroquial en el lugar «donde estaba comenzada» [20].

Así, pues, la catedral de São Paulo no pertenece exactamente al siglo XVI. Otros edificios religiosos, no obstante, fueron concluidos en esa época: en 1592 se terminaba la construcción de la primera iglesia do Carmo y en 1598 la de la iglesia de São Bento.

A finales de siglo, la ciudad contenía esas dos iglesias, así como la del Colegio y la de la catedral —inacabada o aún en forma de capilla—, además de dos ermitas: la de San Antônio, cuyo año de fundación es incierto, y la de Nossa Senhora da Luz, al norte, pero distante del centro.

Además de la casa de los jesuitas, estaban el convento de São Bento (1598), situado en el otero del mismo nombre, y el convento do Carmo, «en la cabeza del monte que se proyectaba hacia el ángulo formado por el Anhangabaú y por el Tamanduateí, donde estaba la aldea del jefe indígena Tibiriçá».

Eran construcciones modestas, de fachadas sobrias, pero relevantes en el paisaje urbano. Los religiosos preferían lugares altos para sus edificios, construyéndolos «alejados unos de otros sobre los límites de la plataforma en que terminaba la colina piratiningana, y de cada uno de ellos se destacaba por ello una vasta extensión de la planicie».

[20] La catedral de la ciudad está localizada en la Plaza da Sé, en la zona más céntrica, próxima al patio del colegio y a las ruas Direita y XV de Novembro.

En cuanto a los edificios públicos, durante mucho tiempo la ciudad no tuvo siquiera edificio propio para la Cámara Municipal. En 1584 se contrataba la edificación del «Palacio Nuevo», que debería ser una construcción cuadrada, de tapia y madera, con 25 pies de lado. Al año siguiente se cambiaron las disposiciones: se decidió que la casa tuviese planta alta, reservándose la baja para cárcel. Por otra parte, ésta sería la forma comúnmente adoptada por los portugueses para ese tipo de edificio público y aún hoy se pueden ver construcciones antiguas donde, en la planta alta, funcionaba la Cámara Municipal y las celdas de los presos se alineaban en la planta baja. El nuevo palacio legislativo, no obstante, «quedó sólo en proyecto, y se prefirió reformar simplemente la casa vieja en que ya venía funcionando la Cámara».

Las fortificaciones constituyeron otro elemento relevante en el paisaje urbano de los primeros tiempos. Cercas de estacas atadas con bejuco al principio y posteriormente muros de tapia rodeaban la reducida zona central, interrumpidos en los lugares más convenientes para la apertura de puertas, «cuya protección constituía uno de los puntos más importantes de ese sistema defensivo y en cuya guarda se empleaban personas de confianza». Los baluartes acomodaban la artillería de tal modo que otros tantos puntos quedaban bien guardados.

Seguirían tal vez en ese aspecto la tradición de las viejas fortalezas romanas de los libros de arte militar leídos probablemente por Anchieta, incansable artífice de la obra misionera. Fue él quien organizó el complemento del sistema defensivo del poblado fundando la aldea de Pinheiros, cuyos alrededores vigilaban sacerdotes e indios amigos.

Otros *aldeamentos* siguieron a ése, funcionando como un parachoques cuya función era atenuar el ímpetu enemigo y dar tiempo a la villa a prepararse. Siempre próximos a una zona peligrosa y dominando ora un paso forzado, ora una garganta o desfiladero, esos centros indígenas buscaban garantizar la retaguardia del poblado en todas las direcciones.

Pinheiros, por ejemplo, mantenía vigilancia sobre posibles ataques procedentes del sertón. Emboaçava, Ibirapuera (hoy Santo Amaro), Carapicuiba, Mboy e Itapecerica, impedían las arremetidas del litoral. Del lado este, São Miguel, Guarulhos e Itaquaquecetuba, alertaban sobre eventuales embestidas de los tamoios venidos de Río de Janeiro [21].

[21] *Vid.* Batista, Pereira, «A cidade de Anchieta», *Revista do Arquivo Municipal de São Paulo*, n.º 23, São Paulo, Departamento de Cultura, 1936.

De ese modo, todos concurrían a la defensa de la villa que, a su vez, los defendía, creándose así un sistema de dependencia mutua.

Con el tiempo, esas aldeas de indios se transformaron en asentamientos fijos y hoy son barrios de la ciudad o municipios adyacentes.

El crecimiento de la villa llevará también al abandono de los antiguos muros que la cercaban y a la construcción de una nueva línea de fortificaciones, pues ya en 1583 la documentación se refiere a los «muros viejos».

Ese detalle muestra que hubo alguna expansión del área urbana, pero es tarea difícil para cualquier historiador determinar correctamente la dimensión de São Paulo en los primeros tiempos de fundación y aun mucho después. Sólo se sabe

> que su núcleo propiamente urbano se limitaba, aún a mediados del siglo XVII e incluso a principios del XVIII, al espacio contenido entre los conventos de São Bento, del Colégio, del Carmo, de São Francisco y más tarde el barrio de Tabatinguera. La zona tenía la forma aproximada de un triángulo, por tanto, limitada al este por el arroyo Tamanduateí, al oeste por el riachuelo Anhangabaú, y no alcanzando al norte ni siquiera la confluencia de esas dos corrientes de agua [22].

Aun el «rossio», o sea aquella zona no edificada dentro de la cual los poderes municipales concedían lotes de tierra a los pobladores para estimular la edificación y así desarrollar la villa, era impreciso. Según fuentes, alcanzaría una superficie correspondiente a «cinco tiros de ballesta» alrededor del poblado, determinación bastante imprecisa.

En 1598 se intentó delimitarlo más claramente plantando mojones en las salidas principales de la población, aunque sin mejores resultados.

Las autoridades se quejaban de que muchos habitantes no cultivaban los lotes recibidos. El hecho es verdadero, pues preferían la zona rural o semirrural que se fue extendiendo considerablemente a partir de finales del siglo XVI. Pasado el riesgo de ataques indígenas, los colonos ya se aventuraban en un radio cada vez más amplio, estableciendo alquerías *(chacras)* y tierras de labor, que más tarde darían origen a numerosos barrios de la ciudad.

[22] E. da S. Bruno, *História e Tradiçoes...*, p. 181.

Allí vivían las personas importantes, consolidando la primacía de que disfrutará durante varios siglos el medio rural. La hacienda atraía a los hombres de energía y acción; vivir en ella daba un «sello de importancia y distinción».

Por ello era ésa la vivienda permanente, el centro de la actividad social, el mundo en miniatura. A diferencia de la gran propiedad actual, que es un centro de producción altamente especializado, la de los primeros siglos era casi autosuficiente. Los cultivos y corrales proporcionaban alimentación abundante. Allí se encontraban los materiales para las construcciones, los utensilios agrícolas, el mobiliario, la iluminación; se hacían las tejas para cubrir las casas, se fabricaban las botas y otros calzados, se tejían las telas en los telares de entonces...

De esa forma,

> el campo ejerce una acción doblemente distrófica sobre el poblado. Atrae las mejores unidades sociales y, asegurándoles una absoluta independencia económica, reduce al mínimo sus relaciones con la ciudad. En el espacio en que se hace sentir la influencia del latifundio no hay lugar para el comercio ni para la industria, elementos generadores de las aglomeraciones urbanas [23].

No existe interdependencia entre la ciudad y el campo:

> poseeedores de haciendas en torno de la villa» —dirá Taunay—, los hombres buenos se ocupaban del gobierno de la tierra obligando a sus indios a trabajar en los trigales y maizales, en las plantaciones de frijoles, de algodón, en el cultivo de la mandioca y membrillo [...], en la crianza de grandes rebaños.

Por ello no es difícil entender la pobreza y primitivismo de la vida urbana y del poblado, que un religioso del siglo XVII atribuye claramente a la constante ausencia de sus habitantes:

> porque fuera de las 3 ó 4 principales fiestas muy pocos, hombres o mujeres están en ella... [24].

[23] Alcântara Machado, *op. cit.*, pp. 51/52.
[24] *Cfr.* S. Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, p. 58.

Era tal la falta de personas que un funcionario de la Corona se quejaba de que no había habitantes siquiera para custodiar el Santísimo Sacramento [25].

Función político-administrativa

No obstante la modestia de su condición, al convertirse en villa en 1560, Piratininga pasó a tener función político-administrativa, con todos los atributos que ésta implica.

La creación de villas era un acto jurídico del poder central –directo o delegado– que también suponía la existencia de un distrito de paz, de una Cámara para legislar sobre los problemas locales y la instalación de la picota, símbolo municipal de autoridad, donde se exponía a la reprobación pública a los infractores de la ley.

Se constituyó así una Cámara Municipal o Concejo que, regido por las Ordenanzas del Reino, estaba compuesto en el siglo XVI por un juez ordinario, dos ediles *(vereadores)* y un procurador, asistidos por un alcaide y un almotacén.

Las atribuciones de cada uno son minuciosamente descritas por Taunay, que señala al juez ordinario como la mayor autoridad jerárquica, aquella a quien correspondía la jurisdicción de la villa y la fiscalización de alcaides y almotacenes. Los primeros componían un mixto de gobernador civil y jefe de policía, mientras que el almotacén era el fiscal de la época: nada se vendía sin su visto y «placet».

En cuanto al procurador del Concejo, una especie de abogado o intermediario entre los ediles y los habitantes, le competía recibir las quejas y reclamaciones populares y llevarlas a la Cámara, informándola de lo que ocurría en la villa. No podía dejar el cargo sin presentar informes sobre la situación en que se encontraban los asuntos administrativos.

A pesar de la insignificancia de São Paulo en esa época, las atribuciones de estos oficiales de las Cámaras o camaristas, tal como se los llamaba, se desdoblaban en muchas otras que buscaban estimular el desarrollo local;

[25] *Cfr.* A. E. Taunay, *op. cit.*, p. 13.

> distribuyendo justicia [...] celando por el patrimonio municipal, decretando fintas y recogiendo rentas, promoviendo la fiscalización de servicios públicos, supervisando la construcción de obras, encargándose del abastecimiento de la población, inspeccionando actividades particulares relacionadas con el bienestar del pueblo, afiriendo pesos y medidas, mirando por la limpieza de las calles y paseos, vigilando las calles y cuidando de la tranquilidad de las mismas; los camaristas y sus subordinados, por deficiente que fuese su actuación [...], concurrían para que se regularizase la vida social y se consolidase el incipiente villorrio [26].

Tales actividades eran reguladas por medio de «posturas», es decir, leyes municipales de cuyo contenido tomaba conocimiento la población a través de pregones realizados en la plaza pública.

La composición de la Cámara refleja la forma de organización socioeconómica colonial. La base de las relaciones entre los hombres en los dominios americanos fue la gran propiedad rural, así conceptuada no precisamente en función de su tamaño, aunque éste en general la acompañe, sino de sus características esenciales. Esto quiere decir que ella se distingue de la pequeña propiedad porque reúne un gran número de personas trabajando conjuntamente para un único señor. Es ella la que predomina y son sus propietarios las personas notables de la tierra.

Por tal motivo las Cámaras Municipales de la época serán un instrumento de dominación de clase: compuestas de las figuras locales más importantes, los llamados «hombres buenos», o sea los dueños de las tierras, sólo ellos podían votar y ser elegidos, excluyéndose del privilegio a los judíos, los extranjeros, artesanos, mercaderes y oficiales mecánicos de toda clase.

Incluso por ello la administración se organizaba en bases rurales y no urbanas como ocurría en las ciudades europeas libres del yugo feudal.

Dada la composición de las Cámaras, no ha de extrañar que alcanzasen un poder muy superior al establecido en la legislación y ampliasen su función política. Además de las atribuciones permanentes, organizaban expediciones contra los indios o celebraban con ellos tra-

[26] R. de Andrada e Silva, *op. cit.*, p. 11.

tados de paz; detenían a funcionarios regios y exigían la presencia de gobernadores para debatir personalmente cuestiones públicas. Hubo incluso algunas que mantuvieron representantes efectivos en Lisboa para tratar directamente con la metrópoli, ignorando la autoridad de sus delegados en Brasil.

Esa forma de actuar que llegaba a la arrogancia, no pocas veces provocó fricciones y serios conflictos de poder. A menudo también los colonos salieron victoriosos de los mismos, sometiendo a la autoridad metropolitana a su voluntad.

Había, pues, un poder de hecho de los primeros en contraste con la soberanía sólo teórica de la Corona, cuyo mando acababa circunscribiéndose a los estrechos límites de la sede del Gobierno General.

Tal «independencia» estuvo más presente en los primeros ciento cincuenta años de colonización y puede parecer paradójica en un período de régimen absolutista, pero según el objetivo análisis de Caio Prado Júnior, la explicación es clara, limitándose a la coincidencia de intereses entre metrópoli y colonos. Eran éstos quienes conquistaban palmo a palmo la nueva tierra a los indios y a los aventureros de otras naciones; la colonizaban por su propia cuenta y riesgo, revalorizándola continuamente. Mientras ello ocurría, la Corona sólo recogía los lucros obtenidos sin ofrecer nada a cambio, a no ser el número de funcionarios estrictamente necesarios para el mantenimiento de los contactos con los súbditos de ultramar, pues su mayor interés estaba en otras colonias, como las de las Indias Orientales, que le daban beneficios más inmediatos.

De ese modo, por más que quisiera, la metrópoli no podía refrenar los excesos de vasallos tan arrogantes y desobedientes. ¿Cómo controlarlos con tan pocos funcionarios a través de tan extenso territorio? ¿Cómo ejercer autoridad en tales condiciones? Lo más seguro sería cerrar los ojos a eventuales abusos, en una especie de pacto tácito [27].

Solamente a partir de finales del siglo XVII, en función de los sucesos históricos internos y de la coyuntura europea, Portugal comienza a preocuparse más por la colonia americana y a intentar retomar de

[27] C. Prado (Junior), *Evolução política do Brasil*, São Paulo, *loc. cit.*, 1957, páginas 27 y ss.

hecho el poder que por derecho poseía, como se verá en el próximo capítulo.

En São Paulo la libertad de los colonos sería aún más significativa, pues la pobreza y el aislamiento, mucho mayores que en otras áreas colonizadas, contribuían para que la Corona ignorase completamente a la población.

Realmente los paulistas vivían encerrados en sí mismos, desconociendo lo que pasaba poco más allá de sus muros, en una alienación tal que llevaría a Taunay a comentar:

> Va Portugal a la guerra con don Sebastião en Alcácer; sufre las angustias e incertidumbres crueles del reinado del Cardenal [...]; en fin, atraviesa las más horrendas y dolorosas convulsiones [...]. Recibió Felipe II la corona portuguesa [...] y la Cámara de São Paulo, como que ignoró completamente todos estos hechos. Avis, Bragança, Habsburgo [...]: para ella cualquiera de ellos era El Rei Nosso Senhor [...]. Vendrá la restauración lusitana [...] y nunca pasará por la cabeza de los escribanos de la Cámara la necesidad de una referencia a ese capital acontecimiento [28].

Entregados a sí mismos, obligados a luchar sin ninguna ayuda exterior contra obstáculos de toda clase en aquellos primeros tiempos, no sería de extrañar el sentimiento de orgullo por superar solos las asperezas del medio. Ese orgullo y la libertad disfrutada en virtud de la pequeña atención que la Corona les dispensaba, se traducirían en las manifestaciones de arrogancia y altivez que la historiografía considera peculiares a los habitantes de São Paulo, sobre las cuales volveremos a hablar más adelante.

La vida cotidiana en el siglo XVI

El aislamiento condicionó también el tipo de economía desarrollada en el Planalto y acarreó la monotonía de lo cotidiano, sólo interrumpida por eventos cívicos y religiosos o por los periódicos ataques indígenas.

[28] A. E. Taunay, *op. cit.*, pp. 5-6.

Agrupados inicialmente en el perímetro urbano y en sus alrededores, los habitantes pasaban los días supervisando la práctica de un policultivo de subsistencia que abarcaba especialmente la caña de azúcar, el algodón, la vid, la mandioca y el maíz.

Completaba el cuadro económico la crianza de ganado vacuno y equino, de cerdos y ovejas, derivando de tales actividades

> las rudimentarias industrias de la época: la molienda de trigo para el pan, la manufactura de tejidos, la fabricación de sombreros de fieltro que prosperó hasta finales de siglo y desapareció después con la extinción de los rebaños de ganado lanar [...] y, sobre todo, la fabricación de carne de membrillo [29].

Ésta constituiría una de las raras mercancías exportables de São Paulo, como señala Taunay:

> comenzó la modesta y saludable conserva de frutas a ser el objeto principal de exportación paulista y motivo de las preocupaciones económico-administrativas de las concejalías paulistas del siglo XVI.

La diversidad de productos cultivados, sumada a la caza, la pesca y el consumo de frutos silvestres haría afirmar a Gilberto Freyre, uno de los más importantes sociólogos brasileños, que la alimentación del paulista fuese tal vez más variada y sana que la de los habitantes nordestinos del litoral, donde el monocultivo del azúcar disputaba con ventaja el espacio destinado a la agricultura de subsistencia.

Es posible que la afirmación sea verdadera, pero el abastecimiento de carne, por ejemplo, siempre constituyó un problema de difícil solución en el poblado, a pesar de la abundancia de tierras y pastizales.

La base de la alimentación en la Piratininga del siglo XVI estaría constituida en realidad por los platos aprendidos de los indios: la mandioca cocida, el *angu de fubá* (polenta) o la *canjica* de maíz (crema de maíz verde rallado con azúcar, leche de vaca o de coco y canela), que un religioso describiría como «guisado especial de São Paulo y muy propio de penitentes», preferidos también porque ni el *angu* ni la *canjica* llevan sal, muy escasa en aquellos tiempos.

[29] R. de Andrada e Silva, *op. cit.*, pp. 14-15.

El intercambio de mercancías se hacía sobre todo con el litoral de Santos, pero su modestia se revela en la escasez de moneda en la villa, escasez casi total en el siglo XVI. El mero trueque sustituía a la unidad monetaria en las transacciones, cuyo valor no era arbitrario: lo fijaba la Cámara, imponiendo severas multas a quien no lo respetase.

La vida transcurría monótona en la pequeña villa y eran raros los habitantes permanentes, pues con el paso del tiempo, como ya se ha dicho, los dominios rurales superan ampliamente el perímetro urbano y sus propietarios prefieren quedarse en ellos, frecuentando el poblado solamente los domingos o en ocasiones especiales.

Raras también serían las diversiones: a lo sumo el baño en el río los días de verano, heredado del indígena, y el juego de cartas o dados, pasatiempo cuya práctica durante las horas de trabajo prohibiría la Cámara en 1582.

La gran diversión, no obstante, eran las fiestas religiosas o cívicas, sobre todo las primeras. Tal vez por su origen jesuítico, São Paulo estuvo muy marcada por la presencia dominante de los símbolos y ceremonias católicas, que se expresaban sobre todo en las procesiones organizadas por los religiosos. Representación material de la fe, tales festividades siguieron actuando como elemento de cohesión de la comunidad y de sus vínculos con la metrópoli.

También la Cámara las promovía en obediencia a las Ordenanzas del Reino, que determinaban tres grandes procesiones anuales por lo menos: la de Corpus Christi, la de la Visitación de Nuestra Señora el 2 de julio y la del Ángel de la Guarda, fiesta móvil celebrada el tercer domingo de julio.

En esos días todo cambiaba; se abrían las casas de los que vivían la mayor parte del tiempo en el campo,

> puertas y ventanas se adornaban con un rosario de farolillos tornasolados y de lamparillas de aceite en que llamas trémulas y rojas chispeaban en el extremo de bastos pábilos de algodón [30].

La población salía a las calles vistiendo sus mejores trajes, aun así pobres y «del uso antiguo», según dirían las fuentes de la época. Pre-

[30] N. Santana, *São Paulo Histórico,* São Paulo, Departamento de Cultura, 1933/44, IV, p. 54.

dominaba el paño de algodón teñido y, a lo sumo, una capa de bayeta o un manto de sarga fuera de moda, si se los compara con los usados en Europa o incluso en las poblaciones más afortunadas.

Por ello no ha de extrañar la curiosa anomalía que revelan los inventarios del siglo XVI, según los cuales la propiedad inmobiliaria no era muy costosa. Mientras la casa de un habitante de la villa valía 5.000 réis, se atribuía ese mismo valor a una «falda del reino de Londres».

De ello no debe deducirse que la posesión de bienes inmuebles fuese poco relevante. Como señala Alcântara Machado, no siempre se puede confiar del todo en las cifras, pues la tierra representa mucho más de lo que las cotizaciones traducen:

> Del latifundio es de donde parte la determinación de los valores sociales; en él es donde se trazan las esferas de influencia; es él el que califica y descalifica a los hombres; sin él no hay poder efectivo, autoridad real, prestigio estable [...]. No tiene la Colonia una escuela de letrados e intelectuales, ni una clase intelectual o comercial poderosa y educada. Fuera de las grandes familias ligadas al suelo, lo que se encuentra es media docena de funcionarios, una caterva de aventureros [...], la ralea vulgar de los mestizos. Es el rebaño de los esclavos...[31].

Más que el lucro, se busca la situación social derivada de la posesión de un latifundio, así como la fuerza, el prestigio y la respetabilidad que de él provienen[32].

Al finalizar el siglo, la villa de Piratininga era una realidad: albergaba 1.500 habitantes, agrupados en 150 familias o «fuegos permanentes». Insignificante asentamiento todavía, pero ya un punto que merecía ser señalado en los mapas de la época como São Paulo do Campo, capitanía de San Vicente, «partes de Brasil».

Vale la pena recordar que la ciudad de São Paulo tuvo como punto de partida el colegio de los Jesuitas, creado por la iniciativa del padre Manoel da Nóbrega con el propósito de desarrollar la catequesis y

[31] Alcântara Machado, *op. cit.*, p. 33.

[32] La propiedad de la tierra en Brasil se hizo a base de la concesión de «sesmarias» (o grandes lotes de tierras) donadas a quien probase tener medios económicos para cultivarlas, condición que no siempre se cumplía.

extenderla hacia Paraguay. La dedicación de los misioneros, entre los cuales se destacará el padre José de Anchieta, consiguió llevar adelante la función religiosa y educacional adoptada por el poblado que se formó alrededor del colegio, a pesar de las numerosas dificultades encontradas, sobre todo en lo tocante a la estabilidad del asentamiento, conquistada a costa de muchos esfuerzos.

Los primeros seis años de vida del asentamiento fueron particularmente tormentosos en función de los conflictos entre los religiosos y João Ramalho, cada cual intentando atraer a los habitantes a su población.

El término de la disputa con la victoria de los jesuitas y la elevación de São Paulo a la condición de villa, no solucionaría, sin embargo, los problemas de los habitantes, inclinados muchas veces a dispersarse debido a los continuos ataques de tribus indígenas hostiles.

Se puede decir que el poblado se estabiliza del todo y crece su población de manera regular, aunque lenta, sólo después de 1594, cuando los indios son rechazados definitivamente hacia el sertón.

A pesar de esa existencia precaria, el pequeño núcleo se organizó y, como villa, añadió la función político-administrativa a las de catequesis y defensa con que había nacido.

La Cámara Municipal, dominada por los dueños de las tierras, los llamados «hombres buenos», regulaba la vida local a través de las «posturas» y disfrutaba con gran intensidad de la significativa autonomía que caracterizó a esas instituciones en el período colonial.

La villa nació con un trazado tan irregular y desordenado como el de otros poblados brasileños surgidos en sitios accidentados, acentuando una característica de los asentamientos fundados por portugueses, que contrastaba agudamente con el rígido ordenamiento impuesto a las ciudades hispanoamericanas.

Calles estrechas y tortuosas, utilizadas sólo como lugar de paso; casas toscas y cubiertas de tejas sólo a finales de siglo; iglesias y conventos modestos, constituían los elementos del trazado urbano, completado por las fortificaciones necesarias para la defensa.

Las dificultades impuestas por la Sierra del Mar a las comunicaciones con el litoral se traducían en el aislamiento que favoreció la libertad de los colonos, pero también los condicionó a la implantación de una economía de subsistencia apoyada en exportaciones de pequeño valor.

En consecuencia, la vida urbana era pobre, anémica, desprovista de brillo, características ampliadas por el incipiente pero continuo predominio del ruralismo, que apartaba a los propietarios del poblado e indiferenciaba las relaciones entre ciudad y campo.

Con escasos habitantes permanentes y pocas diversiones, la villa sólo se animaba los domingos y los días de fiesta, cuando la pobreza y lo anticuado de los trajes revelaban la falta de contacto con otros centros urbanos y la limitación de recursos que caracterizó a São Paulo en esa época.

No obstante, a finales del siglo xvi, el lugarejo humilde pero consolidado ya estaba en condiciones de protagonizar la gran aventura del siglo siguiente: el *bandeirismo*.

Capítulo III

«HERMOSA SIN DOTE» (SÃO PAULO EN EL PERÍODO COLONIAL, 1600-1765)

Blandieron hachas, empujaron quillas
Doblando la vertical de Tordesillas

(Guilherme de Almeida, poeta paulista).

São Paulo de Piratininga: una evolución histórica peculiar

A comienzos del siglo XVII, las numerosas expediciones que salían de Piratininga para rechazar o apresar a los indios desprevenidos confirmaban claramente la posición de la villa como «boca del sertón». Tal actividad tendría importantes repercusiones en la historia de São Paulo y de Brasil.

Para Portugal, no obstante, el siglo sería funesto bajo varios aspectos. Aunque recuperase la independencia política perdida para España desde 1580, el sueño de un gran imperio colonial se desvanecía lenta pero inexorablemente.

Disuelta la unión peninsular con la restauración en 1640 del trono luso y el ascenso de la dinastía de Bragança, el país estaba considerablemente debilitado. Apartado de Oriente, con sólo algunos puestos comerciales en África y en la colonia brasileña en América; casi sin barcos, obligado a una permanente vigilancia de las fronteras, estaba prácticamente forzado a garantizar su independencia por medio de alianzas con las naciones hostiles a la política de España.

De tales alianzas resultarían los leoninos tratados con Inglaterra, que provocaron la larga y conocida dominación económica de ese país sobre el reino lusitano.

Desde entonces, y por mucho tiempo, cuando se piensa en Portugal es para recordar la época grandiosa de los descubrimientos, en contraste con la posición secundaria que el país adopta lentamente en el marco de las naciones europeas.

Como no podía dejar de ser, estos sucesos repercutieron profundamente en la colonia americana y alcanzaron también, como se verá, a la capitanía de São Vicente. Para ésta, el siglo iniciado en 1601 sería el de las «bandeiras», que volvieron famosos a los paulistas y tuvieron una función catalítica —aunque de intensidad variable— en la formación de la unidad nacional. Muchas de ellas constituyeron verdaderas epopeyas, lo que llevó a que varios autores calificaran al siglo en que se produjeron como el más brillante de la historia de São Paulo.

En verdad, tales expediciones son el resultado de la peculiar evolución económico-social de la entonces villa de Piratininga, frente a la de las regiones azucareras que sustentaban la economía colonial.

Como centro más antiguo de colonización, fue en São Vicente donde se inició el cultivo de la caña de azúcar traída de la isla de Madeira por Martim Afonso de Souza, pero tal cultivo declinó con rapidez por las razones ya mencionadas en capítulos anteriores, en gran parte ligadas a la configuración geográfica de la capitanía. Aunque el suelo fuese propicio, la exigüidad de la faja litoral limitaba la expansión de una agricultura que, dado el poco desarrollo técnico y la magnitud de las inversiones exigidas, debería ser extensiva.

Las tierras del Planalto podían representar la solución, pero también allí interviene la Sierra del Mar: separando los campos de Piratininga de la zona marítima, obligaba a los viandantes a trasponer a pie sus difíciles obstáculos, haciendo prácticamente imposible en aquel primer momento el transporte de una producción voluminosa.

Por ello el eje económico de la colonia se desplaza hacia el nordeste, donde no había ningún impedimento importante para la exportación. Mientras esa región desarrolla el monocultivo de caña de azúcar en régimen de gran propiedad trabajada por brazos negros, la capitanía de São Vicente evoluciona, como se ha dicho en el capítulo anterior, hacia una economía de subsistencia basada en la mano de obra indígena.

Tanto negros como indios eran esclavos, pues los intereses de la colonización mercantil exigieron el renacimiento de la esclavitud, un fenómeno históricamente nuevo, característico de la edad moderna. Al contrario que en la antigüedad, no surge naturalmente sino impuesta por «un orden de acontecimientos que se inaugura en el siglo XV con los grandes descubrimientos ultramarinos y pertenece enteramente a ella».

Desde que comenzaron a rodear las costas de África, los portugueses dieron también inicio a la esclavitud del africano y, al llegar a Brasil, harán lo mismo con el indio, pues no enfrentaban los riesgos del océano y de una tierra hostil para instalarse en ella como simples trabajadores manuales.

La mano de obra, no obstante, era necesaria para atender a las actividades económicas, a la guerra y a la defensa de los habitantes locales, así como a las demás exigencias del medio.

Por otro lado, la lucratividad de la producción agrícola se vinculaba directamente a su realización en las mejores condiciones posibles, de modo que el trabajo tendría que ser permanente, pues su interrupción aumentaría los costes, haciendo inviable la producción. Para asegurar la reproducción del capital invertido era preciso ligar compulsivamente al trabajador a la unidad productiva. De ahí que se recurriera a la esclavitud.

En São Vicente, como se ha visto, el indio fue esclavizado desde la llegada del blanco. João Ramalho era un conocido traficante; otros portugueses también, hasta tal punto que la región era conocida como Puerto de Esclavos. En 1548, es decir antes de la fundación de São Paulo, la capitanía contaba con 3.000 indios apresados para una población de 600 habitantes [1].

En esa ruda sociedad vicentina en formación, no había tal vez un solo habitante que dejase de explotar al indígena. No se concebía vivir, poblar, mantenerse sin él. Su necesidad de esclavizar es defendida en un acta de la Cámara de São Paulo fechada en 1585, en la cual se alega que es grande

> la necesidad en que esta tierra está, y con mucho riesgo de despoblarse más de lo que nunca ha estado y se despuebla cada día porque los habitantes y pobladores no tienen indios esclavos...

Así, sin cultivo de exportación, distanciados de los centros de consumo, incapacitados para importar a los negros africanos, mucho más caros y por eso accesibles solamente a las economías dinámicas, los paulistas debían contentarse con la mano de obra indígena, «los negros de la tierra».

[1] *Cfr.* P. Prado, *op. cit.*, p. 48.

Por ello, eran predominantemente económicas las razones que les llevaban a apresar indios, ya que, además de servir a las necesidades de la villa, constituían también una mercancía susceptible de ser vendida a las regiones que la solicitasen.

Igualmente, la posición aislada en el Planalto, a la entrada de la selva, estimulaba a los habitantes a la penetración en el sertón, donde según el lenguaje de la época iban a «buscar remedio a su pobreza».

En la selva también estaban escondidos el misterio, tal vez la fortuna, la invitación constante a la aventura y a la imaginación encendida por antiguos mitos medievales y por las leyendas indígenas sobre «lagunas doradas» y «sierras resplandecientes» como la de Sabarabuçu, por ejemplo.

Además, la presencia del «mameluco» imprimió características peculiares al medio social paulista de los primeros siglos. El aislamiento del Planalto favoreció el cruce entre los indios y el blanco que conseguía vencer las asperezas de la Sierra, dando origen a ese mestizo cuyas habilidades serían fundamentales para la explotación del bosque.

Fueron intensos el mestizaje y también la endogamia producidos en Piratininga, cuyos habitantes, según un testimonio de 1674, «estaban muy emparentados unos con otros tanto por consanguinidad como por afinidad».

Mucho tiempo después, es decir, a comienzos del siglo XIX, los naturalistas Spix y Martius notarían que esa mezcla se había mantenido casi sin alteraciones en la población, en cuya apariencia física eran claros los rasgos fisonómicos del indígena [2].

El mestizaje preparó al paulista para el sertón, legándole las cualidades del indio para la supervivencia en la selva. Éste había desarrollado una íntima asociación con el medio ambiente, del que resultarían la agudeza de los sentidos y una capacidad de observación de la naturaleza, inconcebibles en el hombre civilizado.

Sérgio Buarque de Holanda describe tales características de modo magistral, destacando la habilidad del indio en encontrar los pasos más convenientes para trasponer la espesura selvática o la montaña más alta. Dueño de un envidiable sentido de la orientación, se abría camino en el bosque a través de señales sólo reconocibles por ojos muy expertos,

[2] Spix y Martius, *Viagens pelo Brasil (1817/1820)*, São Paulo, Melhoramentos, 1961.

como ramas cortadas a mano y colocadas de trecho en trecho, o golpes de hacha en los troncos más robustos.

Cuando no era posible orientarse de esa forma, encontraba medios de guiarse por el sol y con tal habilidad que, según refieren las crónicas del siglo XVI,

> dos tupinambás desterrados de Bahía a Río de Janeiro y llevados por mar consiguieron, después de huir, volver por tierra a su país, caminando más de 300 leguas a través de la selva y de zonas hostiles. Durante la noche fijaban la hora, en algunos lugares, mediante la observación de las estrellas y constelaciones. Durante el día, por la sombra que el pulgar deja en la mano [3].

Tales peculiaridades le hicieron apto para triunfar sobre todas las contrariedades de su medio, permitiéndole realizar prodigios en la maraña de las selvas.

Gracias a la íntima convivencia entre el europeo y el indio, esos rasgos modificaron los del primero y los de sus descendientes. El mameluco, especialmente, incorporó la familiaridad casi instintiva con la naturaleza agreste, el agudísimo sentido de la observación, la resistencia a marchas agotadoras, la capacidad de soportar mucho tiempo el hambre, la sed, el cansancio, cualidades de gran utilidad en las incursiones en el sertón.

La capital del bandeirismo

El conjunto de las circunstancias mencionadas –pobreza de recursos, localización del poblado en la linde del sertón, instinto sertanista de los habitantes, leyendas y mitos–, produjo el impulso capaz de convertir a la pequeña Piratininga en el centro generador de las *bandeiras* que proyectarían los paulistas en el Brasil colonial.

Una circunstancia de naturaleza histórica también impulsó a esas expediciones: la unión de las Coronas ibéricas, que permitió mayor

[3] S. Buarque de Holanda, *Caminhos e fronteiras*, Río de Janeiro, José Olímpio, 1957, pp. 15 y ss.

aproximación entre las posesiones lusas y castellanas de Suramérica, con menor posibilidad de conflictos.

Se suele considerar la primera mitad del siglo XVIII como el período áureo del bandeirismo de apresamiento, también llamado ciclo despoblador, durante el cual el objetivo mayor era la caza del indio.

Después de la estabilización de la población a finales del siglo XVI, los habitantes de Piratininga comenzaron a internarse en los sertones de los alrededores de la villa, en una verdadera preparación para el gran impulso del siglo siguiente.

A partir de entonces, las expediciones de apresamiento crecieron en número, llegando a veces a adoptar el aspecto de una febril y desordenada migración. La villa quedó desierta en varias ocasiones, «desocupada por haberse ido sus habitantes al sertón», según reza un acta municipal de 1623.

En ellas participaban todos o casi todos los hombres adultos, los ancianos, adolescentes y hasta los hijos de menor edad que los padres llevaban consigo. Una verdadera multitud en movimiento y también una «sociedad de capital e industria», según palabras de Alcântara Machado, pues el paulista dispuesto a enfrentar el sertón que no tuviese condiciones económicas para equiparse recurría al «armador», es decir, financiador. Éste se encargaba de proporcionar esclavos, cadenas para sujetar a los indios apresados, municiones de guerra y de boca y, como protección contra los flechazos indígenas, las famosas corazas de algodón acolchado con que fueron retratados los bandeirantes [4].

Al principio, los indios cautivos servían a las necesidades de la villa y de capitanías próximas, pero la invasión del nordeste por los holandeses, iniciada en 1624, cambió el panorama. Los conflictos entre España y Holanda, país al que Portugal estaba sometido, estimularon el apresamiento, pues el tráfico africano se desorganizó, y los ingenios de azúcar necesitaron de mano de obra que los paulistas podían proporcionar.

Por ello no es de admirar que el bandeirismo de apresamiento tome impulso en esa época, y que los habitantes de Piratininga se aparten cada vez más de la villa en busca de las misiones o «reducciones»

[4] *Vid.* A. E. Taunay, *História geral das bandeiras paulistas*, São Paulo, Imprenta Oficial do Estado, 1924-1950, 11 volúmenes.

castellanas. Allí los indios, ya pacificados y habituados a las actividades agrícolas, pastoriles y artesanales, eran mucho más importantes desde el punto de vista económico que el bugre (sinónimo de indio) aún por domesticar.

Los jesuitas españoles habían concentrado a millares de indios en las regiones de Guairá, Itatim y Tapes, situadas respectivamente en los actuales estados del Paraná, Mato Grosso y Rio Grande do Sul que, por el Tratado de Tordesillas, pertenecían a España. Eran decenas de *aldeamentos* donde, entrenado y desarmado debido a estrictas prohibiciones regias, el indígena representaba un blanco fácil y tentador para los paulistas.

El Guairá propiamente dicho comenzó a constituirse alrededor de 1557 y contaba con 14 reducciones, la más populosa de las cuales sería Ciudad Real, localizada en un afluente del río Paraná.

Fueron muchos los bandeirantes que se dedicaron a la tarea de conquistarlo, pero Antônio Raposo Tavares ligaría de manera indeleble su nombre a ese hecho histórico y sangriento. El sertanista salió de Piratininga junto con Manoel Preto, a la cabeza de una expedición compuesta de 900 blancos y 2.200 indígenas que en 1628 destruyeron las primeras poblaciones y, en sucesivos ataques los años siguientes, arrasaron completamente a todas las demás.

Según Machado de Oliveira, un autor paulista de finales del siglo XVIII, había allí 100.000 indios, de los cuales 12.000 consiguieron escapar junto con los jesuitas. Aunque tales cifras puedan ser tomadas con recelo, lo cierto es que llegaron a la villa de São Paulo cerca de 9.000 prisioneros después de una penosa jornada, descrita en los relatos de los padres Mansilla y Mazzetta que acompañaban a los indios.

Liderados nuevamente por Raposo Tavares, los paulistas caen sobre el Itatim, destruyéndolo entre los años 1632 y 1633.

El objetivo posterior serían las misiones del Tapes: una *bandeira* constituida por 150 blancos y 1.500 indios arrasó los *aldeamentos* alrededor de 1636 y 1637, haciendo millares de esclavos.

En esa actividad ofensiva, donde el arrojo y la determinación se mezclaban con la dureza, la crueldad y la habilidad para sobrevivir en condiciones adversas, se destacaron enérgicos sertanistas como Manoel Preto, Luís Dias Leme, Fernão Camargo, Domingos Jorge Velho y muchos otros, pero Antônio Raposo Tavares sería la figura más representativa. Su última *bandeira* es considerada por muchos la mayor hazaña

realizada en el continente americano durante el período colonial. Saliendo de São Paulo en 1648 y atravesando el Paraná, Mato Grosso y Paraguay, llegaría a Bolivia, Amazonía y los contrafuertes de los Andes en un viaje de casi cuatro años en que la hostilidad de los indígenas encontrados y otras dificultades redujeron la expedición a unos pocos participantes.

Por tales hazañas el naturalista francés Saint-Hilaire, de cuya visita a Brasil a comienzos del siglo XIX surgirían numerosos relatos de viajes, llamaría a los bandeirantes «raza de gigantes», y toda una corriente historiográfica calificó de épica la acción de los mismos.

La calificación ignora, no obstante, la otra cara de la moneda, o sea el hecho de que esa epopeya significó también la masacre de millares de indios, el comienzo de la extinción de una raza que hoy, en Brasil, se reduce a unos pocos sobrevivientes.

Solía pensarse que las vías fluviales fueron los caminos naturales preferidos por los bandeirantes, pero éstos parecían haberse inclinado claramente por la marcha a pie, no utilizando siquiera animales [5].

Sérgio Buarque de Holanda apunta esa preferencia como un factor más entre los muchos que diferencian a portugueses y castellanos en cuanto a los instrumentos utilizados en la conquista. Acostumbrados a cabalgar, se asombraban estos últimos con las dilatadísimas jornadas hechas a pie por los paulistas que, siguiendo la tradición indígena ajena al uso de cualquier tipo de animales de transporte, también caminaban descalzos como los antiguos naturales del terreno.

Tan notorio era el contraste entre los conquistadores que en lugares desiertos se distinguía de lejos a un español o a un portugués –es decir, paulista–, según apareciese o no montado. Por ello un indio apresado en 1763, al encontrarse con huellas frescas de animales en su camino, concluyó que eran castellanos los que andaban por ahí. Le bastó aquel indicio para tal conclusión pues, según afirmó taxativamente, los portugueses «no andan a caballo» [6].

No obstante el éxito de las expediciones, la segunda mitad del siglo XVII señala el declive del bandeirismo de apresamiento. La captura

[5] A. Ellis Júnior, *O bandeirismo paulista e o recuo do meridiano*, São Paulo, Editora Nacional, 1938, p. 44.

[6] *Cfr.* S. Buarque de Holanda, *O extremo-oeste*, São Paulo, Brasiliense/Secretaria de Estado da Cultura, 1986.

de indios obligaba a buscarlos en lugares cada vez más distantes, donde las tribus eran más primitivas y resistentes a la aprehensión, lo que hacía menos lucrativa la actividad.

De igual manera, la expulsión de los holandeses del nordeste en 1654 y la normalización del tráfico africano redujeron el mercado consumidor de indios.

La restauración de la monarquía lusa en 1640 también volvería más rígidas las fronteras entre la América española y la portuguesa.

Tan importante para la colonia en tantos aspectos, la actividad de los bandeirantes no les proporcionó apreciables ventajas económicas.

El valor del indio era mucho menor que el del africano: en 1628 su precio en Río de Janeiro —que también representaba un gran mercado consumidor—, alcanzaba la cifra de 20.000 réis, es decir, una quinta parte de lo que costaba un esclavo negro. Aunque no haya datos suficientes para valoraciones precisas, se sabe que un ingenio de azúcar del nordeste, por ejemplo, rendía anualmente mucho más que una de las arriesgadas expediciones bandeirantes. Según Roberto Simonsen, el total de indios apresados en todo el período despoblador habría correspondido a 2.000.000 de libras, cerca del 1 % de lo que, en igual período, rindió el azúcar brasileño [7].

Con todo, aun siendo mucho menos lucrativo que los productos agrícolas de exportación, el comercio de indios fue la mejor alternativa económica para la Piratininga de la época, permitiéndole sobrevivir hasta la llegada de mejores días.

El declive del bandeirismo de apresamiento no acabó con la vocación sertanista de los habitantes de São Paulo. Su fama de audaces y valientes, la experiencia de la selva, originaron el llamado «bandeirismo de contrato», que floreció en la segunda mitad del siglo XVII y por el cual los paulistas eran contratados por otras capitanías para combatir a los indios o capturar esclavos negros fugitivos.

En esa tarea, muchos preferían no volver a São Paulo, instalándose en las regiones donde actuaron o en otras próximas. Fue el caso de Domingos Jorge Velho —el más famoso sertanista de contratos—, que destruyó el conocido *quilombo* de Palmares, en Alagoas [8] y después

[7] R. Simonsen, *op. cit.*, p. 215.

[8] «Quilombos» eran agrupamientos de negros fugitivos que se concentraban en los bosques, a veces a millares.

se estableció en el actual estado del Piauí, donde formó haciendas de ganado y contribuyó a la colonización de la zona.

A la par que esa actividad, el sueño siempre alimentado de encontrar riquezas semejantes a las de la América española, agigantado por las leyendas y mitos que circulaban, siguió impeliendo a esa gente ruda y ambiciosa hacia el sertón [9].

La familiaridad con el mismo facilitaba la empresa, estimulada también ostensiblemente por la corona lusa. La grave crisis económico-financiera en que se debatía el imperio portugués en la segunda mitad del siglo, provocada por la pérdida de colonias, por tratados ruinosos y por la caída de los precios del azúcar en el mercado internacional, lo impulsaba a buscar con urgencia nuevas fuentes de renta.

Mientras tanto, dio gran impulso a la búsqueda de minerales e incluyó a los sertanistas en ese empeño, prometiéndoles premios y honras a cambio del descubrimiento de yacimientos de minerales preciosos.

Evidentemente, ese estímulo no sería el de mayor peso en la determinación que llevó a los paulistas a internarse en los sertones durante muchos años, pero representaba, por cierto, un beneficio adicional, en caso de que descubriesen las ambicionadas riquezas minerales.

Fueron muchas las *bandeiras* que salieron de São Paulo con tal objetivo. Gran número de ellas, por cierto, no se menciona en la documentación, pero se sabe que en la década de 1670 Lourenço Castanho Taques *el viejo*, Luiz Castanho de Almeida, Manuel de Campos Bicudo, entre otros, recorrieron durante mucho tiempo los sertones de las regiones donde posteriormente se encontraría oro [10].

Siguiendo los caminos naturales mencionados en el primer capítulo, caminos que convergían hacia Piratininga, esas expediciones tenían ahora características diferentes de las apresadoras: en lugar de

[9] La esperanza de encontrar metales preciosos nace con la colonización. A finales del siglo XVI, Afonso Sardinha *el Mozo* descubrió oro en el morro del Jaraguá y llegó a hacer fortuna. Ese descubrimiento provocó la ganancia de la administración portuguesa, hasta el punto de suscitar la llegada en 1599 del gobernador general don Francisco de Souza para residir en São Paulo. Pero ese oro, así como el de otras minas de la capitanía —en Iguape, Cananéia, Paranaguá—, era escaso y no causó gran impacto.

[10] *Vid.* M. Ellis, «As bandeiras na expansão geográfica do Brasil», *História Geral da Civilização Brasileira*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1960, vol. 1.

grandes contingentes humanos, un número más reducido de indios, mamelucos y blancos; en lugar de los collares y cadenas de hierro para inmovilizar a los indios aprisionados, instrumentos adecuados a la minería, como azadas y cribas.

La figura máxima de esa época inmediatamente anterior al descubrimiento del oro será Fernão Dias Paes. Experto sertanista, el rey de Portugal le pide en 1671 que busque la plata y las esmeraldas de Sabarabaçu, la legendaria sierra resplandeciente de piedras verdes cuya existencia afirmaban muchos. Para estimularlo le concede al año siguiente la patente de «gobernador de las esmeraldas».

El 21 de julio de 1674, cuando ya contaba sesenta y seis años, parte Fernão Dias de São Paulo y llega a Minas Gerais, explorando durante más de siete años la gran zona que va desde las cabeceras del Río das Velhas hasta el Serro Frio.

No encontró nada, a no ser algunas piedras verdes que no eran más que turmalinas, y murió con la ilusión de haber encontrado las tan soñadas esmeraldas, pero, no obstante el fracaso, la expedición tuvo gran importancia, marcando definitivamente el comienzo de la búsqueda intensiva de minerales preciosos.

Finalmente se encontró oro en la última década del siglo XVII, al principio en el sertón de Minas Gerais, y su descubridor oficial fue, según parece, Antonio Rodrigues de Arzao. Poco después Borba Gato, que había participado de la *bandeira* de Fernão Dias y era su yerno, encuentra las ricas minas de Sabará, también en Minas Gerais.

A partir de entonces, los hallazgos se suceden y superan a aquella región, alcanzando los actuales estados de Mato Grosso y Goiás. En éste, la expedición de Bartolomeu Bueno da Silva descubrió el oro en 1725, el segundo «Anhanguera» que, saliendo de São Paulo al frente de 152 hombres, después de tres años de muchas muertes y privaciones, localizó las preciosas minas a cuatro leguas de la actual ciudad de Goiás.

En Mato Grosso los descubrimientos se produjeron unos años antes. Desde 1622 ya recorrían la región las *bandeiras* que apresaban indios o asolaban poblaciones castellanas, pues las reducciones de Itatim quedaban en esa zona.

Sólo en 1718, no obstante, el sertanista Pascoal Moreira Cabral se encontró casualmente con pepitas de oro enterradas en las barrancas del río Coxipó-Mirim. Cuatro años después, Miguel Sutil encontró ri-

quísimos aluviones en un sitio próximo: las famosas minas del Senhor Bom Jesus de Cuiabá, situadas precisamente en el lugar donde hoy se encuentra la ciudad de Cuiabá, capital del estado de Mato Grosso.

Las noticias que pronto corrieron sobre la abundancia de las minas cuiabanas provocaron un gran alboroto en São Paulo y un enorme éxodo de gente hacia la región. Ese «rush» originaría entonces las famosas «monzones», expediciones así llamadas por el rasgo común que tuvieron con las de Oriente, es decir, la periodicidad, determinada en este caso no por los vientos como en Arabia y en India, sino por el régimen de las aguas, o sea las sequías y las crecidas de los ríos.

Fueron, por tanto, expediciones fluviales, diferenciándose de las demás *bandeiras*, que se caracterizaban por la marcha a pie. Al principio se componían de gente ávida de explotar las minas, pero pronto se transformarían en verdaderas flotas de comercio y abastecimiento de los aldeas del Mato Grosso.

Partían del puerto de Araritaguaba –actual ciudad de Porto Feliz– en el interior del estado, bajaban el Tietê y, tanto a través de los ríos Paraná y Paraguay como de sus afluentes, llegaban a las proximidades de Cuiabá.

A semejanza de las *bandeiras* que apresaban indios y buscaban minerales, muchas de esas expediciones constituyeron verdaderas epopeyas. Demoraban generalmente de cinco a seis meses –mucho más que el tiempo consumido para ir de Río de Janeiro a Lisboa–, y era preciso luchar contra los insectos, las fiebres causadas por el calor y por las aguas de los pantanos, además de la incomodidad sufrida por quien debía permanecer sentado en canoas días y semanas, en medio de equipajes y hasta de animales. Sobre todo era preciso rechazar los ataques de los guaicurus –los indios caballeros– y los paiaguás, hábiles con las canoas que se desplazaban velozmente por las aguas, masacrando y saqueando a las expediciones para vender las mercancías a los castellanos.

Hubo incluso un grupo que partió de São Paulo en 1720, del cual no sobrevivió nadie.

De esa forma, por razones de defensa se fueron formando grandes convoyes en sustitución de las unidades más o menos aisladas de los primeros tiempos. Como era relativamente corto el espacio de tiempo propicio a la navegación, generalmente salía sólo un convoy por año que, sin embargo, incluía 300 y hasta 400 canoas, algunas de las cuales llegaban a transportar más de 300 arrobas de mercancías.

Durante todo un siglo duraron esos viajes fluviales, gracias a los cuales Cuiabá se convirtió en un lugar estable de poblamiento y el centro de un nuevo sistema de colonización que ya en 1734 llegaba a la cuenca amazónica, estableciendo así lazos comerciales con el extremo norte.

Con el tiempo, la construcción de caminos por tierra desalentó la formación de convoyes que fueron haciéndose más raros hasta desaparecer. Los últimos de que se tiene noticia datan de 1838, acabando entonces el capítulo de las «monzones»[11].

Así, por sus condiciones específicas, la villa de Piratininga fue durante ciento cincuenta años la capital del bandeirismo, protagonizando uno de los episodios históricos de más profundas consecuencias para el país. De allí partieron las expediciones que, devastando los sertones lejanos, atravesándolos en todas direcciones, forzaron la expansión geográfica de la colonia más allá del meridiano de Tordesillas, conquistando a España millones de kilómetros cuadrados. Los acuerdos firmados en 1750 y 1777 fijarían un área territorial que prácticamente es la misma del Brasil de hoy.

El descubrimiento del oro alentó también a la economía luso-brasileña en un período difícil e interiorizó la colonización, propiciando el brote de numerosos núcleos urbanos distantes del litoral, entre ellos Ouro Preto, en Minas Gerais, hoy reconocido por la UNESCO como patrimonio histórico de la humanidad.

En su afán de explotación, los paulistas construyeron carreteras y caminos que serían directrices para la red viaria, no sólo de São Paulo sino también de varios otros puntos de Brasil.

En el contexto general del *bandeirismo*, las monzones presentaron características distintas, apoyadas como fueron por instrumentos diferentes y guiadas por métodos propios. No obstante, también expresaron «aquella fuerza expansiva que parece haber sido una constante histórica de la gente paulista».

«*Vasallos insumisos, hombres sin sujeción a su soberano*»

Estos calificativos se atribuían a los paulistas para caracterizar su sentimiento de independencia, ya mencionado en el capítulo II, que

[11] *Vid.* S. Buarque de Holanda, *Monçoes*, São Paulo, Alfa-Omega, 1976.

muchos historiadores, como Paulo Prado y Alfredo Ellis Júnior, consideran parte integrante de su psicología.

La actividad sertanista contenía mucho de nomadismo y de utilización de las habilidades exclusivas adquiridas por el bandeirante en los continuos momentos de peligro a que estaban sujetas las expediciones. Tales peculiaridades, entre otras, contribuyeron por cierto a reforzar el referido sentimiento.

Aislados, ligados a los colonos de otras zonas por la lengua, la religión y una vaga fidelidad al Rey, pero conscientes de sus arrojadas empresas, no retrocedían ante las imposiciones de las autoridades lusitanas, ignoraban las leyes restrictivas de la esclavitud, procedían como reyes en sus conquistas.

De ellos diría un jesuita en 1629:

> Toda aquella Villa es gente desalmada y alevantada que no hace caso ni de las leyes del Rey ni de Dios, ni tienen que veer ni con justicias mayores deste estado, y quando no las puede ganar a su voluntad con dádivas de oro ó Indios, las atemoriza con amenazas, ó si son pocos los culpados, húyense a los bosques ó a sus heredades y sementeras, y allá se detienen en quanto las justicias estuvieren en la villa... [12].

Es posible que tales testimonios resultasen del resentimiento provocado por las violencias de los bandeirantes en las reducciones castellanas, pero en 1693 Antônio Paes de Sande, gobernador de Río de Janeiro, diría que los paulistas eran «briosos, valientes, impacientes ante la menor injuria [...] y muy adversos a todo acto servil».

Esas características pueden verse en el episodio que culminó con la expulsión de los jesuitas de Piratininga, prólogo de su retirada definitiva más de cien años después.

En todo Brasil, los conflictos con los religiosos eran antiguos y tenían raíces en la incompatibilidad entre la acción misionera tal como era concebida y los intereses inmediatos de los colonos. A éstos les importaba esclavizar al indio, visto sólo como instrumento de trabajo y explotación, lo que dificultaba la catequesis y originaba las desavenencias.

[12] *Apud.* P. Prado, *op. cit.*, p. 35.

La Corona actuaba en este caso a través de sucesivas leyes y provisiones, ora a favor, ora en contra de la libertad de los indios, según triunfasen los ruegos de los jesuitas o las quejas de los colonos.

La versatilidad de esa legislación muestra a las claras las sordas luchas que entonces existían: se concedía libertad al indígena, pero el «aprisionado en guerra justa» podía volverse esclavo. A semejanza de la «encomienda» de la América española, se admitían «servicios horros», para cuya prestación los indios legalmente libres podían quedar en depósito en las propiedades de los pobladores. Y así sucesivamente.

En São Paulo, donde el apresamiento sustentaba la economía, los choques serían naturalmente mucho más constantes y serios.

Como medida de defensa, los jesuitas buscaban aislar a sus convertidos en asentamientos separados del contacto con el resto de la población. Los habitantes los acusaban de considerar las aldeas como suyas y de ordenar a los indios que los obedeciesen exclusivamente a ellos. Los religiosos contraatacaban y argumentaban que los colonos burlaban la legislación, provocando la «guerra justa» y reduciendo a los indios de «servicios horros» al más completo cautiverio.

Las desavenencias culminan con la noticia, en 1640, de que el Papa había prohibido la esclavitud de los indios so pena de excomunión. Era un arma poderosa para los jesuitas y, alborotada, la villa decide expulsarlos.

En Río de Janeiro, el gobernador Salvador Correia de Sá y Benevides tomaría el partido de los religiosos. Los paulistas interrumpen entonces el envío de alimentos a aquella ciudad y cierran las comunicaciones por mar, en una ostensible señal de rebeldía contra la autoridad del Reino [13]. Los jesuitas sólo volverían a la villa en 1653 y, aun así, mediante un acuerdo que ellos y los colonos se comprometían a cumplir.

Un año después de aquellos acontecimientos, o sea en 1641, São Paulo recibe la noticia de la restauración del trono portugués. En un nuevo desafío, se niega a reconocer al rey que surge y aún más: intenta aclamar a otro en la figura de Amador Bueno, un eminente habitante local de ascendencia española.

[13] Durante la dominación filipina, la colonia fue dividida en dos reparticiones político-administrativas –norte y sur–, lo que equivale a decir que comenzó a tener dos gobernadores generales. La «repartición del sur», a la cual se subordinaba la capitanía de São Vicente, tenía su sede en Río de Janeiro.

Hay autores que atribuyen el episodio a la influencia de los castellanos en la población. Muchos de éstos fueron a vivir allí después de la unión peninsular, surgiendo pronto en la política local un «partido portugués» y otro «español», así como numerosos vínculos de sangre entre los castellanos y las familias locales.

Para Machado de Oliveira, los castellanos tuvieron gran disgusto con la ascensión de don João IV, pues se les desvanecían

> las esperanzas de unir la capitanía de São Vicente con el Paraguay, pensamiento éste que se venía gestando desde hacía tiempo y al que se dio el primer impulso alentando a los paulistas en el proyecto de invadir aquella región después de producida la destrucción del Guairá.

Así, todos tuvieron claro «que en esa ocasión decaería la influencia preponderante que tenían (...). Era indispensable, pues, mantener a la capitanía bajo la dominación de España (...). Algunas manifestaciones realimentaron en el ánimo de los paulistas la innata propensión que tenían a la independencia».

Aun así, como los españoles no se atrevían a claras manifestaciones de sus designios, resolvieron entonces «usar del artificio de que figurase un rey entre los paulistas y para ese fin consiguieron seducir a la plebe...» [14].

Ya Saint-Hilaire enfatiza en el episodio sobre todo el natalismo y autonomía de los paulistas que, según él, siempre se resistieron a la sumisión y bajo el dominio español se volvieron casi independientes. Concibieron entonces la idea «de aprovecharse del primer movimiento de agitación y de indecisión para romper los frágiles lazos que los sometían a la dominación europea» [15].

En realidad, tales opiniones son radicales, pues no sólo Amador Bueno se negó a lo que le proponían, sino que también la villa volvió sobre sus pasos, reconociendo al nuevo monarca luso.

Es posible, con todo, que la percepción de la versatilidad e inconstancia popular hayan motivado la negativa de Bueno, tan admirado por algunos estudiosos por su indiferencia ante los encantos de la

[14] J. J. Machado de Oliveira, *op. cit.*

[15] A. de Saint-Hilaire, *Segunda viagem a São Paulo* y *Quadro Histórico da Província de São Paulo*, São Paulo, Comissão do IV Centenário da Cidade de São Paulo, 1954, p. 166.

realeza. Pero «el hombre que no quiso ser rey» podría también no ser más que un legalista. Cuando los jesuitas fueron acusados en 1640 de difundir rumores sobre «otro Rey vivo», fue él quien, como juez ordinario, reprimió sus actividades alegando afrenta al monarca español. Al negarse en 1641 a la voluntad popular, obedecía al nuevo poder legal [16].

De cualquier modo, el episodio sirve para mostrar que la exaltación del soberano luso no fue del todo pacífica en Piratininga y que los paulistas osaban desafiar a la Corona, revelando así una vez más el rasgo de independencia resaltado por la historiografía. Hasta qué punto, no obstante, se volvió intrínseco ese rasgo o fue fruto de la coyuntura histórica y, por lo tanto, transitorio, es lo que aún le toca esclarecer a la actual historiografía.

La Población: evolución y características

Tan relevante para la expansión geográfica de Brasil, el bandeirismo no contribuyó en nada al desarrollo urbano y demográfico de la ciudad de São Paulo, cuyos índices poblacionales fueron muy poco significativos en todo el período colonial.

La fase de las *bandeiras* de apresamiento se denomina también «ciclo despoblador» porque, a medida que se alejaban de São Paulo, los sertanistas dejaban tras sí un rastro de destrucción.

También la villa del Planalto sufrió las cargas de esa fase, pues aunque el mayor impacto negativo sobre el poblamiento se produzca en la época de los grandes descubrimientos auríferos, desde que los paulistas comienzan a aventurarse por el sertón Piratininga convive con la periódica ausencia de su población masculina.

Se volvió casi un estribillo en las Actas de la Cámara del siglo XVII la referencia al hecho, del que también es ejemplo un relato jesuítico, según el cual, en 1628, sólo se contaban en la villa «veinticinco individuos capaces de tomar armas, además de viejos que por su mucha edad ya no podían andar ni pelear».

[16] *Vid.* P. O. Carneiro de Souza, «Política e administração de 1640 a 1763», *História Geral da Civilização Brasileira,* São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1960, vol. 2.

De los que partían, muchos murieron por el camino, consumidos por enfermedades o abatidos en las refriegas contra indios y castellanos. Otros pocos se fijaron en territorios desbrozados, pero la mayoría de los que conseguían sobrevivir volvía a São Paulo, aunque fuese a recobrar fuerzas o reunir capital necesario para nuevas expediciones o, incluso, para comercializar a los indios apresados.

Por eso la villa no se despoblaba totalmente, aunque fuese escaso el número de habitantes.

Los pocos datos existentes del siglo XVII revelan un cuadro demográfico inestable, sujeto a fluctuaciones durante todo el período. Basta ver los números transcritos por Sérgio Buarque de Holanda en su minucioso estudio sobre los movimientos de la población paulista, al cual recurriremos en las próximas páginas.

Según tales cifras, los habitantes de Piratininga se distribuían de la siguiente forma durante el siglo XVII:

1601/1605 = 374	1651/1655 = 534
1606/1610 = 534	1655/1660 = 438
1611/1615 = 453	1661/1665 = 471
1616/1620 = 530	1666/1670 = 370
1621/1625 = 600	1671/1675 = 441
1626/1630 = 541	1676/1680 = 471
1631/1635 = 625	1681/1685 = 758
1636/1640 = 722	1686/1690 = 513
1641/1645 = 806	1691/1695 = 332
1646/1650 = 503	1696/1700 = 290 [17]

Cabe recordar que las cifras enumeradas se refieren a los «cabezas de matrimonio», o sea a los jefes de familia, y por tanto excluyen a parientes, indios y forasteros. De ese modo, el número 374, por ejemplo, que expresa la media de habitantes en el quinquenio 1601/1605, corresponde a 374 padres de familia. Si cada uno tuviese seis o siete hijos, lo que era común en aquellos tiempos, la media de habitantes de la población en el referido quinquenio sería de aproximadamente 3.000 blancos.

[17] S. Buarque de Holanda, «Movimentos da população em São Paulo no século XVIII», *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros*, n.° 1, São Paulo, 1966, p. 65.

La lista apunta, como se puede ver, las grandes fluctuaciones poblacionales producidas en el siglo XVII. Mientras hasta 1645 la población tiende a crecer si se la compara con las 150 familias del siglo anterior mencionadas por Teodoro Sampaio, de aquella fecha en adelante la tendencia general será descendente, por lo menos hasta 1670.

El quinquenio 1641/1645 acusa el mayor número de habitantes del período, los cuales disminuyen bruscamente en los cinco años siguientes, y de manera más suave a partir de entonces.

Después de 1680, la población casi se duplica en un quinquenio, pero de 1686 hasta finales de siglo declina aceleradamente.

Tales fluctuaciones pueden explicarse por la intensa movilidad de los paulistas, siempre en demanda de los sertones, pero incluso por otros factores, entre ellos las llamadas enfermedades públicas.

La viruela, por ejemplo, según el relato de Anchieta, causó numerosas muertes poco después de la fundación de São Paulo.

El sarampión, aunque benigno para los blancos, también los afectaba y se extendía con gran pestilencia entre los indígenas que, desprovistos de protección hereditaria, morían sin remedio. Así fue en 1654, cuando la enfermedad provocó grandes bajas en la población y, con ellas, una grave crisis de subsistencia. En 1677,

> por culpa de dicho mal, quedó la villa vacía de habitantes, pues todos se habían quedado en sus tierras de labor o huido hacia ellas, y además no sólo estaban estropeados los caminos, que nadie reparaba, lo que dificultaba el acceso a la villa, sino que también dejaban de hacerse obras públicas de emergencia [18].

A pesar de los ejemplos citados, durante el siglo XVII los brotes epidémicos en el Planalto, sobre todo de viruela, estuvieron lejos de adquirir las proporciones alcanzadas en otras partes de Brasil y del continente americano. Se decía que eran los aires de «sierra arriba», contrarios a la propagación de las pestes, pero la razón tal vez esté en los propios hábitos de los moradores, dispersos por los campos y sertones, menos sujetos, por tanto, a contagios. Y principalmente en el raro contacto con el litoral, donde existía el riesgo de que desembarcasen portadores de la enfermedad.

[18] S. Buarque de Holanda, *Movimentos da população...*, p. 72.

Tanto es así que la situación cambia en el siglo XVIII, cuando se encuentra el oro y los africanos comienzan a ser importados hacia las minas a través de Santos. Con ellos resurge «el mal de las viruelas», especialmente después del descubrimiento de las minas de Cuiabá, porque los negros destinados a ellas pasaban forzosamente por Piratininga y alrededores, mientras que hacia el territorio de Minas Gerais había trayectos que podían evitarla.

De esa forma, las constantes epidemias de viruela, sarampión y otros males difundidos en el siglo XVIII muestran íntima correlación con la entrada en masa de africanos en la capitanía, aun de paso, y contribuyen a restringir la expansión demográfica de Piratininga.

Por otro lado, aunque menos frecuentes en el siglo XVII, no dejaron de actuar en el sentido de reducir su número de habitantes. Corolario casi obligatorio de todas las epidemias, las grandes hambres tuvieron la misma función, aunque no se debiesen solamente a las enfermedades y por ello se produjesen desde principios de la colonización.

No hay informaciones satisfactorias con respecto a esos flagelos que tal vez surgieran debido a plagas en las tierras de labor, pero se los puede deducir de las medidas adoptadas por las autoridades con el designio de atenuarlos, entre ellas la prohibición de exportar cereales y ganado fuera de la capitanía o el castigo a los acaparadores de géneros alimenticios, que actuaban con mayor audacia justamente en épocas de penuria.

Un factor también relevante para los débiles indicadores poblacionales de São Paulo en el período colonial fue la formación de nuevos agrupamientos, resultantes de aquel ímpetu expansivo de los paulistas ya mencionado.

Es de la villa de donde parte el poblamiento del Planalto: comenzando naturalmente junto a ella, en poco tiempo llegó a cubrir «gran parte del espacio utilizable de los alrededores, de tal suerte que se formó, tierra adentro, un rosario de sitios urbanos que sirvieron para marcar la paulatina ocupación del suelo». Así surgieron los núcleos —hoy ciudades— de Mogi das Cruzes, Parnaíba, Jundiaí, Jacareí, Itu, Sorocaba y otros, todos del siglo XVII y próximos a Piratininga, que adquiría así una función colonizadora [19].

[19] Hasta finales del siglo XVI, la capitanía de São Vicente era conocida sólo por algunas zonas del litoral y por la villa de Piratininga. Con la fundación de los centros

El hecho parece paradójico porque, generalmente, la formación de nuevos centros resulta del excedente poblacional de otros próximos.

São Paulo, por el contrario, sufría las consecuencias de la falta de habitantes. En sus alrededores, no obstante, ya no había tierras sin dueños.

Ahora bien: en una sociedad en la que el estatus estaba determinado por la condición de gran propietario rural, la solución sería requerir áreas más distantes y crear un nuevo centro.

Por ello, la multiplicación de villorrios no se derivó del exceso de personas ni expresó un aumento en el número de habitantes de la región. Cada nueva extensión de tierra ocupada se hacía a costa del centro primitivo o, en menor escala, de los secundarios, cuya población así disminuía, a veces considerablemente.

La escasez de espacio libre disponible para la creación de nuevas áreas de cultivo es visible en las afirmaciones de los paulistas que, en 1611, fundaron Mogi das Cruzes. Al alegar que salían de São Paulo por haber allí «mucha gente y estar apretados y no tener donde cultivar», en realidad lo que pretendían decir era

> que todas las tierras en el circuito de doce leguas de ancho en que se extendería el término, o ya estaban dadas o se quedarían a tamaña distancia que no sería provechoso cultivarlas ni vivir en ellas cómodamente.

No siempre el traslado a otros centros se debió a la atracción por tierras aún sin dueño. Muchos salieron con el afán de escapar a los rigores de la justicia; otros, por discordias de familia; algunos incluso por motivos semejantes a los de los cincuenta y tantos moradores que en 1688 engrosaron la población de Mogi das Cruzes y de Parnaíba, alegando que esas dos villas fueron menos gravadas con la contribución para la dote de la reina de Inglaterra y la paz de Holanda.

Sean las que fueren las motivaciones, el caso es que São Paulo se fue proyectando en nuevas comunidades, cuyo nacimiento muestra un

mencionados se va esbozando en el Planalto una creciente diferenciación entre São Paulo y el Interior, cuya ocupación a través del tiempo fijaría los actuales límites del estado de São Paulo.

estrecho nexo con las periódicas disminuciones de población de la villa.

Sin embargo, el continuo y gran despoblamiento se produjo a finales del siglo XVII y duró buena parte del siglo XVIII, debiéndose sobre todo al descubrimiento de los metales preciosos.

Como diría un cronista refiriéndose a las minas de Cuiabá, «se marchó mucha gente dejando casas, haciendas, mujeres e hijos, echándose a estos sertones como si fuera el Paraíso encubierto en que Dios puso a nuestros primeros padres».

La fiebre del oro fue tanta y el afán de extraerlo tan desesperado que, entre 1697 y 1701, la región de Minas Gerais sufrió una gran hambruna porque nadie se acordó de arar las tierras y de plantarlas para comer.

Las tierras de labranza de São Paulo también quedaron abandonadas, se paralizaron las actividades, subieron los precios de los artículos de consumo, pues todos querían encontrar oro y ahora se iban de forma permanente «llamando a las minas a sus familias y olvidando la tierra donde habían nacido».

De ese modo, gran parte del poblamiento de Minas Gerais, Goiás y Mato Grosso, se hizo a costa de Piratininga, ya que éste era el núcleo más populoso del Planalto.

En 1730 albergaba a 4.239 habitantes, de los cuales 1.485 eran blancos, mientras que los demás se dividían entre indios y mamelucos. En 1776, toda la zona urbana no contaba más que con 534 «fuegos» o familias, sumando 2.026 personas blancas, número irrisorio cuando se piensa que veintidós años antes (1744), Buenos Aires tenía 11.220 habitantes y Río de Janeiro cerca de 12.000 a principios de siglo (1710).

Los datos sobre São Paulo apuntan el gran predominio de indios y mestizos en la población, hecho que permanece durante todo el período colonial y sobre el cual llama la atención Sérgio Buarque de Holanda. En 1636 habría en la villa 600 portugueses entre naturales del Reino o sus descendientes y 300 «arcos», es decir, indios libertos u horros, esclavos y mamelucos capaces de empuñar armas. Cuarenta años después —1676—, la capitanía contaba con 24.800 personas, de las cuales 20.200 serían indios, incluidos los mamelucos.

La proporción entre blancos e indios en ambas fechas es de ocho décimos del total para estos últimos, y esa relación permanecerá constante durante más de un siglo.

La sociedad colonial

La nomenclatura empleada en los datos demográficos expresa una clara distinción entre los diversos segmentos de la población, al separar «portugueses» o «blancos» de «indios» y «mamelucos».

Así puede estimarse lo desigual que fue la sociedad paulista en el período colonial. No son válidas, por tanto, las tesis historiográficas según las cuales en São Paulo había vigente un medio social democrático si se le comparaba con el del nordeste. Fundamentándose principalmente en la procedencia plebeya o burguesa de los pobladores, en el mestizaje producido, en el aislamiento del Planalto, tales tesis llegan a admitir una sociedad «absolutamente desprovista de castas y hasta de clases», lo que no encuentra apoyo en los hechos.

Es verdad que entre los habitantes emigrados del reino serían raros los originarios de la nobleza peninsular o incluso de la burguesía adinerada. Es verdad también que el intenso mestizaje del Planalto imprimió cierta maleabilidad al sistema social en formación, permitiéndole asimilar muchos rasgos culturales del indígena.

Pero en ese sistema, la situación de los indios fue siempre de absoluta inferioridad, aunque relativamente mitigada en el caso del mameluco. Ambos constituían los elementos más humildes de la población desde el comienzo del poblamiento y, con la incorporación de las grandes levas traídas por las *bandeiras* apresadoras, los límites que los separaban de los blancos debían de haberse acentuado.

No obstante la mayoría numérica formaban un grupo medio aluvial, viviendo «un poco a manera de huéspedes», sin oficio habitual ni techo cierto, contentándose con ganancias eventuales, «teniendo como propio, a lo sumo, la choza que los alberga y la ropa del cuerpo».

La diferenciación basada en la raza generaba el prejuicio, expresado con claridad en la negativa de Amador Bueno a la pretensión de un esclavo indio que le pidió a su hermana bastarda en matrimonio. Juzgaría «indecente a su persona ese matrimonio, porque siendo ella su hermana, aunque bastarda, y él su esclavo, quedaban así en mucha desigualdad, si bien en lo demás poco diferían» [20].

Ese desdén perduró a través del tiempo y contaminó a todos los blancos, aun a los más cultos, pues a comienzos del siglo XIX Machado

[20] *Apud* E. da S. Bruno, *Viagem ao País dos Paulistas*, p. 51.

de Oliveira, citado varias veces, calificaba a los mamelucos de «mezcla híbrida e impura» que, «renegando de su origen materno, se manifestaron con increíble ferocidad como los más rencorosos enemigos de los indios y lo demostraron en numerosas ocasiones». De ahí que no deba confundirse su nombre con el «de paulistas, formando éstos, por su parte, una clase distinta»[21].

Tal opinión fue lanzada con el visible propósito de condenar las atrocidades cometidas en la fase de apresamiento y, por lo menos, configura una contribución crítica a la epopeya *bandeirante,* pero revela el prejuicio. Como también revela la preocupación en separar a mamelucos de «paulistas», es decir, «blancos», que, éstos sí, formaban «una clase distinta», sin nada que ver con las violencias practicadas por las *bandeiras.*

Es posible que el prejuicio alcanzase también a otros blancos como, por ejemplo, los cristianos nuevos. Aunque haya polémica con respecto a su presencia en São Paulo, Paulo Prado y algunos autores más los admiten como «un agrupamiento ya sensible en el núcleo inicial de la población del Planalto», pero la gran discriminación tenía un contenido altamente racial.

En esa ruda sociedad, la mujer paulista tuvo alguna proyección, contrariando el papel subalterno que siempre desempeñó a lo largo del tiempo. Atrayendo periódicamente hacia el sertón lejano a la mayor parte de la población paulista, el *bandeirismo* fue la causa indirecta «del sistema casi matriarcal» que estuvo en vigor en Piratininga en ese período.

La ausencia del jefe de familia obligaba a la mujer a sustituirlo en el gobierno de la casa, en la dirección de los cultivos, en la defensa del hogar con la intrepidez y el valor que exigían aquellos tiempos. De ellas diría en 1692 el gobernador Antônio Paes de Sande que eran «hermosas y varoniles y es costumbre allí que sus maridos dejen a su disposición el gobierno de las casas y de las haciendas».

La convivencia con los indios y la capacidad lusa de amoldarse al medio produjeron también otro rasgo peculiar al ambiente social de Piratininga y de la capitanía: la difusión del tupí, que era prácticamente la lengua corriente. Los niños lo aprendían antes del idioma luso y tan

[21] J. J. Machado de Oliveira, *op. cit.*, p. 87.

generalizado era su uso que las iglesias preferían a los párrocos naturales de la tierra, pues los de fuera se entendían mal con los habitantes.

Expresando esa realidad, los gobernadores pidieron al rey en 1698 la provisión de párrocos conocedores del tupí, pues

> la mayor parte de aquella gente no se comunica en otros idiomas, y principalmente el sexo femenino y todos los siervos, y de esta falta se experimenta irreparable pérdida, como hoy se ve en São Paulo con el nuevo párroco que fue asignado a aquella iglesia, el cual ha menester de alquien que lo interprete... [22].

Con el paso del tiempo, esas características se irán atenuando y, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, la escasez de referencias documentales al uso de la lengua indígena presupone su gradual desaparición.

El paulista comenzó a hablar solamente portugués, pero aún mezclado con tupí y con las palabras y expresiones castellanas que hacía mucho utilizaba, pues fue grande la contribución de los españoles a la formación de la población.

A diferencia de otros núcleos brasileños, fueron éstos atraídos por São Paulo desde el comienzo de la colonización y, sobre todo a partir de la Unión Peninsular en 1580, imprimieron a la vida del núcleo urbano algunas características de las tierras de donde procedían.

Por orden del marqués de Pombal, que gobernaba el reino portugués como ministro del rey don José I, también termina en 1751 el llamado «cautiverio rojo», medida en verdad teórica, pues no elimina la institución de la esclavitud y los indios continúan siendo sometidos de hecho al mando de los señores rurales.

Ante la apertura de nuevos caminos, el mayor contacto con el litoral y otras regiones disminuye el aislamiento de São Paulo y la proporción de indios en la población tiende a reducirse paulatinamente, pero la sociedad paulista colonial permanece desigual, llena de prejuicios, fundada en el cautiverio. Sólo que ahora, a finales del siglo XVIII, el sistema de dominación se ejercerá sobre el negro, cuya instalación en gran escala se inicia en esa época.

[22] S. Buarque de Holanda, *Raízes do Brasil*, p. 89.

La sede de la capitanía

En 1681 se amplió considerablemente la función político-administrativa de la villa de São Paulo que se convierte ese año en la sede de la capitanía de São Vicente. Ésta también sufriría cambios, inclusive en su nombre: debido al descubrimiento de los minerales preciosos, se transforma en 1709 en la capitanía de São Paulo y Minas de Ouro. Su territorio, considerablemente agrandado, incluía ahora las zonas de los actuales estados de Minas Gerais, Mato Grosso, Paraná, Santa Catarina y Rio Grande do Sul.

Tales medidas reflejaban aparentemente el aprecio de la Corona por la acción expansiva de los paulistas, que contribuyeron en tan gran escala al fortalecimiento del tesoro real. No obstante, tanto Piratininga como la capitanía fueron olvidadas y hasta desprestigiadas durante la primera mitad del siglo xviii.

Solamente las regiones auríferas recibían las atenciones generales, llevando al rey don João V a oficializar la autonomía administrativa de Minas Gerais en 1720 y a crear en 1747 las capitanías de Goiás y Mato Grosso. Como las tierras correspondientes a Rio Grande do Sul y Santa Catarina ya habían sido agregadas a la capitanía de Río de Janeiro en 1738, sólo le quedaba a São Paulo la zona que hoy comprende el estado de Paraná [23].

Desmembrada de la mayor parte de las tierras que había adquirido, recibiendo sólo esporádicamente la visita de los gobernadores cuya preferencia se orientaba hacia las regiones de Minas Gerais y de Río de Janeiro, la capitanía sufre en 1748 el golpe final en su orgullo: la pérdida de la autonomía político-administrativa. Se convirtió en una dependencia de Río de Janeiro, con dirigentes nombrados por éste, limitados en sus poderes y obligados a la obediencia de un regimiento declaradamente restrictivo.

La situación era el reflejo inmediato del momento histórico vivido. La emigración hacia las minas había desalojado a São Paulo de buena parte de los habitantes; una corriente pobladora también había

[23] La superficie desmembrada correspondía en términos actuales a 2.200.000 km^2 aproximadamente, o sea casi la cuarta parte de la superficie territorial del Brasil de hoy, que es de 8.500.000 km^2.

ido al sur, donde prosperaba la crianza de caballos y mulos. Por falta de gente se había paralizado la labranza, se habían extraviado los rebaños, menguaban las demás actividades y se debilitaba la ya empobrecida economía.

Calaría hondo en el corazón de los paulistas el disgusto por tal estado de cosas, expreso en la pregunta del cronista Pedro Taques, que vivió en esa época:

> Pero ¿por qué recordar el comercio y la agricultura de los tiempos más antiguos, si no ignoro que por espacio de casi dos siglos no se hizo azúcar alguno en esta capitanía; que cesó totalmente la navegación hacia Angola y que acabó el comercio con el Reino, por falta de frutos que se transportasen? [24]

Por eso Paulo Prado se referiría a ese período como «nefasto» y añadiría:

> Después del papel decisivo que los piratininganos representaron en la expansión geográfica, luego de ese apogeo de esfuerzo y conquistas, São Paulo entró en el completo apagamiento que fue la última mitad del siglo XVIII. Se extinguía del todo la llama ardiente de la antigua independencia y altivez [...]. Los paulistas conocieron la ignominia de ser gobernados –durante diecisiete años– por el comandante de la plaza de Santos, y la capitanía se convirtió en simple comarca de Río de Janeiro [25].

En realidad, el autor se equivoca en cuanto al período de tiempo, al situar ese «completo apagamiento» a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

Desde el descubrimiento del oro, la ciudad y toda la capitanía estaban predestinadas a las dificultades referidas, que se expresan políticamente en la pérdida de los territorios conquistados.

La anexión a Río de Janeiro es el punto culminante de un proceso en curso y que durará aún los diecisiete años mencionados por Paulo Prado, terminando en 1765, cuando se emiten las bases de la futura riqueza de São Paulo, como se verá más adelante.

[24] *Apud.* E. da S. Bruno, *História e Tradiçoes...*, I, p. 91.
[25] P. Prado, *op. cit.*, p. 5.

De ahí que no tenga razón el referido autor y toda la corriente historiográfica que lo acompaña al caracterizar la situación de São Paulo en toda la segunda mitad del siglo XVIII como de profunda decadencia, sobre todo porque hasta ese momento São Paulo nunca hubiera tenido una gran significación económico-política.

A esas alturas, la sede de la capitanía había dejado de ser villa hacía bastante tiempo, pues el 11 de julio de 1711 había sido elevada a la categoría de ciudad.

La medida tenía carácter político, ya que el despoblamiento y el abandono de la villa por sus habitantes no justificaban la distinción, generalmente otorgada en reconocimiento del progreso de una localidad dada.

Por ello fue probablemente una compensación por el honor herido en la «guerra de los Emboabas», conflicto ocurrido entre 1708 y 1710 en Minas Gerais. En esa ocasión, los paulistas lucharon contra los demás forasteros por la posesión de las minas, pero fueron derrotados y, con la sanción de la Corona, despojados de las riquezas que habían descubierto.

Sea como fuere, la condición de ciudad provocó algunos cambios: se crearon nuevos cargos como el de oidor general, por ejemplo, magistrado encargado de distribuir justicia, y el concejo municipal comenzó a llamarse Senado de la Cámara, compuesto ahora de dos jueces ordinarios, tres ediles, un procurador y un escribano.

Pero hubo otros cambios también. El *bandeirismo* no produjo impactos sólo negativos, pues favoreció el desarrollo de la función comercial de São Paulo, para lo cual, una vez más, influyó su localización como centro de convergencia e irradiación de caminos.

De ese modo, los habitantes pudieron dedicarse con mayor facilidad al abastecimiento de las regiones mineras. A través de Santos o de Río de Janeiro, importaban las mercancías y esclavos que llevarían a Minas Gerais o Goiás o, por medio de las *monzones*, a Cuiabá.

Frecuentaban también los campos del Brasil meridional, sobre todo los del Viamão, de donde traían caballos y principalmente mulos que vendían a las regiones auríferas.

En Minas Gerais, rodeada de montañas, los mulos fueron el medio de transporte de carga por excelencia. En la tercera década del siglo comenzó a aumentar el número de esos animales llegados del sur,

cuya comercialización se hacía en las famosas «ferias de Sorocaba», villa próxima a São Paulo [26].

Hasta entonces eran sólo los indios y mamelucos quienes transportaban cargas o pasajeros. Desde entonces serían sustituidos en escala creciente por los caballos y mulas, cuya utilización ahorraba los trabajadores y permitía mayor rapidez en los negocios.

Por todo lo cual, diría el gobernador de la capitanía en 1777, no faltaba quien, «disponiendo de los recursos y habilitación indispensables, vacilase en ir a buscar animales al Viamão, gastando de un año y medio a dos en el viaje de ida y vuelta...»

Con ese intercambio de larga distancia surgió el tipo social del tropero, cuya vida llena de riesgos y aventuras, pero también disciplinada por las exigencias propias de la actividad, hará que Sérgio Buarque de Holanda le atribuya la condición de sucesor directo del *bandeirante* y precursor del hacendado del siglo XIX.

Como lugar obligatorio de paso, la ciudad poseía una pequeña porción de las mercancías en tránsito, que así alimentaban el comercio local.

Sin embargo, era todo muy primitivo y precario en esa actividad, comenzando por las tiendas: en ellas se mezclaban tejidos, cordones de botas y hasta tocino de cerdo sin ninguna diferenciación.

Pretendiendo compatibilizar las actividades económicas urbanas con el estatus de ciudad adquirido por la ex villa, las autoridades procuraron disciplinarlas. En 1765, la Cámara prohíbe a las tiendas de sombreros y paños que vendan también azúcar, bebidas y otros artículos similares. Determina incluso que tengan horario de comercio definido.

En 1773 se inicia la edificación del primer mercado. Eran las llamadas *casinhas*, pequeñas construcciones emparejadas de un solo compartimiento, provistas de tablas, ganchos de hierro, pesos y balanzas, además de mostradores donde se exponían las carnes y tocinos. Funcionaban a base de subastas; anualmente alguien las remataba y las subalquilaba a los vendedores que, en días convenidos, llegaban de los alrededores de la capital o de las villas de Jundiaí, Atibaia y otras próximas, a fin de negociar la producción de sus *chacras*, especialmente los cereales.

[26] *Vid.* M. T. S. Petrone, *O Barão de Iguape*, São Paulo, 1976.

A pesar del ruralismo predominante en el período colonial, la ciudad siempre tuvo problemas de abastecimiento, agravados en la fase en que los habitantes se fueron hacia la región de las minas. Además del abandono de la agricultura y de la ganadería, acaparadores no siempre castigados desviaban géneros hacia las minas o hacia Río de Janeiro, donde obtenían mejor precio, lo que causaba graves crisis de abastecimiento, sobre todo de carne y de sal, esta última casi toda importada.

La debilidad económica se reflejaba en la falta de numerario. La moneda era prácticamente inexistente debido a la insuficiencia de mercancías exportables y ni siquiera la aparición de oro en polvo o en lingotes traído de las minas fue capaz de provocar un crecimiento notable en la moneda circulante. Tal situación obligaba a recurrir al pago en «productos de la tierra», lo que generaba una continua crisis financiera.

No había tampoco manufacturas locales para dinamizar los trueques. Fue inevitable la desaparición de las pocas que existieron en el comienzo de la colonización, entre ellas las de sombreros de lana, extinguidas porque ya no se criaban ovejas [27].

Con ello surgieron pocos oficios nuevos o especializados, de manera que, al aproximarse el fin de la época colonial, la ciudad era completamente insignificante desde el punto de vista económico. Alimentada por los modestos cultivos y ganadería de sus alrededores, sin moneda, sin industria, disponía sólo de una tímida función comercial que llegaría a ampliarse con el paso del tiempo.

La urbanización

Las oscilaciones demográficas producidas en los siglos XVII y XVIII, sumadas a la preferencia de los paulistas por la vida rural, determinaron el insignificante crecimiento físico de la ciudad en ese período.

El censo renovado de 1765 señalaba numerosos barrios alrededor del área urbana, pero ésta, hablando con propiedad, apenas superaba los límites del triángulo del siglo XVII.

Con todo, a pesar de ser restringidas, ya se delineaban en esa época dos zonas diferenciadas en lo tocante a la categoría económico-so-

[27] R. de Andrada e Silva, *op. cit.*

cial de sus habitantes: la que estaba centralizada por la calle de San Bento, donde se congregaban las personas menos ricas, y la que quedaba más cerca de las calles del Carmo y Direita, en las cuales residía la gente más adinerada de la región.

La casa paulista obedecía a la tradición portuguesa en América: era «fea y fuerte», baja, achaparrada, con puertas estrechas y ventanas casi cuadradas. Celosías o enrejados revelaban la continuidad de la influencia morisca en Brasil, y sólo fueron sustituidos por vidrieras en la segunda mitad del siglo XIX.

En la construcción predominaba todavía la tapia de mortero, que exigía los grandes voladizos que protegían las paredes y cimientos contra la humedad traída por las lluvias, pues no se conocían las atarjeas utilizadas hoy para desviar las aguas pluviales.

La estética de las calles se modificó poco, pues era difícil rehacer lo que en buena parte se derivaba de la atormentada topografía urbana. Solamente en 1753 la Cámara nombró un «oficial demarcador» para impedir que las casas se construyesen siguiendo el desorden habitual, pero a esas alturas el centro poblacional ya estaba edificado y poco pudo hacerse.

A finales de siglo se quejaba un gobernador por ser «tan grande la irregularidad que se encuentra en casi todas las calles de esta ciudad, que no puede enmendarse sin destruirla».

Según Manoel Cardoso de Abreu, autor del ya citado *Divertimento admirable*, alrededor de 1783 habría en São Paulo cerca de 12 calles principales, «todas con sus travesías correspondientes», la mayoría sin pavimentar.

Al acabar el siglo XVIII, eran siete las plazas de la ciudad, entre ellas el Largo da Sé, de São Francisco y el patio del Colegio. En realidad, no eran más que pequeños solares vacíos frente a las iglesias y conventos y, de acuerdo con la concepción de la época, se pensaba incluso en reducir su tamaño. No sería «conveniente al bien público» que fuesen muy amplios para que no faltase espacio a las construcciones, en caso de que los habitantes se multiplicasen.

En realidad, en un medio tan pequeño, era imposible que las autoridades de la época previesen lo importantes que serían las zonas públicas libres y arboladas para una ciudad gris y muy edificada como la São Paulo de hoy.

Los clásicos puentes eran todos de madera en el período colonial, por esa razón hechos y rehechos, pues los carros de bueyes y las grandes inundaciones afectaban constantemente su estructura. Sólo se sabe de uno hecho de piedra alrededor de 1787 y reconstruido unos años después, «la primera construcción estable realizada sobre el Anhangabaú» [28].

Otros elementos pintorescos en el paisaje urbano fueron las fuentes públicas que proporcionaban agua a la población. Durante mucho tiempo, los habitantes utilizaron las aguas de los ríos y las que brotaban de las fuentes naturales, donde se colocaban pequeñas tuberías. Después, el poder público se encargó de construir fuentes: una de las mayores sería la del Largo da Misericórdia, que disponía de cuatro grifos y fue construida en 1792 con piedras de la región de Santo Amaro, transportadas en canoas [29].

Fueron las iglesias y conventos los que prestaron a São Paulo un aspecto más característico de ciudad. Eran construcciones de mayor porte, localizadas en elevaciones que dominaban el horizonte y proporcionaban mayor encanto al núcleo urbano.

El surgimiento de varias de ellas y la reforma de otras después de la Carta Regia de 1711 parecieron expresar la aspiración de la antigua villa de ennoblecerse realmente a través de edificios majestuosos.

Alrededor de 1724 surgía la iglesia de Nossa Senhora dos Remédios, en el Largo de la antigua cárcel, hoy Plaza João Mendes, cuya fachada se asemejaba a la del monasterio cartujo de Caxias, cerca de Lisboa. Esa iglesia reaparecería en la historia paulistana a finales del siglo XIX, cuando sus dependencias albergaron a un grupo de abolicionistas que tuvo un papel importante en la desarticulación final del esclavismo en São Paulo. Hoy ya no existe, al haber sido demolida para el ensanchamiento de la plaza.

En 1740 se construyó la iglesia de São Pedro en el Largo da Sé.

También del siglo XVIII serán las de Santo Antônio, Santa Ifigênia y São Gonçalo, esta última del año 1757 y también localizada en la plaza João Mendes.

[28] E. da S. Bruno, *História e Tradiçoes...*, I, p. 245.

[29] En 1744 ya había un sistema de desviación de las aguas construido por los religiosos franciscanos, que así pudieron contar con agua potable canalizada, pero la población siguió utilizando las fuentes públicas. Aun así, el abastecimiento era deficiente en cantidad y calidad.

Se produjeron mejoras o reformas en la Matriz da Sé, que amenazaba con derruirse y fue reconstruida en 1744. Los conventos de los benedictinos y jesuitas también fueron remodelados y el de estos últimos sufrió una adaptación, al ser expulsados de Brasil, para servir de sede del gobierno.

Aunque más significativas que las casas comunes, todas esas construcciones tenían fachadas sin pretensiones, en vivo contraste con las imponentes catedrales europeas de piedra, pero su interior se fue enriqueciendo paulatinamente con obras de talla, de dorado o pintura.

Como recuerda el sociólogo francés Roger Bastide al analizar la especificidad del barroco brasileño,

> la iglesia sólo podía ornamentarse a medida que las riquezas aumentaban; como entonces el exterior ya estaba hecho, el barroco sólo podía triunfar en el interior.

El carácter sagrado que tenían iglesias y conventos para el pueblo, se acentuaba por el hecho de que allí se enterraba a los muertos. Se reservaban las tumbas de los monasterios y de las hermandades, respectivamente, a los frailes y a los miembros de aquellas asociaciones, en general a las personas notables, mientras que las demás eran sepultadas en el interior de las iglesias.

Insistiendo en mantener aun en la muerte las desigualdades de clase, la sociedad de São Paulo destinaba a finales del siglo XVIII a los más pobres un cementerio de apariencia humilde, situado al final de la calle de la Glória, cerca de la zona central de la ciudad.

En cuanto a los servicios públicos, fueron precarios en todo el período colonial. La ciudad continuaba desconociendo cualquier tipo de iluminación en gran parte de las calles, a no ser la producida eventualmente por las luminarias en los días de fiesta.

No había propiamente un servicio de limpieza pública organizado y, por ello, en las vías más apartadas y de poco movimiento crecían el césped y las malezas sin freno. A finales del siglo XVIII ya se notaba una mayor preocupación por la apariencia de la ciudad, pues la Cámara ordenó la apertura de grandes hoyos en locales previamente determinados, donde la población debería depositar la basura producida.

La asistencia médica, pública o privada, prácticamente no existía. A lo sumo se recurría a los farmacéuticos y sobre todo a los curande-



Patio del Colegio, 1901. Fuente: Acervo del Departamento de Patrimonio Histórico de Eletropaulo

ros o a los conocimientos heredados de la tradición indígena. Martius, ya citado anteriormente y uno de los científicos que integraron la comitiva de la primera emperatriz de Brasil, se sorprendió con el profundo conocimiento del *sertanejo* paulista sobre las plantas medicinales de su región.

Los hospitales eran raros y el más importante tal vez fue el de la Santa Casa de Misericórdia, probablemente creado en 1724, aunque ya existía la hermandad desde el siglo XVI [30].

Vida sociocultural

De ese modo, a finales del período colonial eran patentes la pobreza y el atraso de la ciudad. La vida continuaba siendo tan monótona y sin brillo como siempre. Cultivando el hábito —ya ahora tradicional— de vivir en las granjas o *chacras* de las cercanías o si no en propiedades rurales más distantes, los paulistas acomodados poco hacían para dinamizar las actividades urbanas.

No había ninguna animación en las vías públicas, donde eran raros los transeúntes que circulaban. Alguna que otra vez los habitantes preparaban una reunión con bailes y juegos de cartas o un paseo campestre.

Por ello es de admirar la importancia adquirida por las fiestas y procesiones religiosas que, en cierta medida, alimentaban el prestigio de la ciudad, atrayendo a sus calles y plazas a un gran número de hacendados, labradores y granjeros. Tal vez debido a la creación del obispado en 1746, el siglo XVIII parece haberles otorgado mayor esplendor.

En esas ocasiones, autoridades municipales y religiosas se asociaban para que las festividades alcanzasen el mayor brillo posible. Los habitantes deberían mantener limpio de hierbas el frente de sus casas, volver a pintarlas de blanco y colocarles en las puertas «cuatro luminarias hacia arriba». Las calles por donde pasaba la procesión se cubrían con palmeras, de tal modo que formaban una alfombra verde que también adornaba los patios de la Sé y del Colegio, los lugares más céntricos.

[30] *Vid.* L. Mesgravis, *A Santa Casa de Misericórdia de São Paulo (1599?/1884)*, São Paulo, Conselho Estadual de Cultura, 1976.

Si la vida urbana era pobre y desprovista de atractivos, la pobreza cultural de São Paulo sería aún mayor, como destaca Ernani da Silva Bruno, cuyas observaciones sobre dicho asunto se sintetizarán en parte seguidamente.

El colegio de los jesuitas fue prácticamente la única institución educacional de la ciudad hasta mediados del siglo XVIII. Después de la expulsión de los religiosos, la desorganización fue total en ese aspecto, no sólo en São Paulo sino en todo Brasil, ya que aquéllos monopolizaban la educación y no se había previsto nada que los sustituyera.

La metrópoli intentó corregir la situación implantando, a partir de 1772, las llamadas «escuelas menores», que constituyeron los primeros institutos oficiales legos de enseñanza elemental y media. Sus profesores, los «maestros regios», eran pagados por el «subsidio literario», un nuevo impuesto creado con esa finalidad.

En São Paulo tuvieron poco resultado. La ciudad contaba con un único «maestro regio» en 1776, cuya actuación no debió de haber conseguido modificar la situación vigente en 1768, cuando el gobernador de la capitanía no logró encontrar a alguien «que tuviese letra» para ejercer funciones en la Secretaría del Gobierno.

En 1798, o sea, finalizando el siglo, tres profesores enseñaban retórica, gramática y filosofía, pero les resultaba difícil obtener alumnos, lo que revelaba el poco interés despertado por cualquier clase de estudio.

En realidad, el conocimiento tampoco se difundía debido a la falta de libros. En los inventarios y testamentos coloniales, Alcântara Machado encontró sólo 55 obras impresas para un período de ciento veintidós años (1578-1700). Aun así, la mayoría era de asuntos religiosos o didácticos; sólo cuatro se referían a otros temas y entre sus autores el único importante era Cervantes.

Si no había libros, mucho menos librerías o bibliotecas. En cuanto a éstas, sólo los conventos las poseían y no permitían la consulta a los legos, incluso porque no había curiosidad para tanto. Basta recordar que a comienzos del siglo XIX, cuando Portugal envió libros para vender en São Paulo, nadie los quiso comprar.

En ambiente cultural tan indigente, no sería de extrañar la pobreza de la literatura paulistana colonial:

> a los vagos cronistas y poetas cuyos manuscritos casi siempre se perdieron [...], sucedió en el siglo XVIII poca cosa más que historiadores

> como Taques y Frei Gaspar, y algunos paulistas educados en Coimbra o en otros centros europeos de cultura –cuya expresión máxima fue José Bonifácio–, y que se destacaron en las ciencias y en las letras [31].

No había, pues, términos de comparación entre la literatura de São Paulo y la de Río de Janeiro, del nordeste y, sobre todo, de las Minas Gerais del siglo XVIII. Mientras que la llamada «Escuela Mineira» tenía poetas de la calidad de Cláudio Manoel da Costa, Tomás Antonio Gonzaga, Alvarenga Peixoto y algunos más, en el mismo período «los dos únicos picos predominantes en la depresión profunda de la vida intelectual de São Paulo» eran historiadores, no literatos.

El autor de esa afirmación es Taunay, quien se refiere a fray Gaspar da Madre de Deus y a Pedro Taques, siendo este último, según las palabras de Silvio Romero –importante crítico brasileño del siglo XIX–, el más significativo tal vez de nuestros cronistas.

Para este autor, «la historia era también un género de importación, venía empaquetada de la metrópoli como la pimienta, la cebolla y los quesos del reino» [32]. De ahí la importancia de Pedro Taques, que había revelado una sensibilidad al medio regional poco utilizada hasta entonces y aun después.

A principios del siglo XIX, aún se podían señalar pocos paulistas cultos en la ciudad. Entre ellos pueden citarse a José Arouche de Toledo Rendon y Antônio Rodrigues Veloso de Oliveira, que tuvieron cierto relieve con trabajos ligados a la economía y a temas afines.

También las artes plásticas tuvieron una expresión reducida y despertaron un débil interés. No existían telas ni cuadros en las habitaciones paulistanas; los inventarios apuntan a lo sumo algunas pinturas con motivos religiosos y «paneles hechos en la región» que, por cierto, poco podían representar como realización artística.

Sólo las iglesias –y solamente a partir del siglo XVIII– ofrecían algo más significativo en ese aspecto. Como ya se ha dicho, se enriquecieron internamente, pero sus pinturas doradas y tallas eran de artistas extranjeros contratados por devotos ricos. De paulistas con talento se

[31] E. da S. Bruno, *História e Tradiçoes...*, I, p. 394.

[32] S. Romero, *História da Literatura Brasileira,* Río de Janeiro, José Olímpio, 1943, II, p. 247.

destacan únicamente las obras de Jesuíno do Monte Carmelo, que a finales del siglo XVIII adornaban la iglesia do Carmo.

Poco había, pues, para refinar el gusto artístico del paulistano, lo que impresionó a Saint-Hilaire. Al visitar la ciudad en la segunda década del siglo XIX, se vio obligado a admirar en la casa de unas personas ricas unos grabados que, según él, constituían el desecho de las tiendas europeas.

En realidad, de forma general, los propósitos predominantemente mercantiles de la colonización, volcados de modo exclusivo a la explotación de los productos tropicales, desalentaron el desarrollo cultural de la colonia. En São Paulo, tan insignificante y aislado, tales directrices se harían sentir con mayor intensidad.

Tal vez por ello la música popular haya tenido mayor significado que las demás expresiones artísticas, pues sin depender de estudio, cultura o tradiciones eruditas, podía desarrollarse con mayor facilidad. Los paulistas demostraban un gusto especial por ella, como ha señalado Martius que, al asistir a un sarao donde se cantaban «modinhas» brasileñas, pudo notar el placer experimentado por los oyentes.

En cuanto a la música culta poco se puede decir. Se sabe que los maestros de la capilla fueron importantes para su difusión, habida cuenta del caso del compositor André Gomes da Silva y Castro, contratado en Lisboa en 1774 para crear y dirigir el coro de la Sé, donde se ejecutaron varias piezas suyas.

A pesar de la pobreza del medio, las artes escénicas no fueron del todo desconocidas en São Paulo, aunque al principio tuviesen un cuño sólo religioso. Anchieta, por ejemplo, se valía de la dramaturgia para atraer a los indígenas a la catequesis, escenificando piezas al estilo de Gil Vicente.

Los locales de representación eran tablados rústicos, pues la ciudad no tendrá una casa construida especialmente para ese fin hasta los últimos años del siglo XVIII. Así, en 1793 surgía el primer teatro paulistano, conocido con el nombre de Casa de la Ópera. Estaba situado en el patio del colegio, frente al palacio de los gobernadores, y difería poco de las casas de varias plantas comunes en la época;

> con tres puertas de frente y tres ventanas en la primera planta, contenía 28 camarotes, dispuestos en tres hileras, que podían recibir a 350 personas. Su iluminación se lograba con velas de cera y candiles de aceite.

En ese teatro se representaron las piezas del repertorio colonial que, según Taunay, iba de los viejos autores españoles y portugueses a Molière y Racine, pasando por las tragedias de Alfieri.

En síntesis, la ciudad de São Paulo a finales del período colonial era el resultado de la peculiar evolución histórica de la capitanía de São Vicente frente a la de las regiones que constituyeron el centro dinámico de la colonia. Mientras en el nordeste se desarrollaba la gran propiedad monocultivadora de caña de azúcar, trabajada por esclavos negros y destinada a la producción de exportaciones, en São Paulo se estructuraba una modesta economía de subsistencia, policultivadora, también en régimen de gran propiedad, pero apoyada en la esclavitud indígena.

Tales características se derivaron en gran parte de los obstáculos encontrados inicialmente para la travesía de la Sierra del Mar, que dificultaba las comunicaciones con el litoral y, en consecuencia, el nacimiento de una producción exportable. Su función casi segregadora aisló al Planalto, favoreciendo también el intenso mestizaje que allí se produjo, del cual resultaría el mameluco paulista, elemento fundamental en las expediciones *bandeirantes.*

La falta de recursos económicos, el instinto sertanista, la localización del poblado en la linde del bosque, se combinaron para producir esa caza al indio, sin precedentes en la historia colonial, que fue el *bandeirismo* de apresamiento, cuyo apogeo tuvo lugar en la primera mitad del siglo XVII.

Su declive no interrumpió la atracción de los paulistas por el sertón, pero ahora perseguían otro objetivo económico: los metales preciosos. A partir del hallazgo de éstos, Minas Gerais, Mato Grosso y Goiás comenzaban a figurar en el mapa de Brasil.

De la epopeya que llegó a ser la expansión *bandeirante,* quedaron los territorios por ella conquistados. Al ignorar el meridiano de Tordesillas, los paulistas de Piratininga añadieron a los dominios portugueses una enorme zona perteneciente a España, fijando prácticamente los contornos del Brasil actual.

Su ímpetu expansivo estimuló el poblamiento de la propia capitanía de São Paulo y de otras, pues además de fijarse en las zonas de explotación minera, podían encontrarse en el sur (Paraná, Santa Catarina, Rio Grande do Sul), en el nordeste (Piauí, Ceará), en el extremo norte.

Si el *bandeirismo* alentó por algún tiempo la precaria economía de São Paulo, en nada contribuyó a su urbanización y crecimiento poblacional, pero amplió su función político-administrativa cuando, en 1681, la villa se convirtió en la sede de la capitanía y en 1711 fue elevada a la categoría de ciudad.

Nada de eso, no obstante, contribuyó a aumentar su importancia. Su pobreza se reflejaba en la modestia material tanto como en la vida sociocultural, visible en las calles y plazas sin iluminación, en los servicios públicos precarios, en la monotonía cotidiana vivida por una sociedad desigual y llena de prejuicios, predominantemente compuesta de indios y mamelucos, sobre los cuales recaía el peso de la discriminación.

Mientras que la legión de los enciclopedistas brillaba en Europa e influía en algunos brasileños de otras regiones, São Paulo revelaba su indigencia cultural en la ausencia de centros de enseñanza, libros, bibliotecas, y de una actividad literaria y artística más expresiva.

Es con esa fisonomía como se presenta la ciudad cuando, en 1822, Brasil se separa de Portugal y pone fin a la situación colonial.

El marco político, sin embargo, no significa nada para el fenómeno urbano de aquel momento, como consecuencia de factores que serán mejor analizados en el capítulo IV, de manera que las características coloniales de la ciudad superan en mucho el marco de la independencia.

En la persistencia de su modestia, continuará haciendo justicia a la expresión «hermosa sin dote» con que la saludó en 1737 el gobernador Gomes Freire de Andrade.

Capítulo IV

GESTACIÓN DE LA URBE (1765-1870)

La caña de azúcar que trajo a esta capitanía Martim Afonso de Souza [...] es sin lugar a dudas el género que ocupa con más ventaja a una buena parte de sus habitantes...

(Antonio Manuel de Melo Castro e Mendonça, gobernador de São Paulo en 1797).

Una economía de mercado para São Paulo

En 1765 se iniciaba el período que fundamentaría la proyección futura de la ciudad de São Paulo.

La capitania volvió a tener un gobierno autónomo, cuyo primer titular en esa fase fue don Luis Antônio de Souza Botelho e Mourao, el «mayorazgo de Mateus», que llegó del Reino con órdenes expresas de estimular el desarrollo económico, especialmente la agricultura.

Al llegar, se sorprendió de la situación de los habitantes que vivían, según él, de los alimentos que brindaba la naturaleza, abatiendo nuevas matas cuando la tierra ya no producía. De ese modo, tanto los campos de los alrededores como las villas próximas se hallaban abandonadas y lo peor es que por seguir el atractivo del bosque virgen, abandonan la vivienda de las poblaciones y se van tras el bosque apartándose cada vez más de la sociedad civil... [1].

La situación era de penuria y aparentemente tendía a empeorar con el reclutamiento militar exigido por el ímpetu expansionista de Portugal. El nuevo gobernador había llegado también con la misión de extender lo más posible los dominios de la Corona en la región meridional y, con tal objetivo, se había creado el fuerte de Iguatemi en territorio fronterizo con Paraguay. Esa plaza militar, rodeada de pantanos, pronto se transformaría en un gran sumidero de vidas humanas;

[1] *Apud.* M. T. S. Petrone, *A lavoura canavieira em São Paulo*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1968, p. 16.

por ello, un informe oficial la calificaría de «horroroso cementerio de paulistas».

En el gobierno de Martim Lopes Lobo Saldanha, sucesor en 1775 del mayorazgo de Mateus, los conflictos entre Portugal y España agravaron la situación. Llovían reclamaciones de las Cámaras Municipales, responsabilizando a las autoridades por la indigencia de los habitantes que ya no podían dedicarse a sus cultivos, porque las tropas auxiliares estaban formadas en su mayoría por labradores.

Tales circunstancias llevarían a Machado de Oliveira a destacar el horror provocado por el reclutamiento, «obligando a la emigración en tropel y a la expatriación hacia otras capitanías».

De ahí la impresión entre los contemporáneos, expresada también por la historiografía, de que el siglo XVIII, sobre todo en su segunda mitad, habría sido funesto para São Paulo.

La impresión será falsa. Las medidas tomadas a partir de 1765 sólo se harían sentir hacia finales de siglo pero, por eso mismo, el período fue de de gestación, no de decadencia.

Las primeras medidas en el sentido de recuperar la agricultura se tradujeron en estímulos a los labradores, en la mejora del transporte, en el llamamiento a las Cámaras Municipales para que alentase a la población al trabajo agrícola y, así comenzó a resurgir el cultivo de la caña de azúcar, hasta entonces casi desaparecido.

Se conjugaron varias circunstancias para, a través de ellas, integrar la capitanía de São Paulo en una economía de mercado. El agotamiento del oro en las regiones mineras lleva a la corona portuguesa a procurar otras bases económicas para la colonia, lo que equivale a decir que la atención se vuelca nuevamente en la agricultura tropical.

La coyuntura internacional de finales de siglo favorece la producción brasileña, pues la desorganización de los mercados antillanos provocada por los sucesos resultantes de la Revolución Francesa y de las ambiciones napoleónicas, así como los conflictos entre Inglaterra y Estados Unidos después de la independencia norteamericana, benefician a Portugal y a sus posesiones que, por el momento, consiguen mantenerse neutrales en las disputas.

Crece así la exportación agrícola de la colonia, fundamentada sobre todo en el azúcar y en el algodón.

A esas alturas, las condiciones internas de São Paulo ya le permiten pensar también en un cultivo comercial. Aunque aún precario, el

Camino del Mar permitía la utilización de animales. Muchos paulistas volvieron de las minas de oro con capital suficiente para dedicarse a la agricultura, y los beneficios obtenidos en el comercio de tropas también podían emplearse allí.

De ese modo, precios externos atrayentes, estímulos oficiales, capitales ganados en las minas y en el comercio, además de la abundancia de tierras fértiles en el Planalto, favorecen las inversiones en el cultivo de exportación, teniendo al azúcar como producto principal.

Son de 1797 los primeros datos de conjunto sobre la producción azucarera paulista: 114.550 arrobas, de las cuales apenas 20.000 se destinaban al consumo interno. En 1808, los 458 ingenios de la capitanía enviaron 1.000 cajas de azúcar hacia el exterior, cantidad modestísima si se compara con la de las zonas cañeras tradicionales, pues en esa época Bahía exportaba 20.000, Pernambuco 14.000 y Río de Janeiro 9.000 cajas anuales.

Pero el pesimismo había desaparecido. Ya se creía en el progreso y se hablaba con esperanza del potencial contenido en la agricultura. La palabra «decadencia» va desapareciendo paulatinamente del vocabulario oficial y de la memoria de los contemporáneos.

En 1826 saldrían 256.585 arrobas sólo por el puerto de Santos. De la década de los 30 en adelante, esa exportación estará siempre por encima de las 400.000 arrobas, configurando el período de apogeo del azúcar paulista, que alcanza a principios de 1847 el punto culminante con 597.551 arrobas exportadas.

El final de aquel año será también de inflexión del cultivo, pues un nuevo producto venía subiendo lentamente en la pauta de las exportaciones: era el café, que abre espacio con rapidez en zonas antes tradicionalmente cañeras.

A partir de la mitad del siglo XIX, la exportación de café supera definitivamente la del azúcar, propiciando la también definitiva prosperidad de la región.

Aunque sin la dimensión e importancia alcanzadas en el nordeste y en Río de Janeiro, el «ciclo» del azúcar paulista repercutió fundamentalmente en la evolución histórica de São Paulo, preparando la infraestructura que viabilizaría la producción cafetera.

Fue, por ejemplo, el catalizador de la expansión viaria en el Planalto y de las mejoras en el Camino del Mar, que aún encerraba muchos problemas.

Al atravesar la Sierra, el mayorazgo de Mateus, por ejemplo, halló «más seguro pasarla a pie» que arriesgarse a que los caballos lo precipitasen en los abismos diseminados en su trayecto. Fray Gaspar da Madre de Deus, que anduvo por allí antes de las obras de Bernardo José de Lorena, dejó impresiones que vale la pena reproducir por la claridad y vivacidad de la descripción:

> ...una montaña escabrosa, sumamente acantilada, que supuestamente tendría al menos una legua de alto, sacando la cuenta por el tiempo que se tarda en subir a paso lento, acentuaba la pésima calidad de la carretera; un camino o, mejor dicho, una caverna tortuosa, profunda, y tan apretada que en los barrancos laterales se veían siempre riachuelos abiertos por los caballeros, los cuales no podían transitar sin ir tocando el estribo en aquellos formidables paredones; caverna en la cual permanecían todo el tiempo escalones de tierra escurridiza, y algunos tan altos que los animales debían vencer a saltos cuando subían y arrastrándolos cuando bajaban; [...] un pasaje rodeado de despeñaderos, que obligaban a los caminantes a ir muy atentos para no precipitarse; en fin, un paso muy laborioso, una serie continua de peligros... [2].

Ante tal descripción, es fácil imaginar lo que significaría la circulación por allí. No obstante, dada la necesidad de aumentar la exportación de azúcar, el Camino del Mar va siendo objeto de mejoras crecientes que culminan a finales de siglo con la Calzada del Lorena, como ya se ha apuntado en el capítulo I.

También recibieron cuidados las carreteras que unían las regiones cañeras con Piratininga, pero allí el problema fue de amplitud mucho menor. No eran tan accidentadas, y varias de ellas, como la antigua ruta de Goiás, ya estaban esbozadas desde el tiempo de los *bandeirantes,* de modo que bastó con aprovecharlas y mejorarlas.

Con el tiempo se crearían otras. Eran todas carreteras de tropas o al menos remodeladas para ajustarse a las necesidades de ellas, evitando morros empinados, ríos caudalosos y pantanos. Buscaban también la cercanía de riachuelos o arroyos donde los animales pudiesen saciar la sed.

Fue en ese período cuando el puerto de Santos comenzó a internacionalizarse. Alrededor de 1826 ya mostraba la presencia de muchas

[2] *Apud.* M. T. S. Petrone, *A lavoura canavieira em São Paulo*, p. 192.

embarcaciones extranjeras, aumentando continuamente de allí en adelante su movimiento de comercio marítimo con el exterior.

Otra importante consecuencia de la expansión cañera fue la sedentarización de los habitantes y, en consecuencia, el aumento demográfico de la capitanía.

En 1776 se contaban 58.071 habitantes y en 1797 cerca de 158.450. Para 1836 están los números registrados por el mariscal Daniel Pedro Muller, figura importante de la administración paulista a principios del siglo XIX, quien, en el libro *Ensaio d'um quadro estatístico*[3], entre otros datos significativos, anota 326.077 habitantes para São Paulo en ese momento.

De ahí en adelante la población no haría más que crecer: 411.850 habitantes en 1854 y 837.354 en 1872, llegando al millón pocos años después, lo que dejaría lejos el tiempo de las quejas sobre la falta de habitantes.

Tal crecimiento se debió en parte a la importación de esclavos negros, que era ínfima por lo menos hasta el tercer cuarto del siglo XVIII. Como ya se ha visto, el indígena suplía las necesidades de la capitanía y sólo transitaban por ella los africanos destinados a la explotación minera. Algunos se quedaban, pero su costo era demasiado alto en una economía de subsistencia; por ello Luís dos Santos Vilhena registra para el comienzo de la década de los 70 de aquel siglo un contingente de 52.611 habitantes, de los cuales 35.526 serían indios; negros, sólo 8.987.

El cultivo de la caña de azúcar, no obstante, cambiará el panorama, pues su rentabilidad permitirá el empleo de negros en escala creciente, lo que motivará la afirmación de José Bonifácio –uno de los artífices de la independencia brasileña–, de que «antes de la creación de los ingenios de azúcar São Paulo tenía pocos esclavos...».

En 1818 había allí 48.245 cautivos para 160.969 habitantes libres; en 1836, éstos eran 239.969 y los esclavos sumaban 86.933. Eso muestra que en un período de dieciocho años el contingente esclavizado aumentó un 80,1 %, mientras que la población libre creció un 44,7 %.

El negro había desalojado al indio del sistema de trabajo definitivamente, integrando a São Paulo en el trinomio tradicional de la or-

[3] D. P. Muller, *Ensaio d'um quadro estatístico da Província de São Paulo*, São Paulo, *O Estado de São Paulo, 1838.*

ganización socioeconómica brasileña: gran propiedad, monocultivo y esclavitud negra.

De allí en adelante el número de cautivos crece de modo continuo, sobre todo a partir de la mitad del siglo, cuando el café será el motivador de ese incremento.

La lenta transformación de la ciudad

Los números hasta aquí mencionados se refieren a la capitanía y después provincia de São Paulo, nombre con el cual comenzó a ser designada la zona al acabarse la fase colonial.

En cuanto a la ciudad de São Paulo, no reflejó de manera inmediata los cambios económicos en marcha.

No se produjo allí un crecimiento demográfico en ritmo semejante al de la región de la que era capital.

En 1776, la ciudad albergaba a 3.820 habitantes; en 1794, 9.359; y en 1815, cerca de 25.313. En el año 1836 había allí 21.488 habitantes, mientras que la provincia contaba con el total ya mencionado de 326.902.

Por tanto, la población crecía pero no de manera notable, presentaba oscilaciones y era de proporción reducida en el marco provincial.

El sociólogo Florestan Fernandes [4] tiene una explicación lógica para el hecho: la nueva fase de prosperidad de la capitanía se había iniciado bajo la égida de la gran labor agrícola, pero las áreas ocupadas por la capital y su término no ofrecían a la agricultura extensiva condiciones comparables a las de las prósperas zonas donde se cultivaban la caña de azúcar y el café.

Basta pensar que en aquel mismo año, 1836, el valor de la producción paulistana era de 100 contos de réis, mientras que Campinas y Mogi-mirim, los más ricos distritos azucareros de la provincia, producían 308 contos cada una. Y había aún otros 12 municipios con renta superior a la de la capital [5].

[4] R. Bastide y F. Fernandes, *Brancos e Negros em São Paulo,* São Paulo, Editora Nacional, 1971.

[5] O. Nogueira de Matos, *A cidade de São Paulo no século* XIX, São Paulo, Coleção da Revista de História, 1955, p. 81.

De ese modo, las perspectivas económicas de ésta eran mucho menores que las de aquellas regiones preferidas por los hacendados y extranjeros dispuestos a invertir en la agricultura comercial.

Es posible también que el reclutamiento militar influyese en las oscilaciones poblacionales de la ciudad, pues aun después de que Brasil lograra su independencia hubo conflictos en el sur del país, heredados de la política expansionista portuguesa.

Por todo ello, el sector más constante de la población habrá sido el de los esclavos negros, no sólo porque únicamente los elementos libres eran reclutados para el servicio militar sino también debido a la organización del trabajo. Era el cautivo quien movía los engranajes del sistema; todo reposaba en él, que no podía ser apartado sin afectar a las condiciones de seguridad económica y de equilibrio social.

Aun así eran pocos, si se los compara con los de las áreas agrícolas, pues los servicios urbanos exigían menor número de ellos.

En 1836, la ciudad tenía 2.845 esclavos negros y treinta y seis años más tarde, o sea en 1872, había 3.828 para una población libre de 27.557 individuos. Ese mismo año, la provincia contaba con 156.612 cautivos negros.

A pesar del lento crecimiento demográfico de la ciudad en ese período, había acabado por completo «el espléndido aislamiento en que se criara la población de los antiguos campos de Piratininga», como diría el nostálgico Paulo Prado. La economía de mercado, los nuevos caminos, la mayor facilidad de transporte hacia el litoral, pusieron a São Paulo en creciente contacto con el país y con el mundo.

No obstante, en relación directa con la pequeña presión demográfica, la expansión de su área urbana también fue lenta.

No se sabe con exactitud cuándo traspuso la ciudad el Anhangabaú, pero el plano elaborado en 1810 por Rufino José Felizardo e Costa ya señala un pequeño núcleo en la margen izquierda de aquel riachuelo, hacia la actual plaza de la República y el barrio de Santa Ifigênia, que en 1836 aparece con 3.000 habitantes aproximadamente.

Otro núcleo comenzaba a delinearse en esa tercera década del siglo pasado: el del Brás, que, con poco más de 600 habitantes entonces, sería en el futuro uno de los barrios más populosos de São Paulo. Situado entre las *chacras* de la Figueira y del Tatuapé, hasta ese momento había sido sólo el camino hacia la Penha, utilizado por quien viajaba hacia Río de Janeiro.

Diez parroquias componían el término de la ciudad aquel año de 1836. Las de la Sé, Santa Ifigênia y Brás eran las más céntricas y juntas sumaban 9.391 habitantes. La mayor parte de los paulistanos se repartía por las otras siete parroquias, que eran los suburbios de la época: Guarulhos, Nossa Senhora do O, Cotia, Nossa Senhora da Penha, São Bernardo, Juqueri y Embú [6].

A partir de mediados del siglo XIX, la zona urbana se expande un poco más, tanto que el poder municipal comienza a presionar a los particulares en el sentido de que ocupen los terrenos vacíos de que eran propietarios. Se esboza el núcleo del actual barrio de la Consolação, se abren algunas calles, se construyen nuevas casas.

Pero el progreso es lento: aun en esa época, en el llamado Morro do Chá y en algunos otros lugares muy próximos al centro, se cazaban perdices, cabritos y hasta esclavos que, al huir, se escondían en las barrancas allí existentes. La ciudad aún ocupaba un área sensiblemente semejante a la de los tiempos coloniales.

Tanto el perímetro urbano como el suburbano se hallaban salpicados de *chacras,* la vivienda preferida del paulista acomodado. Muchos de aquellos que se mudaron de las tierras o haciendas del interior, destinaban la casa de la ciudad a los días de fiesta solamente, pues la chacra representaba una especie de primera etapa en la adaptación al medio ciudadano, un fenómeno de media urbanización. Infundía ciertamente en su propietario la sensación de que vivía en la ciudad pero no estaba tan distanciado del sertón y de la tierra cultivada.

Las construcciones amplias y desparramadas, con sus barandas grandes y largas, reproducían los rasgos arquitectónicos básicos de la casa de hacienda.

Allí se podían formar vastos pomares llenos de frutos y hasta plantaciones, además de bonitos jardines; se podían criar cerdos, gallinas y hasta ganado; en fin, formalmente, la chacra poseía casi todos los elementos que componían el escenario al cual estaba acostumbrado el hombre rural.

También los visitantes de ellas guardarían impresiones duraderas. El poeta Bernardo Guimarâes, citado por Ernani da Silva Bruno, describió la que visitó en 1845, deteniéndose sobre todo en su jardín:

[6] D. P. Muller, *op. cit.*

Era notable, no sólo por la profusión e inmensa variedad de flores raras y hermosas que lo cubrían, sino principalmente por la deleitable posición en que se hallaba colocado, como un mirador. Consistía en una superficie cuadrada de cerca de diez metros de lado, dividida en arriates dispuestos con arte y agradable simetría. Dos bonitos emparrados, cubiertos de trepadoras, adornaban sus ángulos, como dos torreones de verdura y flores.

En la primera mitad del siglo XIX era tan generalizado el uso de ese tipo de vivienda que podían incluso perturbar la marcha de la administración municipal. Fue lo que ocurrió en 1829, por ejemplo, cuando los ediles no pudieron realizar la sesión del 13 de junio porque el secretario de la Cámara no estaba en la ciudad sino en una *chacra* próxima.

Eran tantas las viviendas paulistanas de ese tipo que sería prolijo enumerarlas. Sólo como ejemplo se puede citar la de las Palmeiras, que aun en la década de los 70 poseía galpones (*senzalas*, habitación de los esclavos), casa-grande (lugar de los señores), cocheras, plantaciones de té y grandes pastizales; la chacra del Lorena, próxima al Largo de la Gloria; la chacra del Ferrao, donde más tarde se instalaría el gasómetro de la ciudad y que perteneció durante mucho tiempo a la marquesa de Santos, favorita del emperador Pedro I.

También hubo chacras «correccionales» localizadas en áreas más distantes y mantenidas por personas que se disponían a castigar en nombre de sus propietarios a los esclavos rebeldes. Aunque infame, el oficio era remunerador, por lo que surgieron varias destinadas a ese fin [7].

Con el correr del tiempo, esas propiedades se van dividiendo para dar vida a los grandes barrios de São Paulo. La de las Palmeiras, por ejemplo, fue la simiente del barrio de Santa Cecília; la del Campo Redondo dio origen a los Campos Elíseos; la «antigua chacra de Carvalho que perteneciera al barón de Iguape y llegaba hasta el valle del Tietê, contribuyó a la formación de parte de los barrios de la Barra Funda y del Bom Retiro...».

Algunas calles hoy centrales o muy conocidas se abrirían en ese período, como la Vinte e Cinco de Março, próxima al patio del colegio,

[7] *Cfr.* G. Leite de Barros, *A cidade e o Planalto. Processo de dominância da cidade de São Paulo*, São Paulo, Ed. Martins, 1967.

y la rua Aurora, surgida en 1810 con el nombre de Santo Elesbão. Otras importantes vías del centro ya existían desde el siglo anterior: es el caso de la actual Líbero Badaró, abierta en 1787 con el nombre de Rua Nova São José y también el de la Florêncio de Abreu –próxima al Largo de São Bento–, ex rua da Constituição, demarcada entre 1782 y 1786 [8].

En contraste con las antiguas, las construcciones levantadas durante el siglo XIX ya tenían mejor presentación, pero alrededor de 1850, incluso en calles del centro, las casas eran aún tan pequeñas e insignificantes que, por encima de ellas, de calle a calle, se avistaban las andas de las imágenes conducidas en procesión.

En esa época, no obstante, las seis casas con plantas que Saint-Hilaire había registrado en la segunda década del siglo, ya se habían multiplicado y algunas incluso disponían de buhardilla.

A finales del período tratado, comienzan a surgir los palacetes de los hacendados enriquecidos por el café, que al mudarse a la ciudad construían la vivienda como símbolo de su prosperidad. Así se construyeron las residencias de la familia Paes e Barros y del conde do Pinhal, ambas próximas a la actual Estación da Luz. Su aspecto imponente contrastaba de manera notable con las viejas y sencillas casas de la tradición portuguesa.

La producción de São Paulo era modesta. Se cultivaba té *(chá)*, introducido por el Coronel José Arouche de Toledo Rendon en su chacra en la margen izquierda del Anhangabaú, en pleno corazón de la ciudad de hoy. Según las fuentes, ese militar y político tuvo allí cerca de 40.000 pies de la planta y «disponía de tres hornos, uno de ellos fundido en China y que sirvió de modelo para fundir otros». El Viaduto do Chá, uno de los lugares más transitados del centro actualmente, recuerda la cultura allí implantada.

Muchos propietarios lo imitaron, de modo que en 1836, según Daniel Pedro Muller, el municipio era el mayor productor de la provincia. Se cultivaba también ampliamente la mandioca; se criaba ganado bovino y sobre todo mular y equino.

Tales actividades, no obstante, eran de valor reducido si se las compara con las de la agricultura comercial, hasta tal punto que, como se ha visto anteriormente, 14 distritos superaban en renta a la ciudad.

[8] A. Barreto do Amaral, *op. cit.*

Esa comprobación provocó rivalidades y una negativa velada en aceptar la supremacía de la capital, traducida en motes como los de los santistas, que llamaban a los paulistanos «comedores de hormigas».

Cabe señalar que tenían razón: durante mucho tiempo, los habitantes de la antigua Piratininga cultivaron el hábito de comer zompopos tostados –un tipo de hormigas de gran tamaño–, herencia indígena probablemente, que haría a los capitanes generales del siglo XVIII acusarlos de devorar «bichos asquerosos».

La producción industrial del municipio, también modestísima hasta 1870, se obtenía en pequeñas fábricas y talleres artesanales. El viajero John Mawe, que estuvo en Brasil en la primera mitad del siglo, se refiere a una hilandería de lana y algodón de evidente carácter doméstico; menciona también una cerámica rústica en los alrededores de la ciudad, y ninguna cosa más.

Los datos de Daniel Pedro Muller sobre profesiones, permiten suponer que en 1836 existían sólo pequeñas fábricas semejantes. En ese año había en el término de la ciudad 77 carpinteros, 69 zapateros, 54 herreros, 49 sastres, 38 alfareros, 30 orfebres, 28 carpinteros, 13 vendedores de sal, 7 hojalateros, 7 panaderos, 6 fabricantes de guitarras, 3 tallistas, 3 tejedores, 1 relojero y 2 toneleros, aserradores, coheteros, caldereros, sombrereros y caucheros.

En el municipio también se producían velas y bebidas y el *Almanaque Administrativo, Mercantil e Industrial de la Provincia de São Paulo* para el año 1857 ya mencionaba seis fábricas de sombreros finos en la ciudad. No obstante, era todo aún muy rudimentario: al referirse a esa rama de la economía, dirá Machado de Oliveira en 1856 que «no se puede calificar como industria fabril esas pequeñas fábricas de sombreros, licores, cigarros, etc., algunas de las cuales duran poco o son como apéndices de casas comerciales» [9].

En esa época, otros núcleos urbanos ya se habían anticipado en iniciativas que representaban mayor progreso industrial. La primera fábrica de tejidos a vapor de la provincia, por ejemplo, se montaría en 1850 en Sorocaba, distante unos 70 kilómetros de São Paulo.

La función comercial de la ciudad, no obstante, se amplió considerablemente en ese período. Centro de convergencia de rutas, de ella

[9] *Apud.* E. da S. Bruno, *História e Tradiçoes da cidade de São Paulo,* II, p. 717.



Estación da Luz, 1905. Fuente: Acervo Waldemar Sampaio/Eletropaulo

partían «todas las carreteras que van hacia las diferentes capitanías, por cuyas carreteras está situada la mayor fuerza de las poblaciones», como diría Manuel Cardoso de Abreu, el tan citado autor del *Divertimento Admirável*.

Por ella pasaban el azúcar y el café destinados a Santos; también los negociantes que traían ganado del sur para vender en la capital o en Sorocaba; los mercaderes de Minas Gerais que iban a adquirir animales y otros artículos altamente lucrativos para comercializarlos en su región; en fin, todos los viandantes, cargas y conductores. Era un comercio aún modesto que iba progresando sólo lentamente.

Por los datos de Daniel Muller sobre importaciones, se puede tener una idea de lo que vendían las tiendas en 1836: calzados procedentes de Tarragona, quincallerías de Oporto; telas también de Oporto y de Nueva York o de puertos nacionales, y además lozas, velas, herrajes, cristales, pólvora, jabón...

La distribución de productos alimenticios se siguió haciendo durante largo tiempo a través de las «Casinhas», pero en todos los lugares donde había reunión del pueblo, surgían mercaderes y vendedoras. En la década de los 60 se construiría un nuevo mercado público en la confluencia de las actuales ruas General Carneiro y Vinte e Cinco de Março.

Según Saint-Hilaire, al contrario de Río de Janeiro, no era común ver negros esclavos recorriendo las calles para vender sus mercancías. Se sabe, no obstante, que las mujeres diariamente encontradas en la rua das «Casinhas» eran casi todas negras y otros viajeros mencionan como corriente la presencia de cautivas en las vías públicas, vendiendo golosinas en mesas de madera forradas con paños blancos. Eran las llamadas «negras de provecho», o sea aquel tipo de esclavo urbano que existió en Brasil, cuya ocupación consistía en salir a las calles para practicar el pequeño comercio y volver al acabar el día a casa con una ganancia previamente estipulada por el amo.

A mediados del siglo se pueden notar algunas señales de un comercio más rico. Según el citado *Almanaque de 1857*, había entonces en São Paulo 50 tiendas comerciales, casi todas situadas en las ruas Direita, São Bento, Santa Tereza, do Rosário, da Quitanda y en la Praça da Sé. De ellas, 10 eran de relojeros o joyeros; otras vendían bastones, sombreros de sol y de lluvia, bisutería, gafas, quevedos, además de los artículos más usuales.

La documentación registra la figura del inglés Henry Fox, que estableció en 1830, en la planta baja de la casa donde vivía en la calle 15 de Novembro –antigua rua da Imperatriz–, la primera relojería de la ciudad. Allí vendía también joyas e instrumentos de música. En 1842 construyó el reloj de la torre que coronaba la iglesia de la Sé y fue su celador hasta 1891, cuando murió.

Como simbolizando la famosa puntualidad británica, durante cuarenta y nueve años, todas las tardes entraba en la catedral para controlar su reloj, «que nunca atrasó un minuto», según relata la crónica de la época.

El relieve que las fuentes le dan a ese inglés es significativo, pues revela la sensación que aún causaba en la ciudad un extranjero de origen no ibérico.

El provincianismo se revelaba también en la ausencia de hoteles y restaurantes, casi inexistentes hasta los años 60. Los viajeros de las primeras décadas del siglo se hospedaban en casas de familia mediante cartas de recomendación de personas conocidas. Por ello en sus relatos hay siempre referencias a la cordial hospitalidad del paulistano.

Según el visitante americano Samuel Greene Arnold, São Paulo disponía de una única posada en 1847. Solamente alrededor de 1854 comienzan a aparecer los primeros hoteles, casi todos dirigidos por extranjeros –franceses y alemanes principalmente– y frecuentados por forasteros, pues, según recuerda el memorialista Afonso de Freitas en *Tradiçoes e reminiscências paulistanas,* la población no estaba habituada a aquella vida colectiva y su susceptibilidad la llevaba a definirla como «promiscuidad peligrosa e intolerable».

Tampoco había cafés, pero en 1860 los paulistanos podían elegir entre cuatro casas de té. En cuanto a las cervecerías, restaurantes y hoteles más satisfactorios, surgirán solamente después de 1870.

Un nuevo sector de servicios se desarrollaría en la ciudad durante el período tratado: el de los coches de alquiler. La actividad comercial provocaba un gran movimiento de tropas y carros por las calles, pero no había coches de plaza y pocas familias acomodadas poseían carruajes.

Según los testimonios, ver en 1850 circular un coche de caballos seguía despertando la atención de los curiosos, que se asomaban a las ventanas para ver quién pasaba, pero en 1857 una casa comercial se disponía a alquilar esos vehículos.

De acuerdo con un informe de la Repartición de Policía, a finales de la década circulaban por las calles paulistanas más de 400 carros de carga, 40 carruajes particulares y 77 de alquiler.

La ciudad se iba urbanizando lentamente. No obstante, según el comentario del viajero von Tchusdi, que estuvo allí en 1860, sus recursos manufactureros eran limitados y el comercio insignificante.

La ciudad en la independencia

> *...los pueblos desgraciados [...] ahora [...] sufrirán otra vez como viles colonos las dilaciones y trapazas de los tribunales de Lisboa [...]. Nosotros le rogamos que confíe en el amor y fidelidad de los brasileños y principalmente de sus paulistas...».*
>
> (Representación de la Junta Gubernativa de São Paulo a don Pedro I el 24 de diciembre 1821).

Curiosamente, en contraste con su mediocre proyección económica, São Paulo tuvo un papel importante en el proceso de independencia de Brasil.

Los historiadores están de acuerdo en que, aunque oficializada el 7 de septiembre de 1822, la emancipación se produjo de hecho en 1808, cuando el entonces príncipe regente don João y casi toda la corte portuguesa se trasladan a la colonia, estableciendo en ella la sede del gobierno luso.

Compelido a decidirse por el expansionismo de Napoleón, el futuro don João VI, antes incluso de llegar a Río de Janeiro, capital del país desde 1763, se obliga a «abrir los puertos de Brasil a las naciones amigas».

La revocación de privilegios y monopolios iniciada con la libertad de comercio; la transferencia del centro de decisiones políticas hacia Río de Janeiro y la necesidad de instalar un aparato burocrático-administrativo adecuado rompieron irreversiblemente el sistema colonial,

modificando el estatus de la posesión americana, que en 1815 es elevada a la condición de Reino Unido al de Portugal y Algarves [10].

Altamente positivo para los brasileños, el traslado de la Corte causó grandes dificultades al reino luso, humillado por la invasión de Napoleón, por la penuria económico-financiera y por la tutela británica, a la que en seguida estuvo sometido.

La Revolución Liberal de Oporto, producida en 1820, tiene mucho que ver con tales circunstancias. Llamada así porque, bajo el influjo de los principios liberales difundidos por la Revolución Francesa, se había levantado contra el régimen absolutista en demanda de un gobierno constitucional, ese movimiento fue, no obstante, antiliberal en relación con Brasil, cuando pretendió recuperar la preponderancia perdida.

Esa recuperación sería considerada vital para el mantenimiento de la monarquía y, por otro lado, había pretendido también atender a los intereses de la burguesía lusitana aún ligada al sistema monopolista.

Por ello, cuando las Cortes portuguesas o Parlamento son convocadas para elaborar la Constitución, se tornan claras las pretensiones lusas, corporizadas en los llamados «decretos recolonizadores».

En Brasil, inicialmente, la opinión pública apoyo a la Revolución de Oporto. Los principios liberales contenidos en las doctrinas de los filósofos del siglo XVIII ya habían contagiado a los brasileños cultos e impregnado ideológicamente a algunos de los movimientos emancipadores que precedieron a la independencia.

De ahí —entre otras razones—, la adhesión entusiasta a la causa constitucional. A principios de 1821, en medio de manifestaciones callejeras y pronunciamientos militares favorables, don João VI asume en Río de Janeiro el compromiso jurado anticipadamente de aceptar y hacer cumplir la Constitución que sería votada por las Cortes. Todas las Cámaras municipales deberían proceder a igual juramento; según instrucciones de Lisboa, se elegirían diputados brasileños para representar a Brasil en el Parlamento portugués. Las provincias elegirían Juntas Provisorias para gobernarlas.

Aparentemente se implantaban los cambios sin mayores traumas.

[10] Es a partir de ese acontecimiento cuando las antiguas capitanías comienzan a llamarse provincias.

Para los brasileños, en aquel momento no había razón para oponerse a ellas:

> La carta de ley del 16 de diciembre de 1815 había resguardado la integridad territorial del antiguo dominio portugués en América, la integridad territorial de Brasil, que dejaba de ser mera expresión geográfica para ganar personalidad, adoptar fueros de pueblo, de nación, de Estado. Así se explica la buena fe y hasta el entusiasmo con que los brasileños de todas las regiones y de todos los orígenes acogieron la noticia de la revolución constitucionalista en Portugal, se dieron prisa en establecer gobiernos según los moldes preconizados por los revolucionarios portugueses y se dispusieron a colaborar, en Lisboa, en la redacción de la Constitución que regiría los derechos de los ciudadanos de los dos hemisferios [11].

En São Paulo, el advenimiento del régimen constitucional es anunciado el 12 de marzo de 1821. Poco tiempo después se convoca al «pueblo» para proceder a la elección de los miembros de la Junta gubernativa: entre ellos estaría José Bonifácio de Andrada e Silva, considerado el artífice de la independencia brasileña, que en aquel momento entraba definitivamente en la historia política del país. También sus hermanos Martim Francisco y Antônio Carlos Ribeiro de Andrada tuvieron un papel relevante en el proceso.

La Junta ya refleja en su composición el carácter de compromiso que asumirá la independencia en Brasil. Forman parte de ella liberales constitucionales como el brigadier Manoel Rodrigues Jordão, por ejemplo, junto a los ex representantes del orden absolutista José da Costa Carvalho —el futuro marqués de Monte Alegre— y José Carlos Augusto de Oeynhausen, hasta entonces gobernador de la provincia. Los dos últimos son figuras en las que, por la posición ocupada, raramente se habría pensado para hacer efectivos los cambios que el momento exigía.

La elección no convenció, por cierto, a aquellos liberales empeñados en romper con el pasado pero, al conseguir imponer el nombre de Oeynhausen como presidente de la Junta, José Bonifácio muestra su prestigio y también el sentido moderado que caracterizará su actuación política.

[11] O. Torquínio de Souza, «São Paulo (cidade) e a Independência», periódico *O Estado de São Paulo*, edición del IV Centenario, 25 de enero de 1954.

Es posible también que su éxito se haya tornado fácil por la situación particular de la provincia, desposeída de gente por el reclutamiento militar que desde el siglo XVIII sangraba a la población debido a las pretensiones expansionistas de Portugal. En 1811, don João entró en guerra con el Plata y, como las capitanías de Rio Grande do Sul y de São Paulo eran las más próximas al territorio enemigo, los paulistas serán nuevamente sacrificados.

Como el reclutamiento se impone a la parte más activa de la población, a aquella más dispuesta a la lucha, recuerda Sérgio Buarque de Holanda que el servicio militar podrá hacerse indirectamente «para librar a la provincia de elementos que podrían perturbar hasta las raíces el orden político-social en el momento en que comenzara a tambalearse el antiguo régimen» [12].

Tal vez también por ello no se hayan registrado aquí movimientos de carácter separatista como los producidos en Bahía y en Minas a finales del siglo XVIII o en Pernambuco en 1817.

De ese modo, la transición en São Paulo hacia el nuevo orden de cosas habría sido más fácil para el pequeño grupo que controlaba la política. Pero la presencia de José Bonifácio se mostró pronto absorbente, imponiendo el rumbo de las articulaciones. Como se ha dicho, estaba lejos de ser un revolucionario:

> Habiendo vivido más de treinta años en Europa, se había identificado en varios aspectos con el pensamiento ilustrado asimilando la visión crítica de la burguesía europea, condenando el latifundio improductivo, el trabajo esclavo, valorando el trabajo libre y la mecanización.

Pero encaraba con desconfianza lo que consideraba «excesos de libertad»: para él, el jefe de Estado

> debía ser menos un líder revolucionario, un representante del pueblo, que un déspota esclarecido, que un monarca constitucional [13].

[12] S. Buarque de Holanda, «São Paulo», *História Geral da Civilização Brasileira*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1964, vol. 4, pp. 439-440.

[13] E. Viotti da Costa, «José Bonifácio: homem e mito», *Dimensoes*, São Paulo, Perspectiva, 1972, p. 134.

A su modo de ver, «constitución» y «secesión» no iban juntas; defendía el principio de la integridad e indisolubilidad del Reino Unido –Brasil y Portugal–, una vez asegurada la igualdad de representación en las Cortes.

De esa forma, los diputados electos para representar a São Paulo en Lisboa fueron instruidos para defender esos principios que, por tanto, no incluían ninguna intención separatista. Entre ellos estaban Nicolau de Campos Vergueiro, Antonio Carlos de Andrada e Silva –hermano de José Bonifácio–, Francisco de Paula Souza e Mello, José Feliciano Fernandes Pinheiro; formaban todos un grupo que desde aquel momento tendría gran proyección en la vida nacional.

Antes incluso de llegar a Portugal, decretaban las Cortes la transferencia de varias reparticiones instaladas en Brasil durante el período joanino como el *Desembargo do Paço* (tribunal de justicia o de apelación), la Junta de Comercio y otras. En septiembre y octubre de 1821, nuevos decretos determinaban la vuelta de don Pedro, regente desde abril en sustitución de don João VI, su padre, que las Cortes habían obligado a regresar al Reino. También fueron nombrados para las provincias gobernadores de armas directamente subordinados a la metrópoli.

Las medidas afectaban de lleno la autonomía conseguida por la ex colonia y el entendimiento no tardaría en revelarse imposible.

Los diputados por São Paulo no llegan a Lisboa hasta febrero de 1822, cuando los trabajos parlamentarios ya estaban adelantados, pero su participación cambiará sustancialmente el marco de vacilaciones e indecisión de los demás representantes brasileños frente a los proyectos que destruían las libertades penosamente conquistadas. Contribuían a ello el temperamento combativo de esos paulistas y la certeza de lo que pretendían, o sea Brasil en pie de igualdad con Portugal.

Mientras tanto, crecía el descontento entre los brasileños. Desde finales del año anterior circulaban panfletos por las calles denunciando las pretensiones recolonizadoras y concitando al príncipe a repudiarlas. Los políticos de Río de Janeiro buscaban la adhesión de los paulistas en su esfuerzo por convencer a don Pedro de quedarse en Brasil, pero éstos se anticipan, eviando a la capital del país una violenta «representación» contra Portugal que, al conocerse en Lisboa, suscita expresiones poco corteses sobre sus autores, calificados como los «13 infames de São Paulo»...

Aunque signado a nombre de la Junta Gubernativa Paulista, el texto es probablemente obra de José Bonifácio:

> Si la aspereza de ese documento puede parecer fruto de una indignación arrebatada, que no quiere ni puede conocer conveniencias, su efecto es antes el de un acto calculado [...]. A don Pedro, a su fácil e inquieta susceptibilidad, habla en el lenguaje que conviene, según los fines propuestos, complaciendo su dignidad de hombre y príncipe [...]. Le dice, en suma, lo que le place y lo que es menester decir para incitarlo a reaccionar más prontamente [14].

La indignación contra las Cortes llegaría a su auge el 9 de enero de 1822, cuando el Regente recibe un manifiesto con miles de firmas y se dispone a desobedecer las órdenes llegadas de Lisboa permaneciendo en el país [15]. Fue saludado con vivas «al príncipe constitucional» y «a la unión de Portugal con Brasil», un indicio de que la decisión no significaba aún una ruptura total, ni para los políticos ni para don Pedro, que busca apoyo entre las personas influyentes favorables a sus resoluciones, pero de comprobada fidelidad a la monarquía.

José Bonifácio es nombrado ministro antes incluso de entregar personalmente una segunda «representación» de São Paulo; poco después se reúne un «Consejo de los Procuradores de las Provincias de Brasil» con el propósito de cimentar la unión entre ellas y el Regente.

A esas alturas, los militares ligados a Portugal, como el general Jorge de Avilez, habían intentado rebelarse. El 24 de enero de 1822 São Paulo envía a Río de Janeiro la columna de 1.100 hombres conocida como «leales paulistanos», con el encargo de cooperar en la defensa de la ciudad contra la amenaza lusitana.

A las Cortes le parecía claro que el Príncipe se había dejado envolver en los «proyectos de insurrección de São Paulo y de Río». Crecen, pues, los ataques a los diputados brasileños que poco pueden hacer ante su insuficiencia numérica.

El gobierno de Río convoca entonces una Asamblea Constituyente independiente, acto que prácticamente concreta la ruptura.

[14] S. Buarque de Holanda, *São Paulo*, p. 443.

[15] Como ese día, el 9 de enero, el Príncipe-regente decidió quedarse *(ficar)* definitivamente en Brasil, la fecha pasó a la historia como el «dia do Fico».

Entretanto, los miembros de la Junta Gubernativa de São Paulo no se ponen de acuerdo, aparentemente mucho más por cuestiones personales y rivalidades ligadas a la preponderancia que los hermanos Andrada supieron conseguir, que por diferencias doctrinarias o programáticas. Por otra parte, en Brasil los grupos y partidos políticos siempre carecieron de consistencia ideológica. Como recuerda Sérgio Buarque de Holanda,

> nunca se mostrarán efectivamente dependientes de los principios teóricos que parecen profesar sus líderes. La verdad es que los principios y necesariamente los programas, cuando existen, no sirven para darles coherencia íntima y consistencia duradera. Sirven antes para matizar ostensiblemente, queriendo dignificarlos de algún modo y justificarlos, ciertos antagonismos de grupo que de cualquier forma aparecerían, sin ellos o contra ellos [16].

El «pueblo y la tropa» de la ciudad de São Paulo, instigados por el coronel Francisco Inácio de Souza Queiroz –comandante de la fuerza armada– con el apoyo de José da Costa Carvalho y Oeynhausen, reclaman la deposición de dos miembros de la Junta: el brigadier Jordão y Martim Francisco.

El movimiento, que se conoció como «la bernarda de Francisco Inácio» [17] y aún no estaba suficientemente estudiado en sus motivaciones profundas, provocó agitación en toda la provincia y exigió la presencia de don Pedro para calmarla. Esa es la razón por la cual el término de la independencia se produjo en São Paulo.

La llegada del Príncipe calma los ánimos y las rivalidades. El 7 de septiembre, en el camino de regreso a Río de Janeiro, cuando se encontraba cerca del riachuelo de Ipiranga, en el barrio que también tomaría ese nombre, la comitiva recibe nuevos decretos de las Cortes: exigían el regreso real y amenazaban con mandar tropas para forzar el cumplimiento de la exigencia.

Era el golpe final a las pretensiones portuguesas en relación con Brasil. La separación se oficializa en el episodio que pasó a la historia

[16] S. Buarque de Holanda, *São Paulo*, p. 440.

[17] Designación para indicar revuelta, motín.

con el nombre de «brado (grito) do Ipiranga» y don Pedro retorna a São Paulo para cosechar los laureles del acontecimiento.

La ciudad lo acoge con gran alegría:

> Desde la pequeña torre de la iglesia de la Boa Morte, extendiendo la vista por el descampado, no le resultó difícil al campanero divisar a la distancia la caravana que llegaba. La campana del viejo templo no tardó en dar a los paulistanos la gran nueva. Ya en las calles de la Glória y de Santa Tereza se iban divulgando las noticias del sorprendente acontecimiento [...]. Y la novedad se difundió por el burgo provinciano... [18].

En Brasil, por tanto, el proceso de emancipación no motivó las luchas revolucionarias que marcaron la independencia de las colonias españolas de América. Aquí tal proceso adquirió el aspecto de un acuerdo político cuyo definitivo rompimiento sólo fueron capaces de desencadenar las tentativas recolonizadoras de Portugal. Temerosos de perder los beneficios conquistados en 1808, los grupos dominantes se unen en torno al Príncipe-regente, consiguiendo así la separación y, más que ella, la preservación de la integridad territorial.

Esto se debe a que, entre las diversas facciones de ese período, estaban aquellas más radicales, cuyo ideal era la República. El país corría el riesgo de desmembrarse como los antiguos virreinatos hispánicos, si no fuera por la capacidad articuladora de José Bonifácio y otros moderados. Manipulando el carisma de la realeza, muy fuerte aún en la mayoría de las provincias; conteniendo la exaltación de los republicanos y la reacción conservadora de los absolutistas; influyendo, en fin, con habilidad en el Regente, consiguieron instaurar la monarquía constitucional y mantener la unidad nacional.

La generación de la independencia comprendía una minoría ilustrada de poderosos, generalmente grandes propietarios de tierras o negociantes ampliamente beneficiados con la apertura de los puertos. De formación europea, su liberalismo, aprendido sobre todo de los enciclopedistas franceses, tenía los límites en sus propios intereses: los incitaba a la lucha por la supresión del yugo portugués, por el libre co-

[18] E. Leme, «Sete de Setembro de 1822», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico de São Paulo*, São Paulo, 1973, vol. LXX, p. 258.

mercio, por un gobierno republicano o monárquico constitucional, pero no por la renuncia a la propiedad de esclavos o por la extensión de sus reivindicaciones a la «masa» popular. Tanto es así que la independencia política en nada afectó a la organización económico-social heredada de la colonia: la gran explotación esclavista y de monocultivo continuaría predominando.

El pueblo poco contaba. Como diría Saint-Hilaire,

> no comprendía bien el significado de la palabra constitución que estaba en todas las bocas; le explicaban que por tal expresión se entendía la reforma de los abusos de que tenía quejas desde hacía mucho tiempo...

En São Paulo, aquella generación tenía las mismas características apuntadas anteriormente. A pesar de la pobreza de la capitanía, desde finales del siglo XVIII aumentó el número de paulistas enriquecidos que enviaban a sus hijos a la metrópoli para recibir instrucción. José Bonifácio y Martim Francisco, por ejemplo, estudiaron ciencias naturales en Coimbra; Nicolau de Campos Vergueiro —portugués de nacimiento— y José da Costa Carvalho —natural de Bahía—, se graduaron en leyes en la misma universidad.

Al tomar parte en los debates de las Cortes portuguesas, hasta los que nunca habían salido de la provincia, como Francisco de Paula Souza e Mello, se muestran conocedores de los principios básicos del pensamiento liberal; el padre Diogo Antônio Feijó, que vivía en la ciudad de Itú, en un ambiente timorato, se inspiraba en Kant para escribir un *Compendio de Lógica, Metafísica y Filosofía Moral*[19] y, según los absolutistas, a pesar de la sotana era «hombre peligroso y lleno de ideas criminales de libertad».

En general, eran ricos: provenientes en su mayoría del medio urbano, retirados de las fuerzas armadas o enriquecidos en el comercio, pronto sucumben a la llamada de la agricultura comercial, cultivando caña de azúcar y después café. Fue el caso del brigadier Jordão, que hizo su fortuna con los tejidos y que se convirtió en gran hacendado. Antonio da Silva Prado, su sobrino y futuro barón de Iguape, defensor

[19] *Cfr.* A. Wernet, *O processo de independência em São Paulo» — Dimensoes, loc. cit.*, p. 343.

de la facción andradina en el episodio de la «bernarda», tuvo negocios de algodón en Bahía y, de vuelta a São Paulo, abrió ingenios de azúcar en Jundiaí. Vergueiro poseía propiedades rurales en Piracicaba y Araraquara. El padre de Francisco Inácio se había enriquecido en el comercio de Mato Grosso y el hijo ya producía en 1817 azúcar en sus ingenios de Campinas.

Tal vez por ello también les resultó más fácil inclinarse hacia el liberalismo, pues los rigores de la política fiscal y del reclutamiento militar impuestos por el régimen absolutista eran incompatibles con la naturaleza de una agricultura expansiva. Estarían así tentados de identificar las exigencias de esa economía con las reivindicaciones liberales.

Todos, o la gran mayoría, serán figuras destacadas en el escenario político brasileño post-independencia: los Andrada actúan con gran vigor en el Parlamento encargado de elaborar la primera constitución brasileña; Vergueiro gobernará Brasil como miembro de las Juntas Regenciales formadas después de la abdicación de don Pedro I; Feijó se convierte en regente único poco después [20].

Tales ejemplos podrían citarse hasta la monotonía... São Paulo tendrá una fisonomía política apreciablemente unitaria en ese período, cuando el liberalismo «conoce pocas variantes y no parece sufrir un reflujo». Su importante papel en la vida nacional durante la primera mitad del siglo XIX le otorga la curiosa peculiaridad mencionada al comienzo de este epígrafe: proyección política en contraste con el escaso relieve de la economía.

La capital de la provincia

El inmovilismo institucional que desde muy pronto se impuso en Portugal, se reflejó en el aparato administrativo de la posesión americana y afectó también a las Cámaras Municipales. Basta recordar que, hasta principios del siglo XIX, el estatuto básico de la administración colonial era aún el «Regimento» de 1637, prefiriéndose resolver los casos concretos que iban surgiendo por medio de decisiones aisladas y de ámbito limitado.

[20] El emperador Pedro I gobernó Brasil hasta 1831, cuando abdicó del trono en favor de su hijo, el futuro emperador Pedro I. Como éste era menor, el país fue gobernado por una Regencia hasta su mayoría de edad, en 1840.

Ciudad modesta, São Paulo cambió poco en ese aspecto hasta comienzos del siglo XIX. Su aparato burocrático-administrativo siguió siendo exiguo, aun después de la restauración de la capitanía en 1765. Como sede de la comarca que entonces aún abarcaba al actual estado de Paraná, albergaba al oidor general y a sus auxiliares; un juzgado de huérfanos al cual correspondía administrar y aplicar los bienes de los menores sin padres, con titular y tesorero privativo del oficio, sujetos a mandato trienal; una Cámara, cuya composición era prácticamente la misma de siempre pues ediles, juez ordinario y procurador del Concejo continuaban asistidos por alcaides o jefes de policía, escribanos, almotacenes...

En 1788 surgirá un procurador de los bienes del Concejo, y en 1792 un escribano auxiliar del alcalde, ya que éste, dado el crecimiento de la ciudad, no podía por sí solo «abarcar las obligaciones de su oficio tanto en lo que se refiere a la Cámara como en el juicio ordinario, donde había procesos que incoar y era necesario convocar a testigos» [21].

Con la Independencia se amplían naturalmente las funciones políticas de la provincia y de la capital; se modifican también la administración y la estructura de poder. Como ya se ha dicho, desde el acto de don João VI, que había elevado a Brasil a la condición de Reino, las antiguas capitanías se habían transformado en provincias. Después del 7 de septiembre serían gobernadas por un Presidente nombrado por el Emperador y por un Consejo General, hasta que éste fuera sustituido por el Parlamento provincial.

A partir de esa época, sin embargo, las Cámaras pierden mucho de su independencia, realmente en disminución desde finales del siglo XVII, cuando Portugal comienza a retomar de hecho el poder que poseía de derecho.

Cabe recordar que, con la pérdida de gran parte de los imperios coloniales de Holanda e Inglaterra, la posesión americana crece en importancia para la monarquía lusa, iniciándose entonces un proceso de creciente centralización del poder real que actúa también sobre las Cámaras, cercenando sus iniciativas.

[21] *Apud.* A. Taunay, *História da cidade de São Paulo no século XVIII*, São Paulo, 1951, vol. 2, 2.ª parte, p. 42.

En el Brasil independiente, sin embargo, la autonomía municipal sufre un golpe aún más rudo. Solamente cuatro años después de la promulgación de la Constitución de 1824, otorgada por don Pedro I, se reglamentarán las disposiciones indicadas en ella para las Cámaras. Por la ley del 1 de octubre de 1828 es el voto directo el que las elige; no disponen ya de las funciones judiciales ejercidas en la época colonial. Sus atribuciones son, no obstante, muy amplias: mantener el orden público, velar por la salud, la higiene y la seguridad ciudadana; orientar a los labradores, introducir innovaciones en el sector agropecuario, inspeccionar y auxiliar a la enseñanza, etc.

La amplitud de las funciones haría creer en una institución activamente participante de las diferentes esferas de la vida urbana, pero la impresión es ilusoria, pues la autoridad de que disponía no correspondía a las obligaciones impuestas. Estaba ahora sometida al poder provincial: dependía de él para publicar órdenes municipales, disponer de propiedades, emprender obras públicas, hacer uso extraordinario de los fondos recaudados.

La *Guía de las Cámaras Municipales de Brasil en el desempeño de sus deberes* elaborada por Diogo Antônio Feijó —entonces diputado— en 1830, señalaba claramente la atrofia de las mismas: las órdenes podían entrar en vigor antes de que las confirmase el Concejo General, ya que ciertas necesidades urbanas no admitían espera, pero las Cámaras habrían de ser cautelosas

> y circunspectas en no mandar ejecutar antes de la confirmación nada más que las órdenes de suma necesidad. De lo contrario resultará el pesar de ser rechazadas por el Concejo General después de haberse ejecutado...[22].

En 1834, la Constitución es modificada por un Acta Adicional que sustituye a los Concejos Generales por las Asambleas Provinciales y les otorga poderes más amplios.

Desde ese momento se fijan de una vez los nombres de Cámara Municipal para la institución y de *vereadores* (ediles) para sus componentes; se suprimen los cargos de escribano y almotacén; desaparece el

[22] *Apud.* R. M. Morse, *op. cit.*, pp. 81-82.

procurador electo y se crea la figura del presidente, hasta hoy día en funciones en los actos legislativos municipales brasileños.

Pero empeoran las condiciones de las edilidades, controladas más estrictamente aún por las mencionadas Asambleas y despojadas incluso de los vestigios de poder que la ley de 1828 les dejara. Es el escenario nacional y no el local el que interesa ahora a las autoridades provinciales, con sus ojos siempre puestos en la Corte de Río de Janeiro.

Las principales cuestiones discutidas en la ciudad serán de naturaleza política y ahora tendrán carácter supramunicipal, relegándose las demás, inclusive las administrativas que influían en la vida diaria del paulistano, a un plano secundario.

Al menos durante el Imperio, la situación no cambiará y las Cámaras no recuperarán los beneficios primitivos.

En ese marco se procesa la lenta urbanización de São Paulo, dirigida en buena parte por los presidentes de provincia y por las asambleas provinciales en función de las razones expuestas.

Una peculiaridad del período será el creciente prestigio de la calle como punto de encuentro, hecho que, por otra parte, también se produce en otras ciudades de Brasil y que Gilberto Freyre analiza, señalándolo como característico del siglo XIX [23].

Aunque calles y plazas sean puntos de la estructura urbana que acogen las acciones colectivas de los habitantes y donde mejor se puede reconocer el espíritu ciudadano, en la fase colonial esa función fue poco intensa, como se ha visto, y las vías públicas siguieron siendo poco más que puntos de conexión entre un lugar y otro.

En el transcurso del siglo XIX, el aumento del número de habitantes, el desarrollo del comercio, la llegada de estudiantes a la facultad de Derecho recién instalada, y otros factores, amplían el prestigio de la calle como lugar de encuentro para los habitantes que van estableciendo gradualmente preferencias.

De esa forma, mientras los comerciantes se encontraban en la rua Direita, los esclavos se reunían en el Largo da Misericórdia o en la rua das Casinhas para vender sus mercancías. El Largo de São Francisco era el punto de los estudiantes y la rua de São Bento un lugar más popular...

[23] G. Freyre, *Sobrados e mocambos*, Río de Janeiro, José Olímpio, 1968, 4.ª ed.

Tales circunstancias exigen medidas que disciplinen el comportamiento de los habitantes y así se reafirman obligaciones como las de encalar las paredes de las casas, de no instalar tubos que echen aguas sucias directamente a las calles, etc.

Se prohíbe a los artesanos que ejerzan su oficio en las calzadas para no estorbar el paso de los peatones. Se prohíbe también desde 1820 la utilización de las celosías «por quedar las casas más oscuras y faltas de aire puro», pero hasta 1865 aún había un gran número de ellas. Con todo, debido al clima frío y a la célebre «garúa», la llovizna menuda que era parte integrante del paisaje paulistano, fue anterior en São Paulo que en otras ciudades del país la sustitución de las celosías por vidrieras, a pesar de ser el vidrio caro y raro.

En 1830, el centro de la ciudad ya estaba pavimentado con grandes piedras irregulares, y en la década de los 60 surge la pavimentación por el sistema Mac Adam, el conocido «macadán».

Fue cambiando también la forma imprecisa y tradicional de designar los lugares urbanos: en vez de «campo» se decía «largo» o «praça»; ya no se hablaba de «encruzilhada» sino de «esquina»; calles y callejones adquirieron nombres o cambiaron de denominación, algunas de ellas incluso inspiradas en abstracciones como la Rua da Constituição, por ejemplo, actual Florêncio de Abreu.

La ciudad ya poseía su jardín público desde 1825. Con el nombre de «Huerto Botánico» había sido iniciado por el gobernador Melo Castro y Mendonça a principios de siglo, pero no se concluyó hasta la administración del primer presidente de la provincia, el vizconde de Congonhas do Campo.

Hasta 1830 la Cámara no disponía de presupuesto propio para la iluminación pública, entendiéndose entonces con los habitantes para que éstos se encargasen de encender, limpiar y conservar los grandes faroles alimentados con aceite de pescado. En 1847 ya se había hecho cargo de la tarea, cuando la iluminación comenzó a funcionar con gas hidrógeno líquido.

Alrededor de 1860 la ciudad contaba con 200 faroles, algunos aún clavados a la pared de las casas, pero la mayoría ya instalados en postes de madera o de hierro elegantemente trabajado [24].

[24] *Vid.* E. da S. Bruno, *História e tradiçoes da cidade de São Paulo*, vol. II.

En una tierra tan tropical y boscosa como Brasil, el arbolado urbano era prácticamente desconocido, tanto que, al pasar por Río de Janeiro en 1860, el visitante francés Charles Ribeyrolles se sorprendió de la apariencia árida y abrasadora del Largo do Paço, el lugar tal vez más importante de la ciudad.

En São Paulo los poderes públicos comienzan a preocuparse también muy tardíamente por esa cuestión. En 1869 la Cámara aprueba la plantación de árboles en las plazas más centrales por ser «un embellecimiento adoptado [...] en casi todas las ciudades», además de favorecer «también la salubridad pública».

Sin embargo, en Brasil en general y en São Paulo en particular, nunca hubo gran preocupación por instalar parques y jardines destinados a los habitantes, lo que actualmente revela una imperdonable imprevisión de los poderes públicos.

Los ríos que cortaban la ciudad eran medios de transporte bastante utilizado por los habitantes pero, con el tiempo y como consecuencia de las sucesivas rectificaciones de sus cursos, tal función desapareció, como en el caso del Tamanduateí, que en 1849 comenzó a ser canalizado, al mismo tiempo que se construía una vía paralela junto a él.

Como se puede ver por las pocas mejoras señaladas, la ciudad se modificó muy lentamente en el período en cuestión. Aún a finales de los años 60 del siglo pasado, para muchos visitantes su aspecto seguía recordando el de la «hermosa sin dote» de los tiempos coloniales.

El «Burgo de estudiantes»

Quitad la Academia de São Paulo y [...] la capital de la provincia [...] dejará de existir.

(Emílio Zaluar)

Al calificar a São Paulo en el siglo XIX como «burgo de estudiantes», Ernani da Silva Bruno busca destacar la importancia adquirida por la facultad de Derecho, cuya creación marca el comienzo de la función cultural de la ciudad.

A diferencia de la América española, el Brasil colonial nunca tuvo una universidad ni cursos superiores estructurados, de modo que la

idea de los mismos fue vivamente madurada y debatida poco después de la Independencia. En 1827, el decreto del 11 de agosto creaba los primeros cursos jurídicos del país: uno en São Paulo y otro en Pernambuco, en la ciudad de Olinda.

Era generalizado el consenso sobre la necesidad de instalar escuelas al norte y al sur de Río de Janeiro, pero la elección de São Paulo es como mínimo curiosa y dada su inexpresividad económica suscitó una gran polémica en la Asamblea Constituyente de 1823.

La iniciativa surgió del diputado José Feliciano Fernandes Pinheiro, el futuro vizconde de São Leopoldo, para quien la salubridad del clima, la posición geográfica del núcleo urbano, «la abundancia y bajo precio de todas las necesidades y beneficios de la vida», justificaban la elección.

A esa valoración optimista se contraponía la de los que apuntaban la falta de lugares para alojarse en la ciudad, su provincianismo, el «feo modo de hablar paulista», la ausencia de imprenta y de libros.

Llevaban razón esos parlamentarios en cuanto a la pobreza material y a la indigencia cultural de la antigua Piratininga, pero su oposición reflejaba también la susceptibilidad provocada por el contraste ya señalado entre el bajo desarrollo económico de la provincia y su proyección política. Tal susceptibilidad queda clara en las palabras del diputado bahiano Montezuma: «No sé por qué se anda siempre hablando de São Paulo por aquí y São Paulo por allá; no se dice nada sin mencionar a São Paulo...».

La mala voluntad, no obstante, no impidió la instalación de la Academia [25]. Probablemente debido incluso al prestigio de la «generación de la Independencia», cuyo liderazgo, combatividad y acentuado liberalismo debieron pesar decisivamente a favor de São Paulo.

Sea como fuere, la Academia se instaló en el viejo convento del Largo de São Francisco, un edificio inadecuado donde el patio de la iglesia daba entrada, indiscriminadamente, a fieles y alumnos.

Sin embargo, pronto despertó gran interés y la afluencia de estudiantes que, para alcanzar el grado de bachiller, debían realizar una ca-

[25] La palabra «facultad» se usa más hoy en día para designar una unidad de enseñanza universitaria. Antiguamente, la facultad de Derecho se llamaba «Academia» o «Curso Jurídico».

rrera de cinco años en la cual se incluían Economía Política y ocho disciplinas más referentes a las diversas ramas del derecho. Un curso anexo proporcionaba a los candidatos a las vacantes los conocimientos indispensables de latín, francés, retórica, geometría, filosofía racional y moral...

Las matrículas tomaron gran impulso en los primeros años, pero la consolidación de la Academia no fue inmediata, pues hubo un reflujo de estudiantes a finales de la década de los 30 y sobre todo en los años 40. Por el número de alumnos de los últimos cursos se puede ver que, si entre 1831 y 1835 la media quinquenal fue de 41,6 alumnos, en el período 1836-1840 sería de 23. Los dos quinquenios sucesivos registrarían 11,2 y 16,7 respectivamente [26].

Para tal descenso hubo muchas explicaciones. El misionero metodista Daniel Parish Kidder, que llegó a Brasil en 1837, creía necesario «condensar y modernizar el curso de la instrucción»; otros recordaban la obsolescencia de los libros, la indisciplina de los alumnos, el absentismo y complacencia de los profesores.

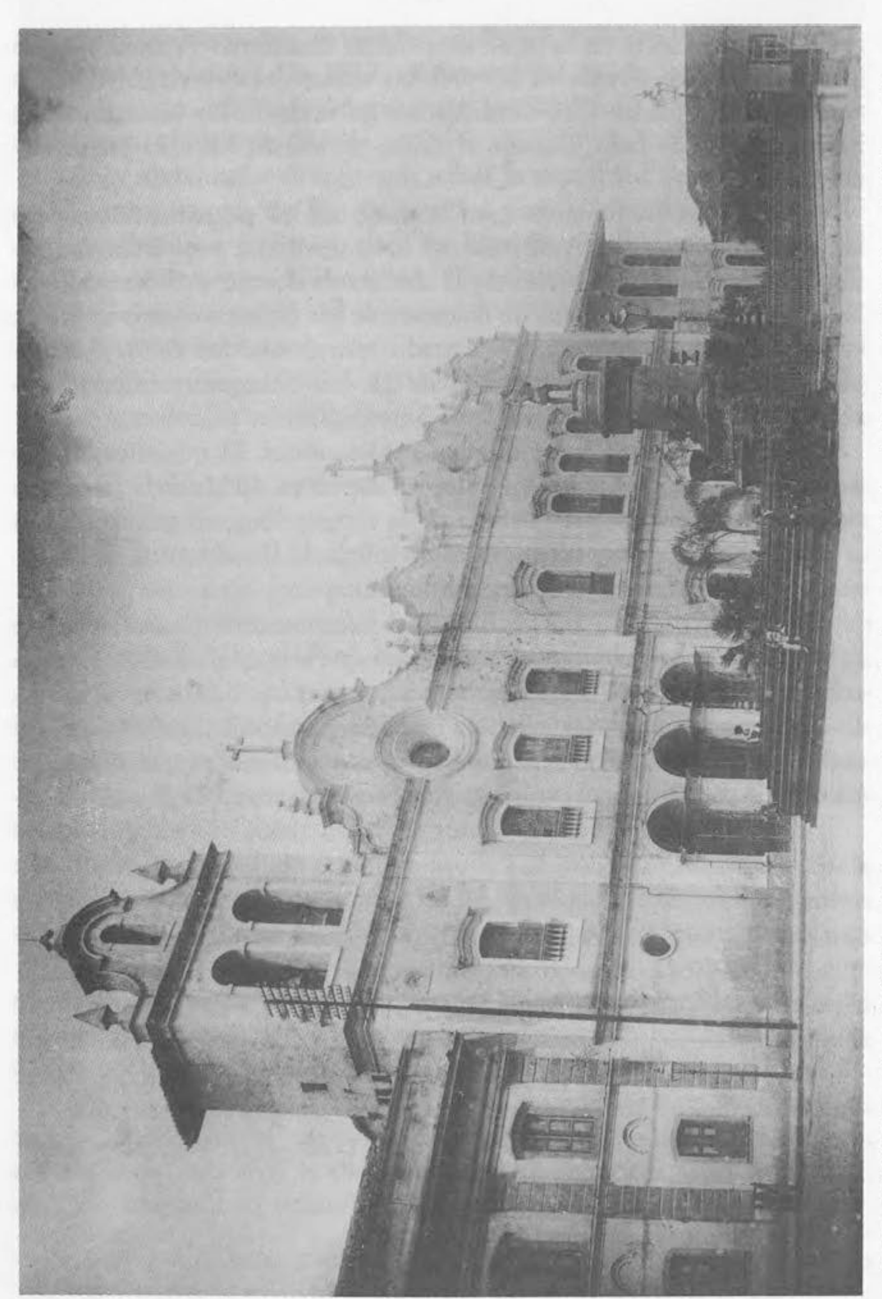
El historiador Richard Morse, cuyas informaciones fundamentan algunas de las consideraciones a seguir, dirá que en aquellos años faltaban coherencia y objetivos a los estudiantes como categoría sociopolítica. La facultad no les proporcionaba un régimen académico sustancioso, ni asociaciones extracurriculares absorbentes y, además, la propia ciudad no les ofrecía medios donde volcar sus impacientes energías.

Por otro lado, aunque las autoridades provinciales viviesen con los ojos puestos en la Corte, la política nacional no había penetrado aún con intensidad en el tejido de la vida local: «Los estudiantes daban a su descontento con las personalidades públicas un cuño personal más que ideológico».

Sin embargo, a mediados del siglo la Academia ya había echado raíces. El número de matrículas aumentó continuamente, subiendo a 35 la media de alumnos graduados entre 1851 y 1856. Sólo en 1863 recibieron el grado de bachiller cerca de 111.

Según los datos de Ernani da Silva Bruno, entre 1831 y 1875 se graduaron 1.777 alumnos, de los cuales sólo el 26% eran paulistas; los demás provenían de otras regiones, principalmente de la capital del país.

[26] *Vid.* R. M. Morse, *op. cit.*, pp. 93 y 131.



Largo de São Francisco, 1899. Facultad de Derecho. Fuente: Acervo del Dpto. de Patrimonio Histórico de Eletropaulo

Esa población transitoria pero continuamente renovada emplearía sus energías en numerosas actividades, como, por ejemplo, en la prensa, que surge al mismo tiempo que la Academia.

Hasta entonces, mientras que Río de Janeiro y siete provincias más ya disponían de periódicos propios, en São Paulo no había ninguno. El primero de ellos será *O Farol Paulistano,* publicado en 1827. Solamente en 1853 surge un periódico diario, *O Constitucional,* y al año siguiente el *Correio Paulistano,* de larga duración.

Pero los académicos editaron numerosos periódicos y colaboraron en muchos otros. Las publicaciones surgidas cada año señalaban el vigor de esa actividad estudiantil que, en la primera mitad del siglo, se inclinaba sobre todo hacia la literatura: *O Amigo das Letras,* primera revista académica, refleja esa inclinación.

A finales de la década de los 40, los bancos académicos reunían en una sola clase a varios jóvenes de talento que, según el ya citado crítico Sílvio Romero, formaron la «Primera Escuela Paulista del Período Romántico».

Entre todos, el más destacado sería Alvares de Azevedo. Sorprendido por la muerte a los veintiún años, el poeta no tuvo tiempo de terminar el curso ni expresar todo el talento y sensibilidad que, sumados a su curiosidad intelectual, marcaron su corta vida. Su obra revela una considerable influencia de los también románticos Shelley, Heine, Musset y, sobre todo, Byron, pero escapa a la pura imitación, brasileñizando e imprimiendo acento propio a la creación literaria.

En opinión de Richard Morse, si una sociedad y su época pueden simbolizarse en la obra y personalidad de un artista, Alvares de Azevedo sería ese artista. Como confirmando la paradoja de Oscar Wilde de que la naturaleza imita al arte, él y sus compañeros de talento moldearían al São Paulo de mediados de siglo según la imagen romántica que tenían de la ciudad.

Con el tiempo, el derecho, la historia, la política y hasta la psicología ocupan su puesto junto a la literatura y a la poesía en las publicaciones estudiantiles. Las nuevas revistas de los años 60 reflejan las tendencias del momento, y la palabra «ciencia» será el *leitmotiv.* Surgen así los *Ejercicios Literarios del Club Científico,* la *Revista mensual del Instituto Científico,* etc.

Si se sigue la marcha de esas publicaciones a través de los años, es posible valorar la influencia del pensamiento extranjero en las élites

que entonces se constituían e influirían posteriormente en la vida local y nacional. La biblioteca de la Academia fue uno de los vehículos de difusión de las ideas del exterior. Alrededor de 1840 poseía 7.000 volúmenes aproximadamente, la mitad de los cuales eran de teología, según las fuentes de la época; la literatura y la ciencia estaban pobremente representadas y hasta los libros de derecho eran pocos.

Pero poco después ya habría obras de Jefferson, Franklin, Humboldt, Ricardo, Gibbon y otros, señalando una tendencia menos retórica del conocimiento. También se recibirían numerosas revistas extranjeras, tales como el *Bulletim de Sciences, The Quaterly Review,* la *Revue des Deux Mondes,* etc.

Si durante algún tiempo las nuevas adquisiciones fueron poco consultadas, las ideas que contenían se irían infiltrando entre los estudiantes, imprimiendo nuevos rumbos al pensamiento y estimulando nuevas lecturas. Las librerías de la ciudad en la década de los 60 anunciaban en los periódicos que habían recibido obras de Locke, Leibniz, Bossuet, Chateaubriand y muchos otros, además de los clásicos portugueses. Según Joaquim Nabuco, el brillante y ardoroso tribuno abolicionista llegado de Pernambuco para estudiar en São Paulo, 1866 sería para él el «año de la revolución francesa»: descubrió a Thiers, Mignet, Lamartine, Mirabeu, así como a Renan, que le proporcionó «la embriaguez de espíritu más perfecta que se podía dar».

La efervescencia producida por las ideas de los diferentes pensadores actuaría de manera poderosa sobre los estudiantes mejor dotados, muchos de los cuales tendrían posteriormente gran proyección en la historia política y cultural del país. Un solo grupo, como por ejemplo el de 1866-1871, incluiría al mismo Joaquim Nabuco, al poeta Castro Alves, al jurista Rui Barbosa y a Rodrigues Alves, futuro presidente de Brasil.

El teatro fue otro medio de expresión importante en la vida estudiantil. En 1830 surge el Teatro Académico, que funcionaba en la propia Facultad. Las representaciones se hicieron frecuentes y la Casa de la Ópera, que había estado cerrada, volvió a funcionar.

En 1833 aparece el «Teatro Harmonia Paulistana» para ofrecer «dramas decentes y adecuados a las luces del siglo» [27].

[27] *Apud.* R. M. Morse, *op. cit.*, p. 141.

En esa actividad los estudiantes podían escribir sus propias piezas, como hizo Alvares de Azevedo con *Macário,* así como presentar los melodramas, las pantomimas, las farsas de la época, muchas veces llevadas a escena por compañías dramáticas extranjeras.

En 1864 se inauguraba el Teatro São José con 1.200 localidades, una prueba de vitalidad de la representación teatral. Ya entonces se veían piezas sobre temas nacionales o locales y el público llega a preferir, a los antiguos dramones, a autores brasileños como Martins Pena, Joaquim de Macedo, França Junior, José de Alencar. El primero, cuyo continuador es França Junior, será el creador del teatro de costumbres en Brasil, con sus farsas alegres pero cáusticas en la denuncia de los abusos y de las convenciones hipócritas o anacrónicas.

La presencia del curso jurídico fue de gran significado para la ciudad. Al describir a São Paulo en 1860, el viajero Emílio Zaluar llega a afirmar, como ya hemos visto, que sin él la ciudad moriría, pues no teniendo agricultura ni industrias a gran escala, sólo la Academia la hacía subsistir [28].

No obstante la exageración, su presencia realmente alteró de forma profunda la vida urbana y el ritmo cotidiano de los habitantes.

Ese cambio comenzó por la necesidad de alojamiento. Atrayendo repentinamente a gente de todo Brasil —aunque de forma transitoria—, la pequeña ciudad, modesta y provinciana, no disponía de viviendas suficientes; no es de extrañar, por tanto, que los estudiantes al principio se instalasen incluso en las celdas de los conventos.

Paulatinamente surgen casas construidas especialmente para ellos y se abren calles especializadas en ese tipo de alojamiento. Los más ricos llegaron a vivir en *chacras,* pero la mayoría formaba «repúblicas», o sea, casas donde cuatro o cinco jóvenes se repartían los gastos de alquiler y mantenimiento y cuyos aposentos —a excepción de la cocina y del comedor— transformaban en dormitorios, reservándose siempre los menos confortables a los novatos.

Una animación inusitada llenaba las «repúblicas», extendiéndose a las cafeterías y restaurantes que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, comienzan a aumentar lentamente para atender a aquella clientela

[28] E. Zaluar, *Peregrinaçao pela Província de São Paulo, 1860/1861,* São Paulo, Comisión del IV Centenario de la ciudad de São Paulo, 1954, p. 129.

ruidosa, cuyas discusiones acaloradas se prolongaban a veces por largas horas y terminaban en alegres trasnochadas.

También las librerías comienzan a servir de punto de encuentro entre alumnos y profesores en busca de tratados de derecho o de los autores de moda, cuyas ideas debatían ávidamente.

A pesar del escepticismo que la moda imponía mostrar, los estudiantes participaban de todas las fiestas y procesiones religiosas, así como de las pocas diversiones urbanas: los paseos a pie por los arrabales de la ciudad, las cacerías, la natación en los ríos Tietê y Tamanduateí, además de las serenatas y bailes, estos últimos promovidos por los gremios entonces creados, tales como la «Asamblea Paulistana», la «Sociedad Filarmónica» o «La Concordia Paulistana».

También eran frecuentes los bailes en casas de familia. En consecuencia, el mundo femenino se refina, distanciándose del tipo que había predominado hasta entonces.

La matrona displicente en el vestir, sólo preocupada por los hijos y por dirigir la casa, que únicamente salía a las misas y fiestas religiosas, cede sitio a la mujer preocupada por mostrar gracia y elegancia en las calles y en los salones.

Tales comportamientos se vuelven comunes después de los años 50, pues sólo entonces comienza a producirse en São Paulo el proceso de europeización que en otras ciudades brasileñas, con Río de Janeiro a la cabeza, se venía desarrollando desde hacía algún tiempo.

Tal proceso fue analizado en detalle por Gilberto Freyre y se inició con el traslado de la Corte portuguesa a Brasil en 1808, un período magníficamente estudiado también por el historiador y diplomático Oliveira Lima en su excelente biografía sobre don João VI [29].

En ella el autor rehabilita la figura del monarca, hasta entonces realzada por la historiografía de Portugal sólo en sus aspectos negativos, y describe los cambios producidos en Río de Janeiro con la llegada de la familia real. Bajo el influjo de ésta y de sus cortesanos, la capital del país sufrió una importante remodelación física y asimiló hábitos socioculturales que hasta entonces nunca había tenido, europeizándose, como destacan Oliveira Lima y Gilberto Freyre.

[29] *Vid.* O. Lima, *D. João VI no Brasil (1808/1821)*, Río de Janeiro, Tip. do Jornal do Comércio, 1908.

Esa europeización se va comunicando a otros núcleos importantes como Salvador y Recife, por ejemplo, mientras que São Paulo permanece ajeno a la misma.

Hasta la segunda mitad del siglo no surgen señales de cambio, al cual contribuye la presencia de los estudiantes más que la influencia de la corte de Río de Janeiro.

Esos «agentes de civilidad», según las palabras de Gilberto Freyre, tienen visible ascendencia sobre el timorato medio urbano, a pesar de que al principio la sociedad intenta mantener su aislamiento.

Ante la presión crítica de los mismos y de las costumbres que traían de sus ciudades, ante el influjo de las ideas que divulgaban, ante la agitación que promovían con sus diversiones y su bohemia, van surgiendo modificaciones.

La europeización se aceleraría con la inmigración extranjera que se produce en el último cuarto del siglo XIX, pero en el período en cuestión fue la Academia la que ejerció gran influencia en ese aspecto. Demoliendo tabúes, rompiendo con tradiciones y costumbres seculares en el crisol de la crítica despiadada y contumaz, cambió moldes de conducta y expectativas del comportamiento, enriqueciendo a la ciudad con nuevos valores y nuevas representaciones de la existencia colectiva.

De alguna forma la ciudad cambió, aunque el cambio fue lento y aún no se produjo la gran transformación. Una mirada retrospectiva mostrará que las raíces de esa transformación datan del siglo anterior, cuando la entonces capitanía, restaurada en su autonomía político-administrativa, se integró en la economía de mercado, al principio a través de la producción del azúcar y después del café.

La viabilización de la agricultura comercial estimuló la expansión de la red viaria, el desarrollo del puerto de Santos —que actualmente es el mayor de Brasil en exportación— y la creciente afluencia de esclavos negros.

Se puede decir que data de esa época (1765) el comienzo de la tendencia centrípeta de la capitanía y el progreso de la misma, contradiciendo la idea de decadencia que insistieron en divulgar los contemporáneos y parte de la historiografía.

Los efectos de ese progreso, no obstante, serán visibles en la capitanía y después provincia, pero no en la capital, para la cual el período es de gestación.

Algunas modificaciones ya se hacen notar: la ciudad tendrá su función comercial ampliada, se registrarán unas pocas mejoras urbanísticas y los servicios públicos intentarán organizarse, revelando mayor preocupación por la colectividad.

En una aparente paradoja, la ciudad y la provincia, aunque modestas, tuvieron un papel destacado en el proceso de independencia y en el escenario político nacional durante toda la primera mitad del siglo XIX. Al contrario de lo que ocurriera en la América Española, la independencia de Brasil preservó la monarquía y, con ella, la unidad nacional. En el proceso tuvo gran importancia la élite paulista de la época, en la cual se destacó la figura de José Bonifácio de Andrada e Silva, que pasaría a la historia como el «patriarca de la Independencia».

Se amplió así la función política de la capital de São Paulo, pero la autonomía municipal fue rudamente amputada, sobre todo después del Acta Adicional de 1834, que sometió las Cámaras a las autoridades regionales de forma casi total. Correspondía ahora al poder provincial orientar el proceso de urbanización.

La creación del curso jurídico dotó a la ciudad de la función cultural hasta entonces inexistente. Junto con la prensa, la presencia académica concurrió para habituar al paulistano al contacto con los libros y situarlo bajo el influjo de nuevas ideas. La ciudad aislada, cerrada en sí misma, se abrió a la juventud de todas las regiones del país, cuya presencia sepultó el pasado sertanista de la antigua Piratininga, modificando valores, rompiendo tabúes y moldes tradicionales de comportamiento.

No obstante los cambios, al iniciarse los años 70 del siglo pasado, la ciudad era aún modesta y provinciana. Su superficie física se había expandido poco, la producción económica era mediocre y no se la podría caracterizar como núcleo comercial de relieve.

Quien la hubiese visto, no habría podido imaginar siquiera las transformaciones que se producirían a partir de aquella década.

La gestación, sin embargo, había acabado. La gran urbe estaba lista para nacer.

Capítulo V

LA CAPITAL DEL CAFÉ (1870-1930)

El siglo, que no había asomado próspero y feliz, no acabó, de todos modos, sin vernos resurgir de nuestro propio desmoronamiento y sin conducirnos al terreno de la prosperidad...

(Teodoro Sampaio)

Un tiempo nuevo

La frase elegida como epígrafe del presente capítulo, enunciada en 1901, sugiere que São Paulo, después de tres siglos de vida modesta, surcaba por fin el camino del progreso material.

Al pronunciarla, el autor tenía en mente, sin duda, la rapidez de las transformaciones producidas en las tres últimas décadas del siglo XIX, pero ignoró la realidad del período, pues no correspondería la palabra «desmoronamiento» a una provincia en que se venía consolidando la agricultura extensiva, la población había crecido y eran visibles las señales de prosperidad en varias ciudades del interior.

Estaría probablemente influido por los testimonios que ya se han mencionado, que insistían en la decadencia de São Paulo.

Aunque la frase de Teodoro Sampaio se refiera a la provincia, sería más apropiada a la capital que, como se ha visto, era modesta, a pesar de que tampoco se le podría aplicar el término «desmoronamiento».

A partir de 1870, no obstante, los factores en germen en el período irrumpen con vigor, modificando rápidamente a la ciudad.

Los cambios se producen, sobre todo, gracias al café, alrededor del cual giran todas las demás actividades y que, a mediados del siglo, ya sustituía al azúcar como principal producto en la lista de exportaciones de la provincia.

Cultivado inicialmente en Río de Janeiro, pronto se extendería a los valles del río Paraíba paulista y minero, generando gran riqueza para esa región que, en 1854, abarcaba el 77,46 % de la producción brasileña.

Sin embargo, los métodos predatorios de cultivo forzaron la continua expansión de la frontera agrícola, llevándola en dirección al oeste de São Paulo. Allí se combinaron, para el extraordinario desarrollo de los cafetales, factores de naturaleza geofísica, entre ellos el relieve plano y la famosa «tierra roja», tipo de suelo rico en humus, cuya porosidad permite un mayor arraigo de las plantas, propiciando cosechas abundantes y de alta calidad.

Alrededor de 1870, mientras que el valle del Paraíba decae en productividad, las plantaciones de la nueva región comienzan a mostrar resultados cada vez más ascendentes. Si ese año São Paulo abarcaba el 16 % de la producción nacional, en 1886 ese porcentaje llegaba al 40 %, cuyas casi tres cuartas partes provenían del oeste, principalmente de Campinas y alrededores. En 1902, los paulistas ya proporcionaban el 65 % del café brasileño y se enriquecían con rapidez [1].

Pero la euforia provocada por tales circunstancias cesará pronto: si la expansión de la agricultura trajo riqueza y progreso,

> no le faltó, y muy pronto, la contrapartida de la superproducción que acompañará la vida de la economía cafetera en Brasil, desde pocos años después del inicio de su gran ciclo de crecimiento hasta los tiempos presentes [2].

Realmente, el año 1896 marca el momento final de absorción de la producción brasileña por el consumo mundial y el comienzo de los sobrantes, que en los años siguientes originarán la primera gran crisis de la agricultura, pues se rompe el equilibrio entre oferta y demanda, con la consecuente caída de los precios.

Ahora bien: las exportaciones de café eran esenciales para el país; su capacidad de importar dependía obviamente de las ganancias obtenidas con ellas, que constituían

> el cimiento de la estructura financiera tanto del gobierno federal como del estado. De hecho, fue principalmente debido a la caída del valor de las exportaciones de café por lo que Brasil contrajo una

[1] *Vid.* R. Simonsen, «Aspectos da história econômica do café», *Evoluçao industrial do Brasil e outros estudos*, São Paulo, Editora Nacional, 1973.

[2] C. Prado Jr., *História econômica do Brasil*, São Paulo, Brasiliense, 1956, p. 234.

enorme deuda en 1898 (el *Funding Loan*), que fue el comienzo del control extranjero sin precedentes sobre las finanzas federales. Desde entonces, los préstamos exteriores por la Unión y por São Paulo se volvieron cada vez más ligados, directa e indirectamente, a las vicisitudes del cultivo del café [3].

En 1906, la cosecha llega a los 16.000.000 de bolsas y prosigue la baja de precios, obligando al productor a ceder sus cosechas para atender los encargos del cultivo y beneficiando así a los grandes establecimientos financieros y a los bancos internacionales.

Para defenderse, los agricultores plantean medidas capaces de sustentar y estabilizar los valores del café. Surgen entonces las conocidas «valorizaciones», cuyo mecanismo comprendía la compra de las cosechas, que eran retiradas de circulación en su mayor parte, a fin de mantener artificialmente altos los precios y así disminuir los riesgos provocados por cosechas excepcionales.

La primera «valorización» se produjo en 1906 por iniciativa de los estados productores —Minas Gerais, Río de Janeiro y São Paulo—, que toman préstamos del extranjero para solventar los costes del proyecto. En realidad le corresponderá a São Paulo, el mayor interesado, la iniciativa de los préstamos y del control de la producción, por tener mejores condiciones para asumir tales responsabilidades.

Ese expediente oportunista sería la fórmula de éxito para el cultivo del café. De entonces en adelante las crisis de superproducción se resolverán con nuevas valorizaciones que, si atienden a la fracción de la clase cafetera, contribuyen, no obstante, a la persistencia de la estructura del monocultivo agrario.

En 1927 Brasil tenía dos billones y medio de cafetos, 1.335.000 de los cuales pertenecían a São Paulo, que produjo 26.000.000 de bolsas. Dentro de ellas se cernía el anuncio de más dificultades: la expansión de la agricultura se había hecho a costa de créditos que endeudaron pesadamente a los agricultores, el país ya no disponía del casi monopolio que había disfrutado el siglo anterior, y la competencia exterior aumentaba con la entrada en escena de nuevos productores internacionales; maniobras alcistas llevaron a la acumulación del *stock* y el consumo exterior seguía siendo inferior a la producción brasileña.

[3] J. Love, *A locomotiva,* Río de Janeiro, Paz e Terra, 1982, p. 65.

Tal era la situación cuando se dio el *crack* de la bolsa de Nueva York, cuyos efectos salpicaron también a Brasil produciéndose el pánico en los medios cafeteros, pues hubo una retracción del consumo internacional.

La crisis que siguió interrumpió la expansión de la agricultura que, a partir de entonces, aunque tuvo gran importancia, ya no fue el valor máximo en las economías paulista y brasileña.

En ese lapso, São Paulo ya venía contando también con la actividad industrial. Mediocre en el período monárquico, comienza a desarrollarse en los años 80 del siglo pasado, creciendo continuamente durante la época que tratamos.

Ya en la segunda década del siglo XX, la producción paulista superaba a las demás en el contexto nacional[4], pero, a pesar de su crecimiento, ocupaba una posición secundaria en la política económica, volcada enteramente a la agricultura de exportación. Toda la atención de São Paulo se concentraba en el café y la función industrial de su capital sólo se acentuaría notablemente después de 1930.

Por ello preferimos analizar el proceso de industrialización en el capítulo siguiente, referente al período en que las actividades fabriles de la ciudad de São Paulo dominan a todas las demás.

El brote de prosperidad derivada del avance y extensión del cultivo cafetero no habría logrado semejante impulso, por cierto, sin la creación de vías férreas en un período sorprendentemente rápido.

Como se ha visto, hasta la década de los 60 las tropas de burros o mulas constituían el único medio de transporte para el litoral; entre los hacendados se decía que era una locura plantar café más allá de Río Claro, a 40 leguas de Santos, pues la lentitud del transporte encarecía demasiado la producción.

Pero el creciente consumo externo y la excelente remuneración del cultivo autorizaban a pensar en soluciones más rápidas. Es así como el 16 de febrero de 1867, la «São Paulo Railway Company Ltd.», empresa organizada con capital inglés, abría al tráfico los 139 kilómetros de la línea Santos-Jundiaí. Esa vía, cuya construcción se inició en 1860, aseguraba así una rápida conexión entre el litoral y el Planalto, estimulando el rápido desarrollo de las ciudades de Santos y São Paulo.

[4] *Cfr.* R. Simonsen, *Evoluçao industrial do Brasil, loc. cit.*, p. 17.

Vendrían otras en rápida sucesión, todas orientadas al oeste de la provincia: la Companhia Paulista de Estradas de Ferro, por ejemplo, que inaugura en agosto de 1872 la comunicación de 43 kilómetros entre Jundiaí y Campinas, primer paso de una línea que pronto llegaría a Río Claro y a otras ciudades más distantes; la Compañía Ituana, organizada en 1870; la Sorocabana, en 1871; la Bragantina y la Mogiana, en 1872.

En 1877 São Paulo y Río de Janeiro también estaban ya unidas por vía férrea.

La década de los 70 se conforma como un hito en el sector ferroviario y el dinamismo de la economía se revela en la rapidez con que se desarrolla el proyecto.

Al penetrar en el oeste, las vías férreas siguen la ruta del café y son acompañadas de cerca por la población y por la prosperidad, lo que crea un verdadero círculo vicioso, pues si fueron construidas en función del cultivo del café, a su vez actúan como factor altamente positivo para el desarrollo de tal riqueza agrícola.

A excepción de la «Inglesa», nombre con el cual se hizo conocida la São Paulo Railway, las vías férreas fueron costeadas totalmente por los paulistas. Al hacerlo, demostraron una visión politizada y empresarial del desarrollo económico, pues construían empresas de utilidad pública que, si llegaran a ser deficitarias, siempre podrían ser asumidas por los poderes gubernamentales.

En 1886, la provincia de São Paulo tenía 1.806 kilómetros de carriles colocados y 406 en construcción, mientras que Minas Gerais y Río de Janeiro, también regiones cafeteras, poseían juntas 1.310. Catorce años después —1900—, la marcha hacia el oeste ya señalaba 3.468 kilómetros de vías férreas, y en 1920 cerca de 6.595, lo que equivale a decir que en ese período de veinte años el crecimiento del sector fue del 90,2 %.

A partir de entonces, sin embargo, el ritmo de expansión disminuyó, pues la carretera de tránsito rodado comenzó a competir y hasta a sustituir a la vía férrea, incluso para las grandes distancias, en lugar de colaborar con ésta y así permitir el aprovechamiento máximo del sistema de transporte nacional [5].

[5] *Vid.* O. Nogueira de Mattos, *Café e ferrovias*, São Paulo, Alfa-Omega, 1974.

Paralelamente al desarrollo del cultivo del café, se producía otro proceso en todo el país con grandes repercusiones en la agricultura de exportación: nos referimos a la desarticulación de la esclavitud que se acelera a partir de 1850. Ese año se elimina el tráfico africano hacia Brasil, como resultado directo de la presión inglesa, que se hacía sentir desde principios de siglo, cuando los intereses del capitalismo industrial en Inglaterra ya no coinciden con los relacionados con el comercio negrero. Estancada la llegada de negros de África, se asestaba un golpe de muerte al cautiverio, pues el crecimiento vegetativo de la población esclava era prácticamente nulo, entre otras razones por causa del maltrato que recibía.

Junto con ese hecho, las ideas de progreso, las campañas en el exterior, la mayor urbanización, fortalecen el «abolicionismo», un movimiento que a partir de 1870 pregona la eliminación total de la esclavitud. Aunque ésta no se produzca hasta 1888, antes de esa fecha una serie de medidas buscó ablandar gradualmente el cautiverio, liberando a hijos de esclavos y sexagenarios, además de prever otros casos posibles de manumisión.

Tales medidas fueron contemporizadoras, influyendo poco sobre la disminución de la población cautiva, pero no dejaban de apuntar a la inexorabilidad de su liberación.

A partir del desarrollo del cultivo de la caña de azúcar São Paulo pasó a depender exclusivamente de la mano de obra negra. Con el café, aumentó la importación de esclavos, al principio de África y, después de la anulación del tráfico exterior, de las regiones brasileñas en declive económico.

En 1854 había 117.238 cautivos, y en 1884, cuando la esclavitud ya había perdido casi toda la fuerza de que disponía, la provincia contaba aún con 167.491. En 1886, sólo dos años antes de ser abolido el cautiverio, un informe oficial registraba 107.329 esclavos [6].

São Paulo fue, por tanto, una provincia esclavista hasta el final del régimen y luchó por mantenerlo. Con todo, pragmáticamente, y también porque la riqueza agrícola se lo permitía, desde muy pronto pensó en soluciones para la sustitución de tal mano de obra.

[6] *Cfr.* S. Robles Reis de Queiroz, *A escravidão negra em São Paulo,* Río de Janeiro, José Olimpio, 1977.

Es en ese sentido como se enmarcan las tentativas hechas en 1847 por el senador Vergueiro con las «colonias de aparcería», un tipo de utilización del trabajo libre que, aun cuando no produjo el resultado previsto, aportó enseñanzas para el futuro [7].

A partir de 1870, el nacimiento del abolicionismo y el clima antiesclavista que gradualmente se generalizaba, traen nuevamente a colación el problema de la mano de obra libre. Las iniciativas para implantarla parten de los hacendados del oeste paulista, pues los del valle del Paraíba se apegan tenazmente al cautiverio ya que sus tierras, agotadas, no ofrecían rentabilidad suficiente para pagar salarios.

La solución preferida fue la de la inmigración extranjera. Inicialmente los hacendados la subsidiaron con recursos propios, pero el gobierno paulista pronto asumiría tales iniciativas, favoreciendo el aluvión inmigratorio que se instaló en São Paulo. En 1886 el rico hacendado Antônio de Queiroz Telles, vizconde de Parnaíba, se convierte en presidente de la provincia, destinando generosos recursos oficiales a la inmigración.

Por ello, la suave corriente surgida en los años 70 crece en volumen en la década de 1880, para aumentar más aún en el período posterior. Entre 1870 y 1879 entraron en São Paulo 11.370 inmigrantes, y en los años 80 cerca de 183.979; sólo en 1888, año de la abolición, llegaron aproximadamente 92.000.

Las estadísticas muestran que el contingente inmigratorio aumentó aceleradamente a partir de 1886. Ahora bien: ese año la provincia contaba aún con poco más de 100.000 esclavos, lo que equivale a decir que los agricultores seguían siendo tan esclavistas como antes. Sus iniciativas en relación con la mano de obra extranjera reflejan pragmatismo y previsión: anticipándose al próximo final del cautiverio, buscaron alternativas para las cuales disponían de abundante capital.

Por ello, no parece encontrar apoyo en los hechos la posición de algunos estudiosos [8], según la cual la inmigración habría sido la causa de la abolición, o sea que ésta se aceleró porque los inmigrantes comenzaron a llegar.

[7] *Vid.* T. Davatz, *Memórias de um colono no Brasil (1850)*, São Paulo, Liv. Martins/Edusp, 1972.

[8] *Vid.* P. Beiguelman, *A formação do povo no complexo cafeeiro: aspectos políticos*, São Paulo, Pioneira, 1968.

En realidad, ocurrió justamente lo contrario, y hasta puede decirse que la abolición fue la causa de la inmigración.

Con las ayudas aseguradas por el gobierno, el término de la esclavitud y la expansión del café, la corriente inmigratoria crece en volumen en los años 90. En esa década Brasil recibió a 1.130.000 extranjeros, 700.000 de los cuales se radicaron en São Paulo.

Los datos muestran que entre 1882 y 1930 llegaron 2.223.000, un contingente cuya gran mayoría era de italianos: cerca del 46 % o poco más de 1.000.000, seguidos de lejos por portugueses (18 %) y españoles (17 %). Los demás inmigrantes tenían variada procedencia, pues en 1908 se inició la inmigración japonesa, y en los años 20 entraron los procedentes de Europa oriental, que pertenecían a las minorías disidentes creadas por el Tratado de Versalles [9].

En esa década, la afluencia de extranjeros va disminuyendo, para desaparecer casi por completo después de 1930 en función de varios factores: la crisis del café, el corte de los subsidios a la inmigración, las limitaciones impuestas por la Primera Guerra Mundial, etc.

Evidentemente, la inmigración tuvo un papel destacado en el crecimiento demográfico de São Paulo, cuya población ya venía aumentando desde la implantación de la agricultura comercial. El azúcar primero y luego el café atrajeron a nuevos pobladores y millares de esclavos, pero es a partir de 1870 y sobre todo de los años 80 en adelante cuando la población crece con impresionante rapidez gracias a los inmigrantes.

Los casi 840.000 habitantes de 1872 ya eran 1.400.000 en 1890 y 4.600.000 en 1920.

Diez años después, o sea en 1930, el número de habitantes había aumentado a 6.100.700.

São Paulo era entonces el segundo estado más populoso del país, sólo después de Minas Gerais, cuyos 7.000.000, no obstante, representaban una diferencia pequeña, pronto anulada y superada.

La composición étnica había cambiado. La sangre indígena contaba muy poco ahora e italianos, polacos, rusos, sirios, libaneses, orientales, además naturalmente de los portugueses y españoles, tenían su parte en ese *melting pot.* También ahora los mulatos y negros se mez-

[9] *Cfr.* J. Love, *op. cit.*, pp. 27-28.

claban con los blancos, aunque en proporción inferior a las regiones que tuvieron esclavos negros durante más de tres siglos. La sociedad se diversificaba, volviendo más compleja la estructura social.

Al llegar los años 30, la pujanza económica del estado lo colocaba a la cabeza de todas las demás unidades federativas del país, hecho expresado en cifras elocuentes. En 1932, Brasil poseía 121.000 kilómetros de carreteras de tránsito rodado: a São Paulo le correspondería la cuarta parte. En relación con sus comienzos, la red ferroviaria había aumentado en un 145 % en el período mencionado.

El valor de la producción agrícola del país en 1930 era de 4.732.705 contos de réis, mientras que la de São Paulo se estimaba en 3.335.080, lo que suponía que la agricultura paulista representaba más del 70 % del valor total de las cosechas brasileñas.

Lo mismo ocurría en relación con las rentas públicas: las de Brasil en general en 1923 alcanzaron 2.163.587 contos de réis, y en 1929 cerca de 4.831.137, lo que representó un aumento del 85 %. En el mismo período, São Paulo obtuvo 504.182 y 1.243.736 contos de réis respectivamente, o sea un 145 % más:

> la capacidad tributaria de la población del estado de São Paulo era patente. Cada habitante de Brasil contribuyó con un aumento de poco más de la mitad para los gastos públicos en el período considerado: el paulista el doble [10].

Un nuevo sistema político

De manera general, buena parte de las transformaciones económico-sociales mencionadas recibió el estímulo de un marco político diferente. El sistema monárquico dio paso al republicano y, en ese cambio, São Paulo jugó un papel relevante [11].

[10] E. Lefèvre, *A administração do Estado de São Paulo na República Velha*, São Paulo, 1937, pp. 441-442.

[11] El sistema monárquico brasileño, constituido bajo la forma de Imperio, abarcó el período 1822-1889 y tuvo dos emperadores: don Pedro I (1822-1831) y don Pedro II (1840-1889). Entre 1831 y 1840, hasta la mayoría de edad de este último, el país fue gobernado por Regentes.

La proyección política que la provincia había alcanzado a partir de la independencia no tuvo continuidad en la segunda mitad del siglo XIX, afectada entre otros factores por la reacción conservadora iniciada en 1837 y por el prestigio de Río de Janeiro y de Minas Gerais, entonces en pleno auge económico gracias al café. Aquel «soplo liberal que inspirara los primeros días de la independencia» desaparece y São Paulo deja, «durante más de cuarenta años, de representar un papel preponderante en la política del país» [12].

La situación era ahora inversa a la existente en el inicio de la independencia: la provincia progresaba económicamente, pero veía reducir su peso político al escenario nacional. Los datos proporcionados por Sérgio Buarque de Holanda al respecto son expresivos: de 1868 a 1889, cuando cambió el régimen, administraron la nación 14 gobiernos. Bahía tuvo en ellos 26 ministros; Minas Gerais concurrió con 18, correspondiendo el tercer lugar a Río de Janeiro con 15, seguido de Pernambuco con 12. En quinto lugar de esa escala, São Paulo contó con 10 representantes [13].

Ocurría lo mismo en el legislativo. El año de su caída el Imperio contaba con 59 senadores, sólo 3 de los cuales provenían de São Paulo, número equivalente al de la lejana y poco relevante provincia de Pará. En la Asamblea General, es decir, en la Cámara de los Diputados, mientras Pernambuco y Minas Gerais tenían, respectivamente 13 y 20 diputados, los paulistas disponían solamente de 9.

Esos números muestran que la economía más dinámica no conseguía prevalecer «sobre preferencias regionalistas dictadas por la tradición», lo que equivale a decir que en el ocaso del Imperio los representantes del poder provenían de zonas de pobreza o en vías de ella.

Ante tales circunstancias, se sucedían las quejas. Las más acerbas, tal vez, se dirigían al carácter centralizador del sistema, que sustraía a las provincias cualquier pretensión de autonomía. Por ello, diría indignado el tercer diputado por São Paulo, Martim Francisco, en 1884:

> Nos niegan todo. Cuando queremos progresar se exhiben contra nosotros los anillos del engranaje centralizador; ocupan nuestros em-

[12] T. Sampaio, «São Paulo no século XIX», *Revista do Instituto Histórico e Geográfico de São Paulo*, São Paulo, 1901, vol. 6, p. 177.

[13] S. Buarque de Holanda, «Do Império à República», *História Geral da Civilização Brasileira*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1972, vol. 7, p. 274.

pleos con gente extraña a nuestra vida, a nuestros intereses, y a nuestros medios de acción... [14].

Los más extremados llegaban a hablar de separación y la mayoría, con el tiempo, comienza a considerar a la República –federativa, naturalmente– como la solución ideal para sus problemas.

El régimen monárquico, en realidad, iba entrando en franco descrédito; sus instituciones se esclerosaban, dejando de ajustarse a las transformaciones producidas por el tiempo.

En 1870 sufre el primer impacto disgregador con el «Manifiesto Republicano» y la creación del Partido Republicano de Río de Janeiro, al cual le sigue el de São Paulo. Surgen rápidamente otros, proliferando también los clubes y periódicos antimonárquicos.

El deseo de cambio gana el medio urbano, mucho más propicio a la influencia y transmisión de ideas nuevas. Las generaciones de la élite que entonces se urbanizaban y engrosaban las filas de periodistas, profesiones liberales, hombres de letras, se retraían ante muchos de los valores tradicionales, adquiriendo una perspectiva propia, diferente de la visión señorial. Influyentes en la formación de la opinión pública, se vuelven al escenario cultural europeo, según ellos capaz de iluminar con sus luces el camino hacia la civilización. Abolicionismo, liberal-democracia, sistema republicano de gobierno representan el progreso, en agudo contraste con la dureza de las instituciones y el inmovilismo del Imperio.

Por otro lado, se debilitaban las bases de las oligarquías detentadoras del poder, en la medida que la economía azucarera del Nordeste no conseguía superar sus crisis y la productividad cafetera del valle del Paraíba declinaba aceleradamente.

Por ello, cuando se habla de republicanos paulistas, se piensa sobre todo en los del medio urbano y en los hacendados del oeste, la zona donde, a partir de 1870, comienza a concentrarse la riqueza nacional. El valle del Paraíba, soporte tradicional del trono, estaba ausente de forma general de los marcos republicanos.

Los grupos mencionados se unen al Ejército, que también acumulaba resentimientos contra la monarquía, y, bajo la égida de éste,

[14] *Apud.* T. de Almeida, *O movimento de 1887,* São Paulo, 1934, p. 26.

deponen al emperador Pedro II el 15 de noviembre de 1889, cambiando el régimen político de Brasil.

Se inaugura entonces una nueva fase, la de la república federativa que, en una feliz paradoja, Sérgio Buarque de Holanda llamaría «imperio de los hacendados». Otorgando autonomía político-administrativa y amplios derechos a las antiguas provincias, ahora estados, el sistema vigente favorecía a aquellos que tuviesen mejores recursos económicos. Se les permitía decretar impuestos de exportación, regirse por sus propias constituciones, contratar préstamos en el exterior sin aval de la Unión, disponer de fuerzas militares propias. Además, la Constitución de 1891 —la primera republicana— estableció el sufragio universal, la elección presidencial directa —exceptuando al primer gobernante—, y la representación legislativa proporcional a la población.

Esas posibilidades constitucionales beneficiaban principalmente a São Paulo, que en aquel momento ya era un estado populoso y cuyas exportaciones superaban ampliamente a las de las demás unidades federativas.

Alcanzaba así la hegemonía plena, cuyo único ejemplo no son los tres primeros presidentes civiles —todos paulistas— que gobernaban la nación, ya que abarcaba otros puestos de importancia en la vida pública nacional y hacía valer sus pretensiones en el Congreso.

La «política de los gobernadores», idealizada por Campos Sales, jefe de la nación a partir de 1898, acentuaría el proceso; a cambio del apoyo sin restricciones a la presidencia, permitiéndole un tranquilo ejercicio del poder, los gobernadores de los estados también tendrían carta blanca para actuar en el ámbito regional sin riesgos de intervención de la Unión. Se creaba así una red de compromisos por los cuales las oligarquías de los estados continuistas se volvían impermeables a cualquier intento de la oposición de alcanzar el poder, reforzando a su vez la sustentación del gobierno federal.

Son muchos los indicios de la primacía de São Paulo en el período comprendido entre 1889 y 1930, convencionalmente llamado «República Vieja» o «Primera República», lo que equivale a decir que la oligarquía paulista cultivadora de café consiguió imponer al país las directrices convenientes a sus intereses.

Las valorizaciones del café son un ejemplo de esa imposición. A excepción de la primera, todas las demás se hacen con préstamos federales por los cuales pagaba la nación entera.

Así ocurrió también con los subsidios votados por el congreso republicano a la inmigración, que convenía sobre todo al cultivo del café. La introducción de japoneses se enfrentó con el rechazo de la mayoría, tal vez como consecuencia de prejuicios raciales vigentes, o por la creencia de que su cultura tan diferente los volvería inasimilables, pero la presión de los hacendados paulistas obligó a acogerlos.

De ese modo, se hicieron cargo de un instrumento de mando que les asegurase la protección económica necesaria para fortalecerse aún más políticamente, en un verdadero círculo vicioso.

Con el correr del tiempo tales circunstancias acentúan el resentimiento de otros estados, donde había quejas de que «aun en los municipios más atrasados del norte, sólo eran elegidos ediles los simpatizantes de los paulistas» [15].

Las prácticas desarrolladas en el sentido de mantener la sincronía entre el poder político y económico generan contradicciones que rompen la cohesión de los grupos dominantes, disminuyen la sumisión de los demás y exponen las debilidades de la política implantada.

El sistema de compromisos y apoyos creado por la «política de los gobernadores» llevó a las oligarquías de los estados a métodos condenables para mantenerse en el poder: elecciones viciadas, votaciones falsificadas, fraudes de todo tipo contra aquellos que efectivamente deberían ser elegidos...

La política de defensa del café también tendría sus efectos. Concretando la intervención del estado en una economía que se pretendía esencialmente liberal, difundió la convicción de que a él le correspondería el impulso del progreso y el celo por el bienestar del país. Con ello, difundió también la idea de que, andando mal las cosas, la culpa era de la excesiva descentralización que dificultaba los pasos de la Unión en su papel de protección y amparo de los más débiles.

Se debilitan así las bases federalistas del sistema. Mientras eso ocurre, la urbanización, el aumento de las actividades industriales y otros cambios producidos en ese período diversifican a los grupos sociales, exigiendo espacio socioeconómico para los mismos.

Todas esas circunstancias generan frustraciones y descontentos que van a producir efectos en la década de los 20 con el «tenentismo», se-

[15] M. I. Pereira de Queiroz, *O mandonismo local na vida política brasileira e outros ensaios*, São Paulo, Alfa-Omega, 1976, p. 131.

rie de movimientos rebeldes donde militares de grados intermedios, sobre todo tenientes, tienen papel de relieve. Tales movimientos expresan las reivindicaciones generales de combate a la corrupción electoral, a la perpetuación de las oligarquías en el poder, a los vicios, en fin, acumulados por el sistema de dominación construido por los cultivadores de café.

Se preparaba así el terreno para la revolución de 1930, acelerada por la crisis de 1929, que debilita a los hacendados y estimula los cambios. El movimiento victorioso depone al entonces presidente Washington Luís, dando inicio a una fase de reformulación del estado y de la economía en que el café pierde su preponderancia [16].

Se derrumba, pues, el «imperio de los hacendados» y, con él, la época de sincronía para São Paulo entre poder político y económico.

Una nueva ciudad

En el período tratado, la ciudad de São Paulo reflejó, por fin, el vigor económico del estado cuya capital era.

También para ella la expansión cafetera precipitó las profundas transformaciones producidas a partir de los años 70. El café trajo las vías férreas y aceleró la llegada de los esclavos negros. Fue él también el que exigió la inmigración extranjera como alternativa a la mano de obra esclava y atrajo gente de otras provincias, seducida por las innumerables oportunidades económicas entrevistas.

Mientras que la agricultura se desarrollaba en el valle del Paraíba, su expansión poco representó para la ciudad, pues aquella zona canalizaba la producción para Río de Janeiro, transfiriéndole los beneficios y ventajas que conseguía.

El marco cambia, no obstante, con el desplazamiento del frente agrícola hacia el «oeste», tradicionalmente tributario de la capital. Como viga maestra del sistema de transportes, ésta se vuelve un polo de atracción; por ella pasaban personas y cargas rumbo al puerto de Santos; en ella se instalaban los intereses comerciales exigidos por la

[16] *Vid.* B. Fausto, *A revolução de 30: história e historiografía,* São Paulo, Brasiliense. 1972.

producción; las facilidades proporcionadas por las vías férreas permitían a los hacendados un contacto más frecuente con el medio urbano.

Con el tiempo se vuelven absentistas, o sea, al contrario de lo que ocurriera hasta entonces, se demoran poco en las propiedades rurales, eligiendo la ciudad como lugar de residencia permanente. Además, la creciente complejidad de las funciones administrativas de una capital que se enriquecía, exige el también creciente número de funcionarios burocráticos.

Ante todos esos factores se amplía rápidamente la población, hasta ese momento relativamente modesta: los 23.243 habitantes de 1872 serían 44.030 en 1886, 64.934 en 1890 y 130.000 en 1895. En 1905 ya había 300.000 y en 1910 cerca de 375.000.

El censo de 1920 registraría 579.033 habitantes para el municipio. Por tanto, en los dos primeros quinquenios del siglo, el aumento poblacional medio fue de 70.000 individuos y de 100.000 en los dos últimos, lo que equivale a decir que estaba en franca consolidación la tendencia centrípeta de la ciudad.

Al acabar el primer cuarto del siglo XX, São Paulo tenía 800.000 habitantes, correspondiéndole el segundo lugar en Brasil en cuanto a población y el tercero en Suramérica. Sólo Río de Janeiro y Buenos Aires eran más populosas.

Contribuiría mucho a esa posición el crecimiento vegetativo de la población, propiciado por la prosperidad derivada de la expansión cafetera. Pero fue la entrada en masa de inmigrantes la que multiplicó tan rápidamente la población, pues aunque se destinasen al cultivo del café, muchos de ellos se quedaban en la ciudad, o hacia ella se dirigían después de un tiempo de permanencia en las haciendas.

Alrededor de 1910 era evidente la diversidad étnica de sus habitantes. Los italianos tenían una preponderancia absoluta, seguidos en una proporción mucho menor por los españoles, portugueses, sirios, libaneses, japoneses, etc.

Un cuadro con los números anteriormente mencionados puede dar una idea más aproximada de la explosión demográfica producida y del gran número de extranjeros existentes en São Paulo en el período en cuestión: [17].

[17] Los números presentados en el cuadro demográfico fueron extraídos de los libros de los siguientes autores: J. F. de Camargo, *Crescimiento de populaçao no Estado de*

Años	N.º total de habitantes	Inmigrantes extranjeros	Inmigrantes italianos
1872	23.243	1.859	–
1886	44.030	11.007	5.717
1895	130.000	71.000	45.000
1900	241.935	–	75.000
1910	375.000	–	–
1920	579.033	204.973	91.419
1934	1.060.120	289.248	–

Refiriéndose al cosmopolitismo étnico provocado por la gran inmigración, diría un visitante también extranjero en la primera década de este siglo:...

> São Paulo no es una ciudad brasileña de 450.000 habitantes, sino una ciudad italiana de aproximadamente 100.000, una portuguesa de unos 40.000, una española de igual tamaño y una alemana de 10.000 habitantes más o menos, con pocas de sus desventajas. Incluso tiene unos 5.000 sirios que poseen tres periódicos impresos en caracteres arábigos; unos 1.000 franceses, rusos, japoneses, polacos, turcos, además de ingleses, escandinavos, americanos en número desconocido por falta de una estadística fidedigna. El resto, probablemente un tercio del total, debían de ser brasileños [18].

El rápido crecimiento demográfico provocó también la rápida expansión física de la ciudad.

Ya se ha dicho que hasta los años 70 del siglo pasado São Paulo ocupaba casi la misma superficie de los tiempos coloniales. La documentación cartográfica [19] no obstante, muestra que desde entonces la ciudad se expandió con rapidez en todas las direcciones y más intensamente hacia el oeste, el este y el sur. Esta expansión también se pro-

São Paulo, e seus aspectos econômicos, São Paulo, IPE/USP, 1981: Dean, *op. cit.*; R. Morse, *op. cit.;* P. Petrone, *A cidade de São Paulo no seculo xx.*

[18] *Apud.*, P. Petrone *A cidade de São Paulo no século xx*, São Paulo, Coleção da Revista de História, 1955, pp. 85-86.

[19] *Vid. Planta geral da cidade de São Paulo organizada pela Comissãao Geográfica e Geológica do Estado*, 1914; *Planta da cidade de São Paulo com todos os arrabaldes e terrenos arruados executada por Valdomiro Gonçalves*, 1924.

dujo de dentro hacia fuera, sin grandes variaciones, porque el centro era el punto integrador de la vida funcional, al mismo tiempo que el soporte de las líneas de comunicación y transporte.

El crecimiento del área urbana comenzará por el recorte de las *chacras* circundantes, cuya división en lotes dará origen a varios barrios. Se sabe que alrededor de 1889 casi todos los dueños de *chacras* antiguas localizadas cerca del centro o incluso de sus arrabales ya habían abierto avenidas, calles, alamedas y plazas en sus propiedades, dividiéndolas en lotes con el propósito de comercializarlos.

De ese modo, como se dijo en el capítulo anterior, los campos del Bexiga se transformaron en el barrio de la Bela Vista; la antigua *chacra* del Campo Redondo se convirtió en el núcleo inicial de los Campos Elíseos, cuya demarcación se completó en los años 80; la *chacra* de las Palmeiras, que hasta 1872 aún tenía grandes plantaciones de té creando un escenario casi rural, da origen al barrio de Santa Cecília; la antigua *chacra* del Carvalho, se transformó en los barrios de la Barra Funda y del Bom Retiro; de otra resultaría el barrio de la Liberdade. Todos ellos forman parte hoy en día de las zonas centrales de la ciudad.

Comienzan a delinearse más nítidamente las zonas y barrios funcionales. El centro, con el tradicional triángulo formado por las ruas Direita, 15 de Novembro y São Bento, se destina de manera creciente al movimiento comercial y financiero. Los propietarios de las viviendas que allí existían, mezcladas con las casas de comercio y pequeñas oficinas, prefieren alejarse hacia barrios más estrictamente residenciales, cuya diferenciación también se va produciendo según el nivel económico-social de los habitantes.

Los más elegantes estaban situados en la cumbre de las colinas más allá del Anhangabaú. El barrio de los Campos Elíseos se convierte en el preferido de la nueva aristocracia del café, sustituido poco después por Higienópolis, que surge a continuación de los barrios de Vila Buarque y Santa Cecília; sus lujosas mansiones de tipo francés o inglés albergarán a los ricos hacendados de la década de los 20.

Alrededor de 1915 aparecen los barrios-jardín. La iniciativa le correspondería a la Companhia City, de capital inglés, que antes de la Primera Guerra Mundial comprara grandes áreas bajas y de poco valor, invirtiendo elevadas sumas en terraplenar, demarcar y pavimentar. Esos barrios se volverían de élite en función de las restricciones impuestas a las edificaciones. Se multiplican en la tercera década del siglo xx, va-



Rua Direita, 1916. Fuente: Acervo del Departamento de Patrimonio Histórico de Eletropaulo

lorizándose como aún hoy lo están el Jardim América —el primero de ellos—, el Jardim Paulista, el Jardim Europa y muchos otros más.

También surgirían zonas residenciales más modestas, como el barrio de Vila Mariana, en la zona sur, el de la Consolação en el camino de Pinheiros o el de Cambucci hacia el litoral, todos ellos buscados por la clase media de la población.

Los barrios obreros se instalaron junto a las principales zonas industriales que, a su vez, buscaron la proximidad de las vías férreas donde los terrenos, insalubres, eran de poco valor.

De ese modo, se pueblan las vegas del Tietê y del Tamanduateí, antes relegadas al abandono. Crece el barrio del Brás, surgen el Belenzinho y Tatuapé a lo largo de las vías de la Estrada de Ferro Central de Brasil; Pari, Mooca e Ipiranga acompañan la Santos-Jundiaí; a Barra Funda, Agua Branca, Lapa, se llega tanto por esa vía férrea como por la Sorocabana.

El crecimiento espacial sería tan significativo que, según Alcântara Machado, entre los años 1911 y 1913 la propia municipalidad se asombraba de la rapidez con la cual el núcleo urbano se extendía en todas direcciones, formando barrios a distancias cada vez mayores.

Para una idea más clara de cómo se veía la zona urbana alrededor de 1925, vale la pena transcribir las observaciones hechas por Pasquale Petrone, con base en la *Planta de la ciudad de São Paulo* confeccionada por Valdomiro Gonçalves y fechada en 1924:

> a) un bloque compactamente edificado, limitado al norte por las vías férreas, al este por el valle del Anhangabaú, al oeste por el valle del Pacaembu y al sur por el espigón de la Avenida Paulista;
>
> b) una zona pequeña completamente edificada, al este del Tamanduateí, que comprendía el Brás, la Mooca y el Belenzinho, la cual está cortada en tres puntos por vías férreas;
>
> c) una zona pequeña, pero populosa, situada en la vega al norte de las líneas férreas, que comprende el Bom Retiro, la Luz y la Baixa Casa Verde;
>
> d) una zona al oeste del valle del Pacaembu, que comprende Perdizes, Vila Pompéia, Agua Branca, Lapa y el inicio del Alto da Lapa;
>
> e) una zona de barrios, nuevos, situados en las cercanías del Tietê (margen izquierda) y de la colina de la Penha;

f) el Ipiranga, entonces barrio-suburbio, instalado parte en la vega y parte en las vertientes del Tamanduateí;

g) una zona irregular, diseminada por el centro de la ciudad, entre el valle del Anhangabaú y la Aclimação;

h) la zona localizada al sureste del espigón de la Avenida Paulista, que comprende: Vila Cerqueira César, Pinheiros, Vila América y Jardim América;

i) una zona situada al sur de la Avenida Paulista, constituida principalmente por la Vila Mariana, y

j) una pequeña zona al norte del Tietê, como el antiguo núcleo de Santana [20].

São Paulo era aún una ciudad fraccionada, no sólo por grandes vacíos como por los obstáculos naturales —vegas o valles más excavados— y por las vías férreas que separaban entre sí los trechos edificados.

Gracias al café y a la riqueza por él proporcionada, la función comercial de la ciudad se había ampliado velozmente, ahora acompañada por la función financiera. Era São Paulo el punto central de las exportaciones y de las mercancías importadas para ser distribuidas en toda la región, y concentraba también la mayor parte de las operaciones financieras realizadas en ese período.

El sistema bancario del estado se expandió considerablemente, teniendo como principal fuente de lucro la compra y venta de letras de cambio extranjeras, negocio que giraba alrededor del café. La capital era el centro vendedor y la ciudad de Santos, que también creció en importancia con la actividad cafetera, el centro comprador de esas letras de cambio. En la década de 1920 tales transacciones ponían en movimiento centenares de millones de dólares [21].

El Almanaque de 1873 registraba en São Paulo una Compañía de Seguros marítimos, además naturalmente de las Compañías de Ferrocarriles y 13 casas comisionistas, o sea, 13 establecimientos que intermediaban la comercialización del café; también había numerosas tiendas destinadas a la venta de ropas, tejidos, objetos de hierro, calzados y comestibles.

[20] P. Petrone, *A cidade de São Paulo no século xx*, p. 91.

[21] *Cfr.* J. Love, *op. cit.*, p. 90.

Las casas importadoras, sobre todo de maquinaria agrícola, se multiplicaron, testimoniando hasta qué punto esa fase del progreso urbano era un reflejo de la riqueza de los cultivadores de café.

En 1876 se inauguró la venta de periódicos por las calles; el comercio ambulante se intensifica, enriquecido con nuevas modalidades: al lado de las vendedoras con sus puestos de dulces, empujadas de un lugar a otro por el poder municipal [22], surgen también los limpiabotas, los vendedores de flores, frutas, hortalizas y pescados, en general inmigrantes italianos, cuyos pregones característicos llenaban las calles de la ciudad de sonidos pintorescos.

Aparecen quioscos en las proximidades de las estaciones ferroviarias, de los puentes y de los mercados, vendiendo un poco de todo.

Proliferan bares, cafeterías y cervecerías; nuevos hoteles, muy diferentes de aquellos de mediados del siglo, se instalaron en edificios espaciosos del triángulo, más acordes con el enriquecimiento y cosmopolitismo generalizados.

Alrededor de 1920-1921, la intensa actividad comercial de la ciudad estaba representada por

> cerca de 10.000 casas de comercio, de las cuales 292 se dedicaban a artículos de importación. El abastecimiento de alimentos estaba asegurado por 2.617 tiendas de *secos e molhados* (comidas y bebidas), 463 carnicerías, 183 *quitandas* (venta de frutas, legumbres, huevos, cereales, etc.) y fruterías, 162 lecherías, 106 confiterías y pastelerías, etc. Había 198 carbonerías, 183 tiendas de venta de leña, 15 casas importadoras de automóviles, etc., además de las que ofrecían artículos para la industria y materiales de construcción.

A esa relación se sumaban 30 establecimientos bancarios y «cerca de 2.000 establecimientos fabriles y 70.000 obreros que definían la vida industrial de Paulicéia (la otra denominación de la ciudad) [23].

Los paulistanos presienten ya desde la década de los 70 del siglo pasado ese crecimiento económico, que se traduce en el deseo de mejoras urbanísticas que invade la ciudad e impulsa a sus dirigentes a concretarlas. Como recuerda Pierre Mombeig,

[22] *Vid.* M. O. Silva Dias, *Quotidiano e poder*, São Paulo, Brasiliense, 1984.

[23] P. Petrone, *A cidade de São Paulo no século* XX, p. 91.

> las demoras en el dominio rural comenzaban a reducirse; la zona rural perdía en austeridad lo que ganaba en elegancia para cómodas carreteras; al mismo tiempo, la casa de la ciudad pasaba a ser la residencia principal, objeto de todos los cuidados, manifestación exterior de la riqueza de su propietario. La formación de empresas capitalistas modernas, las necesidades de su gestión, eran incompatibles con el modo de vida tradicional[24].

La mayor movilidad espacial de la población en general también influiría en sus hábitos de observación, provocando comparaciones y reivindicaciones que iban a actuar positivamente en el deseo de modernización entonces observado. Por ello, diría Eugênio Egas en el libro *Os Municípios paulistas:*

> Una fiebre de progreso rápida, constante y segura se apodera de los paulistas. Quieren que su capital sea una ciudad buscada por todos, nacionales y extranjeros, que se vuelva un centro, un gran emporio del comercio, la industria y el arte.

La administración de João Teodoro Xavier de Matos (1872-1875) corresponde a esos deseos, hasta tal punto que el historiador Eurípedes Simoes de Paula calificaría a su período de gobierno como el de «una segunda fundación de la ciudad». Fue él, tal vez, el primero en interesarse por problemas de urbanismo, destinando la mitad del presupuesto anual de la provincia al embellecimiento y a mejoras materiales del municipio.

Los resultados se vuelven rápidamente visibles: a partir de 1872 se difunde la iluminación con lámparas a gas, cuyo número inicial, 606, se multiplica muy pronto. Fue saneada la vega del Carmo, anualmente inundada por las aguas del Tamanduateí; se abrieron nuevas calles para comunicar los barrios nacientes, y las más antiguas fueron empedradas en 1873. Desaparecieron de las nuevas construcciones las celosías y la tapia, por antiestética y rústica.

En 1874 se instala el Instituto Vacínico (de vacunación).

[24] P. Mombeig, «Aspectos geográficos do crescimento de São Paulo», periódico *O Estado de São Paulo*, n.° especial del 2 de mayo de 1954.

El impulso que diera João Teodoro a São Paulo no se reduciría a su administración. El deseo de modernización lleva a los moradores importantes de la ciudad a fundar en 1876 la «Asociación Auxiliadora del Progreso de la Provincia», cuya primera iniciativa fue la creación del «Museo Provincial de Historia Natural», que se transformaría en el «Museo de Ipiranga», hoy «Museo Paulista».

Los tranvías a tracción animal comenzaron a ser el medio de transporte urbano por excelencia. En 1872, principio de la gestión de João Teodoro, una primera línea unió el Centro con la Estación de la Luz, de donde salían los trenes hacia el interior del estado.

En 1883, según el alemán von Koseritz, que visitó São Paulo en esa época y dejó sus impresiones sobre el país en el libro *Imagens do Brasil*, la ciudad ya tenía entonces

> un sistema de tranvías bien organizado. Una línea va hasta el Brás (casi a una hora de distancia); otra, no mucho más corta, hasta la Liberdade. Más adelante, una hacia Santa Cecília, otra hacia Comércio da Luz, otra hacia la Consolação, y ahora el ingeniero alemán dr. Kulmann construye una línea hacia Santo Amaro, que tendrá mucho futuro.

En 1887 algunos capitalistas locales crean la «Compañía Cantareira» con la finalidad de dotar a la ciudad de agua y desagües. De la iniciativa resultaría el depósito de la Consolação, que recogía agua en las nacientes de la Sierra da Cantareira a 14,5 kilómetros de distancia.

En la década de los 80 se suceden incluso otras obras de importancia como puentes, terraplenes, etc., que otorgan un nuevo aspecto a la ciudad y la modernizan. Atestiguando el ímpetu renovador de ese último cuarto del siglo XIX, diría el Informe de la Comisión de Saneamiento de las Vegas en 1891: «seguramente dos terceras partes de la ciudad actual son de fecha reciente».

Se abrieron entonces importantes vías públicas, como la Avenida Paulista, por ejemplo, que se transformó inmediatamente en motivo de orgullo para los paulistanos. Así la describe Alfredo Moreira Pinto en 1900:

> Esta avenida es la más importante de la ciudad. Plana, casi recta, con sólo dos ligeras sinuosidades, extensa, ofreciendo espléndidos pano-

> ramas de ambos lados, con edificios suntuosos, fue construida sobre un espigón en el lugar de una antigua hacienda y en el punto más elevado de la ciudad, a 847 metros de altitud...

Ese profesor y periodista que cursara estudios en la Facultad de Derecho en los años 60 del siglo XIX, volvía a São Paulo después de treinta años de ausencia y quedó impresionado con los cambios, manifestando su asombro en el libro que escribió sobre la ciudad:

> opulentos y lindísimos edificios; plazas vastas y arboladas, calles todas pavimentadas [...], comercio muy activo, lujosos establecimientos bancarios, centenares de casas de negocios y las locomotoras soltando sus silbidos progresistas, disminuyendo las distancias y estrechando en fraternal abrazo a las poblaciones del interior [25].

La exageración es comprensible cuando se piensa que el autor vivió en São Paulo en el período anterior a las grandes transformaciones producidas.

Para Pasquale Petrone, la ciudad tuvo una «tercera fundación» en la primera década del siglo XX, tales fueron las mejoras y transformaciones urbanísticas por las que de nuevo pasó:

> se ejecutaron vastas y costosas obras de saneamiento, sobre todo en la vega del Tamanduateí; se canalizaron los ríos y arroyos de la ciudad; se garantizó a la población mejor y mayor cantidad de agua potable; se extendieron de la mejor manera posible las calles de la parte principal de la ciudad. De todo ello resultó una nueva ciudad de São Paulo, muy diferente de aquella que nos había legado el siglo XIX.

Esos cambios se producen bajo la administración del alcalde Antônio Prado, correspondiendo aquí un inciso para recordar la cuestión de la autonomía municipal.

Como ya se ha visto, fue duramente cercenada durante el Imperio, correspondiendo a los gobernadores provinciales y no a los de la ciudad la mayor parte de las iniciativas urbanas. Así fue con Teodoro

[25] A. Moreira Pinto, *A cidade de São Paulo em 1900*, ed. facsímil, São Paulo, Governo do Estado, 1979.

Sampaio, por ejemplo, que era presidente de la provincia cuando comenzó a remodelar la capital.

En la República, la independencia municipal tendría mayor amplitud, aunque sin paralelo en relación con la de los tiempos coloniales. La Constitución de 1891 contenía el siguiente principio: «Los estados se organizarán de manera que quede asegurada la autonomía de los municipios en todo cuanto respecta a su peculiar interés».

Con base en tal postulado, la administración local fue delegada a un Concejo de Intendencia elegido por los propios ediles. El 29 de noviembre de 1898, la ley 374 creó los cargos de alcalde y vicealcalde, elegidos directamente por el pueblo [26].

Fue bajo la égida de esa ley como Antônio Prado se convirtió en el primer alcalde electo en el régimen republicano, administrando la ciudad hasta 1910. La dividió en distritos, a fin de facilitar la fiscalización y el planeamiento de las obras que serían realizadas.

De tales medidas resultaría el amplio programa de saneamiento al que se refirió Pasquale Petrone, así como la pavimentación de 1.000.000 de metros cuadrados de calles con macadán y adoquines.

Datan también de esa época la apertura de la Avenida Tiradentes, la rectificación de las ruas XV de Novembro, Alvares Penteado y Quintino Bocaiuva; el ajardinamiento de la Praça da República; mejoras en el Largo do Paissandu y en el Jardim da Luz.

El alcalde también ensanchó el Pátio do Rosário —que hoy tiene su nombre—, y construyó el primer gran mercado municipal, además de comenzar las obras del Teatro Municipal, terminado en 1911 y escenario aún hoy de grandes espectáculos internacionales.

Por esa época muchos visitantes ya consideraban a São Paulo la capital económica de Brasil, impresionándose con la rápida circulación del dinero provocada por la actividad comercial y con el crecimiento de las edificaciones. Si en 1900 eran 21.656 los edificios existentes, diez años después habían aumentado a 32.914, al ritmo de aproximadamente 1.000 por año.

A comienzos de los años 20 ya eran 60.000, y en 1932, fin del período que estamos tratando, se podían contar 106.327 edificaciones.

[26] El derecho de elección de los dirigentes municipales siguió las vicisitudes de la historia nacional, siendo suprimido o restablecido según la evolución del panorama político.



Avenida Paulista, 1911. Fuente: Acervo del Departamento de Patrimonio Histórico de Eletropaulo

La verticalización se inicia aproximadamente en 1910, pero se produce de forma lenta, pues en 1919 había 40.301 edificios bajos en el área urbana por 13.526 de dos plantas y sólo 340 de más de dos.

Al aproximarse la década de los 30, ya se hacían notar algunos edificios más altos, lo que motivó que un visitante extranjero comentase pintorescamente: «durante estos últimos años los paulistas y los italianos se dejaron dominar por el frenético deseo de tocar el cielo con las manos». Se refería principalmente al conde Matarazzo —rico industrial italiano—, que pretendía construir un edificio cerca del Teatro Municipal para «superar en altura a aquellos que ya habitaban en las nubes» [27].

Los nuevos edificios, tanto residenciales como públicos, ya no exhibían la arquitectura paulista de los tiempos coloniales. Su estilo neoclásico llevaba la marca de la influencia italiana.

Al principio, como la ciudad aún no era lo bastante refinada como para importar arquitectos, las nuevas construcciones fueron ejecutadas por artesanos, cuyas técnicas eran muy diferentes de las de los albañiles portugueses. Los peninsulares preferían, por ejemplo, cimientos de ladrillo a los de piedra «y en la carpintería usaban clavos en lugar de tornillos, lo que tenía el efecto de cambiar las posibilidades estructurales de ciertas maderas».

Los palacetes que construyeron pronto se multiplicaron, pero fue el arquitecto brasileño Francisco de Paula Ramos de Azevedo (1851-1928) quien se convirtió en el paladín de ese estilo importado, tachado por muchos de «eclecticismo promiscuo con tendencia al Renacimiento»...

El Teatro Municipal fue construido por él en la plaza que hoy lleva su nombre, y también el edificio de la Escuela Normal «Caetano de Campos», situada en la actual Praça da República, así como muchos otros edificios públicos y mansiones donde dejó impresa su huella.

La arquitectura sería, así, uno de los sectores donde la contribución peninsular se hizo más visible, lo que llevó al periodista portugués Souza Pinto a escribir en 1905: «No sé si proveniente de una influencia italiana, lo cierto es que a primera vista, en São Paulo, nos impresiona muy agradablemente el esmero de las construcciones» [28].

[27] A. L. D'Atri, *L'État de São Paulo et le Renouvellement Economique d'Europe*, París, 1926, p. 208.

[28] *Apud* E. da S. Bruno, *História e tradiçoes...*, I, p. 63.



Teatro Municipal, 1920. Fuente: Acervo del Departamento de Patrimonio Histórico de Eletropaulo

Asociado ese aspecto a los hábitos y costumbres de toda clase traídos de Italia, la capital adquirió una «italianidad» que asombraba a los visitantes de las primeras décadas del siglo actual y que, aunque haya perdido mucho de su intensidad, no desapareció del todo, perdurando aún sus huellas en cada rincón de la ciudad.

En el período en cuestión hubo momentos en que, según algunos, se hablaba más «el idioma de Dante que el de Camoes». Hubo hasta avisos municipales para pago de impuestos escritos en italiano y portugués.

El mismo Moreira Pinto, ya citado, diría que el São Paulo «genuinamente paulista» de antes, en 1900 era «una ciudad italiana».

A finales de los años 20, el paisaje urbano había cambiado mucho comparado con el de 1870.

Prácticamente ya no existía iluminación a gas, sustituida por los focos eléctricos instalados al principio por la Compañía Paulista de *Força e Luz* y después por la *Light and Power*, que ocupó su lugar.

En uso desde 1900, los tranvías eléctricos cubrían recorridos cada vez más amplios. En 1921 había 407, que transportaban a miles de pasajeros diariamente, lo que atestiguaba la intensidad adquirida por la vida urbana.

Aunque pocos todavía, ya había también automóviles: cerca de 3.500 alrededor de 1925.

La vida había cambiado. En los barrios obreros las calles se animaban, sobre todo en las horas de entrada y salida de las fábricas, cuando un enjambre de hombres, mujeres y menores llenaba las calzadas camino a casa. Circulaban repletos los trenes suburbanos y proliferaban bares y tabernas porque la clientela era segura y numerosa...

En el viejo centro, los bancos, las principales tiendas comerciales, las grandes cafeterías y casas de bebidas, las redacciones de los periódicos, los establecimientos de modas y las joyerías atraían a una multitud ruidosa que circulaba por allí durante el día, mezclando el mundo elegante con el de los negocios.

Por la noche, la iluminación eléctrica ponía una nota viva en el paisaje, destacando los nuevos edificios, las plazas, la explanada del Teatro Municipal, los relojes públicos...

La ciudad había despertado, por fin, de su sueño colonial.



Largo de São Bento, 1920. Monasterio de São Bento.
Fuente: Acervo DPH de la la Alcaldía de São Paulo

Un nuevo escenario sociocultural

La función cultural de São Paulo también se amplió en el período considerado, ahora ya no solamente bajo la égida de la facultad de Derecho, sino patrocinada por varias otras instituciones, motivaciones y circunstancias.

El crecimiento de las diversas funciones urbanas; la llegada de extranjeros de todos los matices y clases sociales, cuyos valores culturales ejercieron su dosis de influencia; el desarrollo de los medios de comunicación; el dinamismo de la economía, se conjugaron para intensificar en los paulistas el deseo de perpetuar el progreso material. Para asegurarlo —pensaban— era preciso crear medios adecuados, uno de los cuales sería la ampliación del nivel de instrucción.

De ahí la preocupación que surge en la época por la misma. Se difunden rápidamente la enseñanza elemental –o primaria– y la de nivel medio, sobre todo a partir del período republicano.

Según los Almanaques editados anualmente, había en la capital en 1908 cerca de 18 escuelas públicas que proporcionaban la enseñanza elemental a 9.000 alumnos. En 1913 el número de establecimientos subirá a 25, creciendo sin cesar en los años siguientes.

También se multiplicaron las escuelas particulares de diversos niveles, entre ellas las impulsadas por las colonias extranjeras radicadas en la ciudad. Fue el caso de la «Escuela Americana», que después se transformaría en el «Mackenzie College», núcleo de la actual Universidad Mackenzie.

En cuanto a la enseñanza técnico-profesional, el imperio le había dado muy poca importancia, contándose con los dedos las escuelas a ella dedicadas. En São Paulo se puede mencionar el Liceo de Artes y Oficios (1873) o el Instituto Ana Rosa para niños (1874), primer establecimiento de ese tipo creado por la iniciativa privada.

Aun la Escuela Normal, destinada a la formación de profesores de enseñanza elemental, tuvo una existencia discontinua, afirmándose en definitiva solamente a partir de los años 80 del siglo pasado.

Ocurre que la sociedad monárquica erigía en valores supremos aquellos ligados a las profesiones liberales, especialmente el Derecho.

> El título de doctor –dirá Fernando de Azevedo, uno de los grandes estudiosos de la educación brasileña– era un ornamento para los ricos, si no una recomendación más para la política y la alta administración pública, y un instrumento de ascenso para las familias que aspiraban a elevarse en la jerarquía social. –Por ello–, ni la investigación científica desinteresada ni la cultura técnica podían pasar fácilmente al primer plano de las preocupaciones de los candidatos a las escuelas superiores.

Las profesiones técnicas, principalmente las de nivel medio, eran mal vistas, admitidas con recelo por una sociedad que se había habituado a despreciar todo aquello que de lejos le recordase los oficios manuales ejecutados por esclavos.

Después del cambio de régimen, no obstante, los republicanos paulistas demostraron gran interés por la formación profesional, im-

prescindible para los ideales de progreso y modernización de que estaban imbuidos.

A ese interés estaría asociado el crecimiento de las escuelas de comercio. En 1922 surgen las dos primeras de la ciudad: la Mackenzie y la Alvares Penteado, y aumenta desde ese momento su número, no sólo en la capital sino también en cada centro urbano significativo.

El considerable impulso dado a la instrucción en São Paulo durante la Primera República [29] ejerce algún efecto democratizador, pero de acuerdo con los estudiosos del asunto tiene límites socio-cualitativos.

Según una estudiosa del tema [30], el proyecto educacional paulista del período fue implantado por la oligarquía cultivadora de café con vistas a la construcción y reproducción de su hegemonía. Para ello, preveía una «dualidad de sistemas» en la enseñanza: por un lado, el elemental y el técnico-profesional, con carácter popular; y por otro, el de nivel medio no profesionalizante y el superior, reservados a las capas más altas de la sociedad.

De ese modo se abrió horizontes a la enseñanza popular pero se restringió el crecimiento del que llevaba a las profesiones liberales de mayor prestigio, pues la enseñanza superior debería utilizarse como pieza importante en la estrategia de dominación y reservarse exclusivamente para la preparación de las élites que formarían los cuadros dirigentes del estado paulista.

Por ello fueron pocas y exclusivistas las instituciones de nivel superior creadas en ese período. En 1894 se inaugura la Escuela Politécnica, destinada a la formación de ingenieros. Como diría un periódico de la época, le correspondía convertirse en

> un poderoso instituto en el que se prepararían las mentalidades para lanzar las bases de una red de comunicaciones, que trayendo nuevos factores a la vida económica de nuestro estado, lo conduciría rápida-

[29] En 1886, la entonces provincia tenía 26.000 alumnos en escuelas primarias y secundarias, o sea 1 por cada 47 habitantes. En 1929, la matrícula en las escuelas primarias privadas y públicas alcanzará un total de medio millón de alumnos aproximadamente (*Cfr.* J. Love, *op. cit.*, p. 132).

[30] E. Nadai, *Ideologia do progresso e ensino superior (Sao Paulo, 1891-1934)*, São Paulo, Ediçoes Loyola, 1987.

mente al camino del progreso tan orgullosamente recorrido hasta aquí [31].

En 1899 surgían las escuelas de Farmacia y Odontología y dos años después la Escuela Agrícola Luís de Queiroz, cuya finalidad era la formación de agrónomos [32].

La ciudad no tendría su facultad de Medicina hasta 1913, aunque la ley que la creara databa de 1891, pues una larga polémica precedió a su instalación.

En los años 20 esas instituciones, enteramente consolidadas, concretaban los ideales de competencia, modernización y eficiencia que habían presidido su creación. Sus profesores recibían el reconocimiento público y rivalizaban en prestigio con los de la facultad de Derecho, que deja entonces de ser el único centro polarizador del saber.

Para algunos contemporáneos, la tradicional Academia del Largo de São Francisco entró en decadencia en el período del que tratamos. En la década de los 80 del siglo pasado ya sería una sombra de lo que fuera y hasta el edificio que la albergaba reflejaría un abandono paradójico frente al progreso de la ciudad.

Lamentaban el debilitamiento del llamado «espíritu académico» y lo atribuían a la implantación en 1879 de la «enseñanza libre», que liberaba a los alumnos de la asistencia obligatoria y aflojaba los lazos que los unían, diluyendo los contactos y las influencias recíprocas.

Autores contemporáneos también se refieren al declive de la institución. Es el caso de Richard Morse, para quien la educación jurídica cedió el paso al dominio de la ciencia. La mentalidad capitalista había invadido el Brasil urbano, especialmente la capital del café, que de los programas políticos y literarios anteriores aceptaba sólo los que pudiesen justificar o embellecer la vida material.

La propia argumentación del autor muestra, no obstante, que en realidad no hay declive sino adaptación de la vieja escuela a las grandes modificaciones en marcha en la ciudad. La mayor complejidad de la estructura social, el dinamismo de la vida urbana, la proliferación de

[31] *Apud.* E. Nadai, *op. cit.*, p. 55.

[32] La Escuela Agrícola «Luís de Queiroz» está situada en Piracicaba, en el interior del estado a 180 kilómetros de la capital, y actualmente forma parte de la Universidad de São Paulo.

nuevos centros de comunicación e instrucción llevarían a nuevos objetivos y al reparto de la influencia cultural entre todos ellos.

Realmente, en la ciudad en proceso de cambio ya no cabría la vida académica como la recordaban los nostálgicos: las expansiones ruidosas, los paseos tradicionales, la bohemia colectiva, iban quedando atrás. También los intereses meramente literarios, los clubes, el periodismo retórico.

Pero la Academia continuará teniendo gran expresión cultural y suministrando los cuadros dirigentes. Sus energías, su saber jurídico, preferirán ahora dar soporte a los talentos que se orienten hacia los negocios, hacia las iniciativas que se concretan en símbolos materiales de la riqueza o que revelen el influjo del pensamiento científico «moderno» y progresista.

Los hábitos sociales y las predilecciones culturales de la élite en ese período serán mucho más refinados, aunque deriven de la aceptación pasiva de normas importadas.

En su visita a São Paulo a principios de este siglo, George Clemenceau encontró a la ciudad curiosamente francesa en algunos aspectos y costumbres. Al culminar su comentario, dice: «... durante una semana entera no he tenido una sola vez la sensación de estar en el extranjero».

Pese a la exageración, sólo comprensible porque sin duda el visitante se limitó a convivir con un grupo de élite, el hábito de hablar francés, leer novelas y revistas francesas, tomar a Francia, en fin, como modelo cultural, daba tono a las «mejores familias» de la época.

Con la línea ferroviaria acortando distancias, era fácil traer desde Río de Janeiro a las compañías de teatro y ópera que la capital del país importaba del exterior. Sarah Bernhardt, por ejemplo, estuvo en São Paulo dos veces en la década de los 80 del siglo XIX y fue fervorosamente aplaudida en ambas ocasiones.

Se multiplicaron en la ciudad los conciertos musicales, donde se oían con reverencia composiciones románticas en boga en Europa. Se valoraba a Carlos Gomes, cuyas óperas tenían éxito en Italia [33].

[33] Antônio Carlos Gomes nació en Campinas, en el estado de São Paulo, y fue el más importante compositor brasileño del siglo XIX. Se perfeccionó en Italia y compuso varias óperas, entre las cuales una de las más conocidas es *El guaraní*, basada en la novela del mismo nombre del escritor José de Alencar.

El cine aparecería a finales del siglo XIX. Según un anuncio de la época, allí estaba «la vida con todos sus movimientos, la última novedad que deslumbra y encanta a los ojos sorprendidos por tamaño descubrimiento».

De entonces en adelante contagiará a los paulistanos, dividiendo opiniones y añadiendo nuevos objetos de culto a la galería de ídolos de la ciudad.

De las empresas, mejoras y novedades que se multiplicaban agitando el ambiente cultural y formando la opinión pública, no podía estar ausente la prensa, con sus páginas abiertas a la definición de campos políticos y a la expresión de reivindicaciones variadas.

Entre 1870 y 1930 surgieron numerosas publicaciones, todas ellas difundiendo las más candentes cuestiones políticas, sociales y culturales de entonces, tales como el movimiento abolicionista, el Manifiesto Republicano, las crisis del café, la inmigración extranjera, el «tenentismo» de la década de los 20...

La mayoría de los periódicos y revistas tuvo una vida efímera, pero algunas publicaciones desafiaron el tiempo como el *Correio Paulistano,* ya citado anteriormente y, sobre todo, *A Província de São Paulo,* periódico fundado en 1875, que con el nombre de *O Estado de São Paulo* es hoy uno de los más importantes órganos de la prensa brasileña.

Capital de un estado próspero, sede del gobierno, centro económico, político y administrativo, São Paulo fue el escenario receptivo y participante de los más significativos acontecimientos.

Una cuestión de naturaleza social vivida por la ciudad y que escapa a la esfera cultural, pero es influida por ella, fue la campaña abolicionista. De carácter esencialmente urbano, abarcó en un gran movimiento de opinión a todos los segmentos sociales representativos, ya sea en contra o a favor de la esclavitud.

Los académicos de Derecho serían en general entusiastas defensores de los cautivos. Entre ellos destacó Castro Alves, en quien los esclavos encontraron a su mayor poeta y cuyos versos ardientes denunciaban los horrores del cautiverio, poniendo al desnudo los males del sistema.

Ese estudiante de genio, nacido en Bahía, colega de Rui Barbosa y Joaquim Nabuco en los bancos académicos, pertenece a la década de los 60 del siglo pasado. Como señala Richard Morse, fue el último de

los grandes poetas románticos y «tan simbólico de su época como Alvares de Azevedo lo fuera de la suya».

En carta fechada en 1868, revela la influencia que São Paulo ejerciera sobre él: el final de su famoso poema «Esclavos», autodefinido como «un canto del futuro», el «canto de la esperanza», había sido inspirado por la ciudad, cuyas brumas y «gracia melancólica» mencionaba siempre.

En la lucha por la abolición de la esclavitud, São Paulo sería escenario de las proezas de una curiosa figura: Antônio Bento de Sousa e Castro que, en la década de los 80, se convirtió en el paladín de los negros esclavizados.

Abogado, rico, ligado por lazos familiares a los poderosos del momento, aparentemente sería la figura menos indicada para el movimiento que lideró.

No obstante, era un fanático abolicionista. Con un grupo de compañeros, los llamados «caifazes de Antonio Bento», promovió la fuga en masa de esclavos, llevándolos de las haciendas del interior hacia escondrijos en la capital y en Santos.

Esa actividad rebatía las leyes vigentes, pero el entusiasmo con que fue ejercida revela lo frágiles que ya eran entonces las bases del esclavismo paulista y contribuyó para minarlas aún más.

Teatral, poco ortodoxo de aspecto con su larga capa negra y amplio sombrero de ala ancha, Antônio Bento tenía el sentido de lo dramático y más que nadie percibió las potencialidades que el medio urbano ofrecía para su cruzada. Atraía al pueblo a las calles organizando procesiones, al frente de las cuales caminaban esclavos castigados por señores crueles; entre las andas de los santos exponía instrumentos de tortura utilizados en los castigos, lo que constituía un espectáculo conmovedor que causaba profunda impresión en la opinión pública.

El abolicionismo inflamó a São Paulo. Las manifestaciones organizadas por estudiantes y líderes del movimiento atraían multitudes. Los teatros se llenaban para la presentación de oradores de verbo encendido. Se formaban grupos en las esquinas para discutir las últimas fugas de esclavos y la reacción de los hacendados. Los habitantes se visitaban para comentar noticias y cambiar opiniones...

Fue uno de los grandes momentos vividos por la ciudad, contribuyendo a dar a los paulistanos el sentimiento de unidad resultante de una causa en que, al fin y al cabo, podían actuar como jueces.

Muchos años más tarde, la capital serviría de escenario para otro movimiento, esta vez de naturaleza diversa. Sería el «modernismo», que inauguraba una nueva fase en la historia cultural del país al romper con el convencionalismo entonces vigente en el campo del arte y de la literatura. Embestía, por ejemplo, contra el «sentimentalismo cursi» de la literatura romántica, contra los «cortes de la carnicería» del realismo; contra el extremo cuidado con la forma, presente en el parnasianismo. Se oponía incluso a la fácil imitación de los modelos extranjeros, introduciendo en su producción el ambiente y realidad humanos brasileños [34].

El movimiento buscaría resonancia en la «Semana de Arte Moderno», una especie de fiesta pública efectuada en el Teatro Municipal de São Paulo entre los días 13 y 17 de febrero de 1922, en la cual hubo charlas, conferencias, lecturas de poesía y prosa, conciertos musicales, exposiciones de pintura y dibujo...

Hubo allí una verdadera demolición de tabúes y valores culturales hasta entonces consagrados sin ninguna restricción.

Al caracterizar la «Semana» como una proclama del modernismo, como la

> súbita cristalización expresiva de un grupo de jóvenes de más o menos treinta años, los cuales, a pesar de la diversidad de sus disciplinas artísticas y de sus puntos de vista, descubrieron un proyecto común en la tentativa de presentar simbólicamente el fluir de la vida moderna,

Richard Morse menciona dos aspectos importantes. Uno es la juventud del grupo, y otro la influencia que sobre él ejerció el medio urbano-industrial en varios de sus aspectos.

Realmente, esos «perturbadores del orden estético y literario» eran jóvenes que, aunque ampliamente criticados en aquel momento por su audaz irreverencia, se volvieron con el correr del tiempo grandes figuras del mundo cultural brasileño, tales como Anita Malfatti en la pintura, Vitor Brecheret en la escultura, Mário de Andrade y Manuel Bandeira en la literatura, entre muchos otros.

[34] *Vid.* J. Nagle, *Educaçao e sociedade na Primeira República*, Sao Paulo, EPU/Edusp, 1974.

Los temas predilectos del modernismo del 22, en realidad, estaban también ligados al ritmo de la vida moderna, a su intensidad, siendo la noción de tiempo material el factor más influyente en la formación de la nueva estética.

Esa «velocidad de la vida moderna», que llega a niveles tan impresionantes en el mundo de hoy, se sentiría más fácilmente en el São Paulo de los años 20 que en otras regiones del país.

El movimiento modernista no fue exclusivamente paulistano, sin duda, pero la ciudad, en acelerado proceso de urbanización e industrialización, creó la atmósfera para impulsarlo. Es en ella donde los artistas están más intensamente influidos por los elementos de la vida moderna como «el motor, el asfalto, el tumulto, el rumor, la vida al aire libre, las grandes masas, los grandes efectos, el cine...».

Así, a los ojos de sus contemporáneos, São Paulo era una ciudad moderna, muy diferente de aquella para la cual, según diría Teodoro Sampaio, el siglo XIX «no había asomado próspero y feliz».

El gran salto hacia el progreso se había iniciado en los años 70, cuando los factores en germen en el período anterior y ya actuantes en la provincia producen, finalmente, efectos concretos en la capital.

El cultivo del café sería el responsable en última instancia de las grandes transformaciones del período. Las líneas férreas se crearon para beneficiar tal cultivo, siguiendo en su trazado la expansión de los frentes agrícolas pioneros. Tuvieron, no obstante, un efecto multiplicador, acelerando el dinamismo de la economía y atrayendo a gente de todas partes hacia la región.

La expansión del café exigió también un número creciente de brazos promoviendo la afluencia de esclavos negros, pero la desarticulación del esclavismo alentó la búsqueda de soluciones para el problema de mano de obra. La preferida en São Paulo sería la inmigración extranjera, una solución pensada con anterioridad, que revelaba el pragmatismo del hacendado paulista, interesado en mantener el trabajo esclavo pero en busca de alternativas para sustituirlo rápidamente cuando se diese su liberación total.

De ahí el gran contingente inmigratorio europeo que comenzó a afluir a São Paulo en los años 70 del siglo pasado y que sólo disminuyó sensiblemente a partir de 1920.

Ese contingente, constituido mayoritariamente por italianos, aceleró el crecimiento demográfico del estado y modificó la etnia paulista.

Alrededor de 1880, São Paulo ya era la economía más dinámica del país, pero su participación en el aparato decisorio nacional no tenía la misma representatividad. El hecho explica el resentimiento de los cultivadores paulistas de café para con el régimen monárquico, llevándolos a buscar fuera de él el poder político de que no disponían. Explica también la alianza que hicieron con grupos urbanos y el ejército para derrocar a la monarquía en 1889 e instaurar la República Federativa de Brasil.

A partir de entonces y hasta 1930, la burguesía cafetera asumió el poder político, apoderándose de un instrumento de mando que la volvió hegemónica.

São Paulo consigue finalmente la sincronía entre poder político y económico, ya que en la primera mitad del siglo XIX había tenido influencia política sin disponer de prestigio económico y a partir de 1850 había ocurrido exactamente lo contrario.

La capital se beneficiaría de todas esas circunstancias. Punto de convergencia de las vías férreas y caminos que venían del interior y de allí a Santos, en ella se instalarían los intereses comerciales y financieros exigidos por la producción cafetera.

Se amplían significativamente sus funciones comercial, financiera, política y administrativa, a las cuales se sumaría la función industrial, surgida en ese período.

El hacendado ya no es una figura transitoria en São Paulo; buena parte de los inmigrantes destinados al trabajo rural se dirige hacia allí; la población crece con rapidez, lo que hace evidente la tendencia centrípeta de la ciudad.

Esa explosión poblacional provoca también la rápida expansión física del hasta entonces limitado núcleo urbano, que se extiende en todas direcciones, albergando nuevos barrios, calles, plazas y avenidas.

Se definen las áreas funcionales, creciendo los barrios residenciales más elegantes más allá del río Anhangabaú, mientras que los industriales y obreros se localizan en los lugares bajos de las vegas, cerca de las vías férreas.

La fiebre de modernización y progreso que invade a São Paulo a partir de los años 70 se traduce en realizaciones urbanísticas tanto más significativas cuanto más laboriosas fuesen las administraciones municipales.



Centro de São Paulo, 1927. Fuente: Acervo del Departamento de Patrimonio Histórico de Eletropaulo

Importantes hitos materiales tales como la Avenida São João, la Avenida Paulista, el viaducto Santa Ifigênia, entre otros, redefinen el espacio urbano, cuyos cambios sorprenden a quien conociera la ciudad anteriormente.

La arquitectura colonial convive con la de los nuevos edificios, cuyo estilo neoclásico ostenta la marca de la influencia italiana que actúa en todos los niveles.

Dado el predominio del elemento peninsular entre los inmigrantes, São Paulo se convierte en una «ciudad italiana» en el período en cuestión.

En ella predominan todavía las construcciones de una sola planta o dos, pero algunos edificios altos ya esbozan la característica que la haría conocida posteriormente como «ciudad de los rascacielos».

La función cultural aumenta con la ampliación de la enseñanza en varias direcciones y en distintos niveles del saber. Reflejando la preocupación modernizadora, en la cual la ciencia y la técnica tienen lugar de relieve, surgen muchas escuelas profesionales de grado medio y, de manera limitada, las de nivel superior, reservadas a las élites y a la preparación de los cuadros dirigentes. La vieja Academia de Derecho ya no reinaría sola en el escenario cultural de entonces.

Había público para apreciar a artistas de mérito y para oír con respeto conciertos y óperas.

La ciudad recibía los influjos de los movimientos de toda naturaleza que llegaban a Brasil o derivaban de su evolución histórica, los vivía y los proyectaba después de modificarlos.

Así ocurrió con el abolicionismo, cuando Antônio Bento y sus «caifazes» eligen la vía subversiva para liberar esclavos, ampliándola a un nivel no hallado en ninguna otra ciudad de la época.

Así sería con el modernismo que, durante la «Semana de Arte Moderna», lanzó su grito de guerra contra el tradicionalismo.

Al terminar la década de los 20, São Paulo ya era el más importante centro económico brasileño, la segunda ciudad del país en población, la primera en kilómetros de vías férreas. Tenía más de 100.000 edificios.

Había sido hasta ese momento la gran capital del café. Se preparaba ahora para adoptar el papel de poderosa metrópoli industrial.

Capítulo VI

LA METRÓPOLI INDUSTRIAL (1930-1960)

...En los últimos cinco años la producción industrial paulista creció [...] considerablemente...

(Roberto Simonsen, en 1938)

El proceso de industrialización

A partir de 1930 la función industrial de São Paulo se vuelve dominante, imprimiendo a la ciudad la característica por la cual se haría más fácilmente reconocible. Sería ella la gran beneficiaria del proceso de industrialización del estado que, como se ha dicho en otro capítulo, se inició alrededor de los años 80 del siglo pasado y está íntimamente ligado al desarrollo de la actividad cafetera.

Una serie de factores derivados en última instancia de tal actividad se conjugó en ese período para permitir la implantación de la industria. El enriquecimiento directa o indirectamente propiciado por el café determinó, por ejemplo, una ampliación general de la demanda y del consumo de bienes económicos que abrió espacio a otros negocios, en los cuales se comprometieron los hacendados. Impelidos por sus propios intereses, comenzaron a intervenir en los diversos procesos comerciales, financieros y políticos relacionados con el café, con el objetivo inicial de aumentar su rentabilidad.

De ahí que surgieran muchas industrias cuyos dueños eran cultivadores de café, que aplicaban sus excedentes financieros preferentemente en la fabricación de máquinas para beneficiar el producto o en la confección de bolsas destinadas a envasarlo. De ahí también que, a diferencia de Europa, se diga que la industrialización en São Paulo se desarrolló como consecuencia de la riqueza agrícola y no en oposición a ella [1].

[1] La bibliografía sobre el tema es abundante. Véase, por ejemplo, Wilson Cano (*Raízes da concentração industrial em São Paulo*, São Paulo, Difel, 1977), que estudia el

Se ampliaron los transportes ferroviarios y las inversiones en energía eléctrica naturalmente favorecieron el proceso, pero la inmigración y la abolición de la esclavitud fueron de fundamental importancia.

La transformación en las relaciones de producción difundió la economía monetaria y el trabajo asalariado, ensanchando el mercado interno, que se amplió de manera considerable con la llegada en masa de los inmigrantes.

La contribución de estos últimos a la industria se haría en varios niveles: uno de ellos cuando el trabajador extranjero rechazó la relación patrimonialista y actuó como asalariado típico, forzando el cambio de comportamiento de los propietarios, habituados a la asociación entre trabajador y esclavo; otro, al trasplantar nuevas técnicas y actividades, y otro, al fin, al ampliar la acumulación gracias al ahorro [2].

Como les resultaba imposible aplicar en el cultivo del café las pequeñas economías que hacían, dadas las altas inversiones necesarias, las emplearon en pequeños talleres artesanales, muchos de los cuales constituyeron el punto de partida de poderosos conjuntos industriales.

Completarían los factores que influyeron positivamente en la industrialización de ese período la facilidad de obtención de crédito bancario después de la primera valorización del café y la política fiscal del gobierno federal que, aunque sin intención proteccionista, hacía la vista gorda a la contribución potencial de los industriales.

Por otro lado, las constantes desvalorizaciones cambiarias exigidas por los cultivadores de café encarecían la importación de los productos consumidos por una población en continuo crecimiento, constituyéndose en fuerte estímulo a la fabricación de los mismos.

El conjunto de esas circunstancias permite el desarrollo del proceso que comienza por la industria liviana, sobre todo la textil y de productos alimenticios, cuyas necesidades de inversión y especialización eran menores.

En 1881 había en la entonces provincia 9 hilanderías y tejedurías, además de otros pocos establecimientos sin mayor relieve. En 1901, el

«complejo cafetero», o sea, el conjunto de diferentes actividades económicas originadas del cultivo del café y a él ligadas, entre ellas la industrial.

[2] *Vid.* J. C. Pereira, *Estrutura e expansão da indústria em São Paulo*, São Paulo, Editora Nacional, 1967, p. 11.

estado de São Paulo contaba ya con 170 fábricas, 50 de las cuales empleaban más de 100 obreros [3].

En esa primera década del siglo XX, sin embargo, Río de Janeiro concentraba más de la mitad de las industrias brasileñas. El censo realizado en 1907 por el Centro Industrial de Brasil atribuía a la capital del país el 30 % de la producción nacional, mientras que São Paulo concurría con el 16 %.

De 1910 en adelante, esa diferencia se supera progresivamente, de modo que, en 1920, con 4.145 fábricas que empleaban 83.998 trabajadores, el estado de São Paulo ya era el centro industrial más importante del país, contando en 1929 con 8.842 empresas y 138.002 obreros [4].

A pesar de su continuo crecimiento durante la Primera República, la industria fue marginal en el ámbito de una economía volcada a la exportación agrícola de monocultivo. No podía ser de otra manera, dado el entrelazamiento de intereses entre el grupo agrario y el industrial, así como la cohesión y fuerza manifiestas del primero.

A partir de 1930, no obstante, la ruina del café y la pérdida de poder político de las oligarquías agrarias paulistas cambian el panorama, acelerándose el crecimiento industrial.

Nuevos factores explican las promisorias perspectivas entonces previstas. Uno de ellos sería el cambio en la concepción de las prioridades: la crisis de 1929 había mostrado la fragilidad de una economía exportadora fundamentada en un único producto: agrícola, para colmo. Había necesidad de diversificar la producción, transfiriendo capital y trabajo hacia otras ramas de actividad.

Fue el área industrial la que obtuvo mayor éxito en la canalización de esa transferencia, inicialmente en función todavía del café, pues para impedir la quiebra del sector exportador después de la crisis del 29, el gobierno de Getúlio Vargas, que había asumido el poder después de la revolución del 30, tomó medidas cuyos efectos, paradójicamente, favorecieron la industria. Devaluó la moneda, elevando el precio de los productos importados y disminuyendo así la competencia extranjera; mantuvo con recursos internos los *stocks* de café y aseguró el nivel de empleo, sustentando la demanda.

[3] *Cfr.* W. Dean, *A industrialização de São Paulo*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1971, p. 19.

[4] A. Simão, *Sindicato e Estado*, São Paulo, Dominus, 1966, p. 46.

De ese modo, estimuló la producción interna y creó una situación prácticamente nueva en la economía brasileña: «la preponderancia del sector ligado al mercado interno en el proceso de formación del capital». La precaria situación del cultivo del café ahuyentó a los capitales formados en él, desviándolos hacia la industria, que incluso fue beneficiada por la expansión de crédito producida a partir de 1934 [5].

En otras palabras: las directrices monetarias, fiscales y cambiarias de la década de los 30 propiciaron un efectivo estímulo al desarrollo industrial.

Aunque algunos autores consideren limitado el papel del estado en ese desarrollo, negándose a reconocerle una política proteccionista explícita y consciente, el hecho es que Getúlio Vargas benefició al sector. Al dar el golpe que en 1937 transformó a Brasil en un estado autoritario, el presidente se inclinó por un mayor dirigismo económico, revelando en sus discursos la concepción de que le cabría a la industria el papel de palanca del progreso nacional.

El proceso de sustitución de las importaciones se acentúa en la década de los 40 con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuando se repite lo que ya había ocurrido en ocasión del conflicto de 1914:

> privado de abastecimiento externo en lo que respecta a un gran número de productos manufacturados, el mercado interno tiene que recurrir a la producción nacional, lo que abre amplias perspectivas para las actividades industriales del país [6].

Cabe recordar que la influencia de las guerras en la industrialización ha sido una cuestión polémica en la historiografía. Autores como el norteamericano Warren Dean, por ejemplo, afirman que, por lo menos en São Paulo durante la época de la Primera Guerra Mundial, la rápida expansión industrial producida resultó del capital aplicado anteriormente, pues con la interrupción de las inversiones y de la importación de maquinaria durante el conflicto no había medio de fomentar la industrialización.

Los llamados «estructuralistas» como Celso Furtado, Caio Prado Júnior, Wilson Cano, entre otros, niegan la tesis con argumentos ya

[5] *Vid.* C. Furtado, *Formação econômica do Brasil*, Brasília, 1963, p. 244.

[6] C. Prado (junior), *História econômica do Brasil*, p. 307.

mencionados, es decir, la disminución de la competencia extranjera, la necesidad de sustituir importaciones, etc.

El hecho es que los datos empíricos muestran una clara conexión entre las guerras y la expansión del sector. En 1940 había en São Paulo cerca de 14.225 fábricas y 272.865 obreros; diez años después, esos números eran 24.519 y 484.844 respectivamente [7].

La década de los 50 fue relevante para el proceso, constituyendo el período en que se creó mayor número de establecimientos fabriles en el estado en términos absolutos. Su gran importancia, sin embargo, deriva de la transformación cualitativa producida en el parque industrial.

Como ya se ha visto, hasta entonces había predominado la industria liviana. En 1928 los sectores textil y alimenticio empleaban al 59,35 % del proletariado y en 1950 representaban el 47,41 % de la producción paulista [8].

A comienzos de los años 60, esa participación había caído al 32,07 %, pues se vuelven dominantes las ramas de material eléctrico y de comunicación y transportes. Poco significativas anteriormente, más del 70 % de las industrias de material eléctrico y el 64 % de las de transporte y comunicaciones se instalaron después de 1950.

La importancia de esos porcentajes crece cuando se verifica que buena parte de las referidas industrias eran de gran porte.

En realidad, desde los años 40 ya se hacían notar sectores más modernos, revelando una fase superior del desarrollo industrial, pero es en la década de los 50 cuando las transformaciones se acentúan.

La mayoría de las nuevas fábricas ya surgen mecanizadas y se reequipan y amplían las ya existentes, lo que equivale a decir que la mano de obra deja de ser el principal factor para el aumento de la producción y se vuelve más especializada.

Data de esa época la implantación en el país de la industria automovilística, cuya localización en São Paulo motiva la gran expansión en el estado de las unidades englobadas en la rama de material de transportes.

Las razones para el considerable cambio cualitativo mencionado están en parte ligadas a la política económica adoptada por el presi-

[7] *Cfr.* A. Simão, *op. cit.*, p. 45.
[8] *Ibidem.*

dente Juscelino Kubitscheck de Oliveira, electo para el período 1956-1960. Pregonando el desarrollismo fundamentado en la industrialización con vistas a hacer crecer el país «cincuenta años en cinco», el nuevo gobernante facilitó la entrada de capitales extranjeros y la importación de bienes de producción.

Brasil creció y se expandió industrialmente con ese presidente, pero la forma de producirse la afluencia del capital externo traería consecuencias en el futuro.

Se permitió, por ejemplo, la entrada sin cobertura cambiaria de máquinas y equipamientos de inversores extranjeros, lo que los favoreció en perjuicio de los nacionales, que no disponían de las mismas facilidades. No se hizo tampoco una selección de inversiones por áreas, a fin de evitar que industrias nacionales sufriesen la competencia de similares extranjeras.

Además, no se limitó la remesa de los lucros obtenidos, de manera que impidiera lo que posteriormente ocurrió, o sea verse obligado el país a enviar hacia el exterior más capitales de los que recibía para invertir.

Sea como fuere, el crecimiento industrial de São Paulo fue ascendente desde el inicio del proceso y se aceleró a partir de 1930. Para demostrarlo, vale la pena mencionar algunos datos comparativos.

Entre 1934 y 1939, el parque industrial se amplió en un 60 %, a un ritmo anual de aproximadamente un 14 %, con una producción que en ese último año correspondía al 40 % del valor total de la producción brasileña: cerca de 5.000.000 de contos de réis de un total de 12.000.000 en todo el país [9].

En 1932 la agricultura aún representaba el 58,8 % del valor producido en el estado frente al 41 % de la industria, pero en 1940 la relación se había invertido completamente: cerca del 72,8 % de ese valor provenía de la industria y un 27,2 % del sector agrícola, cuyo declive relativo continuó en los años siguientes.

En ese momento (1940), São Paulo tenía 14.225 fábricas donde trabajaban 272.865 obreros. En 1960, tales números eran 56.383 y 969.112 respectivamente [10], y el sector industrial constituía el principal

[9] R. Simonsen, *Evolução industrial do Brasil*, pp. 28-29.
[10] *Cfr.* A. Simão, *op. cit.*, p. 45.

generador de la renta bruta del estado, participando con el 33,2 % sobre su total.

Años	Ciudad de São Paulo		Estado de São Paulo		Brasil	
	Número de fábricas	Número de obreros	Número de fábricas	Número de obreros	Número de fábricas	Número de obreros
1907	153	14.614	324	22.355	3.187	149.140
1920	–	–	4.145	83.998	13.336	275.512
1940	4.876	174.367	14.225	272.865	43.418	781.185
1950	–	–	24.519	484.844	89.086	1.256.807
1960	–	–	56.383	969.112	–	–

LA CAPITAL DE LA INDUSTRIA

Población, industria y fuerza de trabajo

Por las razones ya apuntadas a lo largo de páginas anteriores, la ciudad de São Paulo sería el crisol de la industrialización paulista.

Sus comunicaciones ferroviarias con el Planalto interior y el puerto de Santos; el hecho de ser la sede político-administrativa del estado; de concentrar los negocios relacionados con el café y encontrarse en franca prosperidad: todo contribuiría para convertirla rápidamente en el mayor parque industrial del país y el más importante de América Latina.

La tendencia centrípeta provocada por el café también sería fundamental para que allí se concentraran las industrias, dado el potencial de mano de obra que representó.

De ese modo, desde el comienzo es la capital la que dirige el proceso, como puede verse por el cuadro anterior, en el cual las cifras referentes a Brasil engloban las del estado de São Paulo y de su capital. En 1907, las 153 fábricas y 14.614 obreros del municipio representaban respectivamente el 47 y 65 % de los totales del Estado. En 1940, tales porcentajes eran de 34,27 % y 63,85 %, correspondientes a 4.876 esta-

blecimientos y 174.367 trabajadores para 14.225 y 272.865 respectivamente del Estado [11].

A principios de los años 50 había en São Paulo más de 20.000 fábricas y 480.000 obreros aproximadamente, en una población de 2.198.096 habitantes, o sea un trabajador fabril por cada siete habitantes [12].

Esa concentración que suponía, además de la fuerza de trabajo, un potencial de equipamientos, especialización y capitales, explica por qué la ciudad y su área de influencia serían las principales beneficiarias del despegue industrial promovido por el presidente Juscelino Kubitscheck.

Cabe recordar que a partir de entonces la expansión de los grandes establecimientos es más significativa en los municipios vecinos, es decir, en São Bernardo, Santo André y São Caetano, conocidos popularmente como la región del ABC y que integraban ya entonces el área metropolitana de la capital.

Fue en São Bernardo, por ejemplo, donde se instalaron las grandes fábricas de la industria automovilística. En 1958, mientras que en la ciudad de São Paulo

> los establecimientos con 500 o más obreros contribuyeron con el 38,6 % de la producción industrial total, esta contribución se elevaba, en los municipios de Santo André, São Bernardo do Campo y São Caetano do Sul, al 76,9 %, 74,5 % y 60,3 % respectivamente [13].

La composición étnica y profesional del proletariado paulistano varió a través del tiempo, siguiendo los cambios demográficos producidos en función de factores internos y externos al país.

Ya se ha dicho anteriormente que a comienzos de los años 30 São Paulo tenía casi un millón de habitantes. Su población aumentará sin cesar en los treinta años sucesivos, como se puede ver por el cuadro siguiente, que contiene también datos sobre el estado y Brasil [14].

[11] *Cfr.* A. Simão, *op. cit.*, pp. 43-44. En relación con Brasil, la fuerza de trabajo paulistana en 1907 correspondía al 9 % del total, y en 1940 al 22,32 %.

[12] *Cfr.* P. Petrone, *A cidade de São Paulo no século xx*, p. 118.

[13] J. C. Pereira, *op. cit.*, p. 118.

[14] *Anuário Estatístico do Brasil - 1990*, Río de Janeiro, 1990.

Años	Población		
	Municipio de São Paulo	Estado de São Paulo	Brasil
1930	1.060.120	—	—
1940	1.326.261	7.180.316	41.236.315
1950	2.198.096	9.134.423	51.944.397
1960	3.666.701	12.823.806	70.181.370

Las cifras muestran cómo creció la capital. En 1940, sus habitantes constituían el 18 % del total del estado y el 3,2 % del país. Veinte años después, o sea en 1960, tales porcentajes habían subido al 28 y 5 % respectivamente.

A esas alturas ya era la primera de Brasil en cuanto a población y había superado a la de Río de Janeiro que, en 1950, aún tenía varios millares de habitantes más, pero en 1960 contaba con 3.281.908 frente a los 3.666.701 de São Paulo, una diferencia que se ampliaría rápidamente en las décadas siguientes.

El elemento extranjero, cuyo peso en la población fue significativo durante la Primera República, declinó con rapidez a partir de entonces. En 1920 eran 829.951, que disminuyeron a 761.991 en 1940. Diez años más tarde, o sea en 1950, eran 627.433, representando aproximadamente un 7 % de los 9.134.425 habitantes del estado [15].

Aun así, por lo menos hasta principios de los años 40, era São Paulo la ciudad que concentraba la mayor parte de los extranjeros residentes en el país: 53 % en 1920 y 59,4 % en 1940.

Fueron varias las razones de los cambios poblacionales: el retroceso del cultivo de café, las guerras mundiales, las desilusiones de los inmigrantes, las modificaciones en la política inmigratoria oficial...

En 1928, São Paulo dejó de subsidiar la llegada de extranjeros y, poco después, el gobierno federal comenzó a limitarla.

Durante la Segunda Guerra Mundial se suspendió la concesión de visados de entrada en el país y las naciones europeas en lucha impidieron la salida de sus nacionales.

[15] *Cfr.* P. Petrone, *A cidade de São Paulo no século* XX, *loc. cit.*, p. 109.

En 1945 se restableció el sistema de cuotas y se reinició la inmigración, pero los que entraron de entonces en adelante no llegaron a constituir un grupo muy significativo en la población del estado.

Las razones arriba mencionadas fueron importantes para el declive del número de extranjeros. No obstante, el gran factor de dilución de los mismos en el cuadro demográfico está relacionado con las migraciones internas.

El proceso deriva de la industrialización y de la atracción ejercida por los centros urbanos sobre los menos favorecidos, fenómeno ya visible en los países que se industrializaron más pronto.

En los flujos migratorios producidos en Brasil, las ciudades también han sido el destino final de la mayoría, siempre estimulada por el sueño de mejores condiciones de vida que ellas aparentemente ofrecían. Por ello, la población urbana nacional creció rápidamente: en 1920 representaba sólo un 10 % del total de habitantes, pero en 1940 tal porcentaje había ascendido al 31 % y en 1960 al 45 %. Según el Censo General de ese último año, 32.000.000 de brasileños vivían en ciudades.

A medida que el sureste –donde están São Paulo y Río de Janeiro– prosperaba con el cultivo cafetero primeramente y, en seguida, con la industrialización, se empobrecían las áreas donde no existía tal proceso, acentuándose las desigualdades regionales. Fue el caso del nordeste, con agricultura poco mecanizada, sin industrias y, además, sujeto a sequías periódicas. Sus poblaciones emigraron en grandes corrientes, especialmente hacia São Paulo, que se convertiría en polo de atracción.

Hasta 1920 esa emigración había sido insignificante, pero a partir de entonces crece rápidamente hasta hacerse considerable, sobre todo en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial.

En la década de los 20 el estado recibió 225.183 emigrantes; en las de los 30 y 40, 435.864 y 477.039 respectivamente [16]. En 1950 vivían en territorio paulista cerca de 1.080.488 brasileños provenientes de otros estados.

A medida, pues, que se intensificaba el crecimiento industrial, aumentaba el número de emigrantes, lo que equivale a decir que los desplazamientos internos integraron el proceso de industrialización y pro-

[16] *Cfr.* A. Simão, *op. cit.*, p. 33.

movieron una redistribución espacial de la población y de las actividades económicas.

La capital siguió los cambios demográficos diluyéndose gradualmente el contingente de extranjeros en beneficio de los nacionales. En 1920, su población incluía un 18,1 % de extranjeros, y en 1940 sólo era del 10,6 %, un porcentaje que se restringió mucho más posteriormente [17].

Como era de prever, al comienzo de la industrialización un gran número de los trabajadores de la ciudad era de origen extranjero. Parte del contingente inmigratorio destinado al cultivo cafetero se desvió a ella y en muchos casos, aun aquellos que fueron hacia la zona rural, la encararon sólo como punto de partida para otras actividades económicas, especialmente las referentes al medio urbano.

Las migraciones internas no modificaron de inmediato la composición étnica del proletariado de la ciudad, en el cual, en 1920, los extranjeros –principalmente italianos y españoles– representaban el 52 % del total [18].

No obstante la movilidad demográfica interna, las leyes inmigratorias restrictivas y el hecho de que el gobierno hubiera establecido la llamada «ley de los dos tercios», según la cual todas las empresas urbanas deberían contar con la referida proporción de brasileños natos entre sus trabajadores, los de origen extranjero eran aún numerosos en la década de los 40, sólo disminuyendo a partir de entonces.

Su considerable participación en el contingente obrero imprimiría características particulares a las formas de organización exigidas para la disciplina de las relaciones capital/trabajo.

En los primeros tiempos de la industrialización, las condiciones materiales de los establecimientos fabriles eran deplorables. Pocos disponían de instalaciones construidas para el fin a que se destinaban, funcionaban generalmente en edificios adaptados, mal iluminados, poco ventilados, sin condiciones higiénicas adecuadas.

El trabajador era fuertemente explotado, pues no había legislación que lo protegiese: salarios bajos, jornadas de 10 o más horas durante 6 días por semana, despidos sin aviso previo ni indemnización...

[17] J. F. de Camargo, *op. cit.*, vol. 1, p. 132.
[18] *Cfr.* J. Love, *op. cit.*, p. 122.

El desnivel entre salarios y precios era de tal orden que fuentes de la época dirían:

> Es común en las familias proletarias el hecho de que los padres envíen a los niños al taller al cumplir la edad reglamentaria, para que, con la ayuda aportada por los hijos, se vuelva menos pesada la carga de la vida doméstica [19].

La brutal explotación del capital sobre el trabajo llevó al proletariado a organizarse, a fin de luchar por el reconocimiento de sus derechos, en una conquista lenta, penosa y, en el primer período de la industrialización, muy poco efectiva.

Por varias razones: los obreros eran inexpertos, en gran parte extranjeros que apenas conocían la lengua del país; los empresarios se caracterizaban por la inflexibilidad heredada sin duda de los anteriores hábitos esclavistas, encarando las reivindicaciones de los trabajadores como amenazas al orden público; el gobierno las ignoraba, considerando la industria un sector secundario de la economía nacional, en el cual no correspondía intervenir.

Por otro lado, durante la mayor parte de la Primera República, el proletariado de São Paulo desdeñó el auxilio del estado y de las agrupaciones partidarias. Ello se debe, desde el punto de vista ideológico, a que el anarcosindicalismo fue dominante en el movimiento reivindicatorio.

A diferencia de Río de Janeiro y de otras zonas, el liderazgo obrero paulistano tenía gran número de inmigrantes españoles e italianos, cuya influencia sobre los trabajadores fue significativa. Entusiastas de las ideas anarquistas que animaron los movimientos populares europeos de finales del siglo pasado, pregonaban la abolición del Estado y de la propiedad privada, así como la acción directa entre empleados y patrones, rechazando cualquier mediación del gobierno o de los partidos políticos. Admitieron solamente el sindicato como forma de organización: de ahí el nombre de anarcosindicalistas por el que se los conoció.

[19] *Apud* M. A. Guzzo Deca, *A vida fora das fábricas*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1987, p. 125.

Dadas las condiciones estructurales del país y la incipiente industrialización, muchos historiadores atribuyen un peso negativo a la vanguardia anarquista, cuya insistencia en desconocer «la instancia política como un nivel específico de la estructura social» habría sido responsable de las débiles conquistas obtenidas en el campo de los derechos sociales y profesionales del proletariado.

En el plano sindical, «las concepciones espontaneístas tuvieron efecto particularmente desorganizador en las condiciones de un país que ofrecía enormes dificultades a cualquier tipo de organización» [20].

La influencia anarquista cesó a partir de 1922, cuando surgió el Partido Comunista Brasileño, que fue asumiendo la orientación del movimiento obrero. Aunque frecuentemente forzado a la clandestinidad, debido a la evolución de los hechos políticos nacionales, ese partido y posteriormente sus varias disidencias, así como otras agrupaciones de izquierda, han disputado hasta el presente la conducción de las reivindicaciones obreras.

Después de 1930 cambian las relaciones entre capital y trabajo. El gobierno de Getúlio Vargas manifiesta el propósito de crear y aplicar una legislación laboralista, marcando el comienzo de la mediación del Estado entre patrones y trabajadores.

En el lapso de un año surgieron más leyes laboralistas para el medio urbano que en todo el período de la Primera República.

Además de la creación del «Ministerio de Trabajo, Industria y Comercio», se fijó el turno de trabajo en ocho horas diarias, se estableció la ley de vacaciones, el descanso semanal, el permiso remunerado en caso de accidentes en el trabajo. En definitiva, se reconoció todo el conjunto de derechos que hoy parecen inherentes a la condición del trabajador pero que hasta entonces se ignoraban por completo.

Se redefinieron, pues, las funciones del sindicato y sus relaciones con los empresarios y el Estado, que comenzó a controlar las organizaciones sindicales, con vistas a integrarlas en la administración pública como órganos de colaboración.

En realidad, la política laboralista de Getúlio Vargas se propuso la eliminación de conflictos y la cooperación entre las clases, único modo de garantizar la plena realización del capital.

[20] B. Fausto, *Trabalho urbano e conflito social*, Difel, São Paulo, 1976, pp. 246-247.

El proletariado fue atendido de acuerdo con una concepción de equilibrio social elaborado, a fin de asegurar a la burguesía industrial condiciones de acumulación que no fuesen perturbadas por huelgas y otros conflictos derivados del proceso productivo.

En los últimos años, sin embargo, la clase trabajadora, sobre todo el proletariado de las grandes industrias paulistas, adquirió mayor fuerza política y poder de negociación. No es de extrañar, por tanto, que São Paulo haya sido la cuna del Partido de los Trabajadores (PT).

Surgido en 1980, ese partido político, como su nombre indica, aglutinó a trabajadores, muchos de ellos sindicalistas disconformes con la estructura sindical oficial, pero reclutó también a intelectuales, algunos sectores de la Iglesia Católica y políticos de la oposición.

Uno de sus fundadores, el líder sindical Luís Inácio *Lula* da Silva, fue candidato a la presidencia de la República en 1989, hecho inusitado en Brasil, cuyas élites jamás disputaron el poder con un trabajador.

Urbanización y metropolización

Con la continuidad del crecimiento demográfico de la capital, su área urbana también registró una considerable expansión.

Según señalan las fuentes, hacia el norte del municipio fueron ocupadas diversas zonas de la sierra de la Cantareira, una región que actualmente dispone de numerosos espacios en espera de edificaciones. Se favoreció la ocupación de esa zona tanto por la rectificación parcial del Tietê como por el funcionamiento de una línea de *tramway*, el conocido «trenecito de la Cantareira», pero se limitaría a la distancia de unos 10 kilómetros como máximo del centro, razón por la cual el área siguió formando un bloque aparte dentro del organismo urbano.

Hacia el oeste, el barrio de la Lapa, tan distante en los años 20, fue definitivamente alcanzado y superado.

Hacia el sureste, la ciudad se vio ligada al Ipiranga y a nuevos barrios, cada vez más próximos a los municipios de São Caetano y Santo André. El avance fue mayor en esa dirección que en otras, no tanto por la extensión del área ocupada como por la celeridad de la ocupación, resultante de la actividad industrial que se fue concentrando allí.

También la zona este, donde queda el barrio del Brás, se amplió rápidamente, llevando los límites de la ciudad a más de 10 kilómetros de distancia del centro; se alcanzó el viejo suburbio de la Penha y, al borde de las vías de la Estrada de Ferro Central de Brasil, se multiplicaron los barrios proletarios de aspecto modesto.

Hacia el sur la ciudad creció más en extensión: llegó al núcleo de Santo Amaro, hasta entonces independiente, y lo dominó de tal forma que le quitó su autonomía administrativa:

> La línea de tranvías, las carreteras de tránsito rodado, la construcción de las represas de la Light: todo ello concurrió para que numerosos barrios residenciales de clase media y algunas industrias fuesen a instalarse allí, extendiendo la influencia de la ciudad hasta un radio de más de 15 kilómetros [21].

Los barrios-jardín continuaron expandiéndose rumbo al suroeste, en una prolongación que se debió tan sólo a la prosperidad económica local y no a la apertura de vías de comunicación o a la instalación de industrias.

En síntesis, en la década de los 50 São Paulo estaba constituida por tres grandes bloques:

> 1) El núcleo principal, compacto y enorme, situado entre el Tietê y el Pinheiros, que se extiende en el sentido Este-Oeste, desde los extremos de Lapa hasta las villas satélites de la Penha y, en dirección al sureste, confundiéndose ya con São Caetano do Sul; 2) El área de más allá del Tietê, al norte de este río, con unos pocos núcleos antiguos (Freguesía do O, Santana), aunque se caracterice por un desarrollo reciente, realizado en forma fragmentaria, y que también se extiende en el sentido este-oeste, desde Vila Maria hasta Pirituba, y 3) El área de Pinheiros, al margen de este río, llena de contrastes, comprendiendo desde el Butanta hasta Santo Amaro [22].

Los suburbios de los años 20 se transformaron en barrios en las décadas siguientes y otros más distantes los sustituyeron: Itaquera, São

[21] P. Petrone, *A cidade de São Paulo no século* XX, p. 110.
[22] *Ibídem,* p. 113.

Miguel, Poá en la zona este, dominada por la Central do Brasil; São Caetano, Santo André y Mauá en el sureste, junto a la línea férrea Santos-Jundiaí; Osasco, Barueri, hacia el oeste, a lo largo de la vía férrea Sorocabana; Pirituba, Perus, Caieiras en la dirección noroeste; Tremembé, Vila Galvão y Guarulhos al norte, en la región de la Cantareira.

Se puede observar, pues, que la expansión del área urbana de São Paulo fue presidida al principio por las vías férreas, que tuvieron un importante papel en el proceso de metropolización.

Además de las líneas férreas, otros factores que ya se han mencionado de manera exhaustiva contribuyeron a este proceso que, en realidad, comienza a esbozarse en el período anterior[23], pero se acelera a partir de 1930. Fue el caso de la inmigración, por ejemplo, que al aumentar brusca y considerablemente la población, la obligó a ocupar las zonas bajas a lo largo de las vías férreas y a mantener la tendencia a esa forma espacial de ocupación.

Por otro lado, al crear nuevas funciones para la ciudad, convirtiéndola en un centro de comercialización, de exportación, de transportes y de actividades financieras, el café cristalizó su posición como capital, permitiéndole ampliar su esfera de influencia sobre la región que la circundaba y de la que comienza a depender cada vez más.

La industrialización aceleró el proceso. En números absolutos, la expansión metropolitana a partir de 1940 superó todo el desarrollo anterior.

A las facilidades ofrecidas por el transporte ferroviario tanto para mercancías como para pasajeros, se sumaron las de las carreteras de tránsito rodado, cuyo nacimiento y multiplicación favoreció la instalación de fábricas en lugares distantes, concretando y consolidando el poblamiento de los mismos.

Las carreteras Dutra[24] y Anchieta serán particularmente importantes en ese sentido. La primera hizo más rápida la comunicación por tránsito rodado entre São Paulo y Río de Janeiro; la segunda, inaugurada en 1947, fue una nueva alternativa para el trayecto São Paulo-Santos, sustituyendo también con ventaja a la Estrada Velha do Mar.

[23] Según J. Richard Langenbuch (*A estruturação da Grande São Paulo*, Río de Janeiro, IBGE, 1971), la metropolización de São Paulo se inicia alrededor de 1915.

[24] La autopista Presidente Dutra sustituyó a la antigua carretera de tránsito rodado que unía a São Paulo con Río de Janeiro.

Abiertas al tráfico, beneficiaron a los municipios a los que alcanzaban, como por ejemplo Guarulhos, São Bernardo do Campo, São Caetano, etcétera, al permitir que allí se instalasen fábricas de gran porte, como fue el caso de la industria automovilística, atraída hacia São Bernardo.

En consecuencia, cerca de esas carreteras surgirían pronto nuevos núcleos residenciales y los que ya existían alcanzarían un mayor desarrollo.

Varios de esos conglomerados estuvieron o están sujetos al proceso que los geógrafos llaman conurbación, por el cual, sobre todo los menos recientes y más industrializados, prolongaron sus áreas urbanizadas hacia la capital, y ésta avanzó por el rumbo de los mismos, en un encuentro ya realizado en algunos como São Caetano, Santo André, Guarulhos, y en otros aún en proceso.

Todos esos núcleos pertenecen al área metropolitana de la capital, convencionalmente llamada Gran São Paulo [25] que, de acuerdo con los censos respectivos, en 1950 estaba compuesta de 15 municipios y en 1960 de 23, número que ha ido creciendo cada vez más desde entonces [26].

Por tanto, la región metropolitana de São Paulo constituye una realidad geográfica, englobando a los municipios vecinos intensamente urbanizados. La metrópoli amplió de tal modo sus relaciones con ellos y hasta tal punto ensanchó su esfera de influencia, que pueden ahora considerarse parte integrante de la misma, lo que ha llevado a crear la microrregión del Gran São Paulo, para el cual se ha organizado una entidad ejecutiva denominada «Grupo Ejecutivo del Gran São Paulo» (GEGRAN).

El café, la inmigración, la red de transportes y la industria fueron los factores de la expansión urbana y de la metropolización, pero los

[25] La nomenclatura llegó también a otras capitales brasileñas intensamente urbanizadas, y hoy se habla de Grande Río, Grande Recife, Grande Porto Alegre...

[26] Gran São Paulo consta hoy de 37 municipios y se caracteriza por la velocidad de «metropolización». Una gigantesca mancha urbana se extiende a lo largo de 170 kms., sobre todo en dirección sudeste-noroeste, y alcanza ciudades que siempre se vieron como pertenecientes al interior del estado. Actualmente hay puntos en los que los límites urbanos desaparecen, y los geógrafos empiezan a hablar de una «macrometrópoli», calculando que ya se pueden contar 51 municipios comprendidos por la misma, con 22 millones de habitantes.

loteos serían su gran instrumento y la especulación inmobiliaria la razón de su crecimiento desordenado.

En el capítulo anterior se ha señalado que las antiguas *chacras* paulistanas del siglo XIX fueron loteadas y se transformaron en barrios próximos al área central de la ciudad.

Desde entonces, los loteos se multiplicaron, pero tomaron un rumbo cada vez más especulativo, sobre todo a partir del período que estamos estudiando. Algunos de ellos llegaron a orientar el crecimiento espacial, pero la mayoría retardó la expansión normal de la ciudad, multiplicando los solares en espera de revalorización.

El urbanista Jorge Wilheim describe didácticamente el proceso:

> el propietario de un terreno lotea y vende *parte* de sus tierras, creando allí un núcleo habitacional; éste comienza a exigir de los poderes municipales el suministro de servicios públicos (por lo menos red viaria, luz y agua); una vez atendida esta demanda, aquel propietario comienza a vender las áreas restantes, ya beneficiadas por los servicios públicos, obteniendo entonces grandes lucros [27].

Así se estableció lo que los especialistas llaman modelo periférico de crecimiento. Mientras que zonas muy distantes del municipio se iban poblando, un elevado número de trechos urbanos más próximos al centro y mejor equipados permanecían vacíos.

A comienzos de los años 50, el área loteada, demarcada y vacía, era equivalente a la efectivamente ocupada.

La especulación inmobiliaria también actuó intensamente en el proceso de verticalización de la ciudad que, como se ha visto, aunque iniciado alrededor de 1910, sólo tomó impulso en el período ahora tratado.

Antes de 1930, los edificios muy altos constituían excepciones. En 1929 fue construido el edificio Martinelli –remodelado recientemente–, que con sus 26 plantas sería el orgullo del paulistano durante mucho tiempo, figurando en casi todas las tarjetas postales de la época y revelando así lo inusitado que era un edificio de tal envergadura.

[27] J. Wilheim, *op. cit.* p. 13.

Desde entonces se multiplicaron las construcciones verticales, constituyendo un fenómeno típico del área central hasta finales de la Segunda Guerra Mundial.

Solamente en la década de los 50 la verticalización alcanzó a los barrios próximos al centro, principalmente aquellos al suroeste del municipio, donde se estaban concentrando las principales inversiones públicas en el sistema viario. Datan también de esa época los primeros edificios destinados a fines residenciales.

Los datos disponibles sobre los diversos aspectos de la vida urbana de São Paulo muestran cuánto se modificó la ciudad en el período 1930-1960.

El ritmo de edificaciones se aceleró de forma creciente. Según los periódicos de la época, el aumento medio anual de edificios en los años 50 fue de 18.000. Mientras en Nueva York se levantaba una construcción por año para cada grupo de 423 habitantes, y en Buenos Aires una para 134, la media registrada en São Paulo fue de una para 102.

En 1932, la ciudad tenía 106.327 edificios, y 410.000 en 1950. Desde ese último año hasta 1954 se construyeron 90.000 edificios, mientras que en el mismo período se levantaron 50.000 en todas las demás capitales brasileñas [28].

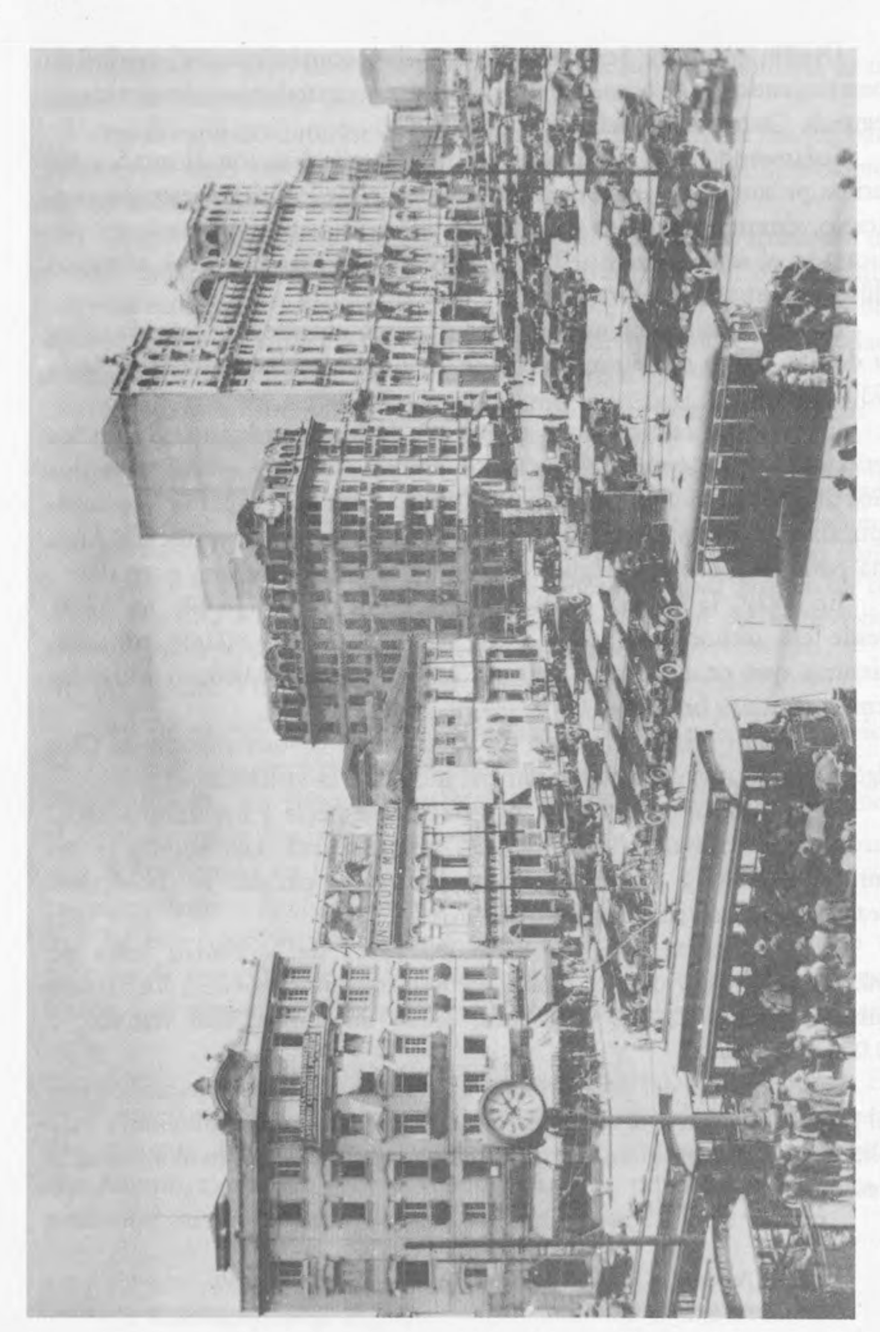
São Paulo era la «Chicago de Suramérica» o «una especie de Chicago tropical», según los norteamericanos que la visitaban.

Se multiplicaron los vehículos de toda especie y los destinados al transporte colectivo vieron ampliada su capacidad. Los autobuses urbanos de 10 o 12 viajeros que comenzaron a circular en 1924 eran piezas de museo treinta años más tarde.

En 1950 circulaban por las 8.000 calles de la ciudad cerca de 150.000 vehículos, de los cuales 75.000 eran automóviles; los demás correspondían a 22.000 camiones, 3.000 autobuses, 800 tranvías y 40.000 bicicletas [29].

La expansión del área urbana, la verticalización, la intensificación del tráfico, fuerzan a la administración pública a buscar soluciones más sólidas para los problemas que la ciudad en crecimiento comienza a presentar.

[28] *Cfr.* P. Petrone, *A cidade de São Paulo no século* XX, pp. 118-119.
[29] *Vid. Recenseamento Geral de 1950.*



Plaza da Sé, 1928. Fuente: Acervo Waldemar Sampaio/Eletropaulo

Algunas de estas soluciones se concretan gracias al ingeniero Francisco Prestes Maia, que asume la alcaldía en el período 1938-1945, revelando gran eficacia y preocupación por el planeamiento urbano.

Se ejecutaron entonces obras importantes, entre ellas la rectificación del Tietê, por ejemplo, que redujo en 26 kilómetros el trayecto entre el actual municipio de Osasco y el barrio de la Penha.

Trabajos complementarios consistentes en dragar, drenar y terraplenar vegas también permitieron la ocupación de nuevas áreas.

Para despejar el centro y desahogar el tráfico, el alcalde dio continuidad al «Plan de Avenidas» que había elaborado en 1929 con el propósito de dotar a São Paulo de un sistema viario más adecuado. Abrió anchas avenidas perimetrales de irradiación, facilitando las comunicaciones entre el sur y el norte del municipio. Dio inicio también a la apertura del túnel Nove de Julho, que lleva la radial del mismo nombre a la región de Pinheiros, pasando por los barrios-jardín más antiguos.

Viaductos y puentes seguían siendo indispensables al paisaje urbano en función de la topografía local. Por ello en 1936 se inauguró el nuevo Viaducto do Chá, que trasponía el valle del Anhangabaú con un arco central de 66 metros y dos vanos laterales de 17,5 metros cada uno. Midiendo en total 101 metros de largo por 25 de ancho, 15 de éstos se destinaban al paso de vehículos.

En las mismas fechas surgieron los viaductos Jacareí y Dona Paulina, ambos familiares a la multitud de paulistanos que hoy transitan diariamente por el centro.

Prestes Maia prosiguió con la edificación de esos elementos urbanos y también construyó numerosos viaductos, además del puente de las Bandeiras, uno de los lugares de referencia en el São Paulo de hoy.

La ciudad cambiaba de fisonomía y cambiaría más aún en la década de los 50 con la continuidad del crecimiento poblacional, la apertura de numerosas calles, la intensidad del tráfico, el impresionante ritmo de edificaciones.

Ese proceso repercutiría sobre la mentalidad del paulistano que, influido por una idea equivocada de progreso, proyectaba y apoyaba los cambios materiales de la ciudad, permitiendo la desaparición de referentes urbanos tradicionales.



Parque do Anhangabaú y Viaducto do Chá, 1927. Fuente: Acervo Eletropaulo

Por ello, indignado con las demoliciones indiscriminadas [30], el escritor Antônio de Alcântara Machado diría en una de sus crónicas: «Aquí las casas viven menos que los hombres» [31].

Para él y muchos otros São Paulo había adquirido la fisonomía de una ciudad provisional donde, en nombre del progreso, se destruían las más caras tradiciones y nada era definitivo.

La ciudad en la Federación

Los acontecimientos históricos relevantes del período en cuestión repercutieron con intensidad en São Paulo, debido a su posición como capital del estado económicamente más importante del país.

Fue el caso del ascenso de Getúlio Vargas al poder en 1930, que contó con el apoyo de las capas medias urbanas paulistas, reunidas en el Partido Democrático cuya creación, en 1926, tuvo el propósito de combatir a las oligarquías agrarias.

Fue también el caso de la Revolución de 1932, un movimiento de contestación al mismo Getúlio Vargas.

Como se ha visto en el capítulo anterior, el sistema de dominación engendrado por el cultivo cafetero paulista durante la Primera República se había agotado. Sus defensas ideológicas perdieron consistencia, se hicieron odiosas las instituciones por él creadas, generando la situación que llevaría a la revolución de 1930.

Jefe del movimiento victorioso, Getúlio Vargas asumió el poder provisionalmente, hasta que una Asamblea Constituyente reorganizase el país desde el punto de vista jurídico y convocase a elecciones.

El nuevo gobernante no perdió el tiempo: inmediatamente desalojó a las oligarquías agrarias hasta entonces dominantes y desterró a sus principales representantes, algunos de los cuales vieron anulados sus derechos políticos durante diez años.

[30] El viejo convento de los franciscanos que albergaba la facultad de Derecho no resistió a las demoliciones, desapareciendo en 1934.

[31] A. de Alcântara Machado, *Cavaquinho & Saxofone*, Río de Janeiro, 1940.

A semejanza de otros estados, São Paulo sería ocupado por un delegado militar —el teniente João Alberto— sin ninguna vinculación local.

De ese modo, Getúlio Vargas embestía contra las fuerzas políticas paulistas que le habían prestado su apoyo, lo que provocó un gran resentimiento, al cual se sumó la sospecha de que pretendía permanecer en el poder, dada la demora en convocar la Asamblea Constituyente.

Tal sospecha atemorizó a los integrantes del Partido Democrático que, al comprometerse en la Revolución del 30, tenían a la vista la inmediata implantación de un estado de derecho, fundamentado en los ideales del liberalismo clásico.

Además crecía el descontento ante las actitudes arbitrarias del teniente João Alberto y las élites comenzaron a alarmarse también con las tendencias —para ellas radicales— del jefe de policía Miguel Costa que, al organizar milicias populares, encaraba la cuestión social de un modo que hacía correr riesgos a la estrategia paternalista vigente.

De esa forma, el 13 de enero de 1932 el Partido Democrático empuña la bandera de la reconstitucionalización del país, rompe abiertamente con el gobierno provisional y camina hacia la confrontación directa, organizando, no obstante, una coalición de fuerzas sumamente heterogéneas. De ella formaban parte cultivadores de café insatisfechos con las medidas gubernamentales de amparo del café; oficiales liderados por el general Bertoldo Klinger, los cuales, en la purga producida después de la Revolución, habían sido sustituidos por los tenientes; por fin, los oligarcas paulistas deseosos de reconquistar el poder político perdido.

A esas alturas, Vargas también tenía en su contra a varios disidentes de Minas Gerais y de su propio estado, Rio Grande do Sul, que comienzan a entenderse con la oposición paulista.

Así, el 9 de julio de 1932 irrumpe el movimiento armado que pasaría a la historia bajo el nombre de «revolución constitucionalista».

Apelando al fuerte orgullo regional herido por la «invasión» y el mando de «forasteros», la revuelta moviliza al estado y la capital, con una intensidad raramente vista anteriormente. Cincuenta mil hombres se lanzan a la lucha; se inicia una campaña bajo el lema: «Dé oro para el bien de São Paulo», al cual acuden miles de paulistas con sus joyas y anillos; jóvenes y adultos se presentan en masa como voluntarios.

El movimiento estableció una íntima relación con la vida de los habitantes de la ciudad:

> En todos los balcones, en todas las calles vemos flamear grímpolas y gallardetes con los colores de las banderas de todos los Estados... La población sale a las calles bajo el influjo de un patriotismo insuperable y con hurras, con vivas delirantes, acude a los cuarteles, exclamando bajo la vibración de cantos patrióticos: ¡Queremos armas para defender a São Paulo, para salvar a Brasil! [32]

Centenares de ingenieros y técnicos se ocuparon de los problemas planteados por las operaciones de guerra y el abastecimiento militar, que incluían desde complicados cálculos de balística hasta la apertura de caminos e instalación de líneas telefónicas...

Aislados de recibir auxilio exterior, los paulistas recurren a su propio parque industrial para obtener material de guerra: los establecimientos de la capital, apresuradamente convertidos a la producción de armamentos, fabricaban miles de cartuchos, lanzallamas, máscaras antigás, cascos, bombas, granadas, morteros...

Pero la revolución fracasa. São Paulo es bombardeada por las fuerzas federales, alarmando a los hombres de negocios ante el riesgo de destrucción del núcleo más rico y productivo del país. Después de poco más de dos meses de lucha, los rebeldes se rinden al gobierno provisional, muy superior en fuerzas, pues contaba con el apoyo militar casi total.

Hubo, además, otras razones para la derrota. Los disidentes de Minas Gerais y Rio Grande do Sul serían cogidos por sorpresa y luego contenidos.

Los líderes paulistas también cometieron un error fatal al permitir que las exigencias de reforma constitucional se mezclasen y hasta se identificasen con aspiraciones separatistas, siempre presentes en la historia *bandeirante*.

El deseo de separación ya previsto en la época de la proclamación de la República y provocado en algunos por el contraste entre el pro-

[32] *Apud.* R. Morse, *op. cit.*, p. 326.

greso del estado y el del resto del país se recrudeció durante la Revolución del 32.

Se difundió la imagen de São Paulo como la locomotora que tiraba de 20 vagones vacíos, o sea, los 20 estados brasileños de entonces. Se argumentaba que esa «locomotora» podía andar sola, no dependía del gobierno federal cuya actuación, en vez de evitarlas, sólo provocaba dificultades...

Pero el hecho es que el deseo de una «patria paulista» alejó el eventual apoyo de otros estados, lo que contribuyó a la derrota sufrida por São Paulo.

Debido a la adhesión de los políticos tradicionales, el movimiento del 32 fue durante mucho tiempo caracterizado como la contrarrevolución de las oligarquías agrarias dominantes en la Primera República [33].

Sin embargo, tal caracterización no parece válida, pues fue el Partido Democrático, apoyado por la clase media, el que organizó la conspiración, sólo entonces respaldada por los oligarcas.

Pero tampoco se la puede calificar de una revolución social. Aunque se haya notado gran entusiasmo en la capital y en el interior del estado, los trabajadores no se identificaron con ella; produjeron la munición exigida por los patrones, pero permanecieron indiferentes a la llamada de las armas.

Sea como fuere, el movimiento vencido produjo, no obstante, el efecto deseado: la reconstitucionalización del país.

Presionado, Getúlio Vargas convocó elecciones, de las cuales salió fortalecido, ya que fue elegido legalmente presidente, aunque tuviese que someterse a la Constitución promulgada en 1934.

Por poco tiempo, sin embargo. El 10 de noviembre de 1937 concretó el deseo hacía mucho tiempo evidente de permanecer en el poder con independencia de las barreras legales, cerrando el Congreso e implantando el Estado Nuevo, un régimen dictatorial que se mantendría hasta 1945.

Con ese régimen, pudo Vargas aplicar las ideas autoritarias que ya permitían entrever sus discursos en momentos anteriores a la Revolución del 30. Algunos de ellos demuestran claramente la influencia del fascismo, entonces en alza en Europa.

[33] *Vid.* E. Carone, *Revoluçoes do Brasil Contemporâneo*, São Paulo, Buriti, 1965.

No obstante, el Estado Nuevo no fue copia de los estados totalitarios europeos sino una creación personal.

Los análisis de los estudiosos muestran que, si bien Vargas se sirvió de instrumentos del fascismo, no organizó como éste ningún movimiento político para sustentarlo. El Presidente no tenía un Partido; todos los grupos significativos de derecha o izquierda fueron suprimidos y el gobierno, sin oposición, se apoyó en las Fuerzas Armadas y en el aparato policial.

Tales características están más de acuerdo con la personalidad de Vargas. Aunque sea difícil definirlo, no fue sin duda una figura vulgar. Poco afecto a la rigidez doctrinaria, su actuación se rigió siempre por un pragmatismo realista, lo que en parte explica la calificación de «creación personal» que los analistas atribuyen al Estado Nuevo.

Pero éste no sobreviviría a la Segunda Guerra Mundial. El presidente se vio forzado a aliarse con los que se oponían a Hitler y una fuerza expedicionaria brasileña luchó en los campos europeos contra nazis y fascistas, en nombre de la libertad que no conocían en su país.

Así, las contradicciones se hacen evidentes y Getúlio Vargas es depuesto el 29 de octubre de 1945, iniciándose entonces el período que se ha dado en llamar de «redemocratización», cuya duración no llegó a superar los veinte años.

Durante ese lapso, bajo el amparo de la nueva Constitución promulgada en 1946, varios presidentes fueron elegidos legalmente, entre ellos el propio Getúlio Vargas (1951-1954) y Juscelino K. de Oliveira.

El período democrático sería corto, pues en 1964 un golpe de estado lleva a los militares al poder por largo tiempo, lo que provoca grandes modificaciones de naturaleza económica y política en el escenario nacional.

En el período 1930-1960, municipios y estados vieron muy reducida su autonomía.

El centralismo monárquico terminó durante la Primera República pero, en lo que se refiere al ámbito local, a pesar de algunos aspectos positivos como la elección de alcaldes mencionada, el municipio recuperó muy poca independencia.

La Constitución republicana de 1891 preveía que los estados asegurasen autonomía a los ayuntamientos en todo lo que se refiriese a sus intereses particulares, pero dejaba al legislador del estado la especificación de lo que serían esos intereses. De esa manera, «las facciones

políticas en el poder redujeron la municipalidad a una mera entidad administrativa y la privaron de la protección estatutaria contra la intromisión del Estado» [34].

Getúlio Vargas buscó hacer lo mismo en relación con los estados. Desde que asumió la jefatura de la nación, y especialmente a partir del Estado Nuevo, imprimió un creciente predominio a la administración federal, anulando la concepción vigente en la Primera República, según la cual los estados eran la realidad concreta y la unión una abstracción.

Atribuyó al gobierno federal responsabilidades sobre las cuales ninguna administración anterior había reclamado poderes. Eliminó las tradicionales fuentes de recaudación tributaria como el «impuesto de exportación» recogido por los estados, que de entonces en adelante tampoco podrían ya negociar directamente préstamos internacionales ni tener competencia local en áreas como educación o trabajo, por ejemplo.

Desaparecería así la autonomía disfrutada anteriormente. Las influencias regionales se hacían efectivas sólo a través de los canales federales, lo que naturalmente disminuía el poder de los estados e, indirectamente, el de los municipios.

Esa política centralizadora no cambiaría mucho con la caída de Getúlio Vargas y el posterior período de libertades democráticas, acentuándose aún más cuando en 1964 los militares asumen el poder.

En realidad, Brasil nunca fue una federación a la manera de la que existe en Estados Unidos o en otros países. Como consecuencia de la profunda desigualdad existente entre los estados, el sistema federativo dejó de practicarse en su plenitud, toda vez que los más pobres no disponían de la necesaria independencia económica.

Con respecto a los municipios, por un lado no tenían con qué modificar la situación y recuperar su autonomía, pero, por otro, se acomodaron, cristalizando la práctica de esperar todo de los gobiernos del estado y federal, lo que, en última instancia, contribuyó a la falta de planeamiento a largo plazo observado en las ciudades brasileñas en general.

La capital de São Paulo no fue diferente en ese aspecto. A pesar de su pujanza económica, no pudo dejar de depender «del tesoro del estado», con lo que perdió sus ya reducidos espacios de poder.

[34] R. Morse, *op. cit.*, p. 316.

SOCIEDAD Y CULTURA

Sumamente sencilla en los primeros siglos, la sociedad paulistana se fue diversificando a medida que la economía se hacía más vigorosa y las características del sistema capitalista se hacían más visibles.

La urbanización que propiciara el café, tanto como la industrialización, posibilitaron la ampliación de sectores sociales ya existentes como las capas medias de la población, además del surgimiento de otros, o sea el proletariado y la burguesía industrial.

En la estructura social así descrita se incluía naturalmente la clase agraria, a la cual correspondía el poder de hecho, pues la década de los años 30 señaló la quiebra del predominio del sistema agrícola, pero no el paso automático del dominio político y social a la burguesía industrial. No podía ser de otro modo. Páginas atrás ya se ha visto que, en São Paulo, el capital industrial provino de los excedentes del café, creándose una identidad y hasta subordinación de intereses entre agricultores e industriales que evitó los choques entre ambos.

Además, provenían en general de las mismas familias. Solamente después de la Segunda Guerra Mundial la burguesía industrial iba a renovarse socialmente, desapareciendo entonces aquellos empresarios ligados al sistema agrícola.

En cuanto a las capas medias, la referencia es válida para el medio urbano, pues aun en el Brasil rural de hoy tal sector es de pequeño significado. El mundo agrario de entonces giraba en torno de los grandes hacendados, dueños de extensas tierras, imposibilitando la existencia de un extenso grupo de pequeños propietarios rurales.

En la ciudad la denominación englobaba a aquellos elementos de la población urbana que, no siendo poseedores del capital, realizaban un trabajo predominantemente no manual, ya trabajando por cuenta propia, ya vendiendo su capacidad de trabajo a terceros.

La expresión pluralizada —capas medias urbanas— se debe al hecho de que tales grupos, no obstante la posición similar en la estructura ocupacional, eran bastante heterogéneos desde los puntos de vista social, cultural e ideológico [35].

[35] *Vid.* D. Saes, *Classe média e política na Primeira República Brasileira (1889/1930)*, Petrópolis, Vozes, 1975.

No llegaban a constituir una clase social en la acepción plena del término, pero ya en el período anterior a 1930 su crecimiento se revelaba en la mayor organización y peso político que comenzaban a tener. El ya referido Partido Democrático, por ejemplo, contenía gran número de integrantes de ese sector social, y en la Revolución de 1932 su apoyo fue considerado imprescindible.

Es verdad que, sin autonomía ideológica, para sobrevivir en la arena política dependieron tradicionalmente de las élites —al principio, agrarias—, y con el paso del tiempo oscilaron entre ellas y el proletariado. Lo que caracterizó su acción siempre fue la realidad de la praxis, «la lucha práctica por las reivindicaciones mediatas e inmediatas, subordinadas a una conciencia y forma política»[36].

En cuanto al proletariado, tuvo y aún tiene muchas dificultades para organizarse y afirmarse como fuerza eficaz en las relaciones capital/trabajo. Constituido al principio por inmigrantes que apenas hablaban la lengua nativa y de trabajadores nacionales que integraban una sociedad recién desprendida del régimen esclavista, poco o nada consiguieron de los empresarios durante la Primera República, en la cual estaba en vigor la defensa del liberalismo clásico según los intereses de la clase dominante.

Cuando, después de 1930, el gobierno intervino en las relaciones entre obreros y patrones, fue para someter el sindicato al estado restándole autonomía.

No obstante, a pesar de la lentitud del proceso, el proletariado paulista se fue organizando. Ideológicamente ligado al principio al anarquismo, como ya se ha dicho, se repartió después entre el socialismo y el comunismo. Para su vanguardia, sea cual fuere la doctrina adoptada —siempre de izquierda—, las palabras «imperialismo, burguesía, clases dirigentes, reacción policial» tienen un sentido común que implica la idea de lucha y estaban siempre presentes en las huelgas y en otros movimientos.

Hoy, no obstante las dificultades, el proletariado de São Paulo, sobre todo el de la gran industria, se ha convertido en fuerza reivindicativa y política a ser tenida en cuenta por los empresarios y por los cuadros políticos.

[36] E. Carone, *A República Nova (1930/1937)*, São Paulo, Difel, 1982, p. 98.

La sociedad así estructurada siguió llena de prejuicios. El indio fue olvidado y el negro o sus descendientes mestizos se convirtieron en las grandes víctimas de ese prejuicio, aunque también el inmigrante se incluyese durante mucho tiempo entre ellas.

Uno de los estudios más importantes sobre el tema fue realizado por el sociólogo Florestan Fernandes, que tomó al negro como eje e identificó de modo irrefutable el prejuicio de color en el medio social paulistano.

El autor destruye así el mito de la democracia racial en Brasil, apuntando las formas de actuación prejuiciosa y las trabas impuestas a la incorporación del negro en la sociedad urbano-industrial [37].

Camuflados bajo ropajes diversos, tales como el de la «cordialidad exterior» o el de la «máscara de civilidad», prejuicio y discriminación siguen detectándose en la ciudad de São Paulo, según recientes investigaciones acerca del tema [38].

También los inmigrantes, sobre todo los italianos, por ser más numerosos, fueron discriminados, especialmente por la aristocracia local, cuyos miembros se enorgullecían de una ascendencia que, según ellos, se remontaba a los tiempos coloniales. De ahí la expresión «paulista de cuatrocientos años», ostentada como un blasón de nobleza.

Como recuerda el historiador Joseph Love, esa ascendencia antigua puede ser un mito, pues pocas familias paulistas tendrían raíces más allá de principios del siglo XIX. Pero, como se sabe, el mito tiene una función importante, que, en el caso citado, sería la de aumentar la distancia social, manteniendo intacto un núcleo diminuto y restringido tan sólo a sus privilegiados integrantes.

Sea como fuere, a esa élite que siempre prefirió convivir dentro del círculo cerrado de sus relaciones le costó asimilar la gradual ascensión del inmigrante en la escala social. Guardando celosamente la patente de la nacionalidad, le vedaba el acceso a los cargos públicos, le negaba la entrada en su medio a través del matrimonio, le obligaba a depender de su liderazgo político, le maltrataba con expresiones peyorativas.

[37] F. Fernandes, *A integração do negro à sociedade de classes*, São Paulo, 1964.

[38] M. de L. Mónaco Janotti; S. R. Reis de Queiroz *et alii*, *Mémoria da escravidao em famílias negras de São Paulo*, São Paulo, 1988 (mimeografiado).

Aunque falten estudios sobre el tema, se sabe que, por lo menos hasta la década de los 40, no obstante las excepciones que siempre existen, tales actitudes fueron comunes, también compartidas por la clase media. Desaparecieron en tiempos más recientes, debido a la disminución del número de inmigrantes, a la fusión de los mismos en la masa de la población, a la integración, en fin, de sus descendientes.

Las élites no consiguieron, no obstante, atenuar como desearían la influencia del inmigrante, especialmente la del italiano, que dejó hondas huellas en la ciudad y en sus habitantes.

Uno de los aspectos más duraderos de esa influencia es visible en el lenguaje del paulistano. Se interiorizaron los sonidos de los dialectos peninsulares y se creó un habla ítalo-brasileña que, por lo menos durante la primera mitad del siglo XX, contrastaba vivamente con la de otras capitales donde la influencia portuguesa no estuvo sujeta a mezclas tan pronunciadas como en São Paulo.

El «habla del Brás» —como se decía entonces en referencia al barrio que concentraba a gran número de italianos— introdujo una nota pintoresca en el medio urbano e inspiró a la literatura [39]. Sin embargo, perjudicó a la corrección gramatical, pues aún hoy es frecuente en el habla popular la inobservancia del plural y el empleo de formas verbales incorrectas, derivadas de «italianismos». La expresión «namorar com alguém» (aproximadamente «ligar con alguien») en lugar de «namorar alguém» («ligar a alguien», *N. del T.*), por ejemplo, es un caso muy común; su difusión más allá de los límites de la ciudad y del estado revela la influencia paulista en Brasil y, a través de ella, la del italiano.

En relación con el aspecto cultural, el período 1930-1969 fue rico en realizaciones de diferentes niveles.

La pujanza material de São Paulo, los modelos de eficiencia adquiridos en función de las empresas económicas cuyo calibre aumentaba continuamente, permitieron mayor dedicación a las actividades intelectuales y artísticas, ampliamente divulgadas y debatidas en los años 50 a través de 203 revistas y 91 periódicos que circulaban en varias lenguas, a los cuales se sumaban 45 editoriales y 106 librerías [40].

[39] El escritor Antônio de Alcântara Machado, por ejemplo, se inspiró en el inmigrante italiano para escribir *Brás, Bexiga e Barra Funda* (São Paulo, Secretaria de Estado da Cultura, 1982), retratando su vida cotidiana y su integración al medio nacional, así como reproduciendo su jerga ítalo-paulistana.

[40] *Cfr.* P. Petrone, *A cidade de São Paulo no século* XX, p. 118.

En la ciudad ya se producían eventos de importancia como las famosas «bienales», exposiciones de artes plásticas a las que acuden artistas del mundo entero [41]...

Se multiplicaron los museos, las salas de cine y teatro. Siempre concurridos, revelaban lo amplia que era ya la influencia ejercida por aquellas actividades sobre los habitantes de la urbe.

No obstante, sería fastidiosa la enumeración de las instituciones y realizaciones del período, además de que se saldría de los límites de estas páginas el análisis de cada una de ellas.

Por ello destacaremos aquellas que nos parecen haber otorgado a la ciudad una posición de vanguardia en ese terreno.

Fue el caso de la Universidad de São Paulo, creada en 1934.

Durante el primer período republicano, ganó consistencia la idea de una universidad «eficiente, real, digna, con todos los elementos científicos y financieros, como ya podía poseerla el próspero estado de São Paulo» [42].

El desarrollo económico amplió las tareas de organización de la administración y de los servicios, exigiendo una nueva burocracia, más amplia y más técnica, para dirigir el aparato del estado.

Tales motivaciones, entre otras, fueron el punto de partida para el fortalecimiento de la idea de que São Paulo debería tener una universidad.

Los debates y discusiones al respecto evolucionaron hacia el consenso de que la futura institución debería también albergar un centro de altos estudios «filosóficos, económicos, sociológicos y literarios», cuya función sería la de mantener la relación entre los diferentes institutos técnico-profesionales. Tal consenso implicaba la certeza de que la formación humanística era importante y no se estaba contemplando debidamente en el sistema educacional paulista.

De esa forma, cuando en 1934 se crea la Universidad de São Paulo, reuniendo a los centros de enseñanza superior ya existentes, surge también la facultad de Filosofía, Ciencias y Letras [43].

[41] La primera Bienal se realizó en 1951 y la segunda, dos años después, expuso cuadros célebres, entre ellos el *Guernica* de Picasso.

[42] Periódico *O Estado de São Paulo* del 20 de mayo de 1913.

[43] Hoy tiene el nombre de facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas.

Ésta, al comienzo, contaría con el auxilio de maestros europeos, sobre todo franceses, que contribuyeron a tornarla rápidamente en un gran centro humanístico, el más activo del estado y del país.

Son numerosos los miembros de la «intelligentzia» brasileña que se formaron bajo su influjo y continuaron la tarea de los profesores extranjeros, sustituyéndolos en los cuadros de la institución. Al hábito de la investigación y de la reflexión intelectual añadieron el conocimiento más vivo de la realidad nacional, volviéndose autores de renombre en los campos de la historia, la sociología, la filosofía, la geografía, la literatura. Buena parte de las obras que respaldan este libro fue escrita por ellos.

Hoy la Universidad de São Paulo es la mayor de Brasil, contando en sus cuadros con 7.577 profesores para 35.000 alumnos en cursos de graduación y 15.000 en posgraduación. De sus «campi» salen los numerosos proyectos de investigación de base que alimentan los avances nacionales en el terreno científico y cultural en general [44].

Conviene también destacar en ese período el sector teatral, pues en él la ciudad comenzó una renovación que influyó a todo el país y fue descrita por el crítico Décio de Almeida Prado en un magnífico ensayo [45], en el cual fundamentaremos las consideraciones que siguen.

La renovación mencionada se inicia en 1948 con la fundación del Teatro Brasileiro de Comédia (TBC), que convierte a São Paulo en el centro de la actividad teatral, hasta entonces liderada por Río de Janeiro.

Franco Zampari, un industrial italiano que llevaba varios años radicado en Brasil, se dispuso a colocar su experiencia profesional al servicio del escenario [46], contratando a directores europeos, manteniendo un gran grupo permanente de actores, creando una estructura administrativa y profesional nunca vista en el teatro.

[44] D. de Almeida Prado, «Teatro: 1930/1980 (ensaio de interpretação)», *História Geral da Civilização Brasileira*, vol. 11, São Paulo, Difel, 1984.

[45] Actualmente, São Paulo tiene otras dos universidades públicas estatales, ambas funcionando en el interior del estado: la Unicamp y la UNESP. La capital dispone —además de la USP— de la Universidad Mackenzie y de la Pontificia Universidade Católica (PUC), así como de numerosas facultades aisladas. Todas estas instituciones son de carácter particular.

[46] Este industrial también contribuyó al desarrollo del cine nacional fundando en 1949 la Compañía Cinematográfica Vera Cruz, de cuyos estudios saldría la película *O Cangaceiro*, de gran repercusión en su momento.

La novedad, por tanto, estaba en el carácter empresarial del proyecto, en una economía interna más perfecta, en un considerable salto cuantitativo y profesional que eliminó cualquier resto de diletantismo.

Con su experiencia, virtuosismo y sólida formación escénica, los directores extranjeros contratados imprimieron a la actividad teatral una nueva dimensión en la cual la cultura europea «pesó en todos los niveles, de los técnicos a la difusión de ideas». Tanto el belga Maurice Vaneau como el polaco Ziembinski o el italiano Adolfo Celi y todos los demás convirtieron al TBC en el denominador común del teatro brasileño en la época, su más alto modelo de calidad.

Formando actores que, en el aspecto técnico, son hoy la generación más brillante de Brasil, contribuyeron a actualizar y refinar la ciudad en esa forma de arte, habituándola a convivir con autores tan diversos como Sófocles y Óscar Wilde; Gorki y Noel Coward; Goldoni y García Lorca...

En sus quince años de existencia, el TBC también estimuló el surgimiento de una dramaturgia nacional hoy consagrada, en la cual tuvieron gran relieve los autores paulistas del Teatro de Arena.

Creado en 1953, ese teatro no ambicionaba más que ofrecer oportunidades a los que se iniciasen en la carrera, proponiéndoles una disposición escénica diferente que, en el aspecto financiero, facilitaba enormemente la formación de nuevas compañías. La colocación de actores en el centro de la sala y de espectadores a su alrededor, ya experimentada con éxito en Estados Unidos, dispensaba del uso de escenarios elaborados y reducía el espacio teatral, poniendo al alcance de cualquiera la posibilidad de organizar pequeños grupos profesionales.

Sin embargo, no fue la forma la que dio prestigio a ese teatro sino la dramaturgia representada en él por tres jóvenes autores: Augusto Boal, Oduvaldo Viana Filho y Gianfrancisco Guarnieri, para quienes el arte sería indisociable de la realidad nacional.

La gran originalidad del Teatro de Arena,

> en relación con el TBC y todo lo que éste representaba, era no privilegiar lo estético, no ignorarlo tampoco, pero sin disociarlo del panorama social en que el teatro debe integrarse. De esta posición inicial [...] surgirían los rasgos determinantes del grupo, su tendencia de izquierda, su nacionalismo y su populismo (en algunas de sus acep-

ciones), hasta tal punto entrelazados que sólo la abstracción será capaz de separarlos [47].

El movimiento teatral de los años 50 ejerció gran influencia en las iniciativas de las décadas posteriores [48], y tuvo inmediata repercusión sobre el público, cuya constancia y creciente asistencia a los espectáculos fueron reveladoras de la aprobación de la ciudad a los cambios y de cómo se había intensificado su función cultural.

Las primeras representaciones del TBC atrajeron a un promedio de 10.000 personas y se mantuvieron en cartel durante tres o cuatro semanas. Quince años después, la obra *Os ossos do Barao (Los huesos del barón)* de Jorge Andrade —otro gran dramaturgo paulista— tendría 110.000 espectadores, permaneciendo en cartel durante más de un año.

El avance del arte teatral en ese período proporcionó a los que en él se iniciaban otro nivel de conocimiento y el entusiasmo para que los proyectos siguieran multiplicándose, a pesar de las dificultades a que debían enfrentarse.

A juzgar por un dato de 1981, ese año la capital de São Paulo contó con 104 espectáculos profesionales regulares, en temporadas que variaron de una semana a diez meses, y 108 espectáculos de grupos independientes.

Si esas cifras pueden representar sólo una disgregación de grupos y no propiamente el crecimiento del arte teatral, también pueden indicar la persistencia de la creatividad y las potencialidades del medio urbano para el ejercicio del talento, perdiéndose en el tiempo la indigencia cultural de los tiempos coloniales.

La síntesis del presente capítulo mostrará que en el período 1930-1960 la función industrial fue predominante en la ciudad de São Paulo, pues allí se localizaron los establecimientos fabriles en su mayoría, con todas las implicaciones económicas positivas que tal hecho acarreó.

La concentración de capitales y de mano de obra resultantes, sumada a la experiencia adquirida, llevaron necesariamente a la elección

[47] D. de Almeida Prado, *op. cit.*, p. 556.

[48] El «Teatro Oficina» (teatro taller), por ejemplo, vigoroso en los años 60, se presentó inicialmente como continuador del Teatro de Arena y del TBC.

de la ciudad para la instalación de industrias de mayor calibre cuando, en los años 50, se produjo el gran salto cualitativo del sector, aumentando aún más la distancia económica que la separaba de otras capitales brasileñas.

La riqueza generada por el proceso estimuló la continuidad de la tendencia centrípeta de la ciudad de São Paulo, llevándola, en la década de los 50, a superar a Río de Janeiro en el aspecto demográfico y a convertirse en la ciudad más poblada del país.

Tal crecimiento ya no se debía a la inmigración extranjera sino a los emigrantes nacionales que, desde 1920, pero sobre todo a partir de 1930 llegaban sin cesar a São Paulo, modificando la composición étnica de sus habitantes y de su fuerza de trabajo.

La expansión poblacional obligó al área urbana a expandirse en todas direcciones, sobre todo hacia el sur.

Así, alrededor de 1950, la ciudad ocupaba una superficie que, en proporción al número de habitantes, era mayor que la de Londres o París.

Esa ocupación se produjo de forma irregular y desordenada, a través de loteos que, gracias en gran parte a la especulación inmobiliaria, retardaron la expansión normal de São Paulo, donde aún hoy existen numerosos espacios vacíos en espera de revalorización.

La verticalización iniciada en el período anterior se intensificó a partir de 1930 y, al principio limitada al centro, en la década de los 40 ya había alcanzado a los barrios próximos.

Se concretaron proyectos urbanísticos de gran envergadura, entre los cuales, dada su topografía urbana donde se alternan valles y colinas, varios viaductos llegaron a formar parte integrante del paisaje.

De 1940 en adelante, la metropolización que ya se venía produciendo se amplió, superando todo el desarrollo anterior. Su intensidad puede valorarse por el número de municipios que comenzaron a formar parte del área metropolitana: más de 20 en la década de los 60.

Como capital del estado económicamente más importante del país, la ciudad sería el principal punto de resonancia de los eventos históricos de ese período.

Así fue con la Revolución del 30, que desalojó a la oligarquía paulista del poder y permitió el ascenso de Getúlio Vargas a la jefatura de la nación.



Avenida São João, 1930. Edificio Martinelli. Fuente: Acervo Mario Hill/Eletropaulo

Igualmente con el movimiento constitucionalista de 1932, derivado, entre otros factores, de las sospechas de São Paulo en cuanto a los propósitos continuistas de Vargas y que movilizó a la ciudad en torno de las aspiraciones constitucionales y separatistas.

La derrota del movimiento acabó siendo una victoria, pues obligó a la reconstitucionalización del país que, no obstante, fue de corta duración. Getúlio Vargas la anuló en 1937 con el golpe de estado que instituyó el Estado Nuevo, pero depuesto en 1945 se inició un período de redemocratización del país, durante el cual fue importante para São Paulo la presidencia de Juscelino Kubitscheck, gracias al impulso que dio a la industrialización.

Durante el período al que nos referimos tuvo inicio un proceso de centralización político-administrativa que se acentuó con el Estado Nuevo y se extremó después de 1964. Desapareció el «federalismo hegemónico» de São Paulo. Las necesidades de los estados dejaron de ser resueltas en el ámbito regional, obligándolos a la mediación del gobierno federal, con una pérdida de autonomía que también afectó a los municipios.

Industrialización y urbanización fueron factores fundamentales para diversificar a la sociedad paulistana, ampliando el número de integrantes de las capas medias y del proletariado.

La burguesía industrial se afirmó como fuerza económica independiente, pero no anuló el prestigio social y político de la clase agraria, que sólo decayó —y aun así relativamente— alrededor de los años 50.

El prejuicio continuó manifestándose en la sociedad de São Paulo, aunque bajo formas más sutiles que las de épocas anteriores. Además del negro, había otra víctima aún de ese comportamiento social: el inmigrante, especialmente el italiano, por ser el más numeroso.

El período 1930-1960 se caracterizó también por realizaciones culturales de gran significado, entre ellas la creación de la Universidad de São Paulo y, dentro de ella, la facultad de Filosofía, Ciencias y Letras, un centro humanístico ejemplar de Brasil.

También se puede apuntar el desarrollo de las artes en general y del teatro en particular, cuyo papel de vanguardia en los años 50 movilizó a toda una generación e influyó vigorosamente en las siguientes.

Al iniciarse los años 60, la metrópoli industrial avanzaba hacia su destino de megalópolis, con todas las consecuencias negativas que cualquier hipertrofia produce en el entramado social.

Capítulo VII

LA MEGALOPOLIS (1960-1990)

En 15 años, el organismo será aún más monstruoso [...]
São Paulo disputará el liderazgo entre las mayores concentraciones urbanas del mundo.

(Periódico *Folha de São Paulo* del 15 de mayo de 1991).

«Los caminos de la desigualdad»

Con ese sugestivo título, los autores de un reciente análisis sobre São Paulo [1] apuntaron el rumbo que esta ciudad y sobre todo el país tomaron en las últimas décadas: hacia una creciente desigualdad económica de sus habitantes, derivada, en última instancia, del modelo de desarrollo adoptado a partir de 1964.

El 31 de marzo de ese año un movimiento político-militar depuso al entonces presidente João Goulart, poniendo fin a la redemocratización iniciada en 1945 y estableciendo el sistema autoritario que durante veinte años condujo los destinos de Brasil.

Con la excusa de combatir la corrupción y restaurar el orden que los civiles no conseguían mantener, los militares daban así continuidad a la serie de intervenciones iniciadas con la proclamación de la República, pero esta vez el combate sería también contra el comunismo, considerado como el gran enemigo externo de la seguridad interna del estado.

De ahí la calificación de «estado de seguridad nacional» que le ha atribuido una estudiosa del tema [2], según la cual ese estado recibió la guía de la doctrina de la Seguridad Nacional que se creó entonces, cu-

[1] Se trata del libro elaborado por un grupo de especialistas de la Secretaría Municipal de Planeamiento (SEMPLA) y publicado con el título *São Paulo: crise e mudança*, São Paulo, 1990, cuyas informaciones fundamentan gran parte del presente capítulo.

[2] *Vid.* M. H. Moreira Alves, *Estado e oposição no Brasil (1964-1984)*, Petrópolis, Vozes, 1984.

yos postulados moldearían sus estructuras e impondrían formas de control de la sociedad civil, estableciendo un gobierno políticamente autoritario.

En 1974, el sistema así implantado comenzó a dar señales de agotamiento, permitiendo un proceso de distensión gradual que se completó en 1985 con la elección indirecta de un presidente civil. En marzo de 1990 asumió el poder el nuevo presidente, elegido en elecciones directas.

Habría mucho que decir sobre esa fase difícil de la vida nacional, pero lo que importa en el presente capítulo es destacar que el autoritarismo entonces vigente posibilitó la implantación sin discusiones de un modelo económico de desarrollo cuyos efectos, a medio plazo, fueron entre otros los de acentuar las desigualdades sociales.

La asociación entre industria y capital extranjero iniciada en el gobierno Kubitscheck se amplió, permitiendo la evasión de buena parte del excedente producido y una expansión industrial orientada por intereses foráneos.

De ahí que las inversiones se encauzaran preferentemente hacia la tecnología que beneficiaba al capital intensivo y exigía la fuerza de trabajo menos numerosa y más especializada.

Por otro lado, en presencia «de una vasta reserva de mano de obra y en ausencia de una sólida organización sindical y política de la clase obrera, se hizo fácil aumentar los índices de explotación» [3].

Surgió así una estructura industrial diversificada y compleja, con producción sofisticada, destinada principalmente a los sectores de alto nivel socioeconómico.

Brasil se modernizó. En una situación inédita en su historia, entre 1968 y 1974 la tasa media de crecimiento económico fue del 10 %, configurando lo que algunos llamarían «milagro brasileño». De 1974 a 1978, el Producto Interior Bruto (PIB) aumentaría en un 41 % en relación con el de los años 1969-1974.

Pero en la década de los 80 el modelo se agotó, basado como estaba en un capitalismo asociado dependiente. Debido a la crisis mundial del petróleo, hubo una drástica reducción en la entrada de capitales extranjeros y el país se encontró fuertemente endeudado con los

[3] L. Kowarick, *A espoliação urbana*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1979, p. 42.

sucesivos préstamos contraídos para financiar obras de gran envergadura tales como centrales hidroeléctricas, fábricas termoeléctricas, etc.

En 1983, la deuda externa bruta llegaba a 80 billones de dólares, y desde entonces ha seguido creciendo, las reservas cambiarias cayeron sin posibilidad de atender satisfactoriamente los compromisos asumidos; el índice de inversiones, cuyo nivel en los años 70 era del 22 %, se redujo al 17 %.

Comenzaba a gestarse la crisis en que Brasil se debate, obligando a un ajuste estructural de la economía, hasta hoy en difícil proceso [4].

En ese período de treinta años, el país realmente se había modernizado, pero a costa de la creciente internacionalización de la economía, de la urbanización desordenada y de la concentración de la renta, que no permitieron el desarrollo propiamente dicho, pues una gran parte de brasileños permaneció al margen de la modernización. Basta recordar que el deterioro del salario se acentuó justamente en la etapa del «milagro» y siguió cayendo de entonces en adelante.

Según las investigaciones realizadas, si se dividiera la población brasileña en diez grupos de renta, se vería que, a partir de 1960, parte de los rendimientos de los nueve más bajos quedó transferida o concentrada en el grupo de mayor capacidad económica. La participación porcentual de este último sobre la renta total del país aumentó del 39,7 % en 1960 al 47,8 % diez años después [5].

Tal concentración continuó en las décadas siguientes y fue señalada también por un Informe del Banco Mundial (BIRD) divulgado en 1990: el número de los que reciben menos de 370 dólares por año en Brasil ascendió de 32.100.000 en 1981 a 33.200.000 en 1987.

La conclusión es que, fuese por omisión, fuese por compromiso, las políticas desarrollistas en Brasil aumentaron las desigualdades sociales.

Como centro económico más importante del país, el estado de São Paulo se benefició ampliamente con el crecimiento de los años 60 y 70. En función de la capitalización y experiencia empresarial acumuladas, se constituyó en palanca de la industrialización nacional y en el punto de concentración de los mejores recursos humanos y materiales generados por el proceso de crecimiento.

[4] *Vid.* P. Singer, *A crise do milagre,* Río de Janeiro, Paz e Terra, 1976.

[5] P. C. Langoni, *Distribuição de renda e desenvolvimento econômico do Brasil,* Río de Janeiro, Expressão e Cultura, 1973.

Su contribución a la producción brasileña subió del 48 al 65 % entre 1964 y 1984, permitiéndole un liderazgo absoluto en el sector industrial.

Actualmente, a través del eje São Paulo/Santos se transportan millaren de toneladas de equipamientos, materias primas y productos manufacturados. El peso del estado en las importaciones brasileñas está por encima del 40 % y las exportaciones alcanzan niveles superiores al 30 %.

A pesar de ese liderazgo, también acusó los efectos de la crisis que llevaría a los estudiosos a considerar los años 80 como «la década más que perdida» [6].

La industria viene sufriendo una caída relativa y, no obstante la sofisticación de la base productiva [7], el porcentaje del Producto Interior Bruto que en 1970 era del 57 % en relación con el total del país, descendió al 45 % en 1984 [8].

El deterioro real del salario medio de los trabajadores en la región fue del 11 % entre 1968 y 1973, acentuándose rápidamente y agravándose mucho en 1990, ante la política económica recesiva implantada por el nuevo presidente de la República.

Tales circunstancias fueron de gran significado para la ciudad de São Paulo, al contribuir, entre otros factores, a las transformaciones que sufrió en la última década.

Configuración de la megalópolis

Hasta comienzos de los años 80, casi el 70 % de la producción del estado se concentraba en la capital y en los 37 municipios que forman el Gran São Paulo, reafirmando su condición de mayor complejo industrial de América Latina.

[6] J. Brandão Lopes, (en colaboración), «Recessão, família e pobreza: a década mais do que perdida», *São Paulo em Perspectiva*, vol. 4, n.° 1, enero-marzo, 1990.

[7] Las tradicionales industrias de bienes no duraderos continuaron perdiendo importancia en favor de los sectores más modernos de bienes duraderos, intermediarios y de capital.

[8] Las cifras que se mencionan a continuación están en el libro ya citado *São Paulo: crise e mudança*.

En 1981, el municipio propiamente dicho consumía el 40,5 % de la energía eléctrica destinada a fines industriales en el país y respondía (en 1979) por el 47,2 % de la renta interna del sector. Su renta en 1982 representaba el 25 % del total recaudado por la Unión.

Algunos aspectos de ese perfil, sin embargo, van cambiando lentamente.

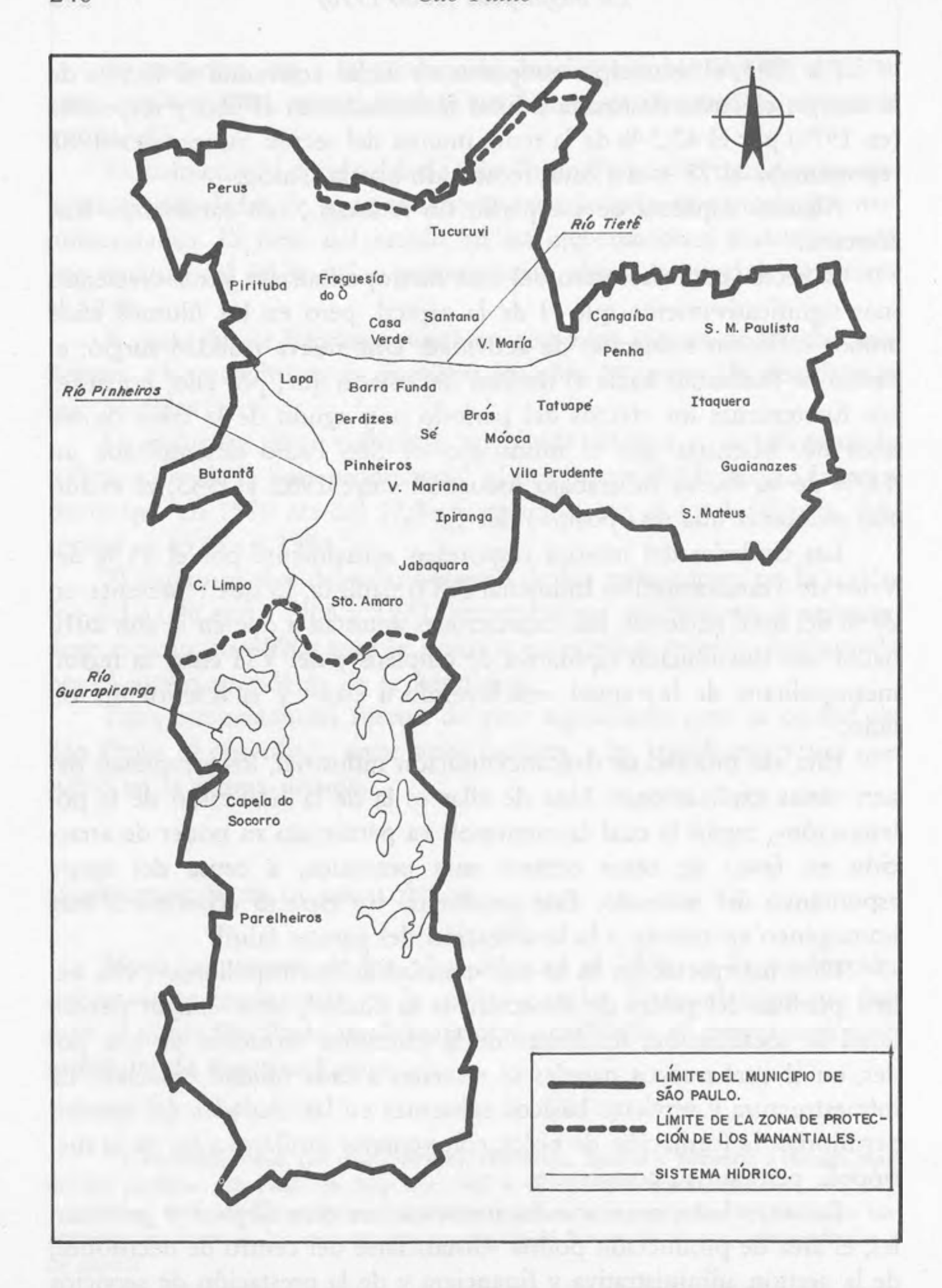
El sector manufacturero del área metropolitana ya venía creciendo más significativamente que el de la capital, pero en los últimos años ambos sufrieron reducción de actividad. Una nueva realidad surgió: el éxodo de industrias hacia el interior del estado que, por ello, no sintió tan fuertemente los efectos del período más agudo de la crisis de los años 80. Mientras que el municipio de São Paulo desempleaba un 4,8 % de su fuerza de trabajo industrial entre 1982 y 1983, el estado aún mantenía una tasa positiva del 1,5 %.

Las ciudades del interior responden actualmente por el 35 % del Valor de Transformación Industrial (VTI) paulista, lo que representa un 20 % del total nacional. Las estimaciones apuntan a que en el año 2010 habrá una distribución equitativa de empleos y del VTI entre la región metropolitana de la capital –incluyendo a ésta– y el interior del estado.

Para ese proceso de desconcentración industrial, los estudiosos tienen varias explicaciones. Una de ellas es la de la «inversión de la polarización», según la cual la metrópoli va perdiendo su poder de atracción en favor de otros centros más propicios, a causa del ajuste espontáneo del mercado. Este produciría un espacio económico más homogéneo en cuanto a la localización del parque fabril.

Otra interpretación es la del «transbordo metropolitano». No habría pérdida del poder de atracción de la ciudad, sino «mayor flexibilidad de localización, resultante de la extensión territorial de este poder, en el cual nuevos papeles se reservan a cada unidad espacial». La infraestructura y servicios básicos existentes en las ciudades del interior permitirían la formación de polos con ventajas similares a las de la metrópoli, pero sin su congestión.

Por otro lado, gracias a las innovaciones tecnológicas y gerenciales, el área de producción podría «distanciarse del centro de decisiones; de la gestión administrativa y financiera y de la prestación de servicios especializados».



Municipio de São Paulo. Fuente: *São Paulo: crise e mudança*, 1990

De ese modo, más que un centro de atracción, la metrópoli configuraría un «campo aglomerativo», ejerciendo su liderazgo

> a partir de los atributos que condicionan los nuevos modelos de competitividad: recursos humanos altamente cualificados, nuevas formas de cooperación productiva y empresarial, pequeñas y medianas industrias limpias (de alta tecnología y no contaminantes), servicios industriales especializados y servicios financieros y gerenciales integrados. La evolución tecnológica basada crecientemente en medios sofisticados de comunicación, con plantas industriales flexibles e integradas horizontalmente, al mismo tiempo que hace a la producción menos enraizada, reserva un papel de liderazgo exactamente al lugar donde estas innovaciones se generan y difunden [9].

Sea como fuere, la ciudad va perdiendo visiblemente empleo industrial, lo que, sin embargo, está lejos de amenazar su liderazgo económico, pues el sector terciario se ha ampliado con rapidez.

En 1985, los índices de participación del estado y de la capital en ese componente de la actividad económica eran del 56 y 60 % en relación con el total del país. Tales porcentajes son bastante significativos, si se piensa que el crecimiento del sector no se reduce sólo a São Paulo sino que abarca el ámbito nacional, comprendiendo en ese año, 1985, al 49 % de la población económicamente activa (PEA) de Brasil.

El comercio, los transportes, las comunicaciones y las finanzas son subsectores que reúnen con intensidad creciente a los asalariados paulistanos. La ciudad es el centro financiero responsable de la gestión de la mayor parte del capital que circula en el país, dado el gran número de instituciones de crédito, seguros y capitalización, cooperativas y Cajas Económicas instaladas en ella.

En el transcurso de su continuo crecimiento, la actividad comercial ha pasado por varios cambios cualitativos. El comercio mayorista se ha modernizado técnicamente, sofisticando las formas de almacenamiento y distribución, así como los mecanismos de financiamiento. El comercio minorista se ha diversificado, ofreciendo al consumidor una gama infinita de artículos, desde los más selectivos hasta los más populares. Por ello se dice que si algo no se encuentra en São Paulo, tampoco se encontrará en Brasil.

[9] *São Paulo: crise e mudança*, pp. 21-22.

Desde el punto de vista espacial, el centro de la ciudad y alrededores aún concentran el mayor número de empleos del sector terciario, pero la proliferación de polos de menor porte ha sido intensa.

Por otro lado, en esa descentralización, los grandes *shopping centers* que se multiplican por la ciudad se están convirtiendo en el modelo hegemónico de la localización de las actividades comerciales y de servicios. A semejanza de lo que ocurre en los principales centros urbanos del capitalismo avanzado, el sector terciario es hoy el más significativo en la capital, que se está especializando, particularmente en sus segmentos más modernos y de alcance nacional.

Las dos primeras décadas del período en cuestión fueron de intenso crecimiento poblacional en el municipio y en su región metropolitana, como, asimismo, en todas las áreas urbanas de Brasil.

Ya se ha visto en capítulos anteriores que las profundas transformaciones producidas en la división social del trabajo, en la constitución del mercado interno, en la diversificación de las actividades económicas, han beneficiado al sureste industrializado.

Hacia allí se han dirigido los habitantes de las áreas menos favorecidas económicamente, en un proceso migratorio de continuo crecimiento, a medida que también aumentaba el contraste económico regional. Si esos emigrantes se dirigieron inicialmente a la zona rural, en poco tiempo se desplazaban a las ciudades. Pero aun en los estados más pobres, la tendencia de las últimas décadas ha sido la de la migración hacia las áreas urbanizadas, aumentando continuamente el porcentaje de la población urbana brasileña.

El resultado inequívoco del proceso fue el considerable crecimiento anual de las regiones metropolitanas, que sólo en los años 70 recibieron cerca de 5.716.000 personas.

Justamente en esa década y en parte de los 60, São Paulo pasaba por los ya referidos cambios cualitativos en el sector de transformación, desarrollando ampliamente su parque industrial y atrayendo grandes grupos de emigrantes, sobre todo de los estados del nordeste y de Minas Gerais. De las 5.716.000 personas ya mencionadas, atraídas por las regiones metropolitanas en la década de 1970, cerca de 2.765.000 se dirigieron a la de São Paulo [10].

[10] *Vid.* N. Patarra, «Movimentos migratórios: características e tendências recentes», *O vaivem da sobrevivência*, São Paulo, Ed. Paulinas, 1982.

De ese modo, la población paulistana y de los municipios próximos creció rápidamente en relación con la de los años 50, tendiendo a aumentar más aún hasta el año 2000, de acuerdo con el cuadro siguiente: [11]

Años	Población		
	Municipio de São Paulo	Gran São Paulo	Estado de São Paulo
1940	1.326.261	1.568.045	7.180.316
1950	2.198.096	2.662.786	9.134.423
1960	3.666.701	4.739.406	12.823.806
1970	5.924.615	8.139.730	17.771.948
1980	8.493.226	12.588.745	25.040.712
1990	9.480.427	15.199.423	31.192.818
2000	13.130.200	21.416.700	40.656.300

Como puede verse, ha habido cambios en el cuadro demográfico. El municipio de la capital creció menos que los del Gran São Paulo, por lo que se ha producido, pues, un movimiento de periferización. El peso relativo de esta última en relación con la capital subió del 15 % en 1940 al 35 % en 1990 y, según las estimaciones, alcanzará un 39 % en el año 2000. En ese año, con sus 21.000.000 de habitantes, la zona albergará a más del 50 % de la población total del estado.

No obstante, las emigraciones contribuirán menos que en períodos anteriores a esos índices, a pesar del número de personas de otros estados que aún llegan a São Paulo. Mientras que en la década de los 40 las tasas anuales de crecimiento migratorio eran del 4,14 %, las predicciones para la década 1990/2000 son del 0,71 %, diluyéndose en la masa de la población los individuos que no han nacido en la capital.

[11] Fuente: *São Paulo: crise e mudança*, p. 32. Las cifras referentes al Gran São Paulo incluyen a la capital, y los del estado engloban los de esta última. Cabe señalar que los datos referentes a los años comprendidos entre el 1990 y el 2000 son proyecciones. El censo realizado en 1991 muestra números inferiores, y aunque todavía no concluido, aporta nueve millones y medio de habitantes para el municipio de São Paulo, quince millones y medio para el Gran São Paulo y treinta y un millones para el estado. En cuanto a Brasil, crece un 1,8 % al año, tasa que por primera vez desde 1940 es menor de un 2 %. El país cuenta ahora con 146 millones de habitantes.

Hay varias explicaciones para este hecho. Una de ellas es la de que la desconcentración producida en las actividades industriales atrajo a emigrantes y residentes de las regiones metropolitanas hacia otras ciudades del estado de São Paulo.

Se apunta también el gran peso que el crecimiento vegetativo comenzó a tener en el perfil poblacional paulistano. Aumentó mucho la expectativa media de vida: en 1985 alcanzaba 63,7 años para los hombres y 72,9 para las mujeres, representando en relación con el año 1940 un considerable aumento de 18 años más de vida para uno u otro sexo.

En consecuencia, creció el número de ancianos en el municipio, pues en 1940 constituían el 5 % de la población, pero en 1990 ya eran el 7 %, lo que significó una acumulación en ese período de 750.000 personas con más de 60 años de edad.

También se redujo la mortalidad infantil, estimándose en un 35,14 por 1.000 los nacidos en 1988, frente al 89,5 de 1970.

El significado favorable de tales números está ligado a varios factores, por ejemplo, la introducción de los antibióticos, que permitieron el control y reducción de los efectos causados por enfermedades infecciosas y parasitarias. También deben citarse la expansión de los servicios de abastecimiento de agua potable y de la red de desagües, además de las propias campañas sanitarias destinadas a informar y aconsejar a la población.

El perfil de la capital sigue mostrando que, sobre todo a partir de la década de los 80, a pesar del aumento vegetativo, la población crece a tasas inferiores a las del pasado más reciente. Aun así, cada año surgen 300.000 nuevos paulistanos que contribuyen a reforzar la imagen de megalópolis proyectada por la ciudad.

Favelas y conventillos

El gigantismo poblacional generó graves problemas, entre ellos la proliferación de *cortiços* (conventillos o corrales de vecindad) y *favelas* (chabolas) como formas alternativas de vivienda para sobrevivir en el medio ambiente.

Como se ha visto, el proceso de crecimiento económico brasileño potenció las fuerzas productivas, pero a costa de la mayor explotación de la fuerza de trabajo, provocando la depauperización de la clase tra-

bajadora. Basta recordar un dato: entre 1968 y 1973 la productividad del trabajo en el sector industrial subió un 32 %, a la par que el salario medio real decreció en un 15 %.

A pesar de su vigor económico, la situación en São Paulo y la de su región metropolitana no fue muy diferente. En 1973, cerca del 19 % de los asalariados del Gran São Paulo ganaba un salario mínimo; el 54 % dos salarios mínimos y el 75 % tres salarios mínimos, lo que equivale a decir que tres cuartas partes de los trabajadores de la zona vivían en condiciones precarias [12].

Las estadísticas muestran que la situación se agravó con el correr del tiempo, principalmente en la década de los 80, y tiende a empeorar aún más con la presente política recesiva. En 1981, la proporción de familias que percibían hasta un salario mínimo per cápita era de 34,7 % en el área metropolitana. En 1987, ese porcentaje había aumentado al 42,1 %.

El problema adquiere gran importancia debido al inmenso contingente poblacional de la capital y municipios vecinos, cuya calidad de vida viene sufriendo un creciente deterioro, sobre todo en lo que se refiere a la vivienda para los asalariados de menor renta.

Hasta aproximadamente los años 30, la cuestión era resuelta por las empresas que, dado el bajo costo de los terrenos y de las construcciones, construían residencias modestas junto a las fábricas, para alquilarlas o venderlas a los trabajadores.

Pero la expansión industrial amplió el contingente obrero y, en consecuencia, la demanda de habitaciones populares. Simultáneamente, se revalorizaron los terrenos fabriles y residenciales, mientras que el flujo migratorio acumuló un excedente de fuerza de trabajo.

Tales circunstancias llevaron a las empresas a desinteresarse del problema, transfiriendo al trabajador la solución del mismo y sometiéndolo, así, a las leyes del mercado inmobiliario.

Como éste es fuertemente especulativo y retiene los lotes ociosos en espera de valorización, el asalariado de menor renta se fue alejando del área central del municipio en busca de vivienda a precios más accesibles, contribuyendo así a imprimir a la expansión urbana el modelo periférico de crecimiento que la ha caracterizado.

[12] *Cfr.* L. Kowarick, *op. cit.*, p. 42.

El poder público podría haber suavizado la situación, que fue semejante en todas las grandes ciudades del país, pero, como ya hemos dicho, privilegió otras inversiones, especialmente a partir de 1964. Los gastos en las necesidades de reproducción del capital pasaron del 54 % en el período 1950-1954 al 83 % en los años 1974-1976, mientras que los destinados al bienestar social decrecieron en las mismas fechas del 7 al 2 % [13].

En el caso de la vivienda, tal política es evidente. En la década de los 70, aquellas colocadas en el mercado por el Sistema Financiero Habitacional, institución federal creada para atender al sector, podían adquirirse solamente por familias con rentas superiores a 12 salarios mínimos. No obstante, el 55 % de la demanda provenía de las que recibían hasta 4 salarios mínimos.

De ahí que se diga que los recursos oficiales se destinaron sólo a aquellas franjas de la población capaces de pagar el precio de mercado de la construcción habitacional.

El paulistano pobre procuró resolver el problema a través de la autoconstrucción en régimen de *mutirao,* una fórmula cooperativa que sumaba los esfuerzos de varios individuos para la realización más barata de la tarea pretendida. Los propietarios de lotes reúnen a personas de la familia, vecinos y amigos, para construir los domingos, festivos o cualquier otro día libre la casa de uno de ellos quien, a su vez, se compromete a ayudar a los demás en situación semejante. La rapidez de la tarea depende de las posibilidades financieras del propietario, de modo que, en muchos casos, hacían falta años para que la construcción se construyera.

Además, el esfuerzo concentrado acababa generalmente concretándose en casas económicas, construidas con una técnica rudimentaria y con materiales de ínfima calidad, lo que exigía un trabajo permanente de restauración.

Esas viviendas estaban localizadas en su mayor parte en la periferia de la ciudad, distantes de los lugares de trabajo, lo que obligaba a sus moradores a largos trayectos diarios.

Aun así, desde mediados de los años 70 en adelante, ha disminuido continuamente el número de paulistanos que han conseguido vivienda a través de ese sistema de autoconstrucción.

[13] *Cfr.* L. Kowarick, *op. cit.,* p. 69.

Se desvaneció el «sueño de la casa propia». La acelerada subida del precio del terreno urbano y la compresión salarial ampliaron rápidamente el porcentaje de aquellos que no disponían de condiciones económicas para adquirir un terreno o incluso alquilar una casa. A éstos les quedó el recurso de los conventillos y favelas como alternativa para continuar viviendo en la ciudad.

En los últimos años aumentó mucho el número de conventillos, forma de vivienda popular bastante antigua que existe en São Paulo desde el comienzo de la industrialización. Aunque su configuración se haya redefinido a través del tiempo, mantiene la característica básica de «habitación colectiva de alquiler, donde cada familia locataria ocupa uno o dos cuartos y comparte áreas de lavado de ropa, cuartos de baño y, a veces, cocinas».

En las primeras décadas del siglo actual eran comunes y frecuentes también en Río de Janeiro, donde se hicieron conocidas bajo el pintoresco nombre de *cabeças-de-porco* («cabezas de cerdo»).

A medida que las mejoras urbanas revalorizaban los lugares donde se construían, sus habitantes fueron empujados hacia la periferia, lo que aparentemente llevaría a la desaparición de esa forma de vivienda.

En los últimos años, no obstante, los conventillos se multiplicaron. Los técnicos de la Secretaría Municipal de Planeamiento los definen como una forma ilegal de inserción en el espacio urbano, pues contradicen no sólo las normas urbanísticas sino también la de edificaciones y de arrendamiento vigentes. Generalmente la ocupación se hace a través de contratos informales y las condiciones de habitabilidad no cubren los requisitos mínimos determinados por el poder municipal.

Su catalogación es difícil, ya que se ocultan bajo otras categorías de los censos generales de la población y de los catastros del Ayuntamiento, pero en 1975 había 20.596 conventillos en la capital, con 125.635 familias o 554.032 personas, es decir, el 9 % de la población paulistana de la época.

Ante el empobrecimiento de los trabajadores y la insignificante inversión oficial en viviendas, el salto fue inevitable: el 18 % de los habitantes, o sea 1.700.000 personas en 1980, y cerca de 3.000.000 en 1990 se alojaban en 90.000 conventillos.

Los datos disponibles muestran que, aunque se hayan diseminado por toda la ciudad, los barrios de la Liberdade, Consolação, Santa

Ifigênia, Bela Vista, en el área central, volvieron a tener el mayor número de conventillos, registrándose por ello una densidad más significativa.

La favela es la otra alternativa del paulistano desposeído y otra forma ilegal de apropiación del espacio, no sólo por ocupar indebidamente áreas públicas o privadas, sino por el tipo de área ocupada, generalmente vedada a la construcción debido a no ser apta para edificaciones.

Puede definirse como una aglomeración desordenada de casas muy precarias, los llamados *barracos,* construidos con madera usada, sin divisiones internas ni suelos revestidos, cubiertos con material inadecuado y proclive a las filtraciones de agua.

La población de las favelas de São Paulo es poco numerosa si se la compara con la de otras metrópolis de América como, por ejemplo, las de Caracas, Santiago o ciudad de México. Aun en Brasil, Río de Janeiro y Salvador, capital del estado de Bahía, presentan un número mayor de favelas.

Aunque hayan surgido en la década de los 40, hasta 1973 el número de habitantes de favelas en el municipio de São Paulo era insignificante, no excediendo el 1 % de los habitantes, pero en 1987 ese porcentaje ya se había elevado al 8 %, correspondiente a 820.000 personas que vivían en 150.000 barracas distribuidas por 1.592 favelas.

De entonces en adelante el aumento fue vertiginoso: las estadísticas para 1990 apuntan 2.040 favelas y 1.000.000 de pobladores en un censo total de 11.380.300 habitantes.

Inicialmente, a semejanza de los conventillos, dichas aglomeraciones tendieron a localizarse en las zonas más centrales, porque en ellas hay mejores oportunidades de empleo y menores gastos de transporte. Hasta 1973, cerca del 80 % de las favelas se situaban cerca de las vías centrales de tránsito, pero la tendencia se invirtió. Hoy es la periferia la que las concentra, ampliando la distancia a los lugares de trabajo y obligando a viajes lentos y caros, que empeoran aún más la calidad de vida de sus moradores [14].

[14] Actualmente la mayor parte de las favelas está localizada en Santo Amaro y Campo Limpo en la zona sur; São Miguel y Guaianazes, en el extremo este; Freguezia do O, Perus y Pirituba, al norte. Todos esos núcleos están muy alejados del centro de la ciudad.

No obstante, como recuerda Lúcio Kowarick en sus interesantes consideraciones sobre el tema, el habitante de las favelas es en su gran mayoría un trabajador. No integra

> una población con características de *lumpen*. Allí existen mendigos, prostitutas o delincuentes pero, como en cualquier otro barrio pobre de la ciudad, impera el trabajador asalariado o autónomo que lleva adelante el engranaje productivo.

Sus difíciles condiciones de vida llevan al autor citado a vacilar en clasificarlo como ciudadano urbano, pues

> le vedan el ejercicio de una defensa que se procesa en torno de la cuestión de la vivienda. Ocupante de tierra ajena [...], llega a ser definido por su situación de ilegalidad y sobre él se abate el imperio draconiano de los derechos fundamentales de la sociedad, centrados en la propiedad privada, cuya contrapartida necesaria es la anulación de sus prerrogativas en cuanto morador [...]. El habitante de la favela ha aparecido [...] a los ojos de la sociedad como un usurpador que puede ser destituido sin posibilidad de defensa, pues contra él se yergue el reino de la legalidad en que se asienta el derecho de expulsarlo [15].

El hecho aumenta, por tanto, su vulnerabilidad: está siempre sujeto a la destrucción o remoción de las favelas hacia otros sitios, hecho frecuente en la ciudad y que ha generado graves problemas sociales.

El diseño urbano

En cierto modo la proliferación de favelas fue estimulada por la forma, ya tantas veces mencionada, en que se produjo la expansión del área urbana de São Paulo, donde la especulación inmobiliaria llevó a la ocupación de zonas cada vez más distantes del centro, dejando tras de sí grandes espacios vacíos.

Los terrenos se revalorizaron, resultando imposible su adquisición por los habitantes de menor renta e imponiendo el intenso crecimiento demográfico en la periferia.

[15] L. Kowarick, *op. cit.*, p. 91.

El área urbana también se amplió de manera considerable, pues los 700 kilómetros cuadrados del municipio en los años 70 son actualmente 900 [16].

El llamado «modelo periférico de crecimiento» responde a una estrategia de máxima acumulación capitalista. Como recuerdan los estudiosos,

> viabiliza el asentamiento de amplios contingentes poblacionales en loteos desprovistos de todo [...], y reduce al mínimo la necesidad de inversión en vivienda e infraestructura [...]. Paralelamente, el modelo también amplía las posibilidades de especulación inmobiliaria y de rendimiento electoral, a través de una política clientelística que demanda apoyo en las urnas a cambio de algunas mejoras urbanas, aunque modestas, en barrios dispersos.

El modelo, pues, permite la existencia, como se ha visto, de vacíos urbanos en espera de revalorización. Tales vacíos representan actualmente un 26,5 % de los 611.000.000 de metros cuadrados que abarca el área neta del municipio, o sea, aquella área compuesta de los terrenos públicos y privados, ocupados o no, descontadas las calles, plazas, parques, etc. Es decir: una superficie de 15.000 hectáreas.

Su localización está directamente relacionada con los diversos grados alcanzados por la urbanización, por lo que gran parte de ella se sitúa en las zonas periféricas, sobre todo en aquellas más distantes como Itaquera, Socorro y Campo Limpo, donde los solares corresponden al 40 % del área total edificable. Son lugares carentes de infraestructura, con bajo porcentaje de iluminación, transportes o abastecimiento de agua.

Actualmente en el área central y en el conjunto de los barrios próximos que tienen buena infraestructura, alta concentración poblacional e intensa actividad económica, hay solamente entre el 7 y el 10 % de terrenos deshabitados.

Así, en medio de la selva de cemento que es São Paulo, los muchos claros donde no han llegado aún las edificaciones señalan un considerable potencial interno de ocupación.

[16] La región metropolitana tiene hoy en día 1.700 kilómetros cuadrados de superficie.

No obstante, aproximadamente sólo el 1,5 % pertenece al poder público y resulta insuficiente para atender la demanda futura de equipamientos urbanos, de los que São Paulo es deficitaria, lo que configura un grave problema para los gobernantes y para la población, cuyas necesidades de toda clase nunca fueron mínimamente atendidas.

La ciudad contiene, por ejemplo, un ínfimo porcentaje de áreas verdes destinadas al recreo y al ocio colectivos.

Un estudio hecho por el Ayuntamiento en 1949 preveía la necesidad de expropiar 3.000.000 de kilómetros cuadrados para que, en 1970, cada paulistano pudiese disfrutar de 2 a 6 metros cuadrados de áreas verdes, lo que en sí ya sería insuficiente, pues la media recomendada es de 16 metros cuadrados por habitante. Pero casi nada se ha hecho y, en 1965, cada habitante disponía solamente de 1,3 metros cuadrados y la ciudad continúa teniendo gran número de aquellas áreas que los paisajistas califican de «desiertos urbanos», donde la vegetación escasea y sobresalen los tonos grises.

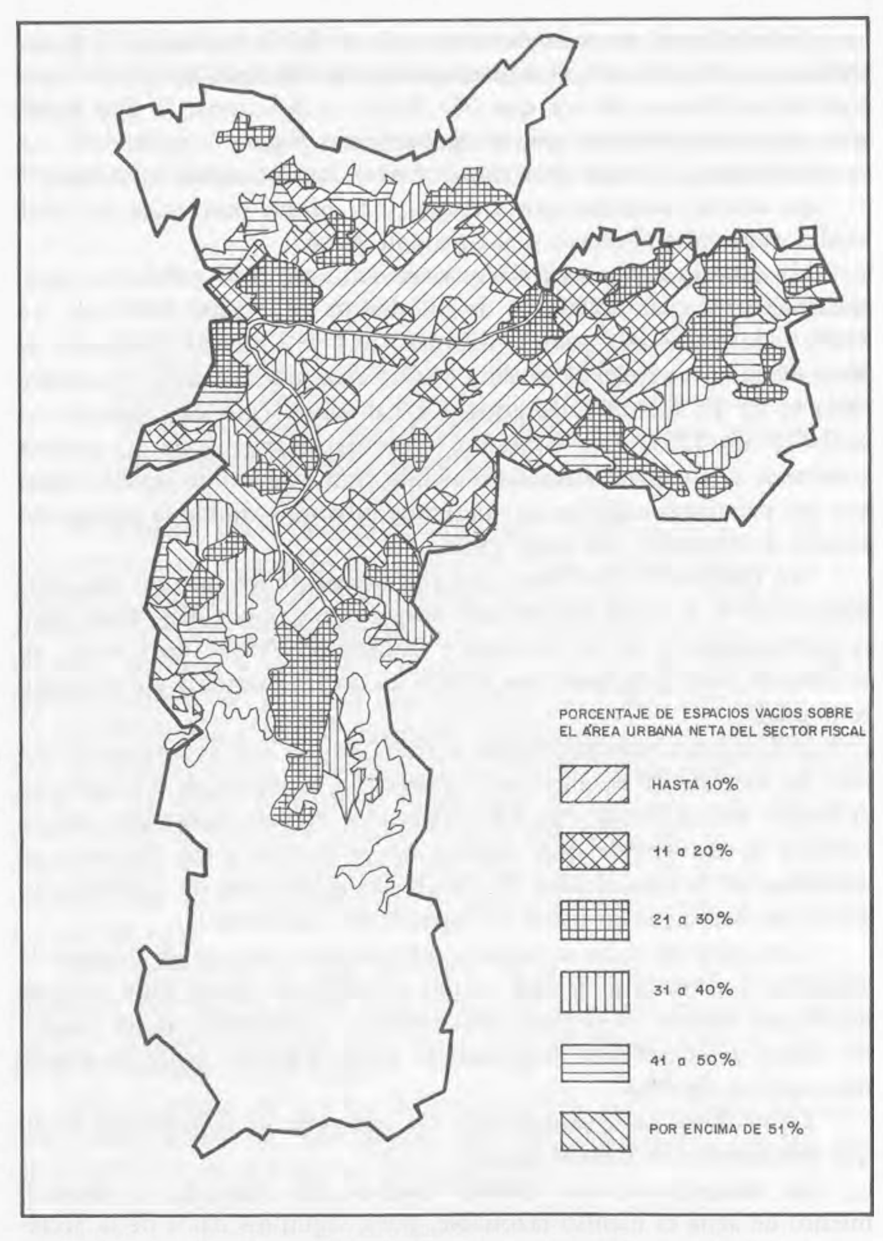
Los parques de São Paulo son prácticamente los mismos que existían en 1930. A partir de entonces surgen unos pocos más, entre ellos el de Ibirapuera y el recientemente inaugurado Parque do Carmo, en la distante zona este, pero que sirve a un área sin medios y densamente poblada.

El Departamento de Parques y Áreas Verdes del Ayuntamiento señala un total de 26 de ellos en el municipio, el mayor de los cuales es el Parque Anhangueria, con 7,5 millones de metros cuadrados, pero la carencia es tan grande que, aunque no se destine a esa finalidad, el «campus» de la Universidad de São Paulo recibe más de 100.000 personas los domingos en busca de espacio para divertirse.

Con respecto a las actividades propias del ocio, es de destacar la ausencia de campos de fútbol en una ciudad que forma parte del país donde ese deporte es el juego más común. A excepción de los clubes, los niños y los jóvenes disponen de pocos espacios públicos donde descargar su vitalidad.

En realidad, la ciudad padece de una serie de dificultades en lo que concierne a su infraestructura.

En relación con los servicios básicos, por ejemplo, el abastecimiento de agua es incluso razonable, pues, según los datos de la Secretaría Municipal de Planeamiento, el 91,5 % de los habitantes del área metropolitana y el 95 % de los de la capital se benefician del sistema



São Paulo: vacíos urbanos. Fuente: *São Paulo: crise e mudança*, 1990

productor. Pero el hecho de contar con una buena cobertura de la red de agua no implica regularidad en el servicio de abastecimiento, dificultado por la intensa expansión periférica producida y por el impacto de los grandes proyectos inmobiliarios y económicos.

Esa dinámica exige gran número de conexiones mensuales, lo que se deriva en un abastecimiento desigual: las zonas de la periferia, ocupadas prioritariamente por la población de menor renta, son las más deficitarias, tanto en cobertura como en regularidad y volumen de agua distribuida.

En relación con el saneamiento básico, la región metropolitana dispone de casi 11.000 kilómetros de red colectora de aguas residuales, el 88 % de los cuales se concentran en el municipio de la capital.

El sistema cuenta incluso con 93,5 kilómetros de interruptores, ocho estaciones elevadoras de interrupción previstas, tres de las cuales ya están en funcionamiento, y cuatro estaciones de tratamiento de aguas residuales.

No obstante, todo ello es aún insuficiente, ya que sólo beneficia al 59 y 65 % de la región metropolitana y de la ciudad de São Paulo respectivamente.

En lo que se refiere a los demás servicios –gas, energía eléctrica, teléfonos, etc.–, también hay un desajuste entre las necesidades de la población y su satisfacción efectiva.

En el sector telefónico, por ejemplo, el municipio de São Paulo atiende a sólo el 37 % de su mercado residencial mediante 1.420.000 terminales, siendo 920.000 destinados a particulares y los 500.000 restantes a la industria, comercio y servicios. Además, hay 113.000 líneas privadas, 23.000 teléfonos públicos y cerca de 13.000 aparatos de vídeo-texto.

Todos los datos aquí citados, referentes a los servicios públicos, muestran que hay una atención bastante desigual a la población, tanto espacialmente como en función del nivel socioeconómico de la misma.

En la ciudad, las áreas centrales o más ricas son mejor atendidas que la periferia, y el municipio como un todo recibe mejor asistencia que su región metropolitana.

En aquellos servicios autofinanciados, como el de teléfonos, por ejemplo, la desigualdad se extrema: basta recordar que a los sectores de mayor renta de la capital se los atiende en el 100 % de su demanda, a la clase media en un 65 % y a los habitantes más modestos en sólo un 17 %.

En síntesis: la lenta implantación, extensión y hasta ausencia de elementos de la infraestructura urbana contrastan con el dinamismo económico de São Paulo, así como la desigualdad en esa implantación produce nuevos tipos de contrastes: áreas bien pavimentadas, iluminadas y saneadas, mientras que otras están totalmente privadas de esos servicios.

Paralelamente a la expansión periférica horizontal, la intensa verticalización de la ciudad en ese período acentuó también los contrastes del diseño urbano y, aunque haya dado continuidad a un proceso que lleva ya varias décadas, adoptó en estas últimas algunas características diferentes.

La edificación de rascacielos, por ejemplo, dejó de restringirse al área central y, de los años 50 en adelante se extendió hacia los barrios.

En la década de los 60 la Avenida Paulista, a lo largo de la cual se alineaban las hermosas mansiones de los antiguos hacendados del café y de los inmigrantes enriquecidos en el comercio y en la industria, comenzó a atraer las actividades terciarias.

Hoy esa Avenida —una de las tarjetas postales de la ciudad— se ha transformado en un amplio pasillo de suntuosos rascacielos construidos en los más diversos estilos arquitectónicos que albergan el mayor centro financiero del país y ocupan el espacio de las grandes mansiones, de las cuales subsiste alguna que otra como recuerdo vivo del pasado.

Tales cambios atrajeron las inversiones inmobiliarias hacia la región y provocaron la verticalización de los barrios próximos a la Avenida, como fue el caso del Bela Vista y de Cerqueira César, por ejemplo.

Ya entonces los edificios se destinaban en gran parte al uso residencial. Obedecían a una tendencia acentuada en la década de los 70, cuando la política de vivienda del gobierno orientó los recursos oficiales al financiamiento de casas destinadas a quien mejor garantizase el retorno de las inversiones, con lo que se acabó privilegiando a los sectores de mayor renta.

Los edificios residenciales pasaron así a competir con los de uso comercial como preferencia de los grandes constructores.

A pesar de la crisis de los años 80, se construyeron más edificios en esa década tal vez que en cualquier otra, calculándose una media anual de 21.000 apartamentos o 3,5 millones de metros cuadrados capaces de alojar a 100.000 personas.

Otro factor también pesó en el frenesí de verticalización del período: la legislación urbanística.

Hasta 1957 sólo existía control sobre la altura de los edificios, sin referencia a otros límites, pero, a partir de ese año, el poder municipal estableció nuevas reglas, restringiendo el coeficiente de aprovechamiento del suelo. Los edificios de uso comercial podrían construir un área seis veces superior a la del terreno donde se levantasen y los residenciales sólo cuatro veces.

En 1972 se promulgaría la Ley de Distribución Zonal, que restringió aún más las posibilidades de edificación. Así, en el 40 % del área de São Paulo constituida de zonas estrictamente residenciales, el coeficiente máximo es uno; en el 86 % ese coeficiente es igual a dos y en sólo el 10 % de la ciudad se permite la construcción de áreas hasta cuatro veces superiores a la del terreno.

La combinación de esos factores estimuló el surgimiento de edificios de alto *standing,* con gran espacio de terreno disponible, donde las compañías constructoras crearon sofisticados equipamientos para disfrutar del ocio. Tales edificios aparecieron en muchos barrios residenciales de la ciudad, entre ellos el de Morumbi, que ejemplifica con claridad los cambios producidos en los últimos años.

Ese barrio, que provino del loteo de una antigua hacienda, estaba prácticamente desierto hasta la década de los 60. A partir de entonces, muchos moradores de la Avenida Paulista y de los barrios-jardín más antiguos, que veían cómo las calles próximas a sus casas se transformaban en galerías comerciales, traspusieron el río Pinheiros en busca de lugares más tranquilos y convirtieron a Morumbi en un barrio de grandes mansiones.

La ley de Distribución Zonal lo encuadró en la categoría Z-1, que sólo permitía la construcción de casas, pero liberó algunas áreas de esa restricción, de modo que a lo largo de los años 80 en ningún lugar de São Paulo surgieron tantos edificios de alto nivel como allí: aproximadamente 300, de los cuales 213 tienen apartamentos cuya superficie media es de 460 metros cuadrados.

Por todo ello, Morumbi es hoy el barrio paulistano que más crece y su nombre es sinónimo de riqueza. En él está situado el «Palácio dos Bandeirantes», sede actual del gobierno del estado; también el hospital «Alberto Einstein», uno de los mejor equipados del país; a él se trasladaron importantes y tradicionales colegios de la ciudad. Hace poco se

han inaugurado allí dos modernos *shopping centers*, después de la investigación que señaló la existencia en el barrio de 4.000 mansiones y 9.000 apartamentos de altísimo nivel.

Sus moradores, no obstante, divisan en el paisaje que tienen delante los conglomerados de cuatro favelas. Ese contraste chocante impone una situación de desconfianza, que recientemente ha llevado a que se multipliquen los edificios en comunidad cerrada, donde la seguridad es uno de los principales aspectos tenidos en cuenta.

Tales cambios y los demás que se han mencionado actúan en el sentido de diseñar una y otra vez a la ciudad, a lo que contribuyen también los efectos causados por la instalación del metro, sistema de transporte del que hablaremos más adelante.

La construcción de estaciones de acceso a los trenes subterráneos exigió la expropiación y demolición de edificios, así como la reforma y ampliación de espacios públicos. Las plazas de la Sé y Clóvis Bevilacqua, por ejemplo, en el corazón de la ciudad, llegaron a constituir un único espacio de grandes dimensiones, con una fisonomía totalmente nueva. También el Largo de São Bento fue alterado en profundidad, ganando mayor apertura hacia el valle del Anhangabaú.

Los nuevos barrios que surgen; los rascacielos que brotan como hongos en otros; la proliferación de favelas; la apertura de grandes avenidas y viaductos; los cambios espaciales del sector terciario; los grandes *shopping centers*; los museos: todos esos elementos, en fin, contribuyen a dar a quien conoció São Paulo en los años 60 la sensación de que está viendo una nueva ciudad.

Circulación estrangulada

La intensa circulación de peatones y vehículos por las calles de la capital tiene un peso considerable en su imagen de gran metrópoli.

Con la cantidad actual de 4,5 millones de vehículos motorizados, el espacio urbano se ha vuelto exiguo, sobre todo porque las inversiones en el sistema viario no han acompañado ese crecimiento.

Cabe recordar una vez más que, a partir de los años 30, la opción gubernamental en lo que se refiere a la locomoción urbana se decantó por el llamado «transporte sobre neumáticos», en detrimento del hasta entonces dominante «transporte sobre carriles».

Fuese por los intereses de las compañías petrolíferas internacionales, capaces de imponer sus decisiones a un país de capitalismo dependiente como Brasil; fuese por la convicción de los gobernantes de que la mejor solución sería el transporte rodado, lo cierto es que la carretera de tránsito rodado comenzó a competir e incluso llegó a sustituir a las vías férreas, que recibieron menos inversiones y, de entonces en adelante, iniciaron el camino hacia la obsolescencia.

Se multiplicaron las autopistas. Autobuses y automóviles comenzaron a predominar sobre tranvías y trenes, exigiendo de los poderes públicos los ajustes necesarios a tales cambios.

Uno de esos ajustes fue el Plan de Avenidas ya mencionado, creado por Prestes Maia a finales de los años 20. Como su propio nombre indica, privilegiaba el sistema viario, manteniendo la configuración radial concéntrica que lo caracteriza todavía, y que se derivó de la forma en que fue avanzando la urbanización. Esto quiere decir que todas las vías convergen en el centro de la ciudad, convirtiéndola en el polo principal de esa estructura.

Con el correr del tiempo, esa característica llevaría a la congestión constante del área central, que hoy apenas soporta el volumen de tráfico existente.

Hasta los años 50 el problema no existía. La motorización era aún pequeña y no llegaba a preocupar, pero la implantación de la industria automovilística provocó un rapidísimo crecimiento del transporte motorizado, especialmente del automóvil, que comenzó a disputar espacio en las calles de la capital. De los 120.000 vehículos que había en 1960 se pasó a casi 1.000.000 en 1974 y hoy, como ya se ha dicho, llega a 4.500.000.

El hecho consagró la preferencia por el transporte sobre neumáticos y, ya en la década de los 60, exigió nuevas soluciones para la circulación urbana.

En el centro de las discusiones entre los especialistas encargados de aportarlas, renació el viejo debate producido en 1927, cuando la Light sugirió la construcción del metro, anticipando lo que realmente sería una solución para el transporte de masas y, en consecuencia, para un tráfico más ordenado en São Paulo.

Algunos defendieron la implantación de trenes subterráneos, proponiendo una extensa red de 650 kilómetros que constituiría el nuevo eje estructurador del transporte metropolitano.

Otros prefirieron privilegiar el sistema viario, sugiriendo la construcción de 400 kilómetros de vías expresas.

Al fin se optó por la adopción de las dos alternativas, pero de forma limitada debido a la insuficiencia de capital para intervenciones estructurales de peso como las proyectadas.

La decisión perjudicó a ambas, ya que después de un momentáneo alivio del tráfico y una leve reestructuración del aglomerado metropolitano, no consiguieron responder a la creciente demanda.

En lo que se refiere a la circulación viaria, aún no está concluido el sistema de vías expresas proyectado, de las que son ejemplos las marginales de los ríos Tietê y Pinheiros [17], así como las Avenidas Vinte e Três de Maio, Radial Leste, Bandeirantes...

Esa ampliación insuficiente fue agravada porque continuó la urbanización a lo largo de los vectores intermunicipales, llevada a efecto de forma rápida, desordenada y dispersa. El proceso

> produjo un cuadro de deficiencias estructurales en la red viaria, con insuficiencias en cuanto a su capacidad, discontinuidades físicas, inexistencia de conexiones entre pasajes radiales, conflictos de diferentes modalidades de tráfico y con un sistema de transportes polarizado en el centro de la ciudad [18].

Por todo ello, la red viaria paulistana está saturada, sobre todo en el área central, en la cual convergen la mayoría de los trayectos.

Las deficiencias de circulación producen así bajas velocidades operacionales y como, aun de forma precaria, predomina el transporte colectivo [19], los más perjudicados son aquellos que no disponen de vehículo propio: generalmente los trabajadores de menor renta, obligados a desplazamientos diarios de larga duración.

Pero tampoco están libres de esa lentitud quienes poseen automóviles, lo que crea un verdadero círculo vicioso que actúa de la siguiente forma: como el transporte colectivo es lento y precario, el pro-

[17] Las marginales forman parte del anillo periférico —aún incompleto— que rodea al municipio y en el cual desembocan todas las autopistas federales y del estado con él conectadas.

[18] *São Paulo: crise e mudança,* p. 154.

[19] En 1987 el autobús representaba el 82% del volumen de pasajeros transportados y el 42 % de los viajes realizados.

pietario del automóvil tiende a utilizarlo, aumentando así la cantidad de vehículos en la calle y, con ella, la congestión que hace el tráfico aún menos rápido. De ese modo, todos sufren con el estrangulamiento del sistema.

El metro sería una de las grandes soluciones, pero su tímida implantación no atendió ni de lejos las necesidades urbanas.

Basta recordar que se previó una red mínima de 45 kilómetros, actualmente en fase de ampliación, pero de la misma sólo se han concluido 40 kilómetros, mientras que el metro de la capital mexicana, por ejemplo, iniciado en la misma época, tiene 140 kilómetros de extensión.

Además de tardíamente introducido, comparado con el de muchas ciudades de Europa, de los Estados Unidos, y con el de Buenos Aires, Argentina, el metro de São Paulo aún tiene una red de extensión insignificante.

Inicialmente se proyectaron dos líneas: la norte-sur, primera en ser inaugurada (1975) y la este-oeste, que comenzó a transportar pasajeros cuatro años después (1979).

El trazado de ambas es radiocéntrico y atraviesa, por tanto, el centro de la ciudad, manteniendo la norma de circulación vigente.

Aunque transporte a millares de personas diariamente y esté previsto poner en funcionamiento nuevas líneas, como es el caso de la que atraviesa la Avenida Paulista, el metro está lejos de atender a la demanda urbana. A corto plazo será difícil satisfacerla, dada la crisis económica y el alto nivel de las inversiones exigidas.

No obstante, ese transporte de masas produjo consecuencias profundas en el paisaje de la ciudad y tuvo también el efecto indirecto de mentalizar a la población sobre la necesidad de preservar el patrimonio urbano, obligando a los técnicos a buscar soluciones que evitasen los daños al mismo. Fue el caso de la escuela normal Caetano de Campos, llena de tantas tradiciones para São Paulo, cuya amenaza de demolición suscitó un gran clamor público, ante el cual se rehicieron los planos y se mantuvo el edificio.

Una revisión de la historia de São Paulo en las últimas décadas apuntará, pues, las grandes transformaciones sufridas por la ciudad, aunque muchas de ellas no siempre hayan significado excesivas mejoras.

Sin embargo, todos se orientaron en el sentido de modelarla en la configuración de una megalópolis.

En la mayor parte de ese período el país fue dirigido por gobiernos autoritarios que privilegiaron un modelo de acumulación capitalista basado en el desarrollo industrial, del cual fueron grandes beneficiarios el estado de São Paulo y su capital.

El sector industrial paulistano creció continuamente en los años 60 y 70 y sufrió cambios estructurales de peso con el avance de la producción de bienes duraderos y de capital.

El vigor de la industrialización acentuó la tendencia centrípeta del Municipio y de su área metropolitana, cuyo número de habitantes se amplió de modo considerable, tanto en función de los flujos migratorios como del crecimiento vegetativo de la población.

La expansión urbana fue rápida y desordenada, siguiendo un modelo periférico de crecimiento, orientado en buena parte por los intereses del mercado inmobiliario. En consecuencia, en lugar de producirse por contigüidad, dejó grandes espacios vacíos, abriendo claros en la densa selva de cemento que es São Paulo.

Paralelamente a la predominante expansión horizontal, la verticalización siguió en una curva ascendente, sobre todo en la década de los 80. Se amplió la tendencia observada a partir de 1940, cuando los edificios antes restringidos a la zona central se multiplicaron por los barrios, destinándose con mayor frecuencia a fines residenciales.

La política de vivienda favoreció a la población de mayor poder adquisitivo, en consonancia con la evolución económica que concentró anómalamente la renta y pauperizó salarios, beneficiando a los estratos sociales más ricos y determinando el descenso de las condiciones habitacionales de buena parte de la población. Ante la revalorización de los terrenos situados en áreas urbanas mejor equipadas, los sectores de menor renta, sujetos como los demás a las leyes del mercado inmobiliario, se vieron obligados a trasladarse a regiones periféricas distantes y a intentar resolver el problema de la vivienda a través de la autoconstrucción.

A los que no estaban en condiciones de comprar un lote modesto de tierra para construir su casa o pagar un alquiler, les quedó el recurso del conventillo o de la favela.

A partir de la década de los 60, creció el índice de alojamiento en conventillos, provocando la mayor densidad de algunas áreas centrales que, por primera vez en varias décadas, presentaron tasas anuales de incremento poblacional mayores que las de la periferia.

Proliferaron también las favelas, cuyo crecimiento fue explosivo en los últimos cuatro años.

El espacio urbano renovó su diseño en el sentido de acentuar algunos de los muchos contrastes que caracterizan a la ciudad. Barrios dotados de toda la infraestructura, donde se levantan lujosos edificios y mansiones en grandes terrenos ajardinados, se oponen a otros en que predominan las barracas construidas precariamente en favelas muy pobladas; hermosas avenidas pavimentadas y muy iluminadas, junto a calles periféricas oscuras, intransitables en días de lluvia...

En ese espacio de contrastes se mueven los paulistanos de forma lenta y costosa, como consecuencia de un sistema de circulación estrangulado por el desajuste entre la falta de inversiones en el mismo y el intenso crecimiento de vehículos y personas.

La opción por el transporte urbano sobre neumáticos concentró la atención de los planificadores en la red viaria de superficie, pero las insuficiencias de ésta exigieron planes en la década de los 60 para ampliarla y completarla con la instalación del metro.

Ambas iniciativas se revelaron tímidas en su ejecución, toda vez que la red de vías expresas concluidas es mucho más escasa de la que fue propuesta y el metro tiene una red de poca extensión.

En consecuencia, el tráfico es muy lento, lo que dificulta la locomoción y la vida de los paulistanos.

Hasta finales de los años 70, el continuo proceso de crecimiento económico de la ciudad estuvo ligado primero a las exportaciones de café y luego a la industrialización, pero las crisis de la década de los 80 y la urbanización desordenada, entre otros factores, exigieron ajustes que van modificando lentamente su perfil.

Aunque el municipio ocupe una posición de relieve en el sector industrial, hay una clara pérdida de empleo en el mismo, sustituida por la ampliación del sector terciario, que ha transformado a São Paulo en un centro de servicios altamente sofisticado, cuya influencia supera los límites metropolitanos, del estado y nacionales.

Alterando la tendencia de confinamiento al área central, el crecimiento de polos terciarios ha sido intenso y tiende a acentuarse, a medida que los *shopping centers* y los centros empresariales se multiplican, atrayendo hacia sí la hegemonía de la localización, en lo que atañe a tales actividades.

No obstante los grandes aportes de inmigrantes recibidos en las décadas de los 60 y 70 que, según algunos, hicieron de São Paulo la «mayor ciudad nordestina del país», por las razones ya señaladas a lo largo de este capítulo, la población está creciendo a índices visiblemente menores, tanto en el municipio como en la región metropolitana, a la vez que disminuye la migración.

El nuevo perfil, sin embargo, no anula la imagen de megalópolis que São Paulo proyecta y ya ha consolidado, ni tampoco atenúa los problemas con que debe enfrentarse ante el nuevo siglo que se aproxima.

Capítulo VIII

PAULICÉIA DESVARIADA (LA CIUDAD EN EL SIGLO XXI)

Alturas de la avenida. Tranvía 3. Asfaltos.
Vastos, altos chorros de polvo bajo lo arlequinesco del cielo oro-rosa-verde...
Las suciedades enmarañadas del urbanismo.

(Mário de Andrade, *Paulicéia desvairada*)

Los problemas urbanos

El título del presente capítulo es el mismo que el poeta Mário de Andrade le diera al libro que resonó como un grito del modernismo de 1922 y es válido para la megalópolis en que São Paulo se ha transformado.

Cualquier indicador sobre la misma es gigantesco y prueba la calificación de megaciudad que se le ha atribuido.

Su formidable concentración poblacional genera problemas que, en gran medida, son también comunes a cualquier metrópoli y sobre los cuales el mundo tendrá que meditar pues tienden a acentuarse. Según un informe del Banco Mundial, las últimas décadas han asistido a una verdadera explosión demográfica: entre 1975 y 1990, la población mundial aumentó de 4 a 5,3 billones de habitantes, previéndose que en el año 2000 habrá 22 ciudades con más de 10 millones de personas.

Esa tendencia a la formación de megalópolis es más clara en el Tercer Mundo, pues en los países desarrollados las grandes ciudades se han estabilizado e incluso están disminuyendo de población. En Estados Unidos, por ejemplo, por primera vez en dos siglos, el número de personas que se mudan a las áreas rurales superó al de las que buscan los centros urbanos. El actual avance tecnológico, el gran desarrollo de los medios de comunicación y de la informática, permiten a las empresas trasladarse a ciudades menores y a muchos ciudadanos desarrollar sus actividades en casa, estimulando la fuga de los núcleos urbanos mayores.

Los países subdesarrollados o en fase de desarrollo presentan una evolución diferente.

En Brasil, según un estudio divulgado por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE), el crecimiento demográfico en la última década superó las estimaciones de los técnicos e incorporó al país, en ese lapso 36,6 millones de brasileños [1], o sea un contingente poblacional próximo al de España.

Gran parte vive en ciudades que no paran de crecer. En 1980, la población urbana comprendía un 67,5 % del total de habitantes, porcentaje que, según las previsiones, aumentará al 80 % en el año 2000.

El cuadro es particularmente inquietante, pues el ritmo de desarrollo de la economía no ha acompañado el de la población, hecho que no se limita a Brasil. El Fondo Monetario Internacional estimó un crecimiento económico mundial del 2,7 % para 1991, pero tuvo que corregir sus previsiones y cambiarlas al 1,2 % en vista de la generalizada situación recesiva.

Por tanto, si la población crece más que la economía, la conclusión que surge es que cada nuevo ser humano es potencialmente un candidato a la miseria.

El riesgo es más manifiesto en el Tercer Mundo, donde la estructura productiva está básicamente asentada en las grandes concentraciones urbanas, cuya tendencia, por eso mismo, es la de crecer continuamente, generando una situación explosiva.

São Paulo no escapa de tal riesgo, a pesar de ser la ciudad más rica del país. En otro capítulo ya se han visto algunos de los muchos problemas con que se enfrenta: el desajuste entre número de habitantes e infraestructura urbana; la ausencia de áreas verdes que contribuyan al ocio y ayuden al control de la contaminación ambiental; la falta de acceso a la educación y la salud; la deficiencia en los transportes, en buena parte responsable del frenético ritmo de la ciudad, dadas las largas horas perdidas en el tráfico; la proliferación de favelas el conjunto, en fin, de procesos interrelacionados que determina la llamada «calidad de vida del ciudadano», cuyo nivel ha bajado gradualmente en São Paulo en los últimos años.

La conjugación de todos esos factores, agravados por la ya tantas veces mencionada crisis económica, genera un visible grado de tensión en el medio urbano, frecuentemente traducida en la irritabilidad del ciudadano y en otro elemento aún no comentado: la violencia.

[1] Brasil tiene actualmente 146.154.502 habitantes.

Aunque ese fenómeno de amplio espectro derive de procesos sociopolíticos que afectan a toda la población y no sea, por tanto, intrínseco al sistema urbano-industrial, es más fácilmente detectable en él.

Aunque también sean varias las formas de manifestación de la violencia, como el cercenamiento de la participación social, por ejemplo, o el pauperismo, la dificultad de acceso a los servicios públicos, etcétera, el aspecto que más se destaca es el de la criminalidad. Sobre ella existe el consenso, no sólo subjetivo o popular, de que su crecimiento se vincula al de la urbanización, cuyo ritmo, cuando se acelera sin el necesario soporte económico, produce efectos de variada naturaleza. Entre ellos, una fase de desorganización de los valores sociales existentes que favorece el surgimiento de conductas transgresoras de los códigos legales vigentes.

São Paulo ilustra claramente esa vinculación. A partir sobre todo de los años 60, cuando el desarrollo de la gran industria acentúa la tendencia centrípeta de la ciudad, su estructura económica no consigue integrar, de manera satisfactoria, a toda la población activa, generando el subempleo, la marginalidad social y, en consecuencia, el crecimiento de la criminalidad.

Hasta tal punto es verdad que, en las últimas décadas, ha ganado cuerpo la preocupación por la misma, revelada en el espacio que las noticias de crímenes ocupan en los medios de comunicación. Radio, periódicos, televisión, registran diariamente la violencia de hechos ocurridos en la ciudad y las sugerencias de autoridades ligadas al estado y a otras instituciones que buscan la solución del problema.

El aumento de la criminalidad lleva al riesgo de la trivialización y su constancia está generando graves consecuencias, entre ellas la de la sensación de miedo e inseguridad que acompaña al paulistano día tras día.

En los últimos años, ese miedo ha dejado de ser episódico y extraordinario para convertirse en un elemento estable, que afecta permanentemente la vida de las personas, haciéndolas encarar la ciudad como una fuente de peligro.

Las investigaciones hechas en São Paulo por dos estudiosos en 1978 [2] mostraron que el 71 % de los entrevistados tenía miedo de ser

[2] L. Kowarik, y C. Ant, «Violência: reflexoes sobre a banalidade do cotidiano em Sao Paulo», *Violência e cidade*, Río de Janeiro, Zahar, 1982.

asaltado, y más de la mitad no se atrevía a llevar a desconocidos en sus coches o detenerse para socorrer a alguien: «... el fenómeno revela una flagrante percepción de amenaza que acompaña al individuo en la vida diaria».

En consecuencia, la población se va imponiendo el cambio de hábitos y comportamientos, que van desde la elección de barrios y tipos de vivienda considerados más seguros, como apartamentos y edificios en comunidad cerrados, hasta cuidados personales minuciosos con el trayecto diario, los medios de locomoción, el tiempo de permanencia en las calles, etc.

En busca de soluciones

La violencia, la favelización, las carencias urbanas de todo tipo son problemas que los responsables de la administración de la ciudad y sus propios moradores deben intentar resolver. Si algunos son semejantes a los de todas las grandes metrópolis, en general, muchos son exclusivos o comunes a aquellos países donde está en marcha un «desarrollo dependiente».

Como señalan los estudiosos, en los países en que las economías nacionales están subordinadas a la economía central a través de una relación de dependencia específica, los índices de urbanización están diferenciados y condicionados «por el tipo de dominación/subordinación establecido». En ellos el crecimiento urbano está caracterizado por la concentración poblacional y por inversiones necesarias a la reproducción del capital [3] que, en un círculo vicioso, acaban por atraer más población, creando muchos de los problemas referidos.

Por otro lado, como corresponde al estado la implantación de la mayoría de los bienes y servicios urbanos, aunque gran parte de sus inversiones se concentre en las ciudades, aun así son insuficientes para

[3] «La ciudad es especialmente el lugar donde se reúnen las mejores condiciones para el desarrollo del capitalismo. Su carácter de concentración, de densidad, viabiliza la realización con mayor rapidez del ciclo del capital, o sea disminuye el tiempo entre la primera inversión necesaria para la realización de una determinada producción y el consumo del producto» M.E.B. Sposito, *Capitalismo e urbanização*, São Paulo, Contexto, 1989.

todas las necesidades generadas. Exigen, pues, opciones que no son imparciales, orientándose hacia aquellos lugares de la ciudad donde los sectores de mayor capacidad económica pueden ofrecerle un reintegro más rápido.

De ahí el crecimiento desmesurado del tejido urbano en la periferia, mientras que en áreas más próximas al centro se suceden los terrenos desocupados.

De ahí también la conclusión de que «las contradicciones sociales impuestas por el desarrollo capitalista están impresas en la estructura y en el paisaje urbano», y de que hay una lógica en el proceso, cuya inserción exige cambios profundos, aparentemente desordenada.

Ese proceso de expansión que ha producido «periferias apenas acabadas, agresiones al medio ambiente y desperdicios de toda naturaleza», está presente en São Paulo como se ha visto a lo largo de estas páginas, con todas sus consecuencias, también ya citadas.

Por todo ello, las perspectivas futuras de la ciudad no son alentadoras, a pesar de los cambios en su perfil, comentados en el capítulo anterior.

En su intento de atenuar al menos los problemas, la actual administración municipal ha propuesto un Plan Director [4], para ser puesto en marcha en 1991, que ha exigido estudios técnicos cuyos datos y conclusiones se han reunido en el libro *São Paulo: crise e mudança,* ampliamente aprovechado en el capítulo VII de este ensayo.

Cabe recordar que, asombrosamente, data de época reciente un planeamiento urbano más efectivo. Aunque la ciudad haya contado desde los años 20 con varios instrumentos de planeamiento y organización espacial, solamente en 1965, durante la gestión del entonces alcalde José Vicente Faria Lima (1965-1969) surgió un estudio que abarcaba expresamente el Plan Urbanístico Básico. La administración del alcalde José Carlos de Figuereido Ferraz lo amplió e instituyó en 1971 el Plan de Desarrollo Integrado (PLADI), oficialmente aún en vigor.

El nuevo Plan Director intenta señalar los rumbos de la expansión urbana, determinando, entre otros aspectos, los tipos de actividades que

[4] El *Plano Diretor* es ahora una exigencia de la Ley Orgánica del Municipio, una especie de constitución para el ámbito municipal, pero está siendo discutido por la Câmara de Vereadores.

serán desarrolladas en cada región del municipio, así como los recursos necesarios para la implantación del equipamiento urbano necesario...

De ese modo, en lo que se refiere a la distribución zonal, prevé dos macrozonas, delimitadas en función de las condiciones ambientales. Por tal criterio, la ciudad será dividida en regiones habitables y no habitables: las primeras sólo podrán ser ocupadas cuando atiendan a las exigencias ambientales y dispongan de infraestructura. Esto quiere decir que se intentará evitar la ocupación indiscriminada de áreas donde no exista la infraestructura necesaria exigida para unas mínimas condiciones de habitabilidad.

Por otro lado, a fin de reducir los costos de urbanización, se permite el aumento del coeficiente de densidad en lugares ya bastante apiñados, siempre que no falten los servicios urbanos necesarios para atender a los nuevos habitantes, propuesta que está desencadenando una intensa polémica.

Con vistas a la protección ambiental, se prevé desestimular el crecimiento industrial en la región sur, donde están los manantiales de las represas Billings y Guarapiranga, que abastecen de agua a la ciudad, siendo la industrialización orientada hacia la zona este de la ciudad.

En relación con los transportes, la falta de integración de los diversos sectores es responsable de las grandes distorsiones existentes, de modo que el Plan se propone intentar resolver la cuestión. Para ello será preciso optar entre la definición de una columna vertebral del sistema, que de igual manera podrá ser el metro como los carriles de autobuses o la red ferroviaria, y la integración de todas esas modalidades.

En lo que respecta al problema habitacional, se buscan mecanismos que faciliten el acceso a la propiedad de la tierra y la vivienda para la población de menor renta, así como la regularización de los terrenos y mejoras en favelas. Tal directriz implica una actitud realista que, en lugar de expulsar, busca incorporar a la legalidad a los millones de individuos clandestinos que viven irregularmente en São Paulo y cuyo traslado es casi imposible en la actual coyuntura.

La política inmobiliaria y de tierra es la más polémica y de difícil solución pues, como se ha visto, buena parte del espacio urbano está vacío y la retención de terrenos alcanza un inmenso valor. Se pretende, sin embargo, identificar las propiedades que no atienden a la función social y crear mecanismos que permitan devolver a la colectividad la valorización inmobiliaria derivada de la implantación de equipamientos.

Para la implementación de todas esas medidas se proponen también cambios en la actual estructura burocrática municipal, con el propósito de agilizarla a través de una descentralización que enfrente de manera más eficiente el gigantismo de la ciudad. Las 20 administraciones regionales en que está dividida São Paulo se suprimirán y, en su lugar, se crearán 13 subalcaldías, que, a semejanza de Milán, París y Nueva York, donde la experiencia ha dado resultado, tendrán mayores poderes, presupuesto y recursos propios.

No obstante, conviene repetir una vez más que los actuales esfuerzos de planeamiento no dejan de representar sólo paliativos ante el carácter estructural de los problemas urbanos acumulados a lo largo del tiempo. Las perspectivas de la ciudad para el nuevo siglo son muy sombrías y mucho más si se prolonga la grave recesión que marca la actual coyuntura económica brasileña.

A pesar de sus dificultades, de las carencias de todo tipo, de la creciente mentalización popular con respecto a las mismas, traducida en explosivos movimientos reivindicativos que vuelven aún más tenso el ambiente urbano, São Paulo es admirada y querida por sus habitantes, sobre quienes ejerce una fascinación inocultable.

Es una fascinación compuesta de miedo y amor, en que la ciudad se percibe como fuente de peligro, pero también de incontables facilidades; en que es alto el precio que hay que pagar para ser paulistano, lo que lleva a un permanente conflicto entre quedarse en ella o salir en busca de lugares más tranquilos, pero que para la mayoría vale la pena enfrentar; en que todos notan la ausencia de los hermosos paisajes tropicales de otras ciudades brasileñas, pero descubren atractivos diferentes y compensadores.

Su belleza es peculiar para el paulistano. Deriva del poder económico, de las oportunidades de toda clase que ofrece, de las numerosas actividades culturales, de los 96 teatros y 134 cinematógrafos, de las casi 300 bibliotecas, de las tres universidades, de los 60 museos, de los 500 hoteles, de los miles de restaurantes, de las fantasías, en fin, que despierta en el ciudadano común, en el cual infunde la esperanza de que sus sueños de éxito económico, social, intelectual, podrán realizarse.

Por ello, aunque el futuro acarree el riesgo de transformar la ciudad en la *Paulicéia desvairada* de que habla el poeta, el paulistano está muy apegado a ella, y no obstante la difícil supervivencia, lucha por todos los medios para permanecer allí.

CIFRAS DE LA CIUDAD DE SÃO PAULO EN 1991
(Fuente: Periódico *O Estado de São Paulo*, de 25 de enero de 1992)

Área	1.493 km^2
Área urbana	899 km^2
Población	9.480.427 habitantes
Población económicamente activa	5.708.950 habitantes
Densidad demográfica	6.497 hab./km^2
Tasa anual de crecimiento	1,22 %
Renta per cápita anual	8.164 $ USA
Electores	6.026.168
Escuelas de 1.er y 2.º grado	6.201
Hospitales	165
Kilómetros de calles asfaltadas	8.900
Autobús: número diario de pasajeros	5.800.000
Metro: número diario de pasajeros	2.500.000
Tren: número diario de pasajeros	1.284.800
Taxis	34.203
Vehículos particulares	3.614.799
Agencias bancarias	1.520
Industrias	32.467
Empresas de servicios	60.340
Establecimientos comerciales	54.921
Shopping centers	11
Aeropuertos	3
Movimiento de pasajeros en los aeropuertos en 1991	10.402.633
Teatros	96
Cines	134
Museos	60

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

Acontecimientos históricos					
	Años	En el mundo	En Brasil	En São Paulo (estado)	En São Paulo (ciudad)
Siglo xv	1492	Descubrimiento de América.			
	1500	Partida de Pedro Alvares Cabral hacia las Indias.	Descubrimiento de Brasil.		
Siglo xvi	1532	Pizarro cruza los Andes.		Fundación de la villa de São Vicente.	
	1554	Invención de la amalgama para la extracción de la plata.	Gobierno de don Duarte da Costa.		Fundación del Colegio de São Paulo.
	1560	Gustavo I inicia la dinastía de los Vasa y oficializa la Iglesia Luterana en Suecia.	Mem de Sá derrota en Río de Janeiro a los invasores franceses.	Demolición de la villa de São André.	Elevación de São Paulo a la categoría de villa.

Acontecimientos históricos

	Años	En el mundo	En Brasil	En São Paulo (estado)	En São Paulo (ciudad)
	1562	Comienzo de las guerras de religión en Francia.			Ataque de los tamoios a la villa de São Paulo.
	1580	Unión de las Coronas ibéricas bajo Felipe II de España.		Fundación del convento do Carmo en Santos.	
	1595	Los holandeses inician la colonización de las Indias Orientales.	Ataque a Recife del corsario inglés James Lancaster.		Construcción de la iglesia do Carmo.
	1598	El Edicto de Nantes asegura la tolerancia religiosa a los hugonotes.	Conquista del Río Grande do Norte.		Instalación de la Orden Benedictina y construcción de la iglesia de São Bento.
Siglo xvii	1615	Portugal pierde las islas Molucas a manos de los holandeses.	Expulsión de los franceses del Maranhao.	Los holandeses amenaza la villa de Santos.	
	1624	Inicio del gobierno de Richelieu en Francia.	Los holandeses invaden Bahía.		La orden de San Francisco se instala en la villa.
	1640	Restauración del trono portugués bajo la dinastía de Bragança.	Asume el gobierno el primer virrey de Brasil (don Jorge Mascarenhas).		Expulsión de los jesuitas.

Acontecimientos históricos

Años	En el mundo	En Brasil	En São Paulo (estado)	En São Paulo (ciudad)
1648	Pascal prueba la existencia de la presión atmosférica.	«Primeira batalla dos guararapes» contra los holandeses de Pernambuco.		Antonio Raposo Tavares parte de São Paulo para llegar a los Andes.
1674	Los holandeses invaden Martinica.	Comienzo de la conquista del Piauí.		Parte la «Expedición de las Esmeraldas», dirigida por Fernão Dias Pais.
1681		Se restituye la colonia del Sacramento a los portugueses.		São Paulo se convierte en sede de la capitanía.
1695	Nehemia Grew aísla el sulfato de magnesio.	Destrucción del «Quilombo dos Palmares».	Instalación de una casa de fundición de oro en Taubaté.	
1697	Termina la guerra de la Liga de Augsburgo.	El fuerte de Macapá, tomado por los franceses, vuelve a manos portuguesas.	Creada la Oidoría General en la capitanía.	
1700	Inicio de la Guerra de Sucesión Española.			Creación de la Comarca de São Paulo.

Acontecimientos históricos					
	Años	En el mundo	En Brasil	En São Paulo (estado)	En São Paulo (ciudad)
Siglo xviii	1709			Creación de la capitanía de São Paulo y Minas do Ouro.	
	1711		El francés Duguay Trouin invade Río de Janeiro.		São Paulo es elevada a la categoría de ciudad.
	1748	Montesquieu publica *De l'esprit des lois.*	Creación de las capitanías de Goiás y Mato Grosso.	Anexión de la capitanía de São Paulo a Río de Janeiro.	
	1750	Muerte de don João V de Portugal. Se inicia la era pombalina.	Tratado de Madrid. Portugal y España regularizan las fronteras de Brasil.	Don Luís de Mascarenhas deja el gobierno de la capitanía.	
	1763	Fin de la Guerra de los Siete Años. Francia pierde Canadá.	La capital se traslada a Río de Janeiro.	Nace en Santos José Bonifácio de Andrada e Silva.	
	1765			Restauración de la autonomía de la capitanía de São Paulo.	
	1773	Descubrimiento del oxígeno.			Inauguración de las «casinhas», el primer mercado paulistano.

ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS

AÑOS	EN EL MUNDO	EN BRASIL	EN SÃO PAULO (ESTADO)	EN SÃO PAULO (CIUDAD)
1777	Muerte de don José I de Portugal. Fin de la era pombalina.	Tratado de San Ildefonso entre Portugal y España confirmando las fronteras de Brasil.	El capitán general Martim Lopes Lobo de Saldanha gobierna la capitanía.	Muerte de Pedro Taques, historiador de São Paulo.
1787	Entra en vigor la Constitución norteamericana.			Apertura de la rua Líbero Badaró.
1788	Luis XVI convoca los Estados Generales.		Bernardo José de Lorena es nombrado 12.º gobernador y capitán general de São Paulo.	Construcción de la iglesia del Convento de la Luz.
1789	Revolución Francesa.	Conjuración minera.		
1792	Roget de Lisle compone *la Marsellesa.*		Inauguración de la «Calçada de Lorena».	
1793	Luis XVI de Francia es ejecutado.			Inauguración de la Casa de la Ópera.
1798	Napoleón Bonaparte inicia la campaña de Egipto.	Conjuración bahiana.	Inauguración de las líneas postales entre São Paulo, Santos y Río de Janeiro.	

	Acontecimientos históricos				
	Años	En el mundo	En Brasil	En São Paulo (estado)	En São Paulo (ciudad)
Siglo xix	1808	Bolívar asume el poder en Caracas.	Traslado de la Corte portuguesa a Brasil.		
	1815	Derrota de Napoleón en Waterloo.	Elevación de Brasil a la categoría de Reino Unido al de Portugal y Algarves.		Carta Regia por la que se crea una Junta de Justicia en São Paulo.
	1822	Champollion descifra los jeroglíficos.	Independencia de Brasil.	La provincia de São Paulo recibe solemnemente a don Pedro, el príncipe regente.	Estalla la «Bernarda» de Francisco Inácio.
	1825	Término de la segunda presidencia de Monroe.	Portugal reconoce la independencia de Brasil.	Creación de la primera Biblioteca Pública de la provincia.	Inauguración del Jardín Botánico.
	1828	Berlioz estrena la *Sinfonía fantástica*.	Brasil reconoce la independencia de Uruguay.		Instalación de la facultad de Derecho.
	1831	Descubrimiento del cloroformo.	Abdicación de don Pedro I.	Fundación en Porto Feliz de la primera logía masónica de la provincia.	
	1835	Aparecen los *Cuentos* de Andersen.	Comienzo de la regencia de Diogo Antonio Feijó.	José Cesário de Miranda asume la presidencia de la provincia.	La Ley N.° 18, del 19 de abril, crea el cargo de alcalde.

Acontecimientos históricos

Años	En el mundo	En Brasil	En São Paulo (estado)	En São Paulo (ciudad)
1840	Guerra del opio.	Ascensión de don Pedro II al trono de Brasil.		Inauguración del nuevo hospital de la Santa Casa de Misericórdia.
1849	Publicación de la Encíclica «Nostris et nobiscum», contra el socialismo.	Nace en Recife Nabuco de Araújo, famoso político del Imperio.		Inicio de la canalización del río Tamanduateí.
1852	Derrocamiento del dictador Rosas en Argentina.	El vizconde de Maná funda la Compañía de Navegación a Vapor del Amazonas.	Joaquim Otávio Nébias se convierte en presidente de la provincia.	Iluminación por gas de la ciudad.
1859	Gounod compone la ópera *Fausto*.	Muere el gran orador sacro fray Francisco de Mont'Alverne.		Fundación de la Sociedad de Beneficencia Portuguesa.
1864	Nobel inventa la nitroglicerina.		Francisco Inácio Marcones Homem de Melo asume la presidencia de la provincia.	Inauguración del Teatro São José.
1865	Fin de la guerra de secesión norteamericana.	Inicio de la guerra entre Brasil y Paraguay.		

Acontecimientos históricos				
Años	En el mundo	En Brasil	En São Paulo (estado)	En São Paulo (ciudad)
1867	Creación del Dominio Canadiense.	El tratado de Ayacucho cede a Bolivia el territorio del Acre.	Inauguración de la línea férrea Santos-Jundiaí.	Muere en la capital el brigadier Machado de Oliveira, autor del *Quadro Histórico da Provincia de São Paulo*.
1872	Se celebra en La Haya el Congreso Internacional de los Trabajadores.	Primer Censo General de Brasil.	João Teodoro asume la presidencia de la provincia.	Inauguración de la línea de tranvías a tracción animal.
1875	Firma del Tratado del Metro, que unifica las unidades de medida.	Quiebra del Banco Mauá.	Inauguración del trecho Campinas/Jaguari de la línea ferroviaria Mojiana.	Fundación del periódico *O Estado de São Paulo*.
1880	Fundación de la Compañía del Canal de Panamá.	Revuelta del Vintém en Río de Janeiro.		Se edita en São Paulo *Corréio de Itália*, primer periódico en italiano de la ciudad.
1886	Descubrimiento de oro en el Transvaal.		El barón de Parnaíba asume la presidencia de la provincia.	Creación del Albergue de los Inmigrantes.

ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS

	AÑOS	EN EL MUNDO	EN BRASIL	EN SÃO PAULO (ESTADO)	EN SÃO PAULO (CIUDAD)
	1888	Invención del motor a gasolina.	Abolición de la esclavitud en Brasil.	Contrato para la construcción del primer muelle de Santos.	
	1892	Formación del Partido Socialista Italiano.	Revuelta de las fortalezas de Lage y Santa Cruz en Río de Janeiro contra el presidente Floriano Peixoto.		Inauguración de la Escuela Politécnica.
	1900	Sube al trono de Italia Vittorio Emanuele III.	Brasil gana la disputa con Francia sobre el territorio del Amapá.	Rodrigues Alves asume la presidencia del estado.	Inauguración de las líneas de tranvías eléctricos.
SIGLO XX	1909	Fundación de la *Nouvelle Revue Française.*	Carlos Chagas descubre el «Mal de Chagas».	Fundación de la Academia Paulista de Letras.	Alcalde de São Paulo, Antonio da Silva Prado.
	1911	Porfirio Díaz renuncia a la presidencia de México.		Gobernador del estado: Manuel Joaquim de Albuquerque Lins.	Inauguración del Teatro Municipal.
	1913	Guerra en los Balcanes.	El pintor Lasar Segall exhibe la primera muestra de arte no académica en Brasil.		Surge la Facultad de Medicina.

Acontecimientos históricos

Años	En el mundo	En Brasil	En São Paulo (estado)	En São Paulo (ciudad)
1914	Primera Guerra Muncial.	Wenceslau Brás asume la presidencia del país.	Rodrigues Alves es el presidente del estado.	Alcalde del municipio, Washington Luis Pereira de Souza.
1915	Presentación de *El amor brujo* de Manuel de Falla.	Asesinato del político Pinheiro Machado.		La compañía City crea el Jardín de América, primer barrio jardín de la ciudad.
1922	Reconocimiento del Estado libre de Irlanda.	Fundación del Partido Comunista brasileño.	Washington Luís es el gobernador de São Paulo	Semana de Arte Moderno.
1929	*Crack* de la Bolsa de Valores de Nueva York.	Amoroso Costa publica el primer libro sobre lógica matemática en Brasil.		Inauguración del edificio Martinelli.
1932	F. D. Roosevelt es elegido presidente de Estados Unidos.	Creación de la Justicia Electoral.	Revolución Constitucionalista.	
1934	Represión del gobierno español al movimiento separatista catalán.	Promulgada la II Constitución republicana.		Creación de la universidad de São Paulo.

Acontecimientos históricos

Años	En el mundo	En Brasil	En São Paulo (estado)	En São Paulo (ciudad)
1938	Firma del Pacto de Munich.	Estallido de la Revuelta Integralista.	Ademar de Barros es nombrado «Interventor del estado de São Paulo».	Prestes Maia inicia su primera administración como alcalde.
1945	Fin de la II Guerra Mundial.	Derrocamiento de Getúlio Vargas.		Muere el poeta Mário de Andrade.
1947	La Ley de Sucesión repone la monarquía en España.	Fundación del Partido Socialista Brasileiro (PSB).	Inauguración de la pista ascendente de la Vía Anchieta.	
1948	Independencia de Ceilán.	Ruptura de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.	Muere el escritor paulista Monteiro Lobato.	Surgen el Museo de Arte Moderno y el Teatro Brasileño de Comedia.
1951	Independencia de Libia.	Getúlio Vargas es elegido presidente del país.	Lucas Nogueira Garcês asume el gobierno del estado.	Realización de la Primera Bienal de Artes Plásticas.
1960	Creación de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo).	Inauguración de Brasilia.	Gobernador: Castos Alberto Alves de Carvalho Pinto.	Alcalde: Ademar Pereira de Barros.

Acontecimientos históricos				
Años	En el mundo	En Brasil	En São Paulo (estado)	En São Paulo (ciudad)
1964	China hace estallar su primera bomba atómica.	Los militares asumen la jefatura del país.		Muere la pintora Anita Malfatti.
1974	Renuncia de Richard Nixon a la presidencia de los Estados Unidos.	Presidencia del general Ernesto Geisel.	Inauguración de la Rodovia dos Inmigrantes (trecho del Planalto).	Alcalde: Miguel Colassuono.
1975	Comienzo de la guerra civil del Líbano.	Acuerdo de Cooperación Brasil-Alemania Occidental para la actuación en la era nuclear.		Inauguración de la primera línea (norte-sur) del metro.
1978	Aldo Moro es asesinado en Italia.	Gobierno del general João Figueiredo.	Inauguración de la Rodovia dos Bandeirantes.	
1984	Ronald Reagan es elegido presidente de Estados Unidos.	Elección de Tancredo Neves, primer presidente civil después de los gobiernos militares.		Gobierna la ciudad de São Paulo el alcalde Mário Covas.
1988	El soviet supremo de la URSS lleva a Mijail Gorbachov a la presidencia de la República.	Promulgación de la actual Constitución brasileña.		Elección de Luisa Erundina como alcaldesa, primera mujer que gobierna la ciudad.

Acontecimientos históricos				
Años	En el mundo	En Brasil	En São Paulo (estado)	En São Paulo (ciudad)
1990	Invasión de Kuwait, dando inicio a la Guerra del Golfo.	En Río de Janeiro se celebra el VI Simposio Internacional sobre el SIDA.		

BIOGRAFÍAS *

Anchieta, José de (1534-1597). Jesuita español nacido en Tenerife, Islas Canarias. Integró el grupo de religiosos llegados a Brasil en 1554 con Duarte da Costa, el segundo gobernador general, y fue uno de los fundadores del Colegio de São Paulo. Su dedicación, así como su habilidad en el trato con los indios, serían fundamentales para la catequesis y la estabilidad del poblado nacido alrededor del Colegio. Autor de una gramática de la lengua tupí y de obras teatrales escritas para atraer al indígena, recibió el apelativo de «apóstol de Brasil» y fue beatificado en 1980 por el papa Juan Pablo II.

Nobrega, Manoel da. Jesuita portugués nacido en 1517. Llegó a Brasil en 1549 con Tomé de Souza, el primer gobernador general, y encabezó la primera misión religiosa de la América lusitana, dando comienzo así a la influyente obra educacional y de catequesis de la Compañía de Jesús en Brasil. Ordenó la fundación del Colegio de São Paulo y, al igual que José de Anchieta, dejó cartas y otros textos que hoy son preciosas fuentes para la historia del período colonial. Murió en Río de Janeiro en 1570.

Tavares, Antônio Raposo. Famoso *bandeirante* nacido en Portugal (1598), cuyas hazañas en la exploración de los sertones brasileños lo transformaron en la figura más significativa de la fase del *bandeirismo de apresamiento* (primera mitad del siglo XVII). Destruyó las misiones jesuíticas españolas del Guiará, Tapes e Itatim (sur y suroeste de Brasil), matando o esclavizando

* La elección de los biografiados obedeció a la preocupación por destacar figuras representativas en las diferentes esferas de la actividad humana, que hayan sido agentes de la transformación de la ciudad de São Paulo o contribuido a su engrandecimiento. La nómina de los mismos responde a una relativa sucesión cronológica.

a millares de indígenas. Su última *bandeira* fue la mayor de todas las expediciones de reconocimiento geográfico realizadas en el continente americano durante el período colonial. Partiendo de São Paulo en 1648, Raposo Tavares llegó a la Amazonia y a los contrafuertes de los Andes, en un recorrido que superaba los 12.000 kilómetros. Murió en fecha incierta, tal vez en 1659.

Taques, Pedro (Pedro Taques de Almeida Paes Leme). Historiador paulista nacido en 1714 y fallecido en 1777. Se dedicó a los estudios de Historia y Genealogía, ocupando un lugar de relieve en el ambiente cultural de São Paulo en el siglo XVIII. Obras destacadas: *História da Capitania de São Vicente, Nobiliarquia Paulistana: genealogia das principais famílias de São Paulo, Informaçoes sobre as minas de São Paulo.*

Andrada e Silva, José Bonifácio de (1763-1838). Llamado el «patriarca de la Independencia», gracias a su importante actuación en el movimiento de emancipación de Brasil. Nació en Santos (estado de São Paulo) y se graduó en Ciencias Naturales y Derecho por la Universidad de Coimbra. Adquirió renombre como científico, pero al regresar a Brasil en 1819 se vio inmerso en los acontecimientos políticos de la época. Entre otros cargos, ejerció el de vicepresidente de la Junta Gubernativa de São Paulo (1821) y el de Ministro del Imperio y de los Extranjeros. Su influencia fue fundamental para que el país, en el proceso de independencia, mantuviese la forma de gobierno monárquico y la integridad territorial.

Feijó, Diogo Antônio (1784-1843). Sacerdote paulista de gran significación en el medio político de su época. Diputado a las Cortes Constituyentes de Lisboa, luchó abiertamente por la independencia de Brasil. Fue ministro de Justicia en 1831 y regente del país en 1835, cuando hizo frente a serias revueltas civiles, algunas de ellas de carácter separatista, como la Revolución Farrroupilha (Andrajosa), por ejemplo, producida en Rio Grande do Sul. Escribió varios libros, entre ellos la *Lógica das Naçoes* y *Preliminares da Filosofia.* Como religioso fue mal visto por la Iglesia, al defender la abolición del celibato sacerdotal.

Vergueiro, Nicolau de Campos. Nacido en Portugal (1778), tuvo una importante actuación en Brasil como político y hacendado. Estuvo a favor del movimiento de independencia y ejerció varias funciones públicas, siendo constituyente en 1823, diputado en 1826, senador en 1828, miembro de la Regencia Trina Provisional en 1831, después de la abdicación del emperador Pedro I. Trajo colonos extranjeros (portugueses, suizos y alemanes) para trabajar en las propiedades rurales que poseía en São Paulo (municipios de Limeira y Piracicaba), en una experiencia pionera que ligó

definitivamente su nombre a la introducción del trabajo libre en Brasil. Murió en Río de Janeiro en 1859.

Prado, Antônio da Silva (barón de Iguape). Fue uno de los hombres más ricos de su época, diferenciándose de la élite agroexportadora por haber hecho fortuna en el ámbito del comercio interno. Nació en la ciudad de São Paulo (1788) y se dedicó a los más diversos negocios, habiendo sido cobrador de impuestos, negociante de azúcar, tropero, señor de ingenio en Jundiaí y banquero. Los intereses mercantiles tal vez se constituyeron en estímulo de la acción política que desarrolló paralelamente. Tomó parte activa en el movimiento de la independencia, ejerció funciones de capitán mayor de la ciudad de São Paulo (1825) y de vicepresidente de la provincia (1841-1842). En 1848 recibió del gobierno imperial el título de barón de Iguape. Murió en 1875.

Rendon, José Arouche de Toledo (1788-1834). Intelectual y político, fue el primer director de la facultad de Derecho de São Paulo. Paulista de la capital, se graduó en la universidad de Coimbra y, al volver a su tierra natal, militó en el movimiento de independencia y fue constituyente en 1823. Además de ejercer como abogado, desempeñó varias funciones públicas, entre ellas la de procurador de la Corona. A él se debe la introducción del cultivo y fabricación de té en la provincia de São Paulo. Escribió la «Memória sobre a civilizaçâo e catequese dos índios», publicada en la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro.*

Campos Sales, Manoel Ferraz de. Segundo presidente civil republicano, nació en Campinas (São Paulo) en 1841 y murió en 1913. Fue ministro de Justicia en 1889, gobernó São Paulo entre 1894 y 1898 y Brasil en el período 1898-1902. En su mandato presidencial procuró sanear las finanzas del país a través de rígidas medidas financieras. Con el propósito de garantizar su cumplimiento, ideó la conocida «política de los gobernadores», por la cual el gobierno federal se comprometía a no intervenir en los estados a cambio del apoyo estricto de sus gobernadores. Tal sistema favoreció a los grandes estados, sobre todo a São Paulo, cuya hegemonía se amplió a partir de entonces.

Matarazzo (conde Francisco de). Empresario que en los inicios de la industrialización brasileña creó en São Paulo el mayor complejo industrial de Suramérica. Nacido en Italia en 1854, llegó a Brasil en 1881, haciendo fortuna a partir de un pequeño negocio rural. Sus actividades se insertan en la fase de transición de una economía agroexportadora a la urbano-industrial y analizar su crecimiento permite entender mejor la referida fase. Mu-

rió en 1937, legando a sus herederos un patrimonio fabril que hasta hoy tiene significado en la economía brasileña.

Washington Luís, Pereira de Souza. Presidente de Brasil en el período 1926-1930, puso fin a la etapa conocida como Primera República. Nació en Macaé, Río de Janeiro, en 1870, pero desarrolló toda su actividad política en São Paulo. Fue diputado del estado, alcalde de la capital (1914-1919) y gobernador del estado (1920-1924). Asumiendo la presidencia de Brasil en una fase agitada de la vida política nacional, agravada por la crisis económica de 1929, la revolución de 1930 interrumpió su mandato, por lo que debió exiliarse y sólo volvió al país en 1945, cuando Getúlio Vargas abandonó el poder. Washington Luís fue también un estudioso de la historia paulista: publicó, entre otras obras, la *Contribuição para a história da Capitania de São Paulo*. Murió en 1957.

Sales Oliveira, Armando de. Fue el fundador de la universidad de São Paulo. Político y periodista, dirigió durante más de veinte años (1915-1938) *O Estado de São Paulo*, uno de los más antiguos y prestigiosos periódicos brasileños. Fue elegido gobernador de São Paulo en 1934 y se le nominó como candidato a la presidencia de la República en 1936, pero el golpe de Getúlio Vargas, que implantó el «Estado Nuevo», forzó la suspensión de su campaña. Nació en 1887 en la ciudad de São Paulo, donde murió en 1945.

Andrade, Mario Raul de Morais (1893-1945). Lideró el movimiento modernista de 1922 que tuvo en São Paulo, con la «Semana del Arte Moderno» una de sus más sonadas manifestaciones. Sumamente versátil, fue poeta, novelista, musicólogo, ensayista, crítico literario, periodista y profesor de Historia de la Música en el Conservartorio Dramático y Musical de São Paulo. Se dio a conocer en 1917 con *Há uma gota de sangue em cada poema*, pero fue *Paulicéia desvairada* la obra que realmente fijó los principios estéticos del movimiento modernista. Como novelista, su obra más famosa es *Macunaíma, el héroe sin ningún carácter* (1918).

Malfatti, Anita. Famosa pintora paulista nacida en 1896 que desempeñó un importante papel en el movimiento modernista de la década de los 20. Se perfeccionó en Alemania y en Estados Unidos, frecuentando en Nueva York la «Independent School of the Arts». De regreso a Brasil realizó una exposición que, en su búsqueda de expresiones artísticas renovadoras, rompió con los cánones estéticos tradicionales y provocó una intensa polémica. Murió en 1964.

Prestes Maia, Francisco. Ingeniero y político paulista que en dos ocasiones —1938 y 1961— estuvo al frente de la alcaldía de São Paulo, revelando

gran eficiencia en la administración de la ciudad. Autor del *Plan urbanístico* de 1929, abrió grandes avenidas y numerosas calles, fundó una red de bibliotecas públicas y, en su segunda gestión, inició los servicios preliminares necesarios para la construcción del metro. Su visión de urbanista contribuyó a imprimir una nueva fisonomía a la ciudad de São Paulo. Nació en 1895 y murió en 1965.

Faria Lima, José Vicente de (1909-1969). Militar de Aviación, donde alcanzó el cargo de brigadier, fue también político activo y alcalde de la ciudad de São Paulo en el período 1965-1969. Su administración se destacó como una de las más eficientes de la historia paulistana por el volumen e importancia de las obras realizadas. Siguiendo el Plan Urbanístico Básico que mandó elaborar, abrió avenidas como la Rubem Berta, la 23 de Maio y las Marginais de los ríos Pinheiros y Tietê. Construyó plazas y viaductos, modernizó la iluminación pública y sobre todo dio continuidad a la construcción del metro, implantando las primeras líneas y provocando profundas alteraciones en el paisaje urbano. Nació y falleció en Río de Janeiro.

Taunay, Affonso d'Escragnolle (1876-1958). Historiador cuyo nombre es una referencia indispensable para la elaboración de la historia de São Paulo. Hijo del vizconde de Taunay —conocido militar y escritor brasileño— se graduó en ingeniería pero de inmediato se dedicó a la investigación histórica. Fue director del Museo Paulista, miembro del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño y de la Academia Brasileña de Letras. Dejó una abundante obra, de la cual pueden destacarse la *História Geral das Bandeiras Paulistas,* la *História do Café no Brasil* y la *História da cidade de São Paulo...*

Holanda, Sérgio Buarque de (1902-1982). Gran historiador brasileño, ensayista y crítico literario, cuya obra es fundamental para el conocimiento de la historia del país. Nació en São Paulo pero se graduó en Derecho en Río de Janeiro, donde fue profesor y periodista. Director del Museo Paulista de 1946 a 1956, dos años después consiguió la cátedra de Historia de la Civilización Brasileña en la Universidad de São Paulo, donde permaneció hasta 1970 y fundó el Instituto de Estudios Brasileños. El profundo conocimiento de la cultura brasileña, la capacidad de analizar, el gusto por interpretar, aliados a un envidiable estilo, son características inimitables de su obra, en la cual dedicó un amplio espacio a la historia de São Paulo. Además de *Raízes do Brasil,* editado en 1936, y de otros numerosos ensayos, publicó también Monçoes (1945), Visão do Paraíso (1959), *Caminhos e Fronteiras* (1957), *Do Império à República* (1972)...

Prado (junior), Caio (1907-1990). Procedente de una ilustre familia paulista es autor de relieve en el panorama intelectual brasileño. Ejerciendo una in-

tensa actividad política, tomó parte activa en la creación del Partido Democrático (1926), participó de la Revolución del 30, fue diputado del estado por el Partido Comunista Brasileño. Creó también la Editora Brasiliense, la *Revista Brasiliense* y la Gráfica Urupês. Su importante obra incluye, entre otros libros, *Evolução política do Brasil* (1933), *Formação do Brasil Contemporâneo* (1942), *História Econômica do Brasil* (1945), *A revolução brasileira* (1966)...

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía comentada

Las fuentes que se refieren a la ciudad de São Paulo son variadas y ricas desde el punto de vista cuantitativo, pero aun así insuficientes para el análisis de numerosos aspectos y fases de su evolución histórica.

Las grandes lagunas existentes derivan de múltiples factores que, en relación con los períodos de tiempo más distantes, están originados principalmente por la tendencia actual de los investigadores de volcarse a la historia más reciente.

Un balance de la historiografía brasileña de las últimas décadas mostrará que, hasta aproximadamente los años 60, tal vez debido a la perspectiva ofrecida por el distanciamiento en el tiempo, los estudiosos privilegiaban los períodos colonial y monárquico. A partir de entonces se invirtió la tendencia y proliferaron las investigaciones sobre el siglo xx, surgiendo de inmediato un problema: la continuidad de las lagunas referentes a aquellas épocas, cuyo conocimiento podría ahora, no obstante, ser mejor adquirido con el moderno instrumental de análisis existente y los nuevos enfoques teóricos surgidos.

De ese modo, amplios períodos históricos permanecen prácticamente intactos, como el siglo xvi, por ejemplo, que para Paulo Prado era un misterio en su casi totalidad, o como buena parte de los siglos xviii y xix, sobre todo hasta 1870, en que numerosos personajes y acontecimientos están aún esperando su rescate del limbo de la historia.

Ante la complejidad de los procesos y la formidable cantidad de informaciones acumuladas por los documentos, también faltan síntesis, principalmente sobre los diversos períodos, que faciliten la reconstrucción global del pasado.

Sea como fuere, para quien desee conocer de manera más profunda la historia de São Paulo, cabe mencionar necesariamente, además de la bibliografía propiamente dicha, las fuentes primarias, impresas o no. La referencia será limitada, pues no cabrían todas las obras en el espacio de estas páginas.

Los relatos jesuíticos son fundamentales para los primeros siglos de colonización, destacándose entre ellos los de M. da Nóbrega (*Cartas do Brasil*, Río de Janeiro, Academia Brasileira de Letras, 1931) y de J. de Anchieta (*Cartas, informaçoes, fragmentos históricos e sermoes,* Río de Janeiro, Academia Brasileira de Letras, 1933). Aunque traten principalmente de los indios, hay en ellos informaciones preciosas sobre el sitio urbano de São Paulo y la población que ayudaron a crear.

Las *Atas da Câmara da Vila e da Cidade de São Paulo* y los *Inventários* e *Testamentos* forman parte del acervo del Archivo Público del estado de São Paulo y permiten reconstruir la vida cotidiana del poblado colonial, así como su organización sociopolítica y administrativa.

Deben señalarse también otras fuentes oficiales: los *Documentos interessantes para a história e costumes de São Paulo,* por ejemplo, registran la correspondencia y los relatos de los capitanes generales que gobernaron São Paulo a partir de las últimas décadas del siglo XVIII. Ya los *Relatórios de Presidentes de Província* se refieren a la fase nacional y son una especie de rendición de cuentas de esos administradores.

Entre los numerosos paulistas cultos que integraron las últimas administraciones coloniales, algunos produjeron «memórias» y «reflexoes» sobre las condiciones económicas y sociales de la capitanía, hoy valiosas para la historiografía, como es el caso, por ejemplo, de J. Arouche de Toledo Rendon (*Obras,* São Paulo, Governo do estado de São Paulo, 1978), y A. Rodrigues Veloso de Oliveira (*Memória sobre o melhoramento da Província de São Paulo,* São Paulo, Governo do Estado de São Paulo, 1978).

Para el siglo XIX en general no puede olvidarse la obra de los viajeros extranjeros que comenzaron a llegar a Brasil después del traslado de la Corte portuguesa en 1808. Eran científicos, negociantes, religiosos, soldados mercenarios que recorrieron el país de punta a cabo, comparando las costumbres locales, regionales y nacionales con las europeas, y registraron sus impresiones en libros que hoy constituyen una valiosa fuente de información, como por ejemplo los de Saint-Hilaire, John Mawe, Gustavo Beyer, Emílio Zaluar y Von Martius, entre otros.

Las estadísticas de los primeros siglos de colonización sobre la economía y demografía urbanas son sumamente escasas, pero a partir de 1760 São Paulo ya dispone de una documentación de ese tipo titulada «Maços da população», que contiene datos sobre la producción económica de cada localidad, el número de habitantes, su distinción por sexo, edad, etc.

También los *Almanaques da Província de São Paulo* para el siglo XIX y para el siglo XX, las publicaciones del *Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística,* así como las de los órganos estaduales y municipales especializados, proporcionan las cifras indispensables para los estudios de naturaleza económico-demográfica sobre la ciudad.

No menos importantes son las *Posturas Municipais,* cuya primera y tardía codificación data de 1875, y que constituyen una legislación valiosa para conocer la influencia de la voluntad colectiva sobre el paisaje urbano.

Cabe recordar también los *Mapas e Plantas* antiguas, así como los *Albuns de Desenhos e Fotografias,* fuentes que permiten al historiador vislumbrar mejor el espacio urbano.

En cuanto a la bibliografía en general, un comentario sobre la misma no podría dejar de incluir a los autores de importantes ensayos interpretativos de la formación brasileña, indispensables para la comprensión del proceso histórico también en São Paulo. Es el caso de los ampliamente citados Caio Prado Jr., Sérgio Buarque de Holanda y G. Freyre, un trío que surgió en la década de los 30 para revolucionar la historiografía tradicional por el carácter de ruptura que mostró frente a la misma.

Cronológicamente G. Freyre fue el primero, con la publicación de *Casa-grande e senzala. Formação da família brasileira sob o regime de economia patriarcal* (Río de Janeiro, Maia & Schmidt Ltda., 1933) existe edición castellana: *Casa-grande y senzala,* trad. de Benjamín de Garay y Lucrecia Manduca, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, y *Sobrados e mucambos. Decadência do patriarcado rural e desenvolvimento do urbano* (São Paulo, Editora Nacional, 1936). Ambos libros se inspiran en la antropología cultural norteamericana y son pioneros en resaltar, sin prejuicio de raza, la importancia cultural del negro en el pasado brasileño.

En 1933, Caio Prado Jr. publica *Evolução política do Brasil,* primer intento de síntesis bajo la óptica marxista, pero su gran libro será *Formação do Brasil contemporâneo,* aparecido en 1942, cuya línea interpretativa es también la del materialismo histórico.

Raízes do Brasil, de S. Buarque de Holanda (Río de Janeiro, José Olímpio, 1936), es un clásico de la historiografía. Se inspiró en el criterio tipológico de Max Weber, pero lo modificó para explicar los fundamentos del destino histórico de Brasil y de sus manifestaciones en los más diversos aspectos. Es particularmente importante para la historia urbana por el capítulo dedicado al análisis de las diferencias entre las ciudades fundadas en América por españoles y portugueses.

No se puede dejar de mencionar también la *História Econômica do Brasil,* de R. C. Simonsen (São Paulo, Editora Nacional, 1957), relativa a la economía colonial, y la *Formação Econômica do Brasil* (1959), de C. Furtado, cuyo objetivo es analizar los fundamentos económicos del país a través del tiempo, destacando la función del mercado interno en la formación del capitalismo brasileño.

Aparte de éstos, hay muchos otros autores que no pueden olvidarse, sobre todo cuando se trata de la historia de São Paulo propiamente dicha. Es el caso

de T. Sampaio, que tiene varios trabajos mencionados en este libro; de A. Ellis Jr. con *O café e a Paulistânia* (São Paulo, 1951), *O ouro e a Paulistânia* (São Paulo, 19...), *A economia paulista no século* XVIII (São Paulo, 1950), etc.; de E. Egas (*Os municípios paulistas,* São Paulo, 1925); de N. Santana (*São Paulo Histórico,* São Paulo, 1937/1944) y muchos más.

Por ello, el conjunto de libros que a continuación comentaremos brevemente, constituye solamente una pequeña muestra de lo que se ha escrito sobre São Paulo. Dado el límite impuesto a estas páginas, la selección es relativamente aleatoria y a veces se ha tenido que incluir sólo un representante de determinado tema, período de tiempo o tipo de fuente. Es el caso de los viajeros, de los cuales se ha elegido uno solo, o de las obras sobre industrialización, proletariado, *bandeirismo,* cambios urbanísticos, demografía...

Por otro lado, varias de ellas se refieren al estado de São Paulo, pero contienen datos indispensables sobre la capital y su historia.

Alcãntara Machado, J., *Vida e morte do bandeirante* (São Paulo, Martins/Brasília, INL, 1972).

Aparecido en 1929, este hermoso libro utiliza como fuente casi exclusiva los inventarios y testamentos de los siglos XVI y XVII para recrear la compleja red de relaciones –familiares, sociales, religiosas, etc.– urdida por los habitantes de la población de São Paulo en el período señalado. Fue una obra pionera en su época, al describir minuciosamente la vida cotidiana paulista sin dejar de insertarla en el contexto histórico más amplio.

Bastide, R. y Fernandes, F., *Brancos e negros em São Paulo* (Ensaio sociológico sobre aspectos da formação, manifestaçoes atuais e efecitos de preconceito de cor na sociedade paulistana), São Paulo, Editora Nacional, 1971 (3.ª ed.).

El subtítulo de este libro, que toma a la ciudad de São Paulo como «locus» de la investigación, define bien su objeto. Dividido en cinco capítulos, el primero de ellos, «Del esclavo al ciudadano», es particularmente importante para los fines de esta relación bibliográfica, pues, proponiéndose registrar la introducción y el crecimiento de la población negra, sigue con abundante documentación el proceso histórico de la ciudad.

Bruno, E. da S., *História e tradiçoes da cidade de São Paulo,* Río de Janeiro, José Olímpio, 1954, 3 volúmenes.

Esta obra es fundamental para la historia de la ciudad de São Paulo, cuya evolución sigue desde sus orígenes hasta el año 1953. Cada volumen de los tres que la componen está dedicado a una fase de la urbanización, durante la cual la ciudad adopta la característica que, según el autor, la individualiza. El primer volumen analiza el período 1554/1871 y se titula *Arraial de sertanistas*

(Aldea de sertanistas). Entre 1828 y 1872 São Paulo será *O burgo de estudantes,* y de 1872 a 1918 *A metrópole do café.* El período siguiente, 1918/1953, es analizado en un *Apéndice.*

Camargo, J. F. de, *Crescimento da população no estado de São Paulo e seus aspectos econômicos,* São Paulo, IPE/USP, 1981.
Este trabajo pone de relieve la interdependencia entre el crecimiento demográfico del estado de São Paulo y el de su economía. Basado en censos, permite seguir la marcha de la inmigración extranjera y de las migraciones internas hacia la capital, y comparar los datos relativos a la economía y población de aquélla con los de otras regiones del estado.

Cano, W., *Raízes da concentração industrial em São Paulo,* Río de Janeiro/São Paulo, DIFEL, 1977.
Al estudiar la industrialización de São Paulo, Wilson Cano señala su íntima relación con el «complejo cafetero», destacando las peculiaridades que lo caracterizaron, entre ellas la de que el capital industrial no proviniera del comercio sino de la actividad agrícola.

Holanda, S. B. de, «São Paulo», *História Geral da Civilização Brasileira,* tomo II, *O Brasil monárquico,* vol. 2, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1964.
No se puede dejar de mencionar este capítulo del libro por la riqueza de informaciones y de interpretación que ofrece. El período analizado no tiene hitos cronológicos rígidos, abarcando el lapso comprendido entre mediados del siglo XVIII y del XIX. El objeto del análisis es la sociedad paulista en sus manifestaciones políticas, sobre todo en la fase de la independencia, cuando São Paulo tiene un papel de relieve en el proceso.

Holanda, S. B. de, «Movimentos da população em São Paulo no século XVIII», *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros,* n.° 1, São Paulo, USP, 1966.
Se refiere el artículo a las fluctuaciones demográficas producidas en el poblado de São Paulo principalmente durante el siglo XVII. Por ello probablemente haya habido una errata de impresión al mencionar en el título el siglo XVIII. Como los demás trabajos de Sérgio Buarque de Holanda, es un fino ensayo interpretativo en que lo particular, lo singular, están siempre presentes en el proceso histórico más general. Por tal motivo es fundamental en esta relación bibliográfica.

Kowarik, L., *A espoliação urbana,* Río de Janeiro, Paz e Terra, 1980.
Un hermoso libro sobre los problemas de los habitantes de la ciudad, especialmente los de menor renta. Apunta la relación entre el deterioro de la calidad de vida de los mismos en las últimas décadas y las deformaciones del modelo económico brasileño.

Love, J., *A locomotiva: São Paulo na Federação Brasileira (1889/1937)*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1982 (traducción).

El título del libro hace referencia a la imagen que muchos paulistas tienen de su tierra: la de una locomotora que conduce a los demás estados de Brasil, representados por vagones de carga. El autor analiza el papel desempeñado por São Paulo entre 1889, cuando se instaura el régimen republicano federativo, y 1937, año en que, con la creación del Estado Nuevo, la Federación se debilita. El análisis destaca la vida cultural, la inmigración, el juego del poder y muchos otros aspectos, tanto del estado como de la ciudad de São Paulo.

Morse, R. M., *Formação histórica de São Paulo* (de Comunidade a Metrópole), São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1970 (traducción).

El autor es un «brasilianista», nombre por el cual son conocidos en los medios académicos los estudiosos extranjeros, de lengua inglesa principalmente, que se dedicaron al estudio de la historia de Brasil. Su libro estudia el proceso de urbanización de la ciudad de São Paulo hasta los años 50 del presente siglo, bajo un enfoque cultural que, justamente por eso, abarca los más variados aspectos de las relaciones sociales, de la política, de la administración pública, de las transformaciones económicas.

Muller, D. P., *Ensaio d'um quadro estatístico da Província de São Paulo,* São Paulo, O Estado de São Paulo, 1923 (2.ª ed.).

Contiene valiosos datos numéricos sobre la producción económica y la población de la entonces provincia de São Paulo y de su capital.

Petrone, M. T. S., *O Barão de Iguape,* São Paulo, Editora Nacional/MEC, 1976.

A través de los libros y de la correspondencia comercial de Antônio da Silva Prado, el barón de Iguape, la autora investiga el origen de la fortuna de una importante figura de la ciudad de São Paulo a principios del siglo XIX, lo que le permite analizar, en última instancia, el proceso de formación de capitales para el café.

Prado Jr., C., «O fator geografico na formação e no desenvolvimento da cidade de São Paulo» y «Contribuição para a geografia urbana da cidade de São Paulo», en *Evolução política do Brasil e outros estudos,* São Paulo, Brasiliense, 1957.

Se trata de estudios fundamentales para quien quiera valorar la importancia de los factores geográficos en la localización del poblado que daría origen a la ciudad de São Paulo y lo decisiva que fue esa localización para su desarrollo posterior.

Reis Filho, N. G., *Evolução urbana do Brasil (1500/1720),* São Paulo, Pioneira, 1968.

Uno de los primeros estudios sobre la urbanización de Brasil realizado por un arquitecto y sociólogo que es profesor de la Universidad de São Paulo. Aunque se refiera al país en general, incluye valiosas informaciones para la comprensión de las características y cambios producidos en el diseño urbano de la ciudad de São Paulo.

Saint-Hilaire, A. de, *Segunda viagem a São Paulo e Quadro Histórico da Província de São Paulo,* São Paulo, Comissão do IV Centenário, 1954.

Este naturalista francés fue uno de los más importantes viajeros que pasaron por Brasil, dada su capacidad en comprender y sentir el país visitado. Realizó numerosos viajes por Brasil entre 1816 y 1822, dos de ellos a São Paulo. Seleccionamos el segundo porque junto con él la Comisión del IV Centenario publicó el «Cuadro histórico de la provincia de São Paulo», donde el autor describe las características físicas de la región, así como sus aspectos políticos, administrativos y poblacionales en la época.

Silva, R. de A., Matos, O. N. de, y Petrone, P., *A evolução urbana de São Paulo,* São Paulo, Coleção da Revista de História, 1955.

Es un libro fundamental para seguir la urbanización de la ciudad de São Paulo, debido a la amplitud de aspectos que analiza. Cada autor ha tratado un período histórico, correspondiéndole a Raul de Andrada e Silva investigar la fase colonial, a Odilon Nogueira de Matos el siglo XIX, y a Pasquale Petrone la ciudad en la primera mitad del siglo XX.

Simão, A., *Sindicato e Estado* (Suas relaçoes na formação do proletariado de São Paulo), São Paulo, Dominus, 1966.

Libro pionero en el estudio del tema, lo investiga en sus múltiples aspectos desde finales del siglo XIX hasta aproximadamente 1930. Trata, pues, del desarrollo de la industria paulista, de las condiciones de trabajo del proletariado, de sus reivindicaciones, de las diversas corrientes ideológicas que lo influyen y de la organización sindical y su relación con el Estado.

Taunay, A. d'E., *São Paulo nos primeiros anos* (1554/1601), Tours Imprensa de E. Arrault et Cie., 1920.

Este respetado historiador tiene sobre São Paulo una producción copiosa, fundamentada en una formidable investigación de fuentes primarias, aunque no sea de fácil consulta por no estar siempre muy ordenada. Escribió la *História Geral das Bandeiras Paulistas* (11 volúmenes), São Paulo, 1924/1950; la *História da Cidade de São Paulo* (São Paulo, Melhoramentos, 1954); la *História do Café no Brasil* en 15 volúmenes (Rio de Janeiro, Depto. Nacional do Café, 1927/1937), etc., pero seleccionamos la obra arriba mencionada porque es una de las pocas que existen sobre el primer siglo de la colonización. Con su rigu-

roso sentido del detalle, Taunay ofrece informaciones preciosas y poco conocidas sobre la población del Planalto en sus primeros tiempos.

Varios autores, *São Paulo: crise e mudança,* São Paulo, Secretaria Municipal do Planejamento, 1990.

Elaborado por técnicos y estudiosos ligados al Ayuntamiento, contiene valiosos datos y consideraciones sobre el equipamiento urbano y sobre las tendencias actuales del proceso de urbanización de la ciudad de São Paulo.

Wilhelm, J., *São Paulo. Metrópole 65,* São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1965.

Compilación de artículos y seminarios reunidos en un volumen por el autor, conocido arquitecto y urbanista, con la finalidad de proporcionar informaciones para un *plan director* de la ciudad. Abordando diversos ángulos del desarrollo urbano, Jorge Wilhelm hace significativas consideraciones sobre la metropolización de São Paulo, su sistema viario y las potencialidades contenidas en el paisaje urbano.

Bibliografía consultada

Sería conveniente enumerar algunas obras más que, aun cuando no se hayan citado directamente en este libro, fueron importantes para su elaboración.

Alvim, Z. M. F., *Brava gente! Os italianos em São Paulo (1870/1920),* São Paulo, Brasiliense, 1986.

Azevedo, A. de, *Vilas e Cidades no Brasil Colonial. Ensaios de Geografia Urbana Retrospectiva,* São Paulo, 1956.

—, (org.), *A Cidade de São Paulo: Estudos de Geografia Urbana,* São Paulo, Ed. Nacional, 1958.

Beiguelman, P., *A crise do escravismo e a grande imigração,* São Paulo, Brasiliense, 1981.

Benevolo, L., *Los orígenes del urbanismo moderno,* trad. de Floreal Mazía, Madrid, Blume, 1981.

Campos Filho, C. M., *Cidades brasileiras: seu controle ou o cãos,* São Paulo, Nobel, 1989.

Capelato, M. H., *O movimento de 1932. A causa paulista,* São Paulo, Brasiliense, 1981.

Centro de Estudos Migratorios, *Migrantes: éxodo forçado,* São Paulo, Ed. Paulinas, 1980.

—, *O Vaivém da Sobrevivência,* São Paulo, Ed. Paulinas, 1982.

Costa, E. V. da, *Da Monarquia à República,* São Paulo, Grijalbo, 1977.

Costa, João Cruz, *Pequena História da República,* Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1968.

Diègues Júnior, M., *Imigração, Urbanização, Industrialização,* Río de Janeiro, Centro Brasileiro de Pesquisas Educacionais, 1964.

Durhan, E., *A caminho da cidade. A vida rural e a imigração para São Paulo,* São Paulo, Perspectiva, 1973.

Egas, E., *Os Municípios Paulistas,* São Paulo, *O Estado de São Paulo,* 1925 (2 vols.).

Emplasa/Governo do Estado de São Paulo, *Sumário de dados da Grande São Paulo,* São Paulo, 1989.

Fischer, R. M., *O direito da população à segurança,* Río de Janeiro, Vozes, 1985.

Freitas, A. A. de, *Tradiçoes e Reminiscências Paulistanas,* São Paulo, Martins, 1955.

Gomes, A., *João Teodoro, o mais original e fecundo presidente de São Paulo,* São Paulo, Martins, 1967.

Graham, D. H.; Holanda Filho, S. B., *Migraçoes internas no Brasil: 1872-1970,* São Paulo, IPE/CNPQ, 1984.

Kowarik, L., *Capitalismo e Marginalidade,* Río de Janeiro, Paz e Terra, 1975.

Lojkine, J., *El marxismo, el estado y la cuestión urbana,* trad. de Félix Blanco, México, siglo XXI, 1979.

Maia, F. P., *Estudo de um plano de Avenidas para a cidade de São Paulo,* São Paulo, Melhoramentos, 1930.

Marqués, M. E. de A., *Apontamentos Históricos, Biográficos, Estatísticos e Noticiosos da Província de São Paulo,* São Paulo, Comissão do IV Centenário da Cidade de São Paulo, 1954.

Mata, M. da, *Migraçoes internas no Brasil,* Río de Janeiro, IPEA/INPES, 1973.

Milliet, S., *Roteiro do café e outros ensaios,* 4.ª ed., São Paulo, Hucitec/Brasília, INL, 1982.

Monbeig, P., *La croissance de la ville de São Paulo,* Grenoble, Allier, 1953.

—, *Pionniers et planteurs de São Paulo,* París, Armand Colin, 1952.

Monteiro, J. M., *São Paulo in the seventeenth century: economy and society,* USA, Chicago, 1985 (mimeografiado).

Nogueira, A. R., *A imigração japonesa para a lavoura cafeeira paulista,* São Paulo, 1973.

Nogueira, O., *O desenvolvimento de São Paulo: imigração estrangeira e nacional,* São Paulo, Companhia Interestadual da Bacia do Paraná-Uruguai, 1964.

Oliven, R. G., *Urbanização e mudança social no Brasil,* Petrópolis, Vozes, 1984.

Pestana, P. R., *Guia ilustrado da cidade de São Paulo,* São Paulo, Rothschild, 1907.

Rattner, H., *Industrialização e concentração econômica em São Paulo,* Río de Janeiro, Fundação Getúlio Vargas, 1972.

Saia, L., «Notas sobre a arquitetura rural paulista do segundo século», *Revista do serviço de Patrimônio histórico e artístico nacional,* n.° 8, p. 211.

Santos, M., *O Espaço dividido. Os dois Circuitos da Economia Urbana dos Países Subdesenvolvidos,* Río de Janeiro, Francisco Alves, 1979.

Secretaria Municipal do Planejamento, *Cortiços em São Paulo: frente e verso,* São Paulo, Sempla, 1985.

Silva, J. Gr., *A modernização dolorosa,* Río de Janeiro, Zahar, 1982.

Singer, P., *Economia Política da Urbanização,* São Paulo, Brasiliense, 1973.

Skidmore, T., *De Getúlio a Castelo,* Río de Janeiro, Paz e Terra, 1975.

Souza, P. R. de, *Empregos, Salários e Pobreza,* São Paulo, Hucitec, 1980.

Trento, A., *Do outro lado do Atlântico* (um século de imigração italiana no Brasil), São Paulo, Nobel, 1988.

Velho, O. G. (org.), *O fenômeno urbano,* Río de Janeiro, Zahar, 1973.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de julio de 1992.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de julio de 1992.

El libro *São Paulo,* de Suely Robles Reis de Queiroz, forma parte de la Colección «Ciudades de Iberoamérica», dirigida por el Profesor Manuel Lucena, Catedrático de Historia de América de la Universidad de Alcalá de Henares.

COLECCIÓN CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

- Río de Janeiro.
- Caracas.
- São Paulo

En preparación:

- Ciudades precolombinas.
- La fundación de las ciudades hispanoamericanas.
- Barcelona.
- Lisboa.
- Manila.
- México.
- Sevilla.
- Buenos Aires.
- La Habana.
- Lima.
- Bogotá.
- Santiago de Chile.
- Quito.
- Madrid.
- Procesos de urbanización y modelos de ocupación del espacio en América del Sur.
- El impacto de la urbanización de los centros históricos de América Latina.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492,* de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.



